María Teresa Pereiro

El tiempo de la sal

Galaxia Gutenberg

María Teresa Pereiro

El tiempo de la sal

Galaxia Gutenberg

María Teresa Pereiro

Aunque repleto de desvíos y no exento de obstáculos, el camino que ha llevado a María Teresa Pereiro a convertirse en escritora parecía trazado desde la infancia. Sus primeros textos son de aquellos años, cuando con grandes letras redondas escribía pequeños cuentos y poemas que regalaba a sus seres queridos en cumpleaños y aniversarios de boda.

Algunos de sus relatos han sido merecedores de reconocimientos como el Premio Provincial de la Juventud de la provincia de Pontevedra, mientras que otros han sido publicados en diferentes medios. Su ópera prima, *El tiempo de la sal*, se ha alzado con el Premio Tiflos de Novela en su XXV edición.

Era el tiempo de las luces y sus sombras, del pueblo ahogado por la ciudad. En el Vigo de 1878, sólo el mar permanece inalterable, y Sabela, una joven trabajadora de la crepuscular industria de la salazón, se aferra a él enredándose en el pasado como único modo de afrontar el futuro. Hasta que un veraniego día de fiesta se cruza en su vida un desconocido que parece conocerla mejor que un amigo, un extranjero con el cual comparte más que con cualquier vecino, un hombre que empieza a vivir tras recorrer veinte mil leguas con su imaginación.

El tiempo de la sal es una novela intimista en la que se entrelazan realidad y ficción, donde se explora desde las profundidades de una ría que esconde secretos enterrados en la lejana batalla de Rande hasta la superficie de las relaciones de la embrionaria burguesía viguesa decimonónica.

Una historia para descubrir que hasta las más grandes e inesperadas aventuras empiezan por un primer paso, y que nunca es tarde para emprender un viaje.

MARÍA TERESA PEREIRO

El tiempo de la sal

Galaxia Gutenberg

La presente obra ha ganado el XXV PREMIO TIFLOS DE NOVELA, convocado por la ONCE, otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez, vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.ª Imelda Fernández Rodríguez y compuesto por D. Luis Mateo Díez Rodríguez, D. Ángel García López, D. Manuel Longares Alonso, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D.ª Fanny Rubio Gámez, D. Ángel Basanta Folgueira, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.ª Penélope Acero Cayuela, D.ª María Ángeles Pérez López, D.ª Care Santos Torres, D.ª Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.ª Christina Linares del Castillo-Valero, D. Joan Tarrida Planas y D.ª Clara Barbero Penas, en su calidad de secretaria del jurado.

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2021.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2023

© María Teresa Pereiro, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: Niña *leiteira* en Noia, de Ruth Matilda Anderson, 1925
© The Hispanic Society of America

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19392-99-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A ship in harbor is safe, but that is not what ships are built for.
[Un barco en el puerto está seguro, pero no es para lo que se construyen los barcos.]

John A. SHEDD

A Padri y Lela
Viviréis siempre en mis historias

Índice

EL TIEMPO

LA SAL

Epílogo
Notas al lector
Agradecimientos

Mi cuerpo está hecho de sal.

La veo deslizándose por mis brazos, escondiéndose bajo la piel. La oigo si camino, sonajero vetusto encerrado en mi cuerpo. Hasta puedo saborearla cuando brota en gotas perladas que buscan la comisura de mi boca.

Incluso cuando no la oigo puedo sentirla, abrazando los músculos y los huesos, absorbiéndome. Pronto no quedará otra cosa de mí. Todo lo demás desaparecerá. Como agua de mar secada al sol.

EL TIEMPO

Fillo sin dor, nai sin amor.
[Hijo sin dolor, madre sin amor.]

Había nacido veintiséis años atrás. Lo había hecho despacio, como lo hacen los pobres, que vienen al mundo haciendo sufrir para aprender así lo que es el dolor.

Las molestias sorprendieron a la madre por la mañana, cuando Ginés salía hacia la escuela. Pero la verdadera sorpresa fue que el bebé tardara tanto en llegar: lo esperaban para el final del verano, y octubre ya había dejado sus primeras lluvias sin oír su llanto.

En el viejo reloj de la escuela, las manecillas parecían invertir su rumbo. Ginés las miraba de reojo: los pequeños dedos tamborileando de forma atropellada sobre la mesa, los pies removiendo el polvo, las respiraciones temblorosas desordenando el aire. Hasta que los minutos se consumieron y don Antonio dio permiso para salir.

El miedo empezó a rondarlo cuando alcanzó la playa. Aunque él no lo sabía, aquella sensación lo estaba protegiendo, preparándolo para un desafío aún desconocido. Llegó a los soportales jadeando, con la cara encendida y el corazón ahogado. La puerta estaba abierta. Se acercó y de la oscuridad emergió una sombra humeante que le paralizó las piernas. Su padre sostenía la pipa en una mano mientras se apoyaba en la escalera con la otra, mirándolo atónito, como si no lo conociera. El cuerpo del hombre tremía, bailaba una canción arrítmica que nadie podía oír.

Entonces reconoció los alaridos que provenían del piso de arriba, y deseó que sus oídos fueran sordos para no oír el grito desgarrador en que se había convertido su madre, de la que no quedaría más rastro que el bebé que nacía. Porque era imposible que volviera a ser la mujer sonriente que todavía lo arrullaba en sus brazos cuando se lastimaba. No. Aquellos gritos no eran fruto del júbilo, de la dicha que sucede a la espera, sino del dolor y el miedo. Y nunca había visto a su madre pasar miedo, ni siquiera cuando el barco de su padre tardaba demasiado en volver.

–No tengas miedo. Mamá se va a poner bien.

La voz provenía de su cuerpo, nacía de su boca, pero no parecía él quien hablaba. Miraba hacia fuera, hacia la ría, invocando en tierra la suerte que siempre lo había acompañado en el mar.

Un sonido nuevo irrumpió, un estallido limpio y enérgico que despertó al padre del mal sueño al que se había abandonado. Ambos volvieron la vista

hacia los pasos que descendían pesadamente la escalera. La abuela traía la cara enrojecida y brillante, y gotas de sudor zigzagueaban por las arrugas de su cuello.

–¿Qué pasó? ¿Están bien? –quiso saber el padre.

La mujer atrajo un taburete hacia ella y se sentó dejando caer la espalda contra la pared.

–*Non foi nada* –dijo esquivando la mirada de su yerno, el gesto inequívoco de los que no saben mirar a la cara sin decir la verdad–. *Vin partos peores.*

El padre, confuso, observó a Ginés como si pretendiera encontrar dentro de sus enormes ojos el significado de aquella respuesta. El pequeño acudió en su ayuda:

–*É un neno?* –preguntó a la abuela.

–*Unha nena* –le contestó con una sonrisa–. *Éche ben feitiña.*

Granos de arena repiqueteaban en los cristales mientras el cielo se preparaba para recibir una tormenta que adelantaría la noche. Los llantos cesaron y una quietud extraña inundó la casa. La abuela enjugó con una manga el sudor que le entraba en los ojos y pidió a Ginés un poco de agua, pero él no podía oírla; miraba hipnotizado cómo su padre iba hacia la puerta para cerrarla: su cuerpo había menguado hasta convertirse en un eco del marinero que le contaba historias fantásticas cuando regresaba tras largas ausencias. Temió que se desvaneciera como las ondas que deja una piedra arrojada al agua. No lo supo entonces, pero fue la primera vez que vio en él a un hombre vulnerable, en lugar del ser invencible que siempre le había parecido. Cuando se volvió hacia el pequeño, el padre tenía la cara cubierta de lágrimas que limpiaba con el dorso de la mano. Acercándose a él, se agachó y lo miró con una sonrisa inquieta.

–¿Quieres conocer a tu hermanita?

Sin esperar a que respondiera lo abrazó, le besó la frente y lo tomó de la mano, para desaparecer juntos por el hueco de la escalera.

–*E a auga?* –protestó la abuela–. *Este rapaz...* –dijo levantándose, resignada.

La lluvia golpeaba las ventanas con fiereza, pero el viento, conmovido, exhalaba una armonía de aullidos que alcanzaba cada recodo de la casa. En la habitación, media docena de piernas recordaban a troncos de árboles, sus ramas veladas por las tinieblas que el sol había dejado tras su marcha. Ginés permanecía quieto, amparado por las piernas de su padre, temeroso de ser descubierto. El corazón le latía igual que cuando corría detrás de las gallinas o jugaba a escapar de las olas. Alguien prendió un candil y los árboles se transformaron en los cuerpos y rostros que tan bien conocía. El padre avanzó, seguido con recelo por Ginés, que atisbaba la silueta de su madre tumbada en

la cama.

–*Ven aquí* –le dijo ella, animándolo con un gesto.

El padre se apartó y al fin pudo verla con claridad: no parecía enferma, sólo cansada, y sonreía débilmente con los ojos entreabiertos, como hacía él cuando estaba a punto de quedarse dormido. El pelo suelto le llegaba más allá de los hombros en mechones ondulados que jamás le había visto, y algunos cabellos lamían su frente, todavía húmeda. Nunca le había parecido tan guapa.

La voz de la abuela quebró la monótona melodía de la lluvia:

–*Pasa pra diante, home!* –berró, dándole un empujón que lo hizo trastabillar.

Las risas le dolieron como una *labazada*; los murmullos confundían sus oídos. Durante los meses anteriores a la llegada del bebé, había pensado en su hermano como un amigo con quien pescar cangrejos en las rocas, con quien compartir los juegos que sus compañeros le vetaban. Pero no sabía cómo tratar a una niña. Inspiró profundamente y se acercó a la cama tirando de los puños de la camisa, conteniéndose para no salir corriendo escalera abajo. Deseaba abrazar a su madre, preguntarle por qué gritaba tanto, decirle que la quería. Sin embargo, decidió que era mejor darle un beso y dejarla dormir. Ya había alcanzado la cama y estaba apoyando las manos para tomar impulso y subirse, cuando ella lo detuvo:

–*Coidado, que a vas esmagar!*

El pequeño se apartó y vio el revoltijo de telas a su lado. Su madre las desplegó con delicadeza, y de entre ellas asomó una cabecita con un cabello rubio tan fino que un soplido hubiera podido desprenderlo. Los ojos no tenían cejas ni pestañas, no eran más que dos líneas abultadas, y la boca, un gusanito rosado sobre una barbilla diminuta. Pero lo que más le sobrecogió fue la nariz: bajo aquel pequeño bulto del tamaño de la yema de su pulgar se abrían dos agujeritos por los que costaba creer que entrara el aire. Era tan pequeña y frágil que temió que cualquier cosa le hiciera daño. Entonces pensó que, como sus padres y su abuela estaban siempre tan ocupados, tendría que ser él quien cuidara de ella. Y desde ese momento nunca la dejó de querer.

El padre se acercó y besó a su mujer en la frente.

–Ni uno más..., ¿me oyes? Ni uno más –sentenció.

La madre gesticuló restándole importancia, aunque sabía que era una de las pocas órdenes de su marido que jamás iba a desobedecer.

–Ginés, ¿cómo quieres que se llame? –preguntó el padre, inclinándose para ver a la pequeña.

–¿Yo? –contestó el niño, estirando de nuevo las mangas de su camisa.

El padre asintió, lanzando una mirada pícara a su mujer, que le devolvió un sonriso.

Nadie supo dónde lo había oído. Ninguna vecina había sido bautizada con ese nombre, ni sus padres conocían mujer alguna que lo llevase. Se lo

preguntaron, pero el niño sólo alcanzó a decir que le gustaba. A los seis años, Ginés era el alumno que todo maestro deseaba tener: despierto y educado, no había regla ortográfica ni unidad de medida que olvidara, podía situar en el mapa casi cualquier país y recitaba al dedillo cada oración. Por eso sus compañeros de clase lo llamaban «sabelotodo». Y por eso su hermana se llamó Sabela.

Os mariñeiros traballan de noite,
coa luz da lúa. Dá gusto velos chegare,
pola mañá cedo, cheirando a frescura.
[Los marineros trabajan de noche,
con la luz de la luna. Da gusto verlos llegar,
por la mañana temprano, oliendo a frescura.]

Todas las casas de la Ribera del Berbés estaban frente a la playa, pero sólo unas pocas miraban hacia el mar. Algunas llevaban toda la vida haciéndolo; la suya, apenas unos años.

Cuarta de los soportales y novena desde la bajada de la Real, era una de las últimas que los barcos veían al salir hacia el sur, cuando la fachada del matadero se convertía en la ruptura inevitable con la Ribera, el salvaje adiós hasta que los santos que gobiernan el mar decidieran si les permitían regresar a casa.

Todas las caras del barrio se habían detenido alguna vez bajo el dintel de su puerta, lugar de encuentro entre generaciones desde mucho antes de que Sabela naciese. Los hombres tejían cestas a la sombra de la arcada, cubriendo el camino con una alfombra áspera y crujiente de mimbre; los niños jugaban frente a ella, en la playa, hasta que dejaban de serlo, y las mujeres se cobijaban del viento y la lluvia bajo los soportales en las noches de temporal, aguardando con la esperanza encogida a que sus maridos emergieran de la oscuridad que se tragaba la ría. Sobre la tormenta, ningún ruido precedía a su llegada, y cuando los marineros abandonaban las fauces de gigante en que se convertía el mar, se miraban unas a otras, aliviadas, olvidando que pronto volverían a encontrarse en la misma puerta.

Aquella era su casa, el lugar al que todos siempre regresaban, la de las sábanas blancas y la ropa de colores que su padre divisaba al acercarse el barco en su venida. Fue así durante años, mientras la gente y el mundo cambiaban y sólo el mar permanecía.

Su padre se entregó al mar, pero lo había alumbrado la meseta. Antes de que trenes y automóviles intoxicaran la quietud de nuestras vidas con sus bramidos, arrieros maragatos salpicaban los caminos llevando pescado en sus carros hacia el interior. Germán pertenecía a la cuarta generación de una familia dedicada a ello.

Cuando conoció el pueblo no era más que un zagal de aspecto robusto y carácter reservado. Siempre detrás de su padre y de su abuelo, no hablaba a menos que fuera imprescindible, e incluso entonces lo hacía en un tono discreto, casi titubeante, como si temiera molestar. El paso a la edad adulta no moldeó su naturaleza ni atenuó su timidez, pero algo en él empezó a cambiar. Donde su padre y su hermano veían sólo polvo y piedras en las veredas, él veía crecer las montañas, reverdecer incluso el aire. Así, lejos de aburrir el camino y las caras que lo surcaban, Germán los esperaba con impaciencia, y en las noches anteriores a un nuevo viaje, los sueños se le llenaban de agua, olían a arena, sabían a sal. Era un navegante sin puerto, un marinero que aún no entendía que pertenecía al mar. En cada regreso dejaba atrás una mayor parte de sí mismo, hasta que no le quedó nada por lo que volver a casa. Porque su casa ya era otra. Cuando conoció a la que sería su mujer, el muchacho callado y diligente tuvo que hacerse oír para cambiar su rumbo. Desde entonces, nunca apartó sus ojos del mar.

Las bodas de los que nada tenían que perder al llegar al matrimonio se producían sin dotes ni acuerdos. Honradez e higiene personal eran las únicas garantías que unos padres necesitaban para casar a su prole. Pero Germán no había nacido a la orilla del mar, no había jugado a las rayas en la arena, ni se había dormido acunado por las olas en una *xeiteira* hasta que una bandada de gaviotas, lanzándose a por sus presas, lo despertaba para el siguiente lance. No era uno de ellos. Por eso sus padres tuvieron que aportar dinero a la familia de su futura mujer. Y por eso ningún vecino aceptó la invitación a la *caldeirada* de pescado y patatas que los recién casados ofrecieron tras la sencilla ceremonia, vestidos con los trajes de domingo y la ilusión de quienes dan la bienvenida a una vida nueva.

Del lugar donde había nacido, Germán sólo se llevó la lengua en que hablaría a sus hijos y el recuerdo de una familia a la que apenas volvería a ver y, tras la boda, se instaló en la casa familiar de su mujer. El recibimiento fue cálido y su adaptación, esperanzadora, pero el dinero que tanto había influido en su buena acogida no servía para procurarle un trabajo, y empezó a desesperar.

Un sábado, reunió valor y se dirigió a la taberna. Ni el día ni la hora habían sido abandonados al azar, ya que en esa noche, pendida del sudor del viernes y encadenada a la piedad del domingo, los marineros se congregaban para recibir el dinero de los quiñones que los armadores habían obtenido esa semana. A la playa asomaba el olor a caldo de nabizas con chorizo, a pescado asado y a carne *ó caldeiro*, invitando al caminante a la Real. Durante el día, era la calle de los consulados y los corredores de comercio, de las imprentas y las casas de vecinos ilustres. Pero al caer la tarde revelaba su verdadero rostro: vacía de cuerpos apresurados, el fulgor de sus faroles de aceite de oliva mostraba la piedra regada de agua sucia, los restos de comida y los ratones

muertos.

A Germán le parecía que las voces y risas de las tascas manaban del mismo lugar, de la misma garganta, atrayéndolo y ahuyentándolo a un tiempo. Era la primera vez que abría aquella puerta siempre entornada, sólo intuida cuando ascendía la calle de camino al pueblo o cuando la descendía volviendo de la iglesia. Le pareció una cueva. El *luscofusco* que entraba por la ventana apenas perfilaba las aristas de las mesas, las siluetas de los marineros. Permaneció inmóvil hasta que reconoció el mostrador. Estaba custodiado por la mesonera, una mujer prematuramente envejecida por la viudez, como casi todas las que regentaban las tabernas. Una profesión para cada circunstancia, para cada humor. El de los marineros, domado por el silencio en el mar y el arrullo de las ondas, era sereno y taciturno. Germán sabía que estaría a gusto entre ellos. Y también sabía que no iba a ser bien recibido. Su llegada provocó una ola de susurros y miradas que lo confinaron en una mesa vacía. Pidió un vino, pero no lo llegó a probar. Se quedó unos minutos con la vista hundida entre sus dedos tamborileantes, sintiendo como agujas los ojos que lo escrutaban, repasando las palabras y los gestos, decidiendo el idioma, buscando incluso la entonación adecuada. Cuando creía dar con una buena combinación, la inseguridad lo devolvía al punto de partida. Tras desechar todas las opciones se levantó, pidió unos higos y se acercó a un grupo de marineros.

–*Aí ven o que anda por onde pisa o boi* –anunció con sorna uno de ellos.

–*Boas noites* –dijo el forastero.

–*Boas noites* –le concedió alguno con desgana.

–Quisiera invitarles a unos dulces. –Dejó los higos sobre la mesa y añadió–: Y ofrecerme como aprendiz.

Evaristo, el patrón, se levantó mirándolo *en fite* y señaló los higos.

–*Cres que nos vas comprar con esta merda?*

Sin darle tiempo a contestar –si es que tal idea rondaba la mente de Germán–, se dirigió a un marinero fornido pero de apariencia dócil que, con los ojos fijos en su *cunca* de vino, parecía uno de los pocos hombres ajenos a lo que sucedía:

–*Ti, Domingos, que anos tiñas cando empezaches de rapaz?*

–*Eu?* –Resopló, tratando de recordar–. *Tería sete ou oito.*

–*E ti, Perfecto?*

–*Eu, des, Evaristo* –contestó con presteza el *talelleiro*, como queriendo corresponder a su nombre.

–*E ti, Manoel?* –preguntó a un hombre que, desde la mesa contigua, no perdía detalle de la conversación que el recién llegado había entablado con los marineros.

–*Eu comecei aos catorze.*

–*Carallo!*

–*O morbo* –resolvió el portugués, atrayendo los fantasmas del cólera que

años atrás había barrido buena parte del litoral, ignorando fronteras y condiciones sociales.

–*Xa ves, labrador, aquí todos somos mariñeiros. Ti marcha por onde viñeches* –sentenció el patrón, apartando de un manotazo los higos que languidecían sobre la mesa.

Germán se fue sin arriesgarse a pronunciar otra palabra, dando la primera de sus batallas por perdida. Tras su retirada, la taberna regresó a su armonía habitual.

Todo había quedado olvidado cuando siete días después volvió, nervios templados y determinación renovada, portando el mismo discurso. Al verlo, el patrón de la *Santa Mariña* disfrazó su sorpresa de indiferencia y le dirigió apenas dos frases, suficientes para que el intruso pareciera darse por vencido.

El tercer sábado, Evaristo se acomodó en su silla cuando lo vio llegar, preparado para un momento que llevaba esperando toda la semana. Pero el advenedizo cambió su estrategia y recurrió al patrón de una embarcación de menor calado, que lo despachó con mejores modos. Semana tras semana, un patrón diferente le ofrecía por respuesta la misma negativa. La expectación crecía, propiciando la aparición de bromas y refranes que el vino nutría sin piedad. Incluso se hicieron apuestas sobre cuánto duraría la paciencia del foráneo.

Tras cinco días de tormenta, que recluyeron a los marineros en tierra, la noche del último sábado del mes de agosto nació prodigiosa; sin embargo, el aire permanecía cargado de agua, como si las nubes se la hubieran olvidado al marchar. Germán subía la Real envuelto en aquel calor húmedo y asfixiante al que su cuerpo no lograba acostumbrarse. Mientras sus pies lo acercaban a la taberna, su cabeza viajaba hacia otro lugar, hacia otro tiempo, a las noches de verano en su casa, cuando el sol concedía unas horas de tregua antes de volver a reinar sobre la llanura castellana. Pensaba en la voz de su madre y en las risas de sus hermanas, en el olor de su padre y en las bromas de su hermano, para obligarse después a alejar su recuerdo, como el que espanta una mosca de un manotazo.

Su corazón batía con rabia cuando irrumpió en la taberna con la mente turbada y los ojos inyectados en imágenes de las que no conseguía desprenderse. Los gestos de desprecio de su suegro habían terminado por abatirlo, pero el dolor que lo ahogaba nacía de las lágrimas de su mujer, que acababa de descubrir que iba a ser madre.

–¡No me pienso mover de aquí hasta que alguno me contrate como aprendiz!

Germán, firme ante los marineros, con los puños apretados y la boca rígida, los desafiaba a que lanzaran una nueva afrenta. Ellos lo miraron embebidos de asombro y desconcierto, lo cual lo llevó a creer que el silencio que habían provocado sus palabras se debía al nacimiento de un respeto, tal

vez al despertar de una admiración. Aunque sólo duró un instante; porque en verdad había en ellos cierta consideración, pero también una curiosidad mal digerida que, agitándoles el estómago, derribó los obstáculos impuestos por el decoro y ascendió convertida en una convulsión que hizo tambalear las paredes de la caverna. Germán los vio retorcerse, golpear las mesas con la mano; algunos incluso parecían llorar. Sus ojos lo percibían, pero él no quería entenderlo: se había convertido en un chiste entre borrachos y no se había dado cuenta hasta entonces. Sintió ganas de abalanzarse sobre ellos, de asegurarse de que lo recordaran como a un hombre y destrozar el local. Sin embargo, los puños permanecieron inertes y la boca se deformó en una mueca incrédula: sus fuerzas lo habían abandonado. Ya enfilaba hacia la salida, dispuesto a desaparecer para siempre del lugar, cuando una voz hizo amainar las risas:

–*Que veña mañá.*

Aquellas palabras lo abrazaron como una madre, y a punto estuvo de echarse a llorar. Se recompuso y se dio la vuelta para ver al dueño de la voz que tan bien conocía y habría de conocer como la suya propia durante los años en que pescarían juntos. Evaristo avanzó hasta él arrastrando los pies y lo escudriñó como el ganadero que examina reses en la feria.

–*A ver canto dura* –dijo para sí.

Y se marchó, dejando un silencio que nadie se atrevió a romper hasta que el foráneo siguió los pasos de su patrón y se perdió en la noche.

Nadie creyó que resistiría el primer día. Ni siquiera el primer lance. Cuando navega por primera vez, a merced de las olas, el cuerpo rechaza el nuevo entorno: la cabeza da vueltas y los ojos buscan un punto inmóvil sobre el que posar la vista, los pies se convierten en torpes apéndices de unas piernas incapaces de mantener el equilibrio y las entrañas se revuelven como si quisieran emanciparse. Pero Germán era un marinero en busca de su ría, por eso cuando se subió a la *xeiteira* sintió que había llegado a casa.

La *Santa Mariña* era una bonita lancha de casi nueve metros de eslora y tres de manga. Redondeada en el centro y afilada hacia los extremos, su simetría, típica de las *xeiteiras*, creaba la ilusión de un barco sin popa. La cubierta se extendía desde la proa hasta la mitad de la embarcación, donde se reducía a dos estrechos corredores laterales que se encontraban en la popa, dibujando una bañera con forma de parábola. El rancho de proa era refugio en las largas horas de espera entre lances y, en algunas *xeiteiras*, dormitorio del *rapaz de a bordo*, que yacía cada noche sobre un jergón de *follato* y al abrigo siempre exiguo de las mantas, solo o acompañado por su madre, hasta que otro ocupaba su lugar. Bajo el sol, la *Santa Mariña* era una más entre las incontables barcas que navegaban la ría, pero cuando bailaba sobre las olas en las noches de luna, su vientre alquitranado resplandecía como un pez, libre y salvaje.

Desde que pisaron la playa, los marineros trataron a Germán con la frialdad que él había previsto. Pero nada distraía sus ávidos ojos, capaces de advertir al detalle los movimientos que se sucedían a su alrededor. Porque sabía que si quería formar parte de la tripulación, debía asimilar en una jornada lo que algunos tardaban años en aprender.

La red del *xeito* la componían cinco paños rectangulares de grandes dimensiones con mallas en forma de rombo por las que debía caber el dedo de un hombre. Cada pieza se ataba a la siguiente por su lado más corto usando pequeñas cuerdas, los *matafións*, y sendas trallas discurrían por los lados superior e inferior del conjunto: la primera, engastada de *cortizas* que empujaban hacia la superficie; la segunda, de *chumbos* que servían como lastre. Así se mantenía el arte estirada dentro del agua, y gracias a las boyas que se unían mediante cabos a la tralla superior, flotaba a la profundidad deseada.

Desde la arena, Ovidio, con su inseparable boina –la cual no lograba esconder una calvicie prematura–, le pasaba red a Domingos, que desplegaba la malla y se la tendía por la popa a Manuel Carrera, el *halador*, a quien su apellido perseguía como una sombra para distinguirlo de sus tocayos. Este le anunciaba la llegada de los cabos a Perfecto, quien anudaba los *boureis* que le facilitaba Xulián, el *rapaz*. Finalmente, Evaristo plegaba la red sobre la cubierta, con la tralla de plomos a babor y la de corchos a estribor.

Era una tarde de encalmada y el trayecto transcurrió en silencio, sin burlas ni reproches, roto solamente por el sonido de los remos y la proa abriendo el agua. Ya habían dejado la isla de Toralla a sus espaldas, cuando a lo lejos divisaron algo: un torbellino de lomos que refulgían bajo los últimos rayos de sol. A una lacónica orden del patrón, los tripulantes de la *Santa Mariña* remaron hacia el lugar donde una docena de arroaces se precipitaban una y otra vez sobre un banco de peces. A Germán le maravillaron aquellas criaturas; trataba de ocultar su emoción, pero su boca perfilaba una sonrisa que no sabía borrar. Aunque la irrupción de la *Santa Mariña* espantó a alguno de los delfines, la mayoría continuaba su banquete. La *xeiteira* aún no se había detenido del todo cuando los marineros levantaron los remos y la emprendieron a golpes con los animales, que huyeron de forma atropellada. Evaristo, interpretando la mirada entre sorprendida y horrorizada de Germán, aclaró:

–*Molestan pra pescar. E acaban coa sardiña.*

El tono del patrón no dejaba espacio para la crítica, y los marineros pensaron que el forastero podía sentirse satisfecho de haber recibido una explicación. Pese a que ninguno de ellos había osado contradecir a Evaristo, todos sentían una mezcla de suspicacia e incomodidad ante la presencia de Germán. Por eso más de uno sintió alivio al oír su réplica, creyendo que sería la última.

–Pero arreándoles así también la espantan. –Tomó un remo y dio un

pequeño golpe a ras del agua–. Si sólo les tocamos un poco el lomo, se irán sin asustarse tanto.

Evaristo miró al resto de marineros, que habían seguido la conversación con disimulo mientras preparaban la red.

–*Veña, que non temos toda a noite* –zanjó, seguro ya de que Germán formaría parte de su tripulación.

Dejaron el barco a tenor de la corriente y Manuel Carrera acercó la red a la popa.

–*Santísimo Sacramento* –recitó.

–*Todo o malo vaia pra fora, todo o bo veña pra dentro* –continuaron el resto con solemnidad.

Germán observó lo que hasta aquel día sólo había visto en su imaginación. Manuel Carrera largó el primer paño, el que llamaban *cuartel de rabo*, mientras Ovidio y Domingos le ayudaban extendiendo bien el siguiente. Los plomos tiraban de la red tratando de hundirla, y uno a uno, los paños iban desapareciendo en el agua. Ya los separaba del *rabeiro* casi un tercio de milla cuando largaron la última pieza, el *cuartel de man*, donde los *matafións* no enlazaban una nueva tralla, sino que se prolongaban hasta una gaza, de la que partía una cuerda gruesa: la beta de las redes. Perfecto terminó la maniobra asegurándola al carro, una especie de roldana de más de medio metro de ancho que se acoplaba a la popa.

Las corrientes mecían suavemente los paños, guiando a las boyas de corcho en un baile hipnótico que Germán contemplaba hechizado. De pronto, una boya del *cuartel de man* se estremeció: habían atrapado el primer pez.

–*Alabado sea Dios!* –agradeció el patrón.

–*Para sempre* –contestaron los marineros.

Aquellas palabras establecieron la veda de silencio en la *Santa Mariña*, o eso le pareció al recién llegado: durante las tres horas que las redes anduvieron al garete, la tripulación no sabía callar; desde luchas contra temporales hasta escarceos amorosos en aldeas vecinas, pasando por refriegas con los labriegos y encuentros con aparecidos, las historias se sucedían sin miedo a agotarse. Así, además de aprender cómo se pescaba en una *xeiteira*, Germán también aprendió aquella noche que a las mujeres feas y escuálidas las llamaban «esperpentos», que el alcalde del pueblo gozaba de nula popularidad entre los marineros, y que estaba prohibido mencionar al padre Miguel o a cualquier otro sacerdote. Si, en un descuido, alguno lo hacía, debía *tocar ferro*, por lo que corría a proa y golpeaba el rizón. Pese a la cháchara, siempre había al menos dos ojos vigilando la línea de *boureis* que ondeaba sobre el mar a la luz del farol.

Eran cerca de las once de la noche cuando Manuel Carrera dio el aviso:

–*Isto está, patrón.*

La red se hundía en el agua, colmada de sardinas que forcejeaban inútilmente para liberarse de las mallas. Manuel Carrera tiró por la beta hasta que el *cuartel de man* estuvo al alcance de Domingos, y con la ayuda del carro, este y Germán fueron introduciendo la red en la embarcación, arrastrando a cientos de peces hacia su último suspiro.

–*Vai con Dios!* –exclamó el patrón.

Y así, como el sacerdote cuyas palabras acallan los murmullos previos al sermón, Evaristo atrajo el silencio a la *Santa Mariña*.

El viento despertó de su letargo en la vuelta, y las velas los arrimaron al Berbés antes de que desenmallaran todas las sardinas. Las *peixeiras* acudieron a su encuentro con las *patelas* apoyadas en la cadera. Recogían la carga sin apenas mirar a sus maridos y desaparecían en la oscuridad para rápidamente volver a aparecer, confundidas en un trajín de cuerpos sin aparente sentido. Poco tiempo después, la playa se quedó vacía.

Tras la abundante pesca del *axexo*, Germán esperaba que hubiera al menos un lance más. Estaba de pie sobre la arena, con el corazón latiéndole en las sienes y las piernas perdiendo la firmeza que habían mostrado en el mar. Aguardaba unas palabras del patrón, pero este pasó junto a él encandilado por el farol y ni siquiera lo miró. Germán lo vio perderse en la noche, como un *lucecú* que se escapa, y la angustia le atenazó la garganta. Sus ojos ya empezaban a humedecerse, cuando Evaristo se volvió hacia él.

–*Como non vaias descansar antes da alborada, de pouco me has valer, mariñeiro.*

Germán se quedó paralizado, saboreando aquella palabra como el más delicioso de los manjares. «*Mariñeiro*.» Llevó la mirada a la ría, dejando que la brisa acariciara un rostro que el salitre aún no había ajado, y deseó salir cuanto antes. Con esa sensación, giró sobre sus talones y se encaminó hacia casa.

Ocurrió así esa noche, y así habría de ocurrir durante los años venideros. Las olas del mar cantaban su nombre, pero su hogar lo mantenía atado a la tierra. Y su hogar eran sus hijos. Cuando regresaba tras varios días embarcado, les contaba que una sirena se había enredado en el *xeito* y habían tenido que cuidarla antes de devolverla al mar, o que habían descubierto una misteriosa isla que no recogían los mapas. Los empujó a querer el mar sin saberlo, bajo la mirada reprobatoria de su mujer y la sonrisa indulgente de la abuela.

La abuela..., que pensaba que Sabela iba a ser cocinera o criada de una buena familia. Ni con los mayores esfuerzos podría haber imaginado una vida mejor para su nieta: tales son los sueños de los que tan poco tienen, de los que nada más conocen. La abuela..., que aún tejía y zurcía las redes con sus blandas y rugosas manos, sus dedos deslizándose con destreza hacia arriba y hacia abajo, como si aguja, taco y navaja formaran parte de un baile cuyos pasos dominaba a la perfección. Las recuerdo moviéndose deprisa, sin color, como

proyectadas por un cinematógrafo. Aunque quizá son mis propias manos las que hoy se mezclan con las suyas, tan presentes y a la vez tan lejanas en un rincón de mi memoria.

Allí, Sabela miraba embelesada el ondular de la aguja en el aire, y junto a ella, con sus grandes ojos y la boca abierta, Carmiña. Pendida de Sabela como un amuleto, la niña a la que asombraba el girar del mundo crecía a su lado.

Coloradiña da cara eu non a quixera ser:
unha mazán colorada todos a queren comer.
[Coloradita de la cara yo no quisiera ser:
una manzana colorada todos la quieren comer.]

Carmiña tenía dos dientes cuando se conocieron; Sabela, tres. Ninguna de las dos lo recordaba, pero lo habían oído tantas veces durante su breve infancia que les era imposible olvidarlo. Incluso en aquello se había adelantado a Carmiña, como queriendo allanar el camino que después recorrerían juntas. Ya fuera por temeridad o por un amor fraternal sin condiciones, Sabela había recibido caídas, golpes y enseñanzas que no llevaban su nombre, y esto marcó sus vidas. Estaban condenadas a quererse, y ninguna se opuso a tal sentencia.

Habían nacido en el mismo año y en el mismo mes, en el mismo barrio y en la misma cama. A la madre de Carmiña la sorprendieron los dolores del parto en la iglesia, durante la comunión. Tan intenso era su dolor que los gritos sobrecogían al mismísimo Cristo de la Victoria, cuya expresión se acentuaba con cada alarido. Al llegar a la playa, decidieron que lo más prudente era detenerse en casa de la matrona y que diera a luz allí. De esta manera, a Carmiña y a Sabela no sólo les dio la bienvenida al mundo la misma cara, sino que también las recibió el mismo lecho, algo que las uniría para siempre.

La abuela nunca se cansaba de contar aquella historia, como nunca se cansaba de contarle a Carmiña que todos creían que un día se ordenaría religiosa. La vida en los pueblos –y aquel no iba a ser la excepción– reservaba siempre un lugar para las costumbres y supersticiones, y nadie podía imaginar una señal tan clara como el alumbramiento en una iglesia. Pero del mismo modo que Carmiña no llegó a nacer al pie del altar mayor de la colegiata, tampoco llegaría nunca a consagrarse.

Habían ido a la escuela algunos años. Cada mañana, la cuesta de la rúa Alta preparaba nuestros músculos para el entumecimiento inevitable en aquella casa, hostil y maltratada, que era nuestra escuela. El viejo edificio de piedra languidecía en mitad de una sombría callejuela, donde el bullicio y las peleas de una taberna ensordecían las lecciones de la maestra cuando declinaba el día. Tenía dos plantas, si bien ninguna de nosotras, ni siquiera Carmiña, se atrevió jamás a cruzar el umbral de la vivienda que ocupaba la maestra en el piso superior. No sé si alguna vez la llegó a considerar un hogar, pero aquella era su casa.

La fachada principal miraba al naciente, aunque en el salón de clase nunca

entraba el sol, sólo una luz anémica a través del vidrio translúcido de las ventanas. Los paramentos que adornaban las paredes se cambiaban regularmente, siguiendo el ritmo que las grietas y desconchones marcaban. Así, lo que un día ocultaba un crucifijo, al siguiente lo hacía el retrato del señor Flórez, benefactor de la escuela, y unas semanas más tarde lo habría de cubrir un diseño de bordar, o incluso un mapa si la grieta no se detenía. La madera crujía sin que ningún pie la pisara, y cuando el viento silbaba su melodía dentro del salón, sabíamos que se avecinaba un temporal.

En verano, el espacio libre menguaba por la asistencia frecuente del casi centenar de alumnas, mientras que el invierno imponía, con su gélida humedad, ausencias que a veces se tornaban eternas. Las que alguna vez tuvieron un abrigo lo llevaban soldado al cuerpo como los peces llevan sus escamas, y jugaban a fumar en pipas imaginarias exhalando el vapor entre sus labios rosados; las que soñábamos con tenerlo nos acurrucábamos las unas junto a las otras, tratando de engañar al frío. Compartíamos los tableros de bolas y las muestras de caligrafía, escribíamos sobre las mismas mesas y nos sentábamos en los mismos bancos; sin embargo, una línea invisible nos separaba. La ideaban los gobernantes, la dibujaban los maestros y nosotras la ignorábamos...; pero el invierno nos la traía de vuelta: desde su mitad de la clase, las hijas de los que habríamos de servir cuando creciéramos se reían al vernos tiritar. A pesar de todo, para muchos chiquillos, aquel era un lugar maravilloso, el único escenario donde podían actuar como verdaderos niños.

Todavía atesoro, como reliquias de inmensurable valor, los recuerdos de aquellos días en que las palabras se usaban para contar historias mientras las manos hacían el trabajo. Si pudiera elegir una época en la que vivir para siempre, sería esa: libre de arrepentimientos y preocupaciones, con la vida bullendo a mi alrededor sin yo saberlo. Sin saber nada, en realidad, porque es en la ingenuidad de la infancia donde somos verdaderamente felices. Recuerdo el día exacto en que la mía terminó.

El carnaval llamaba a las puertas del pueblo, pero aún era temprano para abrirle. Los días comenzaban a impregnarse del olor de la primavera, y la temporada de *fiadeiros* llegaba a su fin. Pese a que pronto sería el turno de las romerías y festejos que hacían más llevadera la vida, aquellas noches de mujeres hilando lino y algodón entre canciones y sucedidos eran las preferidas de Sabela.

Era día de mercado y en cada rincón de cada plaza se respiraba el aire festivo que sólo tenían los sábados, cuando curiosos y compradores se reunían ante los puestos de grano, legumbres, carnes y pescados para hacer sus compras o conversar: el preámbulo de un domingo que se diluía entre oraciones y alabanzas para dejar paso a la semana que comenzaba.

Sabela paseaba con Carmiña por el mercado de las aves, cuando un dolor punzante le atravesó el vientre. La sorprendió como un golpe sin dueño, igual

de extraño e inesperado, y se detuvo en seco, confusa.

–*Que pasou?* –inquirió su amiga.

Sabela negó sin apenas mirarla, preocupada al no hallar una molestia similar entre sus recuerdos. Carmiña la tomó del brazo y enfilaron juntas la cuesta de la Gamboa. Los vecinos que caminaban en sentido contrario dificultaban sus esfuerzos por avanzar, y los empujones de los que compartían dirección con ellas comprometían su equilibrio. Los graznidos del mercado de las aves ya se perdían entre las voces de los transeúntes, pero el olor de los animales perseguía a Sabela, que sentía escalofríos y sudaba profusamente, cada vez más agitada y abrumada por la muchedumbre. Cuando alcanzaron la rúa Oliva, la amalgama de puestos de calzado y viandantes sin prisa le provocó un leve mareo. Carmiña supo que su amiga no aguantaría mucho tiempo en pie.

–*Millor imos pra casa* –concluyó.

Le apretó el brazo y la guio esquivando *zocas*, *madreñas* y zapatos de todos los tamaños, ignorando los rugidos que provocaban los codazos y golpes con que se abría camino. A Carmiña le parecía que el final nunca llegaba, que la rúa Oliva se había convertido en una procesión interminable de cuerpos sudorosos. Le llevó unos segundos comprender que ya habían dejado atrás el mercado del calzado y estaban en una abarrotada plaza de la Iglesia, imposible de cruzar.

El color que encendiera las mejillas de Sabela en la subida de la Gamboa había desaparecido, y su semblante había mudado en una siniestra figura de cera. Carmiña se puso de puntillas y miró a su izquierda, donde una aglomeración de gente sin rostro ni nombre se agolpaba al comienzo de la calle Real, camino de la plaza de las Cebollas. Contuvo la respiración y miró a su derecha, temiendo encontrarse al mismo gentío asfixiante, pero sólo unos árboles solitarios custodiaban la plaza de la Piedra. Aliviada, arrimó el cuerpo de Sabela al suyo y juntas se alejaron de la multitud, en dirección a la fuente de Vigo.

En la placita de los antiguos alfolíes, bajando desde el mirador de la Piedra, estaba expuesto todo el pescado que cabía imaginar: sardina salpresa, abadejo cecial y tantos otros se aglutinaban en una macabra reunión de la que se iban retirando en manos de los compradores, quienes permanecían ajenos a la batalla que libraban las chiquillas. Carmiña sentó a Sabela en el borde de la fuente y le humedeció la cara, esperando que se recompusiera, pero su amiga no reaccionaba. Se tomó un minuto para pensar. No había ningún conocido a quien pedir auxilio, y no podía darle de beber de aquel agua, tan insalubre que ni servía para lavar la ropa. Sin perder de vista a Sabela, corrió cuesta arriba y se subió a uno de los bancos que descansaban bajo los árboles de la Piedra. La algarabía inundaba la plaza de la Iglesia, donde la gente que aún trataba de alcanzar el mercado de las cebollas convertiría en una odisea inútil cualquier

intento de atravesarla para bajar la Real. Resignada, Carmiña miró hacia las casas que las separaban del Berbés. Prefería mil veces cargar con Sabela a la espalda por una nocturna calle Real antes que internarse en esa zona a plena luz. Pero no podía esperar. Regresó a la fuente, se rodeó el cuello con el brazo de su amiga para ayudarla a caminar, y emprendieron la marcha hacia la rúa de San Antonio.

En una época en que los padres cuidaban con escaso celo el albedrío de sus hijos, la rúa de San Antonio era la única que les vetaban. El foráneo podría pensar que el motivo era un ruinoso bloque de diez casitas abandonadas desde hacía años y enfrentadas al murallón ennegrecido que cerraba la calle por el lado del mar; sin embargo, para los vecinos, especialmente para aquellos que precisaban de escondites donde satisfacer sus pasiones secretas, no había duda de que la razón tenía más que ver con la cautela y la vergüenza.

Por las puertas abiertas se escapaban alegres voces femeninas, y algunas mujeres conversaban en la calle cargadas con cestos rebosantes de verduras. Una de ellas se inclinó hacia Carmiña y le preguntó algo, pero la niña la esquivó y apuró el paso. Caminaban en silencio: Carmiña, con la mirada clavada en el suelo y el pulso acelerándosele con cada zancada; Sabela, debatiéndose entre destellos cegadores y sombras que no conseguía enfocar. Nada más llegar a la playa, la brisa les acarició la cara como el beso que pone fin a un mal sueño. Poco a poco, el color fue regresando a las mejillas de Sabela, y para cuando cruzaron el umbral de su puerta, los peores temores ya se habían disipado.

En las casas de la Ribera, el mar conquistaba todos los rincones. Al no haber necesidad de armarios que guardaran las contadas pertenencias ni aprecio alguno por las tardes ociosas junto al fuego, los paños del *xeito*, rastrillos, cabos y *cortizas* se imponían en el espacio y convertían lo demás en prescindible; incluso las comidas alrededor de la mesa quedaban relegadas a un único día, en la festividad del patrón. Había, sin embargo, una actividad capaz de apartarlos de su lugar en la casa, y esa eran los *fiadeiros*.

Al caer la tarde, *rocas* y *fusos* se preparaban para comenzar su danza. El dolor de Sabela había remitido hasta casi desaparecer, y el ambiente festivo en la casa le hizo olvidar que alguna vez existiera. Bien entrada la noche, las canciones ahogaban el zumbido de la rueda, que se movía incansablemente sin importarle de quién fuera la mano que la hacía girar. Carmiña había devanado una *madeixa* en torno a su cintura, y la soltaba girando en sentido contrario, al tiempo que humedecía los dedos en un trapo mojado para dar a las hebras mejor torcedura. Sabela bailaba, sudaba, deshacía sus trenzas en el aire viciado. Reía como si nada le preocupara, como si nada pudiera preocuparla jamás. Embriagada, se dejó caer sobre un cesto donde se amontonaban fibras que iban a ser moldeadas. Miraba las ruedas, las manos castigadas de aquellas mujeres, las hebras que, transformadas ya en hilos de tensión imposible, se

despedían de las *rocas* para abrazar los *fusos*. Casi podía ver el periplo que habían vivido desde su nacimiento en las Angolas de África hasta que acabaran sumergidas en las aguas de la ría, convertidas en trenzas y *malletas* para pescadores y marineros.

–*Que fas?! Quita de ahí, que vas estragar o liño!* –bramó su madre.

Sabela se levantó de un respingo y, de súbito, añoró la estabilidad que ignoraba haber perdido. Mientras una mujer comenzaba la narración de un sucedido que no llegaría a concluir, la niña se acercó a su madre.

–¿Me puedo acostar? –le preguntó con un hilo de voz.

–*Ti estás tola? Mira o que queda aínda.* –Sin interrumpir su labor, acompañó la negativa con una escueta seña hacia el cesto.

Un grito irrumpió en la normalidad de la fiesta. Sabela se volvió hacia Carmiña, que se tapaba la boca con una mano mientras con la otra apuntaba a una mancha rojiza que se extendía por las fibras. Tardó unos instantes en comprender que aquello era su sangre.

Su madre recibió la noticia como un mero trámite, una tarea pendiente: se la llevó escalera arriba, sacó un paño blanco de la cómoda y, entregándoselo, le advirtió que debía tener cuidado ahora que ya era mujer. Tras pensarlo un momento, le permitió echarse en la cama y regresó para seguir girando la manivela, como si la muchacha no necesitase una explicación, o como si ya se la hubiera dado un ciento de veces.

Al lejano arrullo de las *rocas*, abrazada por Carmiña, que no se había despegado de ella, Sabela trataba de entender qué le estaba ocurriendo, qué era aquella sensación que la envolvía como una manta húmeda. Tanto tiempo esperando ver su sangre y todavía no estaba preparada para sangrar.

Habían nacido en el mismo año y en el mismo mes, en el mismo barrio y en la misma cama, y sobre esta permaneció Carmiña hasta que las *rocas* dejaron de sonar. Recordó la historia de su nacimiento, la que en tantas ocasiones oyera de boca de la abuela, y sin saber por qué, deseó que aquella predicción fuese cierta, escuchar algún día la llamada que la convertiría en religiosa. Pero incluso la abuela sabía que eso nunca iba a ocurrir. Porque antes de que llegara la vocación, llegó Ginés.

Non hai lúa crara como a de xaneiro,
nin amor firme como o primeiro.
[No hay luna clara como la de enero,
ni amor firme como el primero.]

Era el niño *enmeigado*, el que todos miraban al pasar pero sólo Carmiña veía. De niña, lo había hecho como al guardián que libraba sus batallas; más tarde, como al enigma que sólo ella era capaz de resolver. Hasta que empezó a verlo de un modo desconocido para ella misma, aunque evidente para todos los demás.

Nadie tenía claro desde cuándo estaba preso del hechizo que, según algunos, pesaba sobre él. Unos decían que venía de un *aire de difunto* que le había dado cuando el pequeño Ládio Pedreira se partió el cuello al resbalar de una roca mientras pescaban cangrejos juntos. Otros pensaban que alguna vecina le había echado un *mal de ollo*. Los demás miraban con lástima y ligero temor a aquel muchacho callado y endeble al que preferían evitar.

Ser diferente significa, a menudo, ser apartado y, casi siempre, no ser comprendido. Su madre lo sabía bien, y por eso lo llevó al Mexilón. El brujo de Vigo, cuyo nombre nadie conocía, era una figura común a todo pueblo marinero, el hombre al que se acudía si unos aparejos embrujados causaban una racha de mala suerte en el mar o si el *mal de ollo* padecido por alguno de los tripulantes ahuyentaba la pesca.

El Mexilón torció el gesto apenas el pequeño puso un pie en su casa.

–*Isto cheira a ruda* –masculló, sin ningún recato.

Ginés, que acababa de cumplir diez años, no sabía aún que este era uno de los peores augurios que se podían escuchar en el pueblo, pero las lágrimas de su madre al oír aquellas palabras se le atragantaron como un anzuelo.

El hombre lo azotó con unas ramas de acebo, que le dejaron marcas en el cuerpo durante días, hizo sus *esconxuros* y recomendó a la madre de Ginés varios rituales que ella siguió con el mayor escrúpulo, como ahumar las ropas del niño cada día o llevarlo a dormir sobre la tumba de Ládio Pedreira.

Más allá del Arenal de las Monjas, entre maizales, viñedos y algunas casas, discurría el río del Barreiro, cuyas aguas movían cuatro molinos y servían durante todo el año para hacer la aguada. En los campos que lindaban con su cauce, extendida sobre la hierba, yacía siempre al menos una red, puesta a

secar por la mujer de algún marinero. De allí regresaban Carmiña y su madre por la carretera de Castilla cuando, cerca de la vieja iglesia, comenzaron a oír unas voces. La madre cogió la mano de la niña y apuró el paso. Por un momento, las voces se hicieron más inteligibles: pertenecían a varias mujeres distintas que declamaban con igual solemnidad, en un rumor monocorde como el que suena en el interior de un templo durante una oración. Carmiña trataba de frenar a su madre, pero esta se lo impedía, llevándola casi a rastras. Se encaminaron hacia el Arenal por la rúa Topete, bajo la sombra de los fermosos *lamigueiros* que años después serían talados a petición de los vecinos. Las voces se iban diluyendo en el murmullo de las olas, y pronto acabarían ahogadas por el ajetreo de las fábricas. Cuando ya casi habían llegado al convento de Nuestra Señora de los Remedios, Carmiña, dominada por la curiosidad, se soltó de la mano de su madre y echó a correr.

–*Onde vas, rapaza do demo?!* –vociferó la mujer.

Corrió tan deprisa como pudo, segura de que el cuerpo orondo de su madre le daría la ventaja suficiente. Los gritos atronaban a su espalda amenazando tormenta, y temía que las piernas se le desprendieran en cualquier momento. Pero nada la detuvo.

Enfiló hacia Roupeiro y, al ver que un carro de bueyes atravesado en la vereda le bloqueaba el paso, se escabulló por un sembradío. El rumor la guio hasta una arboleda, más allá de la abandonada iglesia de Santiago. Las vio a lo lejos, al pie de un *cruceiro* erigido a la vera del camino. Sudada y con las piernas cubiertas de polvo, Carmiña se acercó lentamente, sorteando las hojas secas, controlando los jadeos. Se escondió detrás de un árbol, y desde allí pudo al fin entender lo que invocaban las voces:

–*Toma, María* –recitaba una de las mujeres.

–*Trae, María* –contestaba otra.

–*Toma, María* –repetía la tercera.

Tres mujeres vestidas de negro rodeaban a un niño cabizbajo y se lo pasaban de unas a otras. Tenía las manos atadas en cruz por delante del cuerpo, y a Carmiña le pareció que estaba llorando. Cuando el muchacho levantó la cabeza y la vio, también ella quiso llorar. Ginés la miraba fijamente, como si la pequeña amiga de su hermana pudiera hacer algo por salvarlo. Pero ella se quedó tras el árbol, inmóvil, sin apartar los ojos: creía que sólo con estar allí ya lo aliviaba. De pronto, el muchacho la señaló, lo que detuvo brevemente la actividad de las Marías. Carmiña dio un respingo al creer que la había delatado..., pero no fue Ginés quien lo hizo.

–*Vas levar unha tunda que nin diola* –gruñó una voz a su espalda.

Carmiña consiguió esquivar el primer manotazo y trató de escapar, pero su madre la agarró por la camisa y ya no pudo evitar el segundo... ni todos los que vendrían después. Las Marías apenas prestaron atención al incidente y prosiguieron el ritual. Minutos más tarde, dos bueyes llegaron por la vereda

tirando de una montaña de hierba recién cortada. Desde la cima, una mujer dirigió unas palabras hacia el lado opuesto, y por detrás del forraje apareció un hombre que, sin inmutarse, se acercó a las Marías y desató las manos del muchacho. La ceremonia había concluido.

Tampoco esto sirvió para que el niño *enmeigado* llegara a ser como los demás. Prefería ir a la escuela antes que jugar con barquitos de madera o saltar por los botes y lanchas fondeados, como hacían otros muchachos de su edad. Pasaba las horas solo, vagando por la muralla o pescando pulpos y cangrejos entre las rocas. Solamente había una cosa que lo unía al resto: el camino que lo aguardaba.

En la *Santa Mariña* hubo siempre, desde que Ginés nació, un lugar reservado para él, un vacío que ocuparía cuando fuera lo bastante mayor para llenarlo. Así, al cumplir once años, entró a trabajar como *rapaz de a bordo.*

En un lugar como aquel, donde las supersticiones eran tan ciertas como el amanecer tras la noche, la llegada de Ginés fue recibida con recelo. Su padre ya no era un extranjero, pero los ecos del pasado resonaban en el aire cada vez que el niño *enmeigado* embarcaba.

Para el lance de la alborada, se levantaba en plena noche e iba llamando a los marineros casa por casa. Cuando estos llegaban, encontraban la *xeiteira* siempre dispuesta, bien surtida de agua, patatas y leña. Al finalizar la jornada, Ginés baldeaba y limpiaba de algas la embarcación, y dos veces por semana barría la mezcla de arena y desperdicios que se acumulaba en el *empanetado*. A pesar de sus esfuerzos, nada parecía satisfacer a la tripulación.

Ya habían pasado algunas semanas desde que Ginés empezara a trabajar en la *Santa Mariña*, pero en lugar de ser el marinero que soñaba, sus tareas lo convertían en criado de todos. Esto lo había sumido en un silencio y en una melancolía tal que ni siquiera su padre era capaz de mitigar, y que consolidaban su mala fama. Hasta que un día demostró que también él era marinero.

La tarde era apacible. El sol lamía con sus rayos las montañas desnudas y se deslizaba sobre el agua derramando hilos dorados que se dormían mecidos por las olas. En las aldeas del Morrazo, las sombras crecían, reptando como lagartos en busca de calor.

Ginés tenía a su lado el palangre, que descansaba en el cesto con los anzuelos mordiendo el borde como dientes hincados en la carne, y cortaba los tranchos que servirían como carnada. Permanecía en silencio, ajeno a la belleza del atardecer y a las indicaciones del *talelleiro*, que marcaba la derrota hacia la guarida de la bestia. Tras el crepúsculo asomarían en el cielo las Siete Cabrillas, esas estrellas apiñadas que anuncian la llegada del verano; es entonces, con el sol ya dormido, cuando muchos peces abandonan la

seguridad de sus refugios acuáticos para procurarse comida.

El palangre se hundía lentamente en el mar plateado, arrastrando los *anacos* de tranchos que Ginés había preparado como cebo. Asomado a la borda, el muchacho los veía desaparecer e imaginaba el mundo submarino al que se dirigían, la morada de los monstruos. De alguna manera, los envidiaba.

El tiempo transcurrió entre cuentos y refranes, graznidos de aves y el rumor de las olas. Pero Ginés no los oía. Estaba lejos, con sus pensamientos y su zozobra, dejándose arrastrar por una maldición que se cernía sobre él en cada silencio, en cada pregunta no contestada, en cada broma no reída.

Dos horas después, empezaron a recoger el palangre, que cobró vida cuando el primer congrio asomó la cabeza. A pesar de su discreto tamaño, arremetía contra los marineros con la fuerza de un gigante, resistiéndose a su suerte. Mientras Manuel Carrera sostenía la cuerda esquivando los latigazos que la cola asestaba al aire, Germán tomó la ronca para rematar la faena. Erró en el primer intento, en el que sólo uno de los filos cató la piel resbaladiza, pero en el segundo, una puñalada certera atravesó la carne. El animal aún dio unos últimos coletazos hasta que, finalmente, se abandonó.

La calma había vuelto a la *Santa Mariña*. El cebo había atraído varios abadejos y lenguados, y Evaristo ya había anunciado la retirada hacia la siguiente posta. Manuel Carrera se afanaba en recuperar los metros finales del palangre cuando, de repente, la cuerda volvió a tensarse. La sujetó enseguida, pero el pez tiró hacia el fondo con tal fuerza que el *halador* se fue de cabeza contra la roda. La cuerda resbaló quemándole la mano hasta que un anzuelo se le clavó en el dorso y la detuvo. Germán y Perfecto cortaron el cabo e irguieron a su compañero, pero, temerosos de perder la captura, lo dejaron solo y se apresuraron a ayudar a Evaristo y Ovidio, que habían logrado asegurar el palangre. Ginés, atónito, observaba la escena.

–¡Ginés, ayúdale!

El muchacho oyó la voz de su padre como si le llegara desde la otra punta de la ría, desde el otro extremo del mundo. Manuel Carrera estaba frente a él, mirándolo. La luz del farol le iluminaba la cara de un modo espeluznante, y una telaraña sanguinolenta le envolvía los ojos, en los que apenas se adivinaba el azul.

–*Axúdalle, rapaz!* –rugió Evaristo, volviendo la cabeza hacia él.

Entonces se fijó en la mano sangrante de Manuel Carrera, en el rostro enfermizo, y volvió en sí. Temió que se desplomara, que cayera por la borda. Ginés aún no sabía nadar, y creyó que nadie podría sacar a su compañero del agua. Miró a su alrededor en busca de alguna tela limpia, pero sólo encontró el

trapo mugriento que envolvía el cuchillo con que había cortado la carnada, así que se quitó la camisa y vendó la mano de Manuel con ella. En la cubierta, cerca de la proa, una cola oscura culebreaba entre las piernas de los marineros.

Poco después, Manuel ya se había sentado y bebía agua de un cazo. Estaba más calmado, con semblante sereno, y miraba agradecido a su cuidador. Los demás habían conseguido domar la extraordinaria pieza, que yacía inmóvil sobre la tilla del barco. Aliviados, los tripulantes de la *Santa Mariña* descansaban.

–*Coidado!*

Un sonido frío quebró la noche como una bofetada. Ginés y Manuel se volvieron hacia sus compañeros, que los miraban horrorizados: en el *empanetado*, un congrio que sobrepasaba los treinta kilos se les acercaba dando mordiscos al aire, con la empuñadura de una ronca sobresaliendo de su cola. Se movía como si aquel fuera su entorno, como si el único medio que conociese estuviera hecho de aire y madera y su alimento predilecto fuese la carne humana. Aquel monstruo delirante se burlaba de los marineros, convencido de que nada lo detendría. Manuel se apartó justo a tiempo para evitar sus dientes, y el animal se fue hacia Ginés. Sin pensarlo, el *rapaz* alcanzó el cuchillo que tenía a su lado y lo clavó en la cabeza de la bestia, que se quedó anclada al suelo y se fue apagando poco a poco hasta que dejó de moverse.

El viento bebía la humedad de su espalda y le erizaba la piel, pero Ginés estaba paralizado, aferrado a la empuñadura, consumiendo el aire con desesperación.

–*Caghondiola, rapás* –blasfemó Perfecto.

Inclinado aún sobre su presa, Ginés alzó la vista y encontró los rostros perplejos de los marineros. Y entre ellos, la sonrisa orgullosa de su padre.

El viaje de regreso transcurrió en silencio, y tampoco en la playa se pronunció palabra alguna sobre lo ocurrido. Pero al día siguiente, durante el *axexo*, a ninguno de los tripulantes de la *Santa Mariña* le sorprendió la orden que dictó el patrón:

–*Rapaz, á proa* –clamó Evaristo sin mirarlo.

Ginés obedeció, el pecho lleno de inquietud y los ojos brillando como cuando observaba la ardora. No podía creer su suerte.

Mientras el rizón estaba fondeado, el *inguado* que se arrojaba para atraer a los peces fluía hacia la popa, lo cual dificultaba la pesca desde proa. Pero Ginés era un niño con mirada de anciano, y recordaba cada lección aprendida a bordo y en el hogar igual que las de la escuela, ya tan lejana. Sin vacilar, tomó un cordel trenzado, un lastre de plomo y un anzuelo sencillo, de caña larga y punta doblada hacia dentro. Finalmente lanzó la *liña* al agua y sonrió, satisfecho, sintiéndose marinero por primera vez.

El primer día de pesca, un proel solía terminar la jornada sin captura y sin carnada; incluso sin anzuelos: *quedaba limpo*. Pero Ginés pescó esa noche más

piezas que ningún otro tripulante de la *Santa Mariña*. Fue así como el niño *enmeigado* murió para alumbrar al hombre que los demás patrones y armadores codiciaban, el que no necesitaba llevar a afilar los dedos a Palmeira, como se les decía a los más torpes, porque él era piedra, era filo y empuñadura.

Claro como estaba el futuro de Ginés, el de Carmiña se diluía en un mar de sombras. Su voz no era en su casa más que un murmullo, intuido pero nunca escuchado, tan imperceptible como una leve corriente de aire que se cuela por debajo de la puerta. Ya fuera una queja impertinente o un ofrecimiento desinteresado, sus comentarios siempre recibían como respuesta el silencio. No la consideraban digna de ser *mellorada* con la casa, ni lo bastante abnegada para hacerse cargo de sus padres cuando envejecieran. Como una *sella* que pierde agua o un reloj que ha dejado de dar la hora, de Carmiña nada se esperaba.

Pero conoció un hogar donde sus palabras no se confundían con el silbido del viento, donde se la aguardaba si llegaba tarde y se la echaba de menos cuando estaba ausente. Por eso a nadie le extrañó –salvo, tal vez, a ellos mismos– que los juegos y sonrisas que Ginés y ella habían compartido desde la niñez se convirtieran un día en una brisa cálida y juguetona que se colaba en sus sueños y los perseguía a todas partes, imposible de ignorar. Para ellos no hubo paseos hasta el molino ni encuentros poco fortuitos en la fuente de la Barroca. No deslizaban sus pasos a hurtadillas por las noches, huyendo de luces encendidas y miradas curiosas. Porque ya habían recorrido juntos todos esos caminos y se habían dicho ya todas esas palabras. El suyo fue un noviazgo de dos décadas.

Ruin madeira nunca dá boa estela.
[Ruin madera nunca da buena astilla.]

Era la época en que algunos todavía llamaban pueblo a la ciudad que comenzaba a emerger, y Sabela se agarraba a aquel nombre con el miedo y la esperanza de que todo permaneciera como hasta entonces. El pasado rezumaba una mezcla de dolor y mala suerte, pero era el futuro, con su incertidumbre silenciosa, lo que le aceleraba el pulso y alteraba su quebradiza calma.

Es bien sabido que las gentes de los pueblos son de naturaleza recelosa, pero el mar es capaz de aplacar la desconfianza. Quienes crecen bajo su caricia y se alimentan de su generosidad comprenden que es preferible ser aliados a enemigos, y que las mejores capturas se consiguen entre muchas manos. Los nuevos pobladores, originarios de lugares que también crecían al abrigo del mar, no eran muy diferentes a los vecinos de aquel Vigo: sentían el mismo frío que traspasa la piel y la carne y hace crujir los huesos, padecían el mismo viento salino que moja como lluvia, igual de tenaz e indolente. Tenían caras distintas, pero libraban las mismas batallas y albergaban el mismo deseo ciego de criar a un hijo que no sufriera la crudeza del mar. Sin embargo, el XIX estaba siendo un siglo de descubrimientos, y uno de los más importantes fue que la connivencia entre políticos y empresarios podía dominar el mundo. Y esto lo cambió todo.

Muchos habían llegado en las últimas décadas, hombres y mujeres que provenían de ciudades al otro lado del reino cuyos nombres apenas sabíamos pronunciar. Sus voces se mezclaban con las del pueblo en una sinfonía de notas desordenadas que, aunque extraña, seducía a quien la escuchaba. Pero si bien todos habían plantado sus apellidos en nuestra tierra, pocos se habían quedado para verlos medrar.

La familia de Ernest trajo consigo uno de los nombres que se habrían de perpetuar en el pueblo durante decenios, hasta mucho después de que se convirtiera en ciudad. Aunque nadie podía haberlo imaginado entonces, porque cuando llegó el primer Doré, palabras como «fomentadores» o «progreso» eran sólo letras puestas en fila, carecían de significado e intención.

Augusto Doré, el abuelo de Ernest, no vestía un traje elegante cuando bajó del coche que lo llevó al pueblo en la primavera de 1824, sino un chaquetón que bailaba sobre su cuerpo, y coronaba su cabeza un viejo sombrero devorado por la polilla. La piel de sus zapatos no relucía bajo el sol furibundo del mes de

mayo, ni sus ojos conocían aún aquella mirada inquisitiva que hacía sentir insignificante a todo el que lo cuestionara. Su cuerpo había menguado durante la travesía, y hasta el desnutrido macuto que cargaba sobre el hombro amenazaba con hacerle perder el equilibrio. En el viaje había ido alimentando la ilusión febril de que en aquel lugar enterraría todos sus pesares; la miseria no sería más que un mal recuerdo, y regresaría a casa convertido en alguien a quien los demás admirarían.

Su delirio se diluyó con las primeras lluvias de una nueva tormenta de primavera, se confundió con el lodazal que se abría ante sus ojos en la llanura del Arenal. Nunca se lo contaría a nadie, pero al ver aquella extensión sucia y pedregosa, abarrotada de embarcaciones vetustas y aparejos huérfanos, al inspirar el hedor profundo y amargo del pescado podrido, se echó a llorar. No se creía que aquel mar escondiese la riqueza de la que le habían hablado, que aquellas estelas de deshechos condujeran a unas aguas de las que sacar otra cosa más que ruina. En su cabeza pugnaron dos bandos y ninguno podía ganar. La necesidad que lo había obligado a recorrer más de mil kilómetros lo estaría esperando a su vuelta, en la charca desolada donde los peces se habían transformado en bancos de algas, por lo que marcharse sin nada resultaba impensable; sin embargo, la ría que tenía delante parecía tan fértil como un peñasco en la montaña. Pronto descubrió que se había equivocado.

Cada día, las aguas que Augusto Doré había creído estériles se llenaban de *xeiteiras* al morir la tarde. En el arenal decadente que había contemplado a su llegada, construyó un barracón donde secaba en tallas el pescado fresco que obtenía de los nativos a cambio de vino, licores y jabón. Una vez seco y prensado, enviaba el lote a Cataluña o al Levante y volvía a empezar, sin dilación, espaciando los descansos y apurando las noches, porque cada envío lo acercaba a convertirse en el hombre con que soñaba.

De cuando en cuando, desde el otro lado de la ría llegaban noticias sobre algún enfrentamiento entre lugareños y recién llegados. Se escuchaban siempre con curiosidad, pero se rechazaban con indiferencia, como historias acontecidas en un mundo lejano que nada tenía que ver con el suyo. El mar los hermanaba, y ese lazo rotundo y perentorio se prolongaba por toda la bahía; se miraban y sabían qué pensaba el otro, porque sus preocupaciones eran las mismas, y su objetivo, común. Aunque estas historias eran también una advertencia sobre la fragilidad de aquella armonía.

Al terminar la costera, Augusto volvió a casa, y meses después regresó al pueblo, acompañado de paisanos que buscaban procurarse una suerte mejor. Su chaquetón ya no bailaba alrededor de un cuerpo huesudo, y había sustituido el viejo sombrero por una barretina. A su vez, el pueblo también había cambiado: en la playa donde había levantado su barracón empezaban a aflorar otros similares al suyo, y las prensas que había confiado a un vecino habían desaparecido. Todo lo que había construido se había desmoronado en

su ausencia, como un castillo de naipes que el viento derriba en un parpadeo. Fue entonces cuando asumió que el éxito despertaba odios y envidias que la amabilidad nunca apaciguaría. Y decidió no mirar atrás.

Desde aquella primavera, cada año se producía en el pueblo una invasión silenciosa, y sus habitantes, acostumbrados a las muchas incursiones vividas durante siglos de historia, se limitaron a esperar. La abuela decía que eran como las *anduriñas* que anidaban bajo los soportales en otoño: se detenían en el pueblo sólo un momento para marcharse cuando los días de calor terminaban. La invasión de los fomentadores fue diferente a la que visigodos y romanos habían llevado a cabo tiempo atrás; más gradual y sigilosa, pero igual de incontrolable.

La ría mudó de rostro tan lentamente que nadie lo advirtió hasta que ya fue tarde. Las tímidas *xeiteiras* eran devoradas por las jábegas, que requerían la fuerza de animales de tiro y docenas de hombres para barrer el pescado del mar, y el *escochado* tradicional sucumbía ante la industria de la salazón, que había llegado para someternos y alimentarnos a partes iguales.

Por aquel entonces, los enfrentamientos habían dejado de ser ecos que resonaban en la distancia para convertirse en un odio espeso y ponzoñoso que casi se podía tocar. Los nativos obstruían con piedras los fondos de las postas donde se largaba la jábega catalana, y llegaron a destrozar embarcaciones en Corcubión. En Cee, las mujeres salieron un día al encuentro de los foráneos con palos y piedras, exigiéndoles que respetaran las artes tradicionales, mientras las campanas de la iglesia tañían como si estuvieran anunciando el Juicio Final. Se quemaron casas y fábricas, y los fomentadores respondieron abriendo troneras para arcabuces y esmeriles en las paredes de sus factorías y armando a sus empleados, que hacían fuego ante cualquier imprevisto, incluso cuando un barco pretendía guarecerse de una tormenta en su muelle.

Nada quedaba ya de aquellos hombres enjutos y desesperados que habían llegado años atrás. Habían cambiado inocencia por astucia; trabajo, por poder. Sus rostros ya no eran los curtidos por el sol y el salitre, ni sus miradas las que, tiernas, habían recibido casi con lágrimas las primeras redes cargadas de sardinas. Estaban henchidos de vanidad y llevaban de la mano a los vástagos de la abundancia, aquellos nombres para los que se reservaba el trono desde el que gobernarían el futuro. Las mujeres lucían vestidos de gro y echarpes de raso; los hombres, fracs relucientes y camisas de holanda. Eran como animales extraños venidos de un nuevo mundo. Aunque, en realidad, era al contrario: el mundo nuevo era el nuestro. Nosotros éramos pobres y lo teníamos todo; ellos eran ricos y no tenían nada. Por eso se lanzaron a buscarlo.

La abuela hablaba a Sabela y Carmiña de aquello, de cómo el pueblo alumbró a una nueva criatura, una ciudad fatua y prodigiosa que cambiaría la suerte de los que vivieran en ella. El paisaje del Arenal se transformó ante los ojos impasibles del mar; lo que antes fuera una playa sosegada se convirtió en

un barrio atrapado bajo el peso de las fábricas. El bullicio conquistaba las calles, y por el pueblo se difundían noticias acerca de los comercios y almacenes que abrirían en las próximas semanas. Nada quedó del trabajo pausado de los marineros ni del murmullo del río del Barreiro. Nada, ni siquiera el nombre: el antiguo Arenal de las Monjas, bautizado así por el convento de Nuestra Señora de los Remedios, empezó a conocerse como el barrio de los Catalanes. Poco tiempo después nació Próspera, y la playa nunca volvió a ser el arenal calmo que otrora había sido, cuando la abuela era niña. Sin embargo, para nosotras, la sombra de los edificios sobre la arena era un reloj, y la algarabía que llenaba los rincones, la voz del barrio. Por eso siempre supe que acabaría allí.

Próspera era la familia Doré, y la familia Doré era Próspera. No se podía distinguir la una de la otra, porque eran, en realidad, la misma cosa. Augusto Doré contaba que la palabra le había llegado en sueños, tal era su dedicación a la empresa. Pocos sabían que aquel era el nombre de la cabaretera de un espectáculo de variedades que ningún hombre de su posición hubiera admitido conocer.

Próspera se elevaba hacia el cielo con la majestuosidad con que se erigen los grandes sueños, manteniendo su mirada de vidrio y madera fija en el mar y respondiendo con firmeza a cada temporal que la desafiara. Dormida, se parecía a cualquier otro edificio de los que flanqueaban el arenal, callada y expectante frente al rumor de las olas. Pero al despertar, con los ojos encendidos y la tripa rugiendo, provocaba que el viandante apurara el paso, movido por el temor absurdo, y a la vez incontestable, de que el gigante se liberase y arrastrara sus raíces en una persecución esperpéntica.

Una grieta brotaba del portalón de acceso a la fábrica y buscaba el este saltando de ventana en ventana. Había nacido tímida, pero cada noche crecía un centímetro, empañando la confianza que todos habían depositado en Próspera. El mundo de Augusto estaba viniéndose abajo, derrumbándose como el tosco barracón que había levantado en la incierta primavera de 1824. Y, al igual que hiciera entonces, el abuelo de Ernest también pensó en abandonar, marcharse de la casa con toda la familia. Un día, sin embargo, la grieta se detuvo. Quedó el recuerdo de aquel tiempo grabado para siempre en el rostro de Próspera, una cicatriz que, lejos de proyectar debilidad, definía su carácter y reafirmaba su poder.

El día que Sabela entró por primera vez aún no había amanecido, pero se asomaban ya algunas lenguas de luz azulada. Atravesó la inmensa boca de Próspera colgada del brazo de Carmiña, apenas un soplido caliente dentro de sus ropas negras. A pesar del luto, persistía en los ojos de su amiga el brillo de quien siente tener una vida por delante. Tras él se escondían las noches en que ahogaba sollozos entre las manos, y sus tentativas, siempre malogradas, de escapar de un lugar donde los recuerdos pesaban incluso más que las horas.

Diferentes en casi todo, ambas compartían la mirada inquieta y confiada de la juventud, la misma que domina los sentidos y refleja la ingenuidad de quien cree poder evitar los errores de sus padres, la desdicha de sus antepasados. Cuando contemplaron aquel patio salpicado por las luces del alba, sonrieron, cómplices, desconocedoras aún de la oscuridad que anidaba en el corazón de Próspera. Se sentían radiantes, afortunadas por haber dejado atrás las húmedas noches bajo los soportales, donde tantas veces habían esperado a que los marineros regresaran de sus jornadas más o menos venturosas: amables y risueños cuando sucedía lo primero, irascibles y taciturnos cuando ocurría lo segundo. Eran felices, y su felicidad ahuyentaba las palabras de quienes les advertían. ¡Qué sabían ellos!

Desde lo alto de la escalera metálica que daba entrada a su despacho, observando junto a su padre la llegada de las trabajadoras, Ernest acariciaba con la mirada el pelo suelto de Sabela, aquellos mechones que se retorcían sobre la abertura de su camisa hasta perderse entre sus pechos.

Cada un sabe as liñas coas que cose.
[Cada uno sabe los hilos con los que cose.]

Tenía el cabello oscuro y ensortijado, con un centenar de recovecos que quiso explorar en cuanto lo vio. A Sabela le divertía recordar –al menos, al principio– que había sido ella la que se había fijado en él, ese afán infantil de tener ventaja sobre el contrario. Él decía que se había enamorado a primera vista, el día que la vio entrar en la fábrica, y ella se lo dejaba creer. Porque en realidad la había visto casi dos años antes, en la alameda. Una mujer lo acompañaba; estilizada y elegante, parecía flotar sobre la tierra áspera, como si el polvo del camino se apartara para no deslucir su vestido ni enturbiar su visión. Por una vez en su vida, Sabela deseó ser otra persona, tener otro nombre, vivir en otro lugar. ¡Cuánto se arrepentiría de ello! Ernest caminaba exhibiendo su porte de caballero, diseminando un encanto despreocupado que apenas necesitaba fingir. Pero aquel sólo era uno de tantos disfraces a los que se había acostumbrado. El primero lo vistió a los once años.

Como cualquier niño condenado a encargarse del negocio familiar, Ernest debía recibir una educación que garantizara la unión duradera entre su apellido y la empresa. Antes que él, su hermano había corrido la misma suerte, y desde entonces sólo compartían juegos en Navidad y veranos alternos. Carles pasó de ser su único apoyo a convertirse en una habitación vacía al otro lado de la pared y alguna carta perezosa que Ernest a duras penas entendía. Por eso, lejos de disgustarse, el pequeño recibió la noticia con gran ilusión.

El internado era un regio edificio de ladrillo rojo y campanas siempre puntuales. La mañana en que Ernest llegó, el sol incendiaba las paredes, y la hierba que alfombraba los jardines resplandecía con infinitas gotas de rocío. Cuando se reencontró con su hermano apenas lo reconoció. Había transcurrido menos de un año desde la última visita de Carles, pero el muchacho desgarbado al que recordaba le parecía ahora el hijo de un príncipe. Al verlo vestido con el frac, la corbata y el sombrero de copa, Ernest supo que todo lo que quería era ser como él. Sin embargo, en la vida que Carles había construido en el internado durante los últimos años no cabía su hermano pequeño. En lugar del amigo al que tanto extrañaba, Ernest halló a un desconocido con el que sólo compartía el apellido y que evitaba cualquier contacto con él. Más tarde comprendería que tal era el precio que debían pagar por los privilegios de su nombre: cambiar familia por deber, afecto por disciplina, humanidad por poder.

Pasadas unas semanas, los esfuerzos para acercarse a su hermano se desvanecieron, y Ernest fue creando un mundo hermético y angosto en el que nadie quería entrar. A menudo se acordaba de su casa, de sus padres, de la limonada recién hecha en las tardes calurosas o del chocolate espeso en invierno, y se echaba a llorar. Nunca lo hizo delante de su hermano. Nunca, excepto la madrugada de la fiesta en el pueblo.

Estaba siendo una noche bochornosa, llena de horas que a Ernest le parecían interminables. El pijama se le pegaba, envolviéndolo como una segunda piel, y llegada la medianoche aún no había logrado quedarse dormido. A lo lejos centelleaban las luces de la fiesta, y el pequeño imaginaba allí a su hermano comiendo dulces, divirtiéndose con los amigos que él no tenía, celebrando el final de su último curso. Carles vivía en una de las casas del pueblo, y sólo iba al internado para sus clases y sus partidos de críquet, mientras que él pasaba en la escuela todo el tiempo. La residencia estaba casi vacía; muchos se habían marchado ya de vacaciones y otros lo harían al día siguiente. Salió del cuarto y se dirigió hacia el baño de la planta principal. No necesitaba luz alguna: conocía cada escalón, cada descansillo, cada muesca en la pared. El suelo de piedra refrescaba sus pies descalzos, y el pijama se le había despegado de la piel. Pensó que por fin conseguiría dormir cuando regresara a su habitación.

No oyó ningún ruido hasta que alcanzó el último peldaño. Se detuvo y aguantó la respiración, pero sólo escuchó, tenue y sigiloso, el gotear de un grifo cercano. Avanzó despacio, con la inquietud palpitando bajo sus costillas como un reloj impaciente. Sobre el eco sordo de los pasos comenzó a oír un sonido húmedo y afanoso. Apenas podía pensar. Temía que sus respiraciones lo delataran, que los violentos latidos de su corazón fueran audibles. Algo irresistible lo empujaba hacia aquel lavabo. Nunca fue un niño valiente, pero el miedo se había convertido en una pluma ante el peso insoportable de la curiosidad. Vacilante, se asomó.

Los rayos de la luna lamían los espejos y baldosas a través del tragaluz que daba al patio, concediéndoles un aura misteriosa que lo hizo estremecerse. Una silueta se escondía entre las sombras: un muchacho recostado en la pared, de pie, mirando hacia el techo. Ernest entornó los ojos y pudo ver que había otro arrodillado a los pies del primero, meneando el brazo frenéticamente. Parecía que lo golpeaba entre las piernas. El que estaba erecto dijo algo, y el otro dejó de sacudir el brazo y acercó la cabeza a su compañero, que la sujetó y comenzó a movérsela adelante y atrás. Una especie de ronroneo se mezclaba con un sonido gutural, como si alguno de ellos se estuviera atragantando. De pronto, el joven apoyado en la pared dio un respingo y lanzó un quejido agudo y doliente, mientras se retorcía de manera semejante a un gusano al que se le clava un alfiler. Después, sólo quedó el goteo. Hasta que su hermano se giró y lo vio, Ernest no se dio cuenta de que estaba sollozando.

Subió corriendo la escalera, pero tropezó y cayó sobre el descansillo, al pie de un ventanal. Carles lo alcanzó, lo agarró por el cuello del pijama y lo levantó un palmo del suelo.

–*Com diguis una sola paraula, et mato.*

En sus ojos vidriosos se reflejaban las luces del pueblo. A Ernest le parecieron diabólicos. Quiso hablar, pero temía que la mandíbula se le rompiera si trataba de hacerlo. Estaba aterrorizado: aquel no era su hermano, sino un extraño que lo despreciaba y al que creía capaz de cualquier cosa.

–*M'escoltes, mocós?* –Carles lo hizo reaccionar con un zarandeo.

Ernest asintió y su hermano lo dejó caer sobre la piedra. Se limpió las lágrimas con la manga del pijama y vio cómo Carles descendía la escalera. Cuando llegó abajo se dio la vuelta, lo miró y lo señaló con desdén.

–*I canvia't els pantalons!*

Ernest se había orinado encima.

La imagen de Carles inclinado sobre aquel joven lo persiguió durante todo el verano, y la distancia que los separaba creció aún más. Ya ni siquiera compartían pared en casa: Ernest insistió en trasladarse a otra habitación, lejos de su hermano.

La vuelta al internado fue más dura de lo que esperaba. Se sorprendió de cuánto había dependido de la vaga e intermitente presencia de Carles, y su aislamiento lo acabó transformando en el muchacho templado y observador que sería más tarde.

Tras su etapa en Inglaterra, Ernest tuvo que estudiar la carrera que su padre había decidido, pero fue libre para escoger la universidad, por lo que se marchó a Francia, donde nunca coincidiría con su hermano. Para cuando terminó los estudios, era ya la persona que conocí: de aspecto seguro y distinguido, fascinaba a las mujeres a la vez que se ganaba el respeto de los hombres; la vida era una obra de teatro, y convertirse en espectador o tramoyista eran opciones a su alcance. Ya no era el niño retraído y de frágil contextura, invisible ante todos, sino un adulto dueño de cualidades que lo convertirían en lo que él quisiera. Y eligió dirigir el mundo desde los mandos de la industria.

A diferencia de su hermano, Ernest no empuñaba las palas de madera para remover la salmuera en los *píos* –lo consideraba un juego de niños–, por lo que aprendió el negocio sin pisar la fábrica. Su inteligencia y formación fueron el único aval que su padre necesitó para confiar en su criterio, y el patriarca no tardó en advertir que el futuro de la empresa estaba en su hijo menor. Ernest apenas llevaba un año en Vigo cuando los capataces empezaron a acudir a él para cada consulta, petición o sugerencia: todos sabían que el apellido que daba nombre a Industrias Doré era ya el suyo.

Ernest detestaba a las muchachas refinadas que había conocido durante sus años en el extranjero. Al igual que las hijas de los amigos de sus padres, le

parecían exóticas aves amaestradas, educadas para deslumbrar y entretener, actrices que interpretaban un papel para el que no tenían suficiente talento, no muy distintas a las mujeres de alto oficio y baja alcurnia con las que había alternado en su noctámbula juventud. Pero entonces conoció a Sabela, la de la ropa marchita y la cara lavada, la que encendía la noche y apaciguaba el día. Entre los rostros tostados por el sol y la suerte, ella permanecía siempre pálida, inevitablemente única. Las otras mujeres de Próspera eran incansables animales de carga; muchas de ellas todavía jóvenes, pero con semblantes que retrataban la aspereza de la miseria y cuerpos deformados por los hijos y el trabajo. De brazos robustos y caderas anchas, eran perfectas para la fábrica. Sin embargo, Sabela, nacida y criada en la Ribera del Berbés, donde las mujeres sólo engendraban niños que aprenderían a pescar y niñas que se dedicarían a servir, se elevaba como una música silenciosa, incomparable y sublime. Ernest la quería. La quería para él.

Durante generaciones, las mujeres habían cosido y reparado redes, pero no eran *redeiras*; habían hilado cáñamo, algodón y tucum de Brasil, aunque nadie las conocía como *fiadeiras*; incluso había quien se resistía a llamar *pescantinas* a las que, protegidas en plena madrugada sólo con un chal de lana que parecía mermar con las horas, compraban pescado en la orilla y caminaban descalzas por las veredas para venderlo en pueblos a kilómetros de la costa. Nadie las conocía por el nombre del oficio que desempeñaban, porque todas esas labores no eran sino trabajos que, como hijas, esposas y madres, debían realizar. Pero desde hacía poco tiempo, la industria las había urgido a convertirse en atadoras y llamadoras, en acarreadoras y salazoneras, y Próspera tenía que ser, también en esto, ejemplo de progreso y modernidad. No obstante, situarse en la vanguardia no era el único motivo para contratar mujeres. Había otro, una de esas ideas que surgen en las reuniones de sombreros de copa alta y licores importados y se propagan rápidamente: a las mujeres se les podía remunerar con un salario muy inferior al de los hombres. Aunque sus jornadas se alargaban tanto como las de sus compañeros, ellas –al igual que los niños– seguían siendo trabajadores de segunda, y así se lo hacían saber cada domingo, cuando recibían el jornal de la semana. Aquella era una realidad forjada con el tiempo y tolerada como la lluvia o la muerte. Ninguno de los empleados se atrevió nunca a elevar una voz de protesta: ellos, porque tenían mucho que perder; ellas, porque no sabían que podían ganar.

El padre de Ernest se había mostrado reacio. Sentía la misma incertidumbre que lo había rondado cuando puso a su hijo a cargo de Próspera. Ernest lo acosó durante semanas, lo persiguió de un lado a otro enumerando las ventajas que las mujeres supondrían para la empresa: «¿Cómo quiere que entremos en el siglo XX, padre?». Al señor Doré, de aspecto hercúleo en otro tiempo, aquellas palabras le producían temblores similares a los de la gripe rusa que se lo llevaría en el invierno de 1890. Para él, lo

desconocido suponía una amenaza, y el paso de los años, la certeza de renunciar al negocio. Si bien se resistió en un principio, sabía que, aunque endebles, las mujeres no poseían el carácter conflictivo de los hombres, no mostraban la tendencia obstinada de estos a las peleas ni simpatía alguna por la bebida. Eran, en muchos sentidos, la mejor elección, por lo que acabó cediendo ante el entusiasmo y la insistencia de Ernest. No pasaría mucho tiempo hasta que empezara a arrepentirse.

Máis vale patrón dunha chalana
que mariñeiro dun navío.
[Más vale patrón de una chalana
que marinero de un navío.]

Durante años, los días pasaron sin detenerse ante la duda o el miedo que atenazan, como la helada, los músculos de los débiles. En torno a la Ribera, barcas y artes cambiaron de manos, y el viejo *xeito* fue arrastrado por la fuerza incontrolable de la jábega, que atraía a los marineros hacia los fomentadores como el canto de una sirena. Pero nada cambió en casa de Sabela, como no lo hizo en la *Santa Mariña*. A pesar de que la *xeiteira* había dejado el Berbés para dormir en el Arenal, y de que eran los Doré quienes pagaban a la tripulación, ella siguió navegando, siempre reluciente y orgullosa, ignorando las denuncias y conflictos que se sucedían a su alrededor, protegida por el joven de dedos finos al que nunca le crecieron las manos. Sin embargo, llegó un día en que su lugar en la *Santa Mariña* dejó de ser suficiente. Ginés iba a convertirse en marido y, más pronto que tarde, en padre. Por eso comenzó a anhelar una promesa de algo mejor, algo a lo que bautizar y proteger como a un niño. Así nació *La Maragata*.

Todos habíamos escuchado alguno de aquellos relatos que, como parábolas, nos alertaban sobre los peligros de préstamos y deudas. Ya fueran campesinos que habían padecido los envites de una mala cosecha o marineros incapaces de resistir hasta la llegada de la próxima costera, no faltaba quien se lamentase de haber hipotecado sus tierras o sus aparejos por unos sacos de cereal o un puñado de reales. A veces los perdían por no poder liquidar la deuda; otras, conseguían reunir el dinero *in extremis*, para descubrir con impotencia que el usurero se había ausentado del pueblo el día del vencimiento.

Antes que los fomentadores, otros habían ostentado la función de prestamistas en el pueblo. Todos habían muerto o se habían marchado tiempo atrás, pero quienes fueran sus deudores sentían su presencia de noche por las calles, como si la muerte y la distancia no pudieran detenerlos y regresaran, una y otra vez, para recordarles la decisión que acabó arruinando sus vidas. Pese a todo, el osado cree que no está hecho para vestir la piel de los demás, por lo que, sin importarle cuántas veces hubiera oído esas historias, Ginés decidió arriesgarse.

La Maragata vino al mundo bajo la sombra de los Doré, en las mismas

entrañas de Próspera. El padre de Ernest sufragó los gastos y armó la *xeiteira*, igual que armaba la *Santa Mariña* y otras muchas embarcaciones que desenmallaban sus redes frente a la fábrica. Convertirse en *patriano* tenía un precio que no todos estaban dispuestos a pagar, pero a Ginés le costaría únicamente un tercio de cada lance, que debería entregar todos los días que faenase hasta que la deuda quedara saldada. Esta generosidad sin fecha de expiración no era gratuita: sólo así lograban mantener cerca al muchacho de los dedos finos. Ginés podría abandonar la *Santa Mariña*, pero seguía perteneciendo a los Doré.

La *xeiteira* iba a navegar por primera vez el día de la Virgen del Carmen, y a Ginés le pareció que no existía mejor augurio para él y su futura mujer. Era una lancha pequeña, de algo más de cinco metros de eslora y dos escasos de manga, pero sus finos acabados compensaban sus modestas dimensiones; del plan a la cinta, *La Maragata* relucía como si estuviera carenada de oro. Tenía seis remos, dos para cada bancada, y en todos ellos se había grabado o bien la cruz de Santiago, o bien el nudo de Salomón, o bien una circunferencia dibujada de un solo trazo, la cual garantizaba que ningún alma perdida pondría en peligro a la tripulación.

Todo el Berbés asistió a la botadura, inundando la playa del Arenal de curiosos y allegados: abejas industriosas venerando a su reina. Los niños aparecían por doquier con *xestas* y ramas de laurel que colocaban en popa y proa para invocar el buen tiempo, y una vecina dejó una ristra de ajos en la *pía*. El padre Miguel bendijo *La Maragata* salpicando agua con una rama de *acebiño* mientras rezaba un paternóster, en el único momento de solemnidad de la fiesta. Ginés estaba exultante, casi mareado. Sonreía y miraba a sus padres, a Carmiña. Me hubiera gustado saber en qué pensaba. Pocos días como aquel se vivían en el pueblo, y aún menos entre los habitantes del barrio marinero. Para los que exponían su vida al mar, verter vino sobre las tablas del barco o lanzar a una muchacha sobre las redes para comprobar si quedaba mallada –señal de que también lo haría el pescado– eran mucho más que rituales, eran el modo de alejar sus temores y de intentar controlar algo que se escapaba a su control.

La víspera, Sabela y Carmiña se habían esmerado en adecentar la casa como si fueran las fiestas del Cristo, y esa misma mañana habían cocinado una *caldeirada* de pescado para convidar a familiares y amigos. Sólo permanecían en la playa los más rezagados cuando Ginés, tirando de las mangas de la camisa, se volvió hacia su hermana.

–¿Os disgustaréis si tardo un poco en ir?

Sabela lo miró, extrañada:

–*Non. Que foi?*

–*Quero saír un pouco* –le respondió, admirando *La Maragata*.

Su hermana sonrió y se acordó del niño *enmeigado*, olvidado ya por todos,

el que jugaba con ella y Carmiña a la brocha y a las rayas. Se sintió vieja de repente, como si ella fuera la hermana mayor, o incluso una madre que dice adiós al hijo que parte del hogar. Una sensación oscura ascendió por su pecho, tan imperiosa que la obligó a subirse a *La Maragata* para dejar su escapulario en el tambucho mientras Ginés se despedía de unos vecinos.

Desde la muralla, camino del Berbés, Sabela veía cómo *La Maragata* alejaba a Ginés del pueblo. Su hermano se perdía hacia el ocaso, un ser minúsculo en una ría que más allá se convertía en mar, un mar que más allá se convertía en océano. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se acurrucó dentro de su paño de lana, pero una inquietud seguía helando su cuerpo. Trató de calmarla inspirando profundamente y rezando una oración, como hacía desde niña cuando su padre y su hermano tardaban en regresar. De nada sirvió.

Hai demos con fortuna e santos sin ninguna.
[Hay demonios con fortuna y santos sin ninguna.]

San Cosme fue un médico natural de Arabia que vivió en la segunda mitad del siglo III. Al igual que su hermano gemelo, Damián, que compartía vocación con él, no aceptaba pago alguno por sus servicios, contradiciendo la costumbre de la época. Durante la persecución a los cristianos, ambos fueron apedreados y crucificados, ahogados y quemados, pero la muerte no los alcanzó hasta que el verdugo separó de sus cuerpos las cabezas que tanto habían discurrido para encontrar remedio al dolor ajeno. Realidad o fantasía diseminada por las voces y los siglos, sus nombres permanecen aún hoy ligados a las obras y milagros que se les atribuyen.

Poco o nada sabían de esta historia los habitantes del pueblo cuando empezaron a llamar san Cosme al hombre enjuto y encorvado que vivía al final de la rúa Sombrereros. De lo contrario, jamás le hubieran deseado tal suerte.

Antes de ser santificado por sus vecinos, Cosme era sólo un hombre de mar, uno más entre tantos. Todavía era un niño cuando su padre falleció y él y sus hermanos tuvieron que echarse a la mar como alevines en busca de sustento. Ya en la adolescencia, ante la partida de los hermanos que contraían matrimonio, y a falta de hermanas que asistieran a su madre en los últimos años, Cosme decidió entregar su vida a dicho propósito. Ninguno se opuso a su deseo de permanecer en la casa familiar, ninguno alzó una voz de protesta ni respondió con un gesto diferente de una sonrisa aliviada.

La primera vez que llegó a sus oídos el nombre de san Cosme, sus ojos resplandecieron como si lo hubiera estado esperando toda la vida, y a sus lozanas mejillas asomó una brizna de calor. El pueblo entero lo admiraba por su abnegación y su bondad, y él se alimentaba de las alabanzas del mismo modo que sus vecinos lo hacían de su altruismo. Fuera por su empeño en corresponder a tan sacro apelativo o, tal vez, por la mirada untuosa con la que se dirigían a él, Cosme nunca pudo negar su ayuda a quien se la pedía. Por su puerta entraban mujeres y hombres, niños y ancianos, a cualquier hora del día o de la noche. Ayunaba para dar de comer a los que lo rondaban, pasaba frío por vestir harapos, pescaba para mantener a las bocas que lo adulaban. Cuando cumplió cuarenta años, era ya un anciano.

Pero un día se desató la tempestad. No fue más feroz ni devastadora que otras muchas que habían sobrevenido antes y sobrevendrían después de aquella noche, sin embargo, cambió para siempre la vida de san Cosme.

El ignorante prefiere ver en la desgracia una condena por las malas obras antes que aceptar que la mala suerte y sus caprichos pueden alcanzar a cualquiera y arrastrarlo hacia el abismo. Piensa que salvando a los justos y castigando a los impíos, Dios equilibra una balanza divina.

De beato, Cosme pasó a *enmeigado*, sin patrón que lo gobernase ni conjuro que lo exorcizara de sus males. Entre todos le habían enseñado a ser santo, pero tuvo que aprender por sí solo a ser diablo. Se transformó entonces en una sombra, un aparecido, un repudiado al que el mismo Mexilón temía acercarse. ¿Y qué otra opción tiene un hombre invisible... más que desaparecer?

Mirei as naves arder, vin volto en volcán o mar,
lume a auga encender, homes no aire correr,
leños no fogo andar.
[Miré las naves arder, vi vuelto en volcán el mar,
fuego el agua encender, hombres en el aire correr,
leños en el fuego andar.]

Un bucle de su cabello, unas cartas consumidas por la sal y el tiempo, y el vago eco de una voz que se perdía entre el viento y las olas hasta llegar a Cuba. Esos eran todos los recuerdos que Lorenzo conservaba de Catalina.

Cuando la vio por vez primera, ella aún no había cumplido dieciocho años. Él tenía treinta y dos y llevaba viudo desde que su mujer alumbrara a su única hija. Su familia lo apremiaba para que se produjera una nueva unión, por el bien de su hija y del suyo propio, pero Lorenzo no había logrado despegarse todavía del recuerdo de su esposa. Hasta que apareció ella.

Tenía una tez blanca y resplandeciente, casi translúcida, y unos ojos almendrados y profundos como la noche en el mar. Su rostro era serio pero aniñado, y lo enmarcaban dos tirabuzones de cabello rubio que acariciaban sus delicadas clavículas. Se enamoró nada más verla. A ella le atrajo Lorenzo por su seguridad y su sonrisa... Y por la oportunidad que le brindaba de tener un hogar lejos de la figura adusta de su padre. Mas la mano de Catalina tenía un precio elevado, y su dueño no dejaba de repetírselo a Lorenzo. Por eso se embarcó hacia las Indias.

Al igual que otros altos funcionarios, Lorenzo compró su cargo al rey. Capitanearía *La Trinidad* a cambio de un anticipo del montante que debía liquidar en la colonia, un total de sesenta mil escudos para emprender un viaje que a muchos les costaba la vida. La flota de Tierra Firme partió de Cádiz el 19 de julio del año 1699, y tras dos meses de navegación alcanzó su primer destino: Cartagena de Indias. Al atraque asistieron las autoridades locales y los funcionarios encargados del cobro de impuestos, quienes trataban la mercancía con celo y a los marinos con suspicacia. Los cargueros, que desfilaban por los planchones de madera cual afanosas hormigas, alimentaban una caravana de carromatos y carretas que se prolongaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista. La llegada de la flota marcó el comienzo de la feria local en Cartagena, como lo haría después en Portobelo, donde se alargó durante casi dos meses. En conjunto, obtuvieron veinticuatro millones de escudos en oro y plata por la venta de las mercancías europeas. Desde allí,

pusieron rumbo a Cuba.

Con dos castillos y gruesas murallas, que protegían la ciudad de cualquier ataque por mar, no había plaza más fuerte ni lugar más seguro en las Indias Occidentales que La Habana. La carga de metales preciosos, maderas nobles y tabaco se realizó en poco tiempo, por lo que, a finales de julio de 1700, una vez carenados los cascos y reparados los velámenes y las arboladuras, el convoy estaba listo para zarpar. Sin embargo, un mes más tarde aún no les habían concedido el permiso. Cuando llegó a sus oídos la noticia de que corsarios ingleses y filibusteros vigilaban cada movimiento en las aguas, Lorenzo comenzó a inquietarse. El tiempo transcurrido le había bastado para cancelar la deuda contraída y hacerse con una pequeña fortuna –amén de para aprender a manipular los registros–; pero las cartas de Catalina delataban la preocupación, por él compartida, de que su padre, cansado de esperar, decidiera entregar su mano a otro hombre.

En septiembre, la llegada de huracanes a las Bermudas confirmó los temores de Lorenzo, que vio como el regreso se aplazaba hasta el año siguiente. La mercancía se descargó para guarecerla tras los muros de la fortaleza, los navíos fueron desarmados y la tripulación, licenciada.

El año 1701 discurrió para Lorenzo entre la desazón y la paranoia. Las semanas que antes se colaban entre las cartas de Catalina se habían convertido en meses. En mayo, la llegada desde Veracruz de la segunda flota procedente de Nueva España con el cargamento de las Indias Orientales hizo prever una salida inminente; sin embargo, la orden de zarpar no llegó. La envergadura de tamaña empresa abrumaba al capitán general de la flota de Tierra Firme, Manuel de Velasco y Tejada, que decidió enviar un barco a Cádiz para requerir una escolta. El francés Felipe V, recientemente coronado rey de España tras la muerte sin herederos de Carlos II, satisfizo la petición designando a François Louis Rousselet, marqués de Châteaurenault, para tal propósito. La dilación de los trámites se tradujo en otra larga espera, que retrasó la partida durante casi un año más.

El 11 de junio de 1702, Lorenzo regresaba por fin a casa, y desposarse con Catalina era su mayor deseo. Habían pasado tres años desde su último encuentro, pero el anhelo por su boca seguía intacto; fue su recuerdo el que venció cada tentación, el que mantuvo viva la llama. Ya se habían desvanecido la incertidumbre y el miedo a una negativa. Los dejaba atrás, en las Indias. De allí volvía con un presente para ella que convencería a su suegro y a cualquiera que pusiera en duda la conveniencia de su enlace. Pero ese día, entre el sonido de pífanos y tambores, entre las salvas de honor y los gritos de despedida, Lorenzo sólo podía pensar en el inmenso océano que lo separaba de casa y en los peligros que escondía.

La capitana *Jesús, María y José* abría la flota, seguida de catorce galeones mercantes y dos pataches militares. Los galeones de guerra del almirante José

Chacón y su hermano Fernando cerraban el convoy español. Detrás, los veinticuatro navíos y fragatas de la escuadra francesa escoltaban el que era, según algunos, el mayor tesoro que había atravesado los mares.

El viento era favorable y el mar respiraba tranquilo, mas los piratas acechaban en la distancia, esperando que algún galeón se alejara de la protección del grupo. Había, sin embargo, algo más amenazador que los piratas y más imprevisible que los temporales. Ya casi habían alcanzado las Azores cuando, avivados por el calor y la humedad, los lupanares de La Habana dejaron sentir su virulencia. A las enfermedades venéreas se sumó un brote de fiebre amarilla, lo que acabó provocando un centenar de muertos.

El final de la travesía estaba cerca. Lorenzo lo percibía en el aire, cada día más embriagado de azahar. Incluso el color del océano parecía reverdecer. Pero los peligros que hasta entonces habían sorteado los aguardaban en casa. Dos barquitas salieron a su encuentro desde Sevilla con terribles noticias: la guerra por la sucesión al trono había llegado a la Península, y Cádiz estaba sitiada por setenta navíos y más de diez mil hombres capitaneados por el almirante sir George Rooke. Velasco ordenó disparar un cañonazo e hizo enarbolar una enseña en la gavia mayor: el consejo de guerra quedaba convocado.

Lorenzo templó los nervios y, sereno, entró en el gran salón del *Jesús, María y José*, donde se reunían los capitanes de la escuadra. No había lugar para temores, salvo los que infundiría a los piratas luteranos, y ningún sentimiento debía dominar su corazón sino el orgullo por su patria y por su rey.

Rousselet, vicealmirante de la armada francesa, era un hombre robusto y de ojos inquietos. La boca pequeña y la nariz tímida le conferían un aspecto afable que en muchos despertaba una equívoca familiaridad. Lorenzo nunca confió en él.

–Brest o Rochelle. No existen puertos más seguros en Francia –zanjó el francés, pretendiendo no dejar espacio para la discusión.

–El marqués parece haber olvidado que el cargamento es español –ironizó José Chacón.

Velasco lo reprendió con la mirada; aunque el rango de Chacón y su navío le conferían una autoridad que nunca se atrevería a cuestionar, aquel no era momento para disputas. Lorenzo, no obstante, compartía el recelo de Chacón: si el tesoro arribaba a Francia, nunca saldría de allí.

–La flota no dispone de agua ni de víveres suficientes para llegar a Francia. No podemos arriesgarnos –repuso Lorenzo.

El marqués vistió su decepción con un gesto resignado, pero Lorenzo supo que no se rendiría con facilidad. Y estaba en lo cierto, porque hasta en tres ocasiones volvió Rousselet a tratar de imponer puertos franceses para el desembarco.

–¿Qué opinión les merece Finisterre? –sugirió Fernando Chacón.

Su hermano José se mostró satisfecho con la propuesta. La mirada hundida de Velasco, en cambio, revelaba una preocupación que no tardó en traducirse en palabras:

–Si a nosotros nos parece adecuado ese puerto, también se lo parecerá a los ingleses. Es el primer lugar en el que apostarían una escuadra –dijo levantando la vista–. De tendernos una emboscada, lo harían en Finisterre.

José Sarmiento de Valladares, conde de Moctezuma, coincidió. Tomó entonces la palabra el jefe de pilotos, cuya voz no se había oído desde el saludo a su entrada. Aquel hombre estaba a punto de escribir una página de la historia que muchos se apresurarían en arrancar.

–El de Vigo sería un puerto excelente –anunció convencido–. La bahía es estrecha y posee suficiente calado.

Algunos de los hombres se miraron entre sí, buscando una confirmación o un disentimiento que agregar a la balanza.

–A esto –continuó– hay que añadir los dos fuertes que defienden la boca de la bahía.

Todo cuestionamiento debía acompañarse de alguna razón o alternativa. Era una ley no escrita, una deferencia entre caballeros que todos respetaban. Y nadie pudo refutar aquella propuesta. Tampoco Lorenzo, que salió abatido del salón, derrotado en una guerra en la que no había tenido oportunidad de combatir.

Cuando arribaron a Vigo, el 22 de septiembre, el sol estiraba sus rayos por el cielo como si se desperezara tras una noche de buen sueño. El príncipe de Barbanzón, capitán general del Reino de Galicia, acudió desde su castillo en Bayona para recibirlos, y los vecinos de la villa se asomaron a la plaza de la Piedra para ver los navíos desfilar. Pero la sensación reconfortante de saberse de nuevo en casa apenas duró un instante, lo que tardaron en averiguar que las baterías estaban desguarnecidas y que los fuertes de Rande y Corbeiro, que debían proteger la bahía, no eran sino ruinas en los extremos sur y norte del estrecho. El príncipe y su maestre de campo les advirtieron de la necesidad de poner rumbo al Ferrol: Rooke y su escuadra permanecían aún en Cádiz, pero si llegaba hasta ellos la noticia de que el cargamento se encontraba en Vigo, las defensas no bastarían para hacerles frente. Al agotamiento y a la escasez de víveres se unía el fantasma de la epidemia de la que a duras penas habían logrado escapar, por lo que Velasco resolvió que la flota ancorase al fondo de la bahía, en la ensenada que llamaban de San Simón. Muchos recibieron la decisión con alivio, pero no Lorenzo, que soportaba con cada vez menos estoicismo un nuevo aplazamiento de su reencuentro con Catalina.

Los primeros días transcurrieron en un frenético trasiego de órdenes ejecutadas con premura e intranquilidad creciente. Tras equipar y proteger cada fuerte con un galeón y situar una batería de cañones al pie de Rande, los franceses emplazaron sus navíos al otro lado del estrecho, que Velasco mandó

cerrar con una estacada flotante de balsas y bocoyes. Mientras tanto, las milicias locales se apresuraban en cavar trincheras en zonas susceptibles de un desembarco. El príncipe de Barbanzón, por su parte, requisó víveres y pólvora para armar las baterías de San Sebastián, la Laje, la Guía y Teis, llamó como refuerzos a la guarnición de Tuy y a las tropas regulares de La Coruña, y ordenó que los cuerpos volantes se preparasen para acudir.

Velasco quería vaciar los galeones, pero el príncipe de Barbanzón no estaba dispuesto a asumir tal responsabilidad, ya que el Consulado de Sevilla prohibía descargar fuera de Cádiz sin la aprobación de un controlador oficial que garantizara la continuidad de sus privilegios –y de sus fraudes–. El príncipe se limitó a informar a la Corte de Madrid; pero Felipe V se encontraba batallando en Italia, y María Luisa de Saboya únicamente obtuvo del Consejo de Indias un permiso para trasladar los metales preciosos correspondientes al quinto real y el producto de las minas personales de su majestad. Para este fin, las autoridades requisaron un millar de carretas a los campesinos de la provincia, que transportarían la carga escoltados por tropas regulares de infantería y caballería.

El otoño asomaba con su viento frío, y la conmoción crecía ante una partida cada vez más lejana. Ya habían pasado diez días desde que la orden del Consejo de Indias se ejecutara, días colmados de miedo para los milicianos, quienes habían sido arrancados a la fuerza de sus hogares, y de impaciencia para los soldados, quienes llevaban años lejos de casa; incluso las nubes parecían emponzoñadas con un malestar que no auguraba más que infortunio. Mientras el paso del tiempo ahogaba los ánimos de las tripulaciones, Juan Larrea, el controlador nombrado por el Consejo de Indias para ocuparse de la contabilidad y supervisión del desembarco, se confesaba, hacía testamento y emprendía rumbo a Vigo por el más largo de los caminos. Tanto tardó que los carreteros, hartos de esperar, regresaron a sus casas para hacer la vendimia.

Cuando Larrea alcanzó finalmente su destino y se empezó a descargar la plata, llegó de Cádiz un patache empavesado que portaba una inesperada noticia: la escuadra anglo-holandesa, escasa de víveres, había desistido de su empeño en tomar Cádiz y se retiraba hacia el cabo de San Vicente. Los milicianos abandonaron palas y picos, y los militares levantaron la estacada, reembarcaron la mercancía y las armas que habían llevado a tierra, y enviaron cinco navíos franceses de vuelta a Brest.

La desconfianza de Lorenzo no se derritió ante la calidez de la buena nueva, ni calmó su desasosiego el alborozo reinante. Trasladó sus reservas a Velasco:

–Deberíamos estar preparados para un ataque. Los barcos vuelven a estar cargados, y ya sabemos de lo que son capaces esos piratas.

Velasco meditó largo rato. Compartía con él esa desconfianza, pero la manifiesta lentitud de la burocracia hacía prever una respuesta tardía de

Madrid. Lorenzo insistió:

–El rey no podrá ganar la guerra con su ejército en el fondo del mar.

–Pero sí con su oro. Y ya va de camino.

–Necesitará mucho más que eso para ganar –replicó Lorenzo, conteniendo la rabia.

Velasco lo miró, incrédulo.

–¿Acaso insinúa que desoigamos una orden de la Corte?

Esa pregunta sin respuesta zanjó la discusión, pero no las dudas de Lorenzo, pues su instinto no lo engañaba: los espías del embajador inglés en Portugal fueron testigos de las acciones que dejaron desprotegido el cargamento, y el 19 de octubre despacharon un mensajero al cabo de San Vicente para informar a los jefes de la escuadra, que ya se preparaban para retornar a Inglaterra con la vergüenza de su fracaso.

Unos balandros divisaron la temible armada enemiga: ciento cincuenta buques que se aproximaban remontando la costa de Portugal. Nada más recibir el aviso, Velasco ordenó el regreso de los carreteros, en un intento desesperado por salvar la carga. Consciente de que el tiempo se había aliado con sus adversarios, mandó apostar dos compañías de su capitana junto con doscientos milicianos en Corbeiro y reforzó el fuerte y las baterías de Rande con mosqueteros españoles y artilleros franceses. Los milicianos volvieron a tender la cadena, y la escuadra francesa retomó su posición tras el estrecho. Rousselet encabezaba la formación en su navío Le Fort, flanqueado por los galeones almirantes de los hermanos Chacón y otros cinco barcos. El contorno de Vigo lo protegían un millar de milicianos, y los castillos de San Sebastián y del Castro, apenas unos cientos. La defensa del tesoro y el destino de la batalla dependían de un total de tres mil hombres mal armados y treinta hidalgos a caballo convocados por el príncipe de Barbanzón.

El 21 de octubre, horas antes del ocaso, los vigías del puerto avistaron las primeras velas enemigas al sur de las Cíes. Los burgueses huyeron, y los vecinos cerraron las murallas y se aprovisionaron de agua para sofocar posibles incendios, mientras los cirios ardían en las capillas entre lamentos y oraciones a la Virgen. En el trajín de estas tareas, en la fatiga de las precauciones, encontraban cierta distracción, que por momentos les hacía olvidar que era la muerte quien llamaba a las puertas del pueblo.

Los peores presagios de Lorenzo se habían cumplido. Aquel lugar no era una villa, ni aquellas aguas, una bahía: eran una ratonera donde los predadores sólo tenían que esperar para darles caza. Pero sabía que momentos como aquel distinguían a los cobardes de los nombres que la historia grababa con pulso firme y letras doradas. Los milicianos podrían desertar, pero él había jurado servir al rey y a la patria. Y si había de morir para hacerlo, no se le ocurría una gloria mayor.

El 22 de octubre no hubo amanecer en Vigo, porque la noche anterior

nadie llegó a conciliar el sueño. Era un domingo ceniciento, envuelto en niebla, que parecía de luto por las almas que ya no verían el sol. Estaba diciéndose la misa popular cuando, con viento de poniente, entraron en la bahía los navíos de la escuadra anglo-holandesa: medio centenar eran buques de guerra y más de setenta tenían tres puentes.

Las baterías de Vigo abrieron fuego y el aire se cargó de un olor del que no se desprendería en semanas. El enemigo no se molestó en contestar; para esquivarlo le bastó con arrimarse al otro extremo de la bahía. Casi una veintena de chalupas con infantería de marina se adelantaron para destruir la estacada, pero los cañonazos de ambos fuertes consiguieron hundir dos de ellas y repeler a las demás. La alegría inundó a los españoles, que celebraban la única victoria que les concedería la batalla.

Obligados a replantear su estrategia, los ingleses se replegaron. La mañana del 23 de octubre, el almirante Rooke apuntó los cincuenta cañones de babor de su *Royal Sovereign* hacia la batería de Corbeiro e hizo fuego repetidas veces. Las andanadas ahuyentaron a los navíos franceses que la defendían y aplastaron el exiguo fuerte en minutos. Mientras tanto, en *La Trinidad*, Lorenzo y el resto de la tripulación escuchaban misa de rodillas y recibían la bendición del capellán, que imploraba una maldición divina sobre el enemigo.

Las milicias campesinas que debían evitar un desembarco apenas opusieron resistencia, y cuatro mil ingleses tomaron la ensenada de Teis. La torre de Rande, defendida por Fernando Chacón, fue tomada tras un asalto de poco más de una hora. Cuando la bandera inglesa ondeó en los dos fuertes, la flota enemiga, que llevaba nueve horas en línea de combate, avanzó. Un buque se arrojó contra la estacada y la atravesó sin dificultad, pero los barcos que lo seguían quedaron trabados en los restos de la barrera. Lorenzo ordenó disparar a los hombres que habían saltado sobre la estacada e intentaban hacerla pedazos a golpe de machete. El paso era tan angosto que los navíos se encañonaban flanco contra flanco mientras se tiraban garfios de abordaje mutuamente y los soldados se arcabuceaban a quemarropa.

La tarde cenicienta se transformó en noche encendida sin que ninguno de los combatientes reparara en ello. Cajas de alquitrán, ollas de betún y camisas embreadas ardían sobre el mar como cientos de estrellas lo hacían en el cielo.

La Trinidad combatía ferozmente. Desde el escribano hasta el último de los calafates, pasando por el pífano, los tambores e incluso el barbero, todos defendían con gallardía la embarcación. Tan abarrotada estaba la cubierta que apenas lograban distinguir enemigos de aliados. Desde el puente, Lorenzo creyó ver *La Bufona* hundiéndose a lo lejos, escorada de estribor. Y, más allá, dos navíos en llamas, uno francés y otro de bandera holandesa, derivaban enganchados hacia la costa, sin más rumbo que la playa. No les daban tregua; por cada soldado enemigo que abatían, dos salían de entre el humo para atacarlos. *La Trinidad* estaba condenada y Lorenzo sintió que también él lo

estaba. Pero los ingleses volverían con la deshonra de una victoria yerma, y si para ello tenía que hundir su propio barco, así lo haría. Mandó regar el galeón con pez inflamada y aferrarlo al del inglés Hopson, a modo de brulote. Tras dar la orden, se encaminó hacia su camarote con una única idea en la mente. En la cubierta, los soldados peleaban de forma despiadada. Se esforzó en no mirar los rostros agonizantes de los compañeros que se retorcían en el suelo, pero le fue imposible ignorar los gritos, que perforaban su cerebro como un recordatorio de lo que estaba por venir. Llegó al camarote atravesando el humo asfixiante. Fuera, el mundo se desmoronaba, pero ningún enemigo se apoderaría del bien más preciado que escondía *La Trinidad*, aunque impedirlo le costara su último aliento. Guardó en la chaqueta el tesoro que lo había acompañado durante casi dos años, a sabiendas de que el momento que tanto había deseado se tornaba ahora inalcanzable.

Cuando regresó al puente, el fuego ya cubría todo el costado de *La Trinidad*. Gritó a sus compañeros para que abandonaran el barco, pero su voz apenas se oía entre los cañonazos y alaridos. Algunos de los hombres que, tosiendo y escupiendo, trataban de arrojarse al agua entre la humareda acababan en el buque enemigo; otros conseguían lanzarse al mar, pero se abrasaban en islas de pez ardiente que flotaban en la superficie. Sólo unos pocos lograron zambullirse. En segundos, el incendio alcanzó la pólvora y *La Trinidad* estalló como los fuegos voladores en una verbena que llega a su fin. Lorenzo salió despedido, y el agua crepitó al abrazar su cuerpo humeante.

La explosión alertó a Rousselet, que vio cómo una nube de polvo de tabaco arrastrada por el viento extinguía las llamas que azotaban el barco inglés. Asustado, ordenó hundir la flota y corrió a ocultarse en una chalupa, temeroso de que la ira de Dios cayera sobre él. Velasco, que se había afanado en organizar las idas y venidas de los carros de bueyes, maldecía a los funcionarios corruptos y a los burócratas de Cádiz. Los carreteros, aterrorizados, ya no regresaban, y los milicianos que debían vigilar el cargamento aprovechaban para huir o para forzar los cofres y robar lo que podían. Cuando lo vio todo perdido, él también acudió a incendiar los galeones, para después regresar a nado.

Envueltos en una luz infernal que arrebolaba la noche y empapados del olor a especias, pólvora y carne quemada, los vencedores luchaban contra las llamas, y los vencidos, por alcanzar las chalupas. En medio del caos, Lorenzo recuperó la consciencia. Pensó en su hija, que crecería también sin padre, y pensó en Catalina. La desgracia de Lorenzo habría de convertirse en la dicha de otro hombre, y deseó que este diera a su prometida la felicidad que él ya no podría darle. Pero sus últimos pensamientos no fueron para ellas. Ni para el dios que lo había abandonado. Ni siquiera para Larrea y el Consejo que había sellado el ataúd de tantas vidas. Su último pensamiento fue para los hombres con los que había compartido aquellos años; hombres que, como él, habían

superado el hambre, la sed, el miedo y la enfermedad. Por Dios y por la patria. Por el rey. Y ahora morirían olvidados en esa bahía, lejos de casa, sus cuerpos aplastados por el agua y sus voces ahogadas en el tiempo, sin nadie que rezara por su alma o recordara su desgracia.

Hundió la mano en el bolsillo y sacó el presente que ya nunca verían los ojos de Catalina, aquel medallón de oro y amatistas que hubiera despertado envidias en la mismísima reina. Lo apretó al tiempo que una última punzada de dolor le atravesaba el pecho, y una lágrima se descolgó por su mejilla para deshacerse en el mar. No hubo dios, no hubo rey ni hubo patria. Sólo el frío y el horror de la noche en la ensangrentada bahía de Vigo.

Inglaterra y Holanda acuñaron monedas en conmemoración de la batalla, y una calle de Londres recibió el nombre de Vigo para honrar la victoria, obviándose el hecho de que gran parte del tesoro se les había escapado de entre los dedos, hundido o quemado ante sus ojos. En cuanto al marqués de Châteaurenault, cuentan que poco tiempo después se compró un castillo en la Turena con lo que, muchos sospechaban, era parte del botín.

Lorenzo estaba en lo cierto al creer que nadie hablaría de su valor ni rezaría una oración por su alma. Cuando el tesoro hubo alcanzado su regio destino, los recuerdos de Vigo y su batalla se perdieron con los cuerpos de los que entregaron su vida en el mar. Porque nadie quiere recordar a los vencidos.

LA SAL

Para coñecer mundo, cómpre andalo.
[Para conocer el mundo, es conveniente andarlo.]

Encerradas en su cuerpo descansaban, hacía ya demasiados años, las ansias por emprender viajes a tierras lejanas, los deseos de encontrar lugares inexplorados donde vivir, siquiera por unos días, la ilusión de liberarse de los grilletes que lo habían acompañado toda su vida. Sus historias añadían eslabones a la cadena, de eso estaba seguro, pero aún seguía lejos de deshacerse de ellos. Sin embargo, con cada ola, con cada soplo del viento, con cada graznido de gaviota, se veía más cerca del marino que había soñado ser. Por eso acometió aquel viaje, y otros que llegarían después, parecidos pero nunca iguales.

Su rostro era reconocido en todo el mundo, y aun así se sentía el más desconocido de los hombres. A veces, incluso para sí mismo. Se veía lejos de quien un día había soñado ser, sí, pero no recordaba cuándo. Era como si se hubieran difuminado las páginas del calendario, como si los años se hubiesen fundido hasta no poder distinguir unos de otros. Aunque tal vez era más sencillo que todo eso; tal vez, simplemente, se había acomodado. Por supuesto, no siempre fue así.

Cuando era niño, nunca se cansaba de oír las historias de su tío de Châteaubourg, quien mantenía cierta relación con el escritor Châteaubriand y gustaba de referirse a él como un viejo amigo cuando contaba divertidas confidencias y anécdotas de cuya veracidad el pequeño Jules nunca dudaba. La señora Sambain era otro de sus adultos favoritos. Era una *viúva de vivo*, como las llamábamos en el pueblo, una mujer casada con el capitán de un barco que había zarpado treinta años atrás para nunca regresar. Pero la señora Sambain jamás perdió la esperanza de que volviera, y relataba peripecias de sus viajes con la certeza de que algún día habría de ser él mismo quien le contara nuevas historias. Todo aquello marcó la infancia de Jules, que se vio sentenciado sin remedio a desear una vida de aventuras a bordo de navíos que lo llevarían a lugares ignotos. En un tiempo en que el mundo todavía guardaba rincones vírgenes para el hombre, la idea de permanecer anclado a la tierra que lo había visto nacer le resultaba casi insoportable. Sin embargo, nunca tuvo valor para oponerse a los designios de su padre, y un día, con la resignación con que se abandonan los sueños al final de la infancia, aceptó que nunca sería marinero. Su hermano menor conoció mejor suerte, y Jules vio proyectados en Paul todos sus anhelos cuando este empezó a navegar como oficial de la Marina.

Mas no fue aquello motivo de recelo ni envidia, bien al contrario: su amor por el mar los unió más allá de la sangre.

Programaron el viaje para el final de la primavera, como cualquier buen marinero hubiera hecho. El capitán Olive así lo dispuso y Jules estuvo de acuerdo. Con Alexandre Delong, su predecesor, muchas habían sido las historias vividas, pero Jules sabía muy bien que cincuenta eran demasiados años para un capitán de barco, y Olive –o Pinson, como solían llamarlo– era un marino sobradamente experimentado, digno sustituto de su amigo. Y pronto lo iba a demostrar.

El sol de mayo comenzaba a alargar las tardes, y los pronósticos auguraban una placentera travesía hacia el Mediterráneo. Se había rodeado de un puñado de amigos para esa primera aventura a bordo de su nuevo barco, compañeros, todos ellos hombres, con los que compartía su pasión por el mar y su deseo de conocer otras tierras: su hermano Paul y el hijo de este, Maurice; su amigo Edgar Raoul-Duval; y el hijo de su editor, Louis-Jules Hetzel. El variado grupo le recordaba al hatajo de tertulianos que habían sido los Once Sin Mujer, aquel club de solteros que, por ignorancia o despecho, fundara tiempo antes de conocer a Honorine. Afortunadamente, los años no sólo infligen dolores y arrepentimientos, sino que nos brindan además la sensatez que descuidamos en la juventud. Ahora, también yo lo sé.

El *Saint Michel III* era una hermosa embarcación preparada para largas travesías, un yate de trentaiún metros de eslora cuyas velas blancas y el humo de su chimenea se buscaban en el viento sin encontrarse. Jules se propuso comprarlo en cuanto su hermano le habló de él, y a pesar de su carácter ahorrador no trató de regatear el elevado precio que su antiguo dueño, el marqués de Préaulx, había fijado. Siguiendo la tradición, lo bautizó con el nombre de sus barcos anteriores –mucho más modestos–, convencido de que sería el último en el que navegaría.

Partieron de Nantes con el entusiasmo con que se emprenden los viajes extraordinarios, y pusieron rumbo hacia el Atlántico. El mar se extendía como un oscuro reflejo del cielo y la brisa henchía las orgullosas velas del *Saint Michel III*. Su sobrino Maurice, el más joven de los pasajeros, oteaba discretamente cada aparejo, como queriendo atrapar en su memoria cada detalle, empujado por los últimos vestigios de su curiosidad infantil. Jules lo observaba con tanta ternura como congoja, pensando que podría ser su propio hijo quien estuviera allí. Algunas veces, cuando el abatimiento lo carcomía, veía a Michel como a su primer barco: menudo, endeble, abocado al naufragio. Sentía que de haber tenido más hijos hubiera podido enmendar los errores cometidos con él, encarrilarlos cuando se salieran del camino correcto. Pero era tarde para tener más hijos. Como creía que lo era para recuperar a Michel.

Cruzando el golfo de Vizcaya, el mar comenzó a estremecerse y el cielo se contaminó de nubes opacas que devoraban el azul. La lluvia se presentó de

forma inmediata, y sin apenas tiempo para reaccionar, el *Saint Michel III* se vio cercado por una tormenta de gran violencia.

Refugiados en su camarote, los pasajeros esperaban a que el temporal amainara, pero rebasado el cabo Ortegal, los golpes de mar todavía lanzaban las olas por encima del puente, sacudiendo la calma de Jules y sus compañeros. La tripulación, más acostumbrada a estos lances, resistía con firmeza las embestidas, pero la protección del *Saint Michel III* no bastó para mantenerlos a salvo de los ataques del océano: Joly, el oficial de máquinas, sufrió una preocupante herida al golpearse la cabeza contra una de las calderas.

Apenas si había empezado el viaje y el mar había abierto ya una profunda brecha en el ánimo de todos ellos. Pasado el cabo Finisterre, convinieron en que su situación demandaba un cambio en la derrota. Necesitaban un puerto para recobrar fuerzas y carbonear, además de un médico que atendiera a Joly. Al atisbar a lo lejos la costa de la Vela, Jules dio la orden de virar y adentrarse en la vieja bahía del tesoro: la ría de Vigo.

Aquel alto en el camino no había sido planeado, pero Jules recaló en el pueblo buscando no sólo abrigo para su barco y descanso para sus compañeros, sino también satisfacción para su curiosidad. Había leído tanto sobre aquellos rincones que conocía cada isla, cada ensenada. Las cartas náuticas y los mapas hablaban de ellas, desvelaban sus secretos, pero él quería ver con los ojos lo que tantas veces había visto con la imaginación, cuando había explorado los fondos de la ría en la piel del capitán sin nombre.

Era la mañana de un sábado, primer día del mes de junio. El viento había barrido las nubes que los venían rondando, y las montañas que resguardaban la bahía parecían abrirse para recibirlos. El sol besaba el agua en un juego insólito de luces y espejos, y el aire se iba haciendo cada vez más denso por el humo de las chimeneas, que se fundía con la brisa en un abrazo sólo posible en un lugar como aquel. Las barcas de los pescadores salpicaban el paisaje como gotas de tinta en un papel en blanco; algunas cabalgaban las olas, sus velas relucientes conteniendo el viento, mientras que otras esperaban amarradas la hora de entregarse al mar. Jules sacó su catalejo para observar en detalle. Desde una embarcación, unos ojos inquisidores dibujados en sus amuras vigilaban una playa cercana, donde una veintena de hombres y varias parejas de bueyes arrastraban una jábega. Con sus grandes pernadas y su forma de saco, la red parecía un cetáceo engullendo lo que saliera a su paso. A lo lejos, en el interior de la ría, una fragata llamó la atención de Jules, que se sorprendió al ver una bandera francesa ondeando en el pico de cangreja.

Si en el lado norte las casas apenas quebraban la monocromía de la montaña, en el sur fluían como en una cascada que mira hacia el mar, sin entorpecer ninguna la visión de la anterior. Una poderosa fortificación observaba la ría desde lo alto de la colina, orgullosa y serena, como un padre que disfruta del bienestar de sus hijos. Y en la falda, las casas encaladas de los

marineros. Todas ellas tenían por jardín la arena, y por banderas, sábanas y ropas coloridas con las que el viento se recreaba en los balcones. Todas excepto una, cuyas telas negras marchitaban la alegría de la estampa. Aquel caos guardaba un orden, un desconcierto perfectamente orquestado: en la orilla, un hombre se internaba en el agua empujando una barca; bajo los soportales de las casas, varios niños jugaban a un juego imposible de adivinar; sentada en la playa, una joven con una red en sus rodillas desnudas se enjugaba el sudor mientras seguía el barco con la mirada.

O mar dá, o mar leva.
[El mar da, el mar lleva.]

El cielo salpicado de nubes despedía a la mañana, que, húmeda y ociosa, se adormilaba tras horas de vigilia. Sabela lo llamaba el calor silente: entraba a hurtadillas y se fundía con los cuerpos, dominaba la piel y los sentidos y hacía que el mundo girara más despacio. Estaba en la playa reparando el paño de una red, apurando los últimos minutos de su descanso para el almuerzo. El cabello se le pegaba en mechones sudorosos a ambos lados de la frente. Al levantar la cara para recibir una ansiada ráfaga de viento, lo vio: un hermoso velero con su chimenea exhalando humo y sus coloridas banderas danzando sobre la palidez de las velas. Para ella, los barcos que entraban en la bahía no eran más que moscas en el cristal de una ventana: anodinos, aburridos, casi invisibles. Pero aquellas velas henchidas parecían querer escapar de sus cadenas de cuerda y madera para salir volando hacia tierra; querían hablarle. En cubierta, figuras sin rostro iban de un lado a otro llevando a cabo las labores previas al atraque. Mas había a estribor algo que no se movía, una silueta que contrastaba con el trajín del barco: un hombre con un catalejo entre las manos.

Cuando él arribó al pueblo, hacía ya tiempo que Sabela había dejado de soñar. El primer sueño había llegado con la tempestad, allanando el camino a todos los que se sucederían a partir de entonces. No recordaba ninguno de los anteriores: ni los pueriles, soterrados en el lugar más lejano de la memoria, ni los íntimos, que condenaban sus mañanas al remordimiento y la emplazaban a la expiación de los domingos. Pero los que llegaron después rondaban su cama como el cuervo la carroña, esperando el momento en que los ojos se le cerraran para asaltar su calma y confinarla en la oscuridad.

En la noche de la tempestad, la luna había iluminado el cielo con su nívea tez, tan pura y enfermiza como la de una virgen. Sabela había dormido con su madre, como cada vez que se quedaban solas. Desde que Ginés era patrón de *La Maragata*, Sabela había vuelto a soñar con los mundos que había dejado atrás, cuando en su infancia imaginaba con Carmiña qué serían de mayores. Su amiga iba a convertirse en lo que siempre había querido, incluso antes de ser consciente de ello. En una semana sería la mujer de Ginés, el único hombre al que había amado. Hacía mucho tiempo que Sabela no pensaba en el rumbo que podía tomar su propia vida, porque sólo había uno posible: ser hija antes de esposa, esposa antes de madre, y madre antes que ninguna otra cosa. Pero el

que Ginés hubiera dejado de ser jornalero para erigirse en dueño de su trabajo la había llevado a imaginar caminos diferentes para sí misma. Envuelta en esas fantasías, Sabela había abandonado la realidad y se había sumergido en un sueño en el que se veía durmiendo junto a su madre, como si sus ojos se hubieran ido flotando y las observaran desde lo alto de la habitación: sobre sus cuerpos, la misma colcha; a sus pies, el mismo lavamanos, con su palangana y su jarra. Y sin embargo, aquella no era su casa.

Los latigazos de la tempestad habían sacudido la quietud del pueblo y se habían colado en los sueños de Sabela, que se revolvía en el lecho de sus padres. Estaba en la playa, esperando a que su padre y su hermano llegaran a bordo de *La Maragata*, como había hecho su madre durante años siendo ella una niña. La noche estaba en calma, tanto que cuando llegaron podía oírse incluso el chapoteo de las sardinas en su agónica lucha por sobrevivir. Sabela salía a su encuentro, pero antes de que desembarcaran, el mar se rompía como un cristal bajo la *xeiteira* y, horrorizada, veía cómo su padre y su hermano eran engullidos por la negrura de las aguas sin que pudiera evitarlo. No se despertó entonces, no lo haría en toda la noche; por más que se removiera, por más que tratara de abrir los ojos, sus sueños iban tras ella, la buscaban, la retenían en la playa.

Aunque su padre y su hermano nunca regresaron, sus cuerpos volverían una vez más aquella noche. Ella seguía en la arena, buscándolos inútilmente en la oscuridad. De repente, sin que ningún sonido lo anunciara, *La Maragata* y sus tripulantes emergían de entre una pestilente bruma que se internaba en la ría. Lo hacían flotando sobre el mar, sin que la quilla rompiera el agua, sin rozarla siquiera. Entonces Sabela advertía que los marineros tenían el rostro cetrino, la piel macilenta, la ropa cubierta de algas. No recordaba nada más, sólo que al día siguiente el sol amaneció en paz, ignorando que la tempestad había devorado el futuro de cinco hombres.

Era una época en que la historia de aquella ciudad embrionaria la escribían algunos de sus hijos, emigrantes a las colonias que habían regresado con el entusiasmo y la capacidad para transformar el mundo que los había criado. Ella, en cambio, había dejado de ser hija, había dejado de ser hermana y había dejado de crecer. Su vida había dado un vuelco en los últimos años, y su casa, otrora lugar de discreta y cotidiana alegría, había mutado en una larga noche aciaga, en un espacio frío y oscuro donde nunca entraba la luz.

No hablaba de esto con nadie, ni siquiera con Carmiña. Ella había sufrido la pérdida a su manera y había decidido sumirla en lo más hondo de sus recuerdos, enterrándola bajo la distracción del trabajo y la ilusión de las pequeñas alegrías. Esos primeros días de junio, el pasatiempo favorito de Carmiña –del pueblo entero– eran las fiestas patronales. Sabela nunca había

faltado antes de la tempestad, e incluso dos años atrás, cuando las cosas eran ya tan distintas, había accedido a los ruegos de su amiga y se había acercado al campo de Granada. Se había divertido, había bailado, y su madre se alegró al verla llegar con la ropa empapada y el pelo revuelto: una niña que regresa de jugar a la billarda. Pero ahora sus ropas se habían vuelto a teñir de negro y su boca siempre sabía a sal. Nada era como ayer, y el mañana sería aún peor.

Esa noche no había dormido, ni la anterior tampoco. De niña, su padre le decía que el mar contaba historias por las noches y que por eso oíamos más el batir de sus olas contra las rocas. Ella se dormía como si de una nana se tratara, y la quietud le parecía imposible en un lugar donde no oyera esa canción de cuna. Desde la tempestad, sin embargo, las historias que el mar le contaba eran terroríficas, y cuando sus ojos se rendían ante el hastío de las horas en penumbra, soñaba que era arrastrada por un océano, a veces embravecido, a veces calmo y silencioso, pero siempre inmisericorde, que ahogaba sus gritos.

Sin nadie con quien compartir sus inquietudes, salía cada noche a pasear por las calles oscuras, alejándose del ruido de las olas y de la soledad de la casa. Así se encontraron.

Todo dereito ten o seu revés.
[Todo derecho tiene su revés.]

El placer de conocer rincones nuevos siempre se veía ensombrecido por el revuelo que despertaba su persona. En esta ocasión, su visita no había sido anunciada, pero no pasaría mucho tiempo antes de ser advertida. Jules sabía que la popularidad era el tedioso acompañante de su éxito, y como tal la aceptaba. Desgraciadamente, no todos sus compañeros de travesía compartían su tendencia al anonimato y su aprecio por la discreción.

Paul no era sólo su hermano, era su amigo, el hombre en el que había visto realizados sus tan lejanos sueños infantiles, quien más había celebrado sus éxitos. Él, como Jules, gustaba de la tranquilidad del mar y su silencio, y por eso observaba las atenciones a su hermano desde la distancia. A Raoul-Duval le ocurría lo contrario. Duval era un hombre elegante y educado que disfrutaba del contacto con la gente, como buen político. Jules admiraba su efusividad, pero carecía de su inclinación por el fatuo de fiestas y ágapes, pantomimas a las que con demasiada frecuencia se veía obligado a asistir.

La quietud del mediodía se quebró con las salvas disparadas a modo de saludo desde un baluarte que asomaba al mar, y los ojos de quienes todavía no se habían percatado de su presencia se volvieron hacia el hermoso yate que echaba anclas en la ría.

La fragata de bandera francesa que Jules había atisbado se trataba de la *Floré*, un navío destinado al adiestramiento de guardiamarinas. La invitación por parte de su comandante no tardó en llegar: apenas media hora después de que el *Saint Michel III* arribara, un bote de vapor se detuvo a su lado para transmitirles un mensaje. El joven encargado de la tarea era nervioso y menudo; sin duda, uno de los cadetes del barco. No sabiendo a quién dirigirse, se acercó a Jules.

–Señor, el comandante de la *Floré* les ruega que tengan la amabilidad de visitarnos y almorzar con nosotros.

Pronunció la frase con prisa, como quien suelta un peso que está a punto de acabar con sus fuerzas. A Jules le inspiró una simpatía inesperada. Tras convenir con él que el médico de la fragata examinaría al maltrecho Joly, partieron en el bote hacia la *Floré*.

El comandante Pierre era un hombre delgado y vigoroso, con nariz prominente y mirada limpia. Poseía un gran sentido del humor y había dado la vuelta al mundo en tres ocasiones, lo cual hacía que su conversación fuera de

lo más estimulante. Su hospitalidad quedó demostrada cuando los convidó a un almuerzo tardío, del que dieron buena cuenta antes de tomar juntos el bote y poner rumbo al pueblo.

Varios trajes oscuros esperaban en un muelle de piedra para recibirlos. Un hombre que Jules situó en la treintena se adelantó al resto y le tendió la mano. Era grueso y de tez cerosa, y sus entradas, harto notables, contrastaban con su afilada barba, que trataba de disimular una nariz atrevida. En un francés aún no contaminado por sus años en el extranjero, se dirigió a él:

–Señor Verne: Alexandre Louis Ferdinand, conde de Jouffroy d'Abbans, para servirle en lo que guste –anunció, acompañando la frase con una improvisada reverencia–. Tengo el placer de ser cónsul de la madre Francia en estas tierras. En nombre de la ciudad, le doy la más sincera bienvenida.

Jules le correspondió con su sonrisa más ensayada: gentil pero vacía.

–Se lo agradezco, señor De Jouffroy.

–Siempre es un placer que un compatriota nos visite. Y más si es de su talento.

El conde relucía como una moneda nueva ante Jules. Era un joven refinado y elocuente, educado en el seno de una familia quizá no muy distinta a la suya propia, pero se esforzaba demasiado en demostrar erudición y en obsequiar al célebre invitado con el mejor recibimiento.

–La suerte ha venido a su encuentro, señores –continuó–. Los vigueses celebran en estos días su festividad anual. Podrán participar ustedes en sus fiestas tradicionales.

–¿Y a quién honran? –se interesó Raoul-Duval.

–A su patrón, señor, el Santísimo Cristo de la Victoria. Y... –El cónsul, un tanto abochornado, miró hacia los lados con cautela, como si valorara la posibilidad de revelar un secreto. Se aclaró la garganta y rebajó el entusiasmo en su respuesta–: También celebran la expulsión de las tropas napoleónicas y la reconquista de la ciudad.

Pierre no desaprovechó la ocasión:

–Esperemos que nos traten mejor que a ellos.

La carcajada de Jules irrumpió en el obligado protocolo del momento, y los trajes no tardaron en emularlo.

–Pueden estar tranquilos al respecto, señores. Los vigueses les acogerán con la clásica hospitalidad española.

Las risas se volvieron sonrisas, y finalizada la representación, el grupo se encaminó, por deseo de Jules, hacia el marinero barrio de la Ribera del Berbés.

El ambiente no resultó tan pintoresco como le había parecido desde el *Saint Michel III*. No era la primera vez que le sucedía: desde el barco, todo se veía distinto, como si el mar envolviera el mundo con un halo que desaparecía al tomar tierra.

De Jouffroy pareció adivinar sus pensamientos:

–Disculpen si el barrio no se muestra muy alegre a estas horas. Muchos vecinos trabajan en las fábricas de la salazón, y aún no ha terminado la jornada.

Guiados por el cónsul, ascendieron la calle Real hasta la colegiata de Santa María, cuyas gruesas paredes y decoración exigua recordaban más a una fortaleza que a una iglesia. Entraron en silencio, respetando la oración de los escasos feligreses, aunque no se celebraba ninguna misa en aquel momento. El olor a cera e incienso inundaba el espacio. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior, Jules descubrió una cueva adusta, sin ornamentos ni sillas, donde los fieles rezaban de pie o postrados. En lugares como París, las iglesias eran exhibiciones de la hegemonía de sus gobernantes y del talento de sus artistas, templos de vidrieras interminables y luz casi divina que hacían palidecer a cualquier otro. En las ciudades ribereñas, por el contrario, debían resistir no sólo el inmisericorde paso de los años, sino también la devastación de batallas y saqueos. Él lo sabía muy bien... Pero aquello no era una iglesia. Era una tumba.

Jules caminó hacia la puerta y salió a la plaza, donde el aire lento y pegajoso que había ahogado la tarde cedía ante la brisa que anunciaba el ocaso. La puerta se abrió de nuevo tras él, mas no se percató de que había alguien a su espalda hasta que oyó la voz de Pierre:

–Veo que tampoco usted es un hombre pío.

Jules se volvió y sonrió con cierta melancolía.

–No, para desgracia de mi padre. Él sí lo era.

–¿Era? Lo siento.

–No lo haga. Tuvo una buena vida.

Se quedaron callados unos instantes, dejando que las últimas palabras de Jules despertasen *lembranzas* propias de quienes saben que los días vividos son más numerosos que los venideros. La comitiva no tardó en dar con ellos. El cónsul los condujo entonces al barrio de los Catalanes, siguiente escala en una ruta que Jules juzgó poco esmerada. La jornada había llegado a su fin y cada vez eran más los trabajadores con los que se cruzaban. El olor que desprendían era hosco y untuoso, y reptaba a través de los orificios nasales para alojarse en la memoria. A Jules no le molestaba; al contrario, le traía los más bellos recuerdos de su infancia en la isla Feydeau, que siempre olía a mar. Sin embargo, Duval, Hetzel y el pequeño Maurice –este, más por imitar a los mayores que por iniciativa propia– sacaron sus pañuelos para protegerse del hedor y apuraron el paso.

Poco después, dejaron atrás el laberíntico entramado de calles y llegaron a la amplitud de un ensanche. A Jules le agradó el cuidado vergel del que partía una avenida majestuosa e interminable. Más allá desfilaban, como en una marcha de estatuas, las fábricas del arrabal. La convivencia armoniosa entre ambos mundos era tan evidente como el avance del progreso a través de la

historia: en el barrio marinero yacía la tradición, pero frente a sus ojos se abría el futuro.

Los edificios recibían los últimos rayos de un sol ya anémico cuando la alameda se desplegó ante ellos mostrando su lánguido encanto. Entre las filas de álamos y castaños de Indias discurría un ancho camino de tierra, una melena peinada por las pisadas de los viandantes. Paseaban iluminados por los farolillos que anunciaban el comienzo de las fiestas, mientras una brisa con aroma a hojas mojadas y a salitre les acariciaba la cara.

Deambular entre los parterres resultaba casi idílico, pero el anonimato de Jules ya había mermado. La noticia de su llegada se había extendido por todos los círculos recreativos de la ciudad y, esporádicamente, se acercaban al séquito mozos con invitaciones para los bailes y fiestas que se iban a celebrar esa noche. El conde de Jouffroy los recibía con una sonrisa displicente y los despachaba con la mayor brevedad. Cada vez que esto sucedía buscaba la mirada de Jules, como un hijo que ansía la aprobación de su padre. Pero el escritor caminaba ajeno a sus esfuerzos, charlando con Pierre en la retaguardia del grupo.

–Parece providencial que nos hayamos conocido precisamente aquí, señor Verne –conjeturó el comandante.

Jules sacó su pipa y lo miró con curiosidad.

–No creo demasiado en tal cosa... ¿Por qué lo dice?

–No hace mucho que empecé a leer sus libros, y *Veinte mil leguas de viaje submarino* me fascina. No es fácil ver en una historia tanta pasión por el mar como la que yo mismo tengo.

–Es usted muy amable –contestó sin mirarlo mientras encendía la pipa.

–De hecho, querría proponerle algo: aprovechando nuestro paso por la ciudad, pensaba realizar una inmersión en la ensenada de San Simón; tal vez a usted y a sus compañeros les gustaría unirse.

La cara de Jules se iluminó por vez primera desde que desembarcaran.

–¡Por supuesto! Será un placer.

–Puede que encontremos el tesoro de Rande –bromeó Pierre.

–Tal vez –respondió Jules, saboreando la noticia que acababa de recibir.

Rodearon un templete y caminaron hasta una fuente circular, cuyos chorros hipnóticos brotaban en el contorno para morir en el centro. La frondosidad de la alameda llamaba al paseo vespertino, pero la humedad constreñía los cansados huesos de Jules, lo que precipitó la recta final del recorrido. Con la arboleda a sus espaldas, se dirigieron a la playa, desde la cual el aire les traía risas y voces cada vez más audibles. Mientras en otras ciudades la noche imponía su inevitable silencio, Vigo, lejos de dormir, daba la bienvenida a su hora más festiva.

El arenal era un enjambre de luces y cuerpos, con las hogueras encendiendo el crepúsculo de tal modo que parecía que el sol aún no se había

ocultado. El rumor del mar se mezclaba con las risotadas de un grupo de niños que escapaban de las olas, el agua salpicándoles los pantalones, mojando a ratos sus pies descalzos. Más lejos, donde apenas alcanzaba la vista, hombres y mujeres se arremolinaban en torno a una estructura y depositaban luces sobre ella. La curiosidad de Jules lo llevó a aproximarse lo suficiente para admirar, bella y siniestra, la osamenta de una ballena colmada de farolillos. Por un momento le pareció estar en otro lugar, en otro tiempo, presenciando el culto a una deidad de nombre impronunciable en una isla remota. Alguien se detuvo a su lado.

–Hermoso, ¿no cree? –musitó Jules, sin prestar mucha atención a su interlocutor.

El conde lo miró, sorprendido.

–Supongo. De un modo... primitivo.

A Jules le hubiera gustado quedarse en la playa, entregarse a su interés científico y examinar aquella retahíla de costillas y vértebras dispuestas en perfecta armonía. Pero debía corresponder a la atención que sus anfitriones le habían profesado, y se dejó arrastrar por la comitiva hacia uno de los círculos recreativos que esa noche abrían las puertas en su honor.

Séntate no teu lugar,
ninguén te mandará levantar.
[Siéntate en tu lugar,
nadie te mandará levantar.]

El Casino ocupaba el más hermoso de los edificios de la calle Imperial. Durante el día pasaba inadvertido, pero era imposible ignorarlo las noches que abría sus puertas para recibir a socios y convidados. Así era el otoño en el pueblo: el mismo frío que relegaba las noches del Berbés al hogar de la *lareira* empujaba a los trajes oscuros hacia sus círculos recreativos.

A Sabela, aquella primera noche le había resultado extraña, como todas las primeras veces con Ernest. Él ya se había adentrado en el vestíbulo y hablaba con otro hombre; ella, en cambio, permanecía hipnotizada junto a la puerta. Bajo una araña cuya luz encendía las cortinas como si prendieran en llamas, una escalera de caoba se perdía hacia la planta superior. La música que bajaba por ella amortiguaba las voces y los pasos de los asistentes, que repiqueteaban tenues sobre sus cabezas. Todo invitaba a la distracción y la risa, y Sabela se sintió bienvenida antes incluso de haber llegado.

La música se detuvo y un *arrepío* invadió su cuerpo. Ernest la miraba fijamente, con la expresión que reservaba para desencuentros de los que ella nunca salía airosa. Agachó la cabeza y se acercó a él. El hombre la recibió complacido.

–A la belleza bien se le puede disculpar un ápice de abstracción. ¿No es verdad, Doré?

Sabela forzó una sonrisa mientras Ernest la tomaba del brazo con firmeza. En momentos así desaparecían de su rostro el gesto tierno y la mirada confiada, y anidaba en él una sensación que lo arrastraba rápidamente hacia la cólera. Pero sabía representar el papel adecuado en cada situación, y en un pestañeo adoptó su tono más cordial:

–Señor Verde, le presento a mi prometida, Sabela.

–Es un placer, señorita.

Manuel Verde le estrechó la mano, que temblaba levemente, y aceptó por respuesta una nueva sonrisa, tras lo cual enfiló la escalera hacia el salón de baile, donde los instrumentos volvían a sonar.

–Ese es el alcalde –le susurró Ernest con gesto hirsuto–. Esta noche conocerás a gente muy importante. No me hagas arrepentirme de haberte traído.

Sabía muy bien que no habría palabras que pudieran calmarlo, así que permaneció en silencio, resignada, hasta que él dio un tirón de su brazo y comenzaron a subir juntos la escalera.

El salón de baile era rectangular y de techos altos, y lo coronaba una enorme claraboya que ocupaba el centro de la pista. Una de las paredes laterales, decorada con hermosas molduras de yeso y madera tallada, discurría a lo largo de varios arcos que servían como transición a un pasillo; en la opuesta, arcos simétricos rodeaban grandes ventanales que casi rozaban el techo, ciegos por la oscuridad de la noche. Desde el fondo del salón, una orquesta entretenía al animado público, un mar de rostros salpicados de cuero, plumas de colores y picos nacarados que sólo mostraban los ojos, y tampoco estos revelaban nada.

Varias miradas se dirigieron a los recién llegados. La presencia de la prometida de Ernest era un gran acontecimiento para el Casino, que veía con curiosidad y cierto desdén la irrupción de una muchacha de la Ribera del Berbés en su exclusivo mundo. Ajena a los recelos, Sabela observaba el techo y recordaba las veces que lo había vislumbrado desde el exterior, cuando a partir de las notas que se escapaban por los ventanales abiertos trataba de recomponer la melodía. Entonces cerraba los ojos y se imaginaba bailando, radiante, siguiendo aquella música que la atraía como la luz a una polilla. A fuerza de soñar con una vida que no era la suya, había empezado a desearla. Y ahora que la tenía a su alcance no estaba segura de quererla.

Los primeros en acercarse fueron un pavo real y un hermoso faisán dorado que mareaba el champán de su copa con su contoneo. Él era fornido y caminaba con dificultad; ella, regia y esbelta, tenía un cabello oscuro de bucles imposibles, y las plumas de su antifaz enmarcaban unos ojos azules que parecían buscar algo en las entrañas de Sabela. Sus ademanes y su modo de hablar le resultaron familiares, pero Ernest no mencionó nada al presentarlas. Se fijó en una pulsera de oro que llevaba en la muñeca izquierda: era lisa, de dos dedos de ancho, y un pequeño lapicero pendía de ella por una cadena.

–¿Te gusta? –le preguntó con prepotencia el faisán.

Sabela asintió, ruborizada.

–Está muy de moda –continuó–. Sirve para anotar los nombres de los caballeros que quieren bailar con nosotras.

«Nosotras.» Pronunció aquella palabra como una declaración. Sabela no sabía si de guerra o sólo de intenciones, pero se sintió indudablemente excluida.

–Aunque, claro, a ti no te hace falta –añadió, mirando a Ernest con descaro–. Ya tienes con quien bailar toda la noche.

Sabela sonrió, incómoda, y buscó refugio en Ernest, pero este conversaba animadamente con el pavo real, ajeno a la incomodidad de su acompañante.

–Bonito... –El faisán miró a Sabela de arriba abajo y se detuvo en la cintura.

Ni la animadversión la hacía renunciar a sus modales–: *gros grain*.

Sabela, sin entender, miró de nuevo a Ernest, lo cual provocó una estrepitosa carcajada en el faisán.

–No, querida. Ernest sólo sabe de números... y de prohibiciones –dictaminó con malicia–. Me refiero a la prohibición del rey de pescar con jábega.

El pavo real, súbitamente atento a la conversación entre las jóvenes, intervino, azorado.

–¡Hija, no está bien que una señorita hable de esos asuntos! No es elegante.

–Bueno, la elegancia ya no es una cualidad que se valore demasiado –contestó el faisán con una sonrisa sardónica.

Sabela sintió que un calor feroz se apoderaba de su cuerpo.

–Esa medida no tiene futuro –objetó Ernest, ignorando la consternación de su pareja–, sólo busca calmar la crispación del vulgo. Cincuenta años desde que llegó mi abuelo y aún no han aprendido a explotar los recursos... Además, el rey favorece a la industria. Y en Vigo nosotros somos la industria.

Ernest continuó hablando, pero Sabela no lo oía: una miscelánea de perfumes le llegaban en bocanadas desde la pista, misturados con el olor del ambigú que se estaba sirviendo en la sala contigua. Se sintió aturdida.

Cuando el faisán abandonaba el salón camino del bufé, Sabela reconoció en su forma de andar a la mujer que paseaba con Ernest la primera vez que lo vio, en la alameda. Comprendió su hostilidad e incluso admiró su osadía, pero ya era tarde: la expectación que sintiera al comienzo de la velada se había transformado en inquietud, y pasó el resto de la noche deseando volver a casa.

Sabela era demasiado mayor para ser debutante y demasiado engreída para querer convertirse en esposa. Al menos esto debieron de pensar las mujeres que conoció en aquel baile, porque todas exhibían la misma cara de incredulidad cuando les contaba que aún vivía en la Ribera. Ninguna había puesto un pie más allá de la plaza de la Iglesia, pero como el niño que alberga un temor irracional, tampoco ellas precisaban de motivos para su rechazo.

Antes de aquella noche no se había dado cuenta de hasta qué punto su mundo se encerraba entre los límites que conformaban su barrio; en él estaba tranquila, protegida por las caras familiares y las puertas abiertas. Pero esto había provocado que sus gestos, palabras e incluso pensamientos estuvieran condicionados por el espacio angosto en que siempre se había movido. Y al alejarse de allí, aunque sólo fuera unos metros, se sentía perdida en aquel maremágnum de bufones y águilas, de leones y otros animales que no podía identificar. Ernest le había comprado aquel vestido, aquellos zapatos, aquella vida. Pero no le había enseñado a encajar en ellos.

No se desprendía de él ni un instante, como si temiera perder el equilibrio: a su lado vivía en el ojo del huracán; más allá se encontraba el abismo. Lo sentía cuando alguien los miraba o se acercaba a ellos. Entonces le apretaba el

brazo y él sonreía, satisfecho, sabiéndose dueño de toda su confianza.

Llegaron a la playa arrastrando los pies y las palabras, llenando las calles vacías con el vapor de sus espiraciones. Los vecinos del Berbés ya se habían acostumbrado a la presencia del joven Doré. Al principio, la irrupción de un habitante del barrio de los Catalanes les había resultado incómoda, pero tal vez acabaron comprendiendo que aquel rincón del pueblo, con sus faroles averiados y sus calles sucias, les pertenecía; que allí Ernest no era dueño ni señor, sino un invitado. Y eso les bastaba. Aunque no a él, que se convertía en un animal asustadizo cuando se apartaba del abrigo de los trajes oscuros.

Se detuvieron frente a la puerta, que Sabela siempre mantenía cerrada hasta que veía a Ernest alejarse por la Real, de regreso al pueblo. Sólo entonces se libraba del temor a que volviera sobre sus pasos y se abalanzara sobre ella. Ya desde el principio se alteraba al estar con él a solas, cuando la miraba o le rozaba la piel y el deseo desafiaba su decoro. Pero al final no era el pudor lo que la turbaba, sino aquella siniestra pasión que profesaba hacia ella.

–No hacía falta que me acompañaras.

–Quería hacerlo.

Sabela sonrió y echó un vistazo en derredor: nadie que se inmiscuyera en la conversación o interrumpiera su despedida. Aun así, estaba intranquila. O precisamente por eso.

–¿Todavía sigues disgustada por lo de antes? –le preguntó Ernest.

Sabela lo miró, confundida.

–Tienes que entender que tanto ella como nuestras familias siempre pensaron que algún día nos casaríamos. Creo que yo también lo pensaba. Hasta que te vi.

Y al decirlo la observó de aquella forma que conseguía desarmarla, y a Sabela se le erizó la piel y endurecieron los senos.

–No importa –mintió–. Ya ni me acordaba.

–Aunque es natural que todos se pregunten por qué no fijamos una fecha. Podría enviar un mensaje al obispo mañana mismo.

–No puedo. Todavía no.

Ernest asintió, pensativo, y permaneció unos segundos callado, esperando que algo quebrara el silencio. Sabela vestía de negro cuando la conoció, y de negro había vestido desde entonces, como si desde la cuna no hubiera llevado otro color. Pero la oscuridad no sólo alcanzaba sus ropas; también la perseguía sin descanso, como una sombra que se hacía evidente en sus silencios y suspiros, en el modo en que dejaba caer los párpados o le retiraba la cara cuando se acercaba a ella. En esos momentos se aferraba a sus recuerdos, se envolvía de culpa. Rehuía ser feliz.

Ernest lo tenía todo, incluso a ella, y por eso era incapaz de ver que ante la

muerte, donde los ricos tienen mausoleos, a los pobres sólo les queda el luto.

Ese é meu amigo, que moe no meu muíño.
[Este es mi amigo, que muele en mi molino.]

¿Qué misterios guardaban aquellos muros? ¿Qué secretos escondían al resto del mundo aquellas puertas? Jules sabía que la respuesta era siempre la misma: ninguno. El edificio del Casino se erigía en el extremo de una calle recóndita, no muy lejos de la iglesia que habían visitado. En la oscuridad de la noche recién nacida, la música y el fulgor que manaban de sus balcones anunciaban el recibimiento que aguardaba a Jules y a sus acompañantes. El vestíbulo era amplio y luminoso, pero el puñado de mujeres y las docenas de hombres congregados para ver al escritor empequeñecían el espacio.

Uno de los asistentes se acercó, un hombre algo menor que Jules, con canas incipientes y bigote curvo, de mirada perspicaz y sonrisa hierática. Le tendió la mano y se dirigió a él en un francés con marcado acento español:

–Mi nombre es Manuel Bárcena, señor Verne. Como presidente de esta sociedad, le doy la bienvenida al Casino y a la ciudad de Vigo. Es un privilegio contar con su presencia esta noche –exhaló, atropellando las palabras una tras otra como si temiera que se le escaparan.

–El placer es mío, señor Bárcena. Su ciudad me está impresionando gratamente.

Una brisa de murmullos y sonrisas de aprobación se levantó entre los trajes oscuros.

–Acompáñenme a la planta superior, si son tan amables.

La concurrencia abrió un pasillo, que atravesaron Jules y Manuel Bárcena seguidos de la comitiva.

Jules reflexionaba sobre los contrastes que aquella ciudad le ofrecía: las modestas casitas encaladas que asomaban a la playa en oposición a la avenida jalonada de fábricas y edificios nuevos, el recogimiento de la iglesia a sólo unos pasos de la algarabía de aquel baile... Era como si el día y la noche se tomaran de la mano, la sombra y la luz en una mañana soleada.

–El alcalde está deseando conocerle, señor Verne. Llegará de un momento a otro.

El comentario de Manuel Bárcena interrumpió la abstracción de Jules, que contestó de forma automática.

–Será un honor.

Su hermano Paul, discreto apoyo tras el centro de las miradas, sonreía presenciando los esfuerzos de Bárcena para dirigirse en francés al escritor.

Jules hablaba español, pero prefería ocultarlo; fingir que desconocía el idioma le confería cierta calma, además de la cualidad de escuchar sin que los demás se percataran: el don de la invisibilidad. Duval, por el contrario, hacía gustosa gala de su dominio de la lengua atendiendo las muestras de cortesía de sus anfitriones y sirviendo de traductor a sus compañeros. Su entusiasmo, raras veces contenido, contrastaba con la serenidad de Jules, que aceptaba tales deferencias con educación pero sin interés. Bárcena y el conde de Jouffroy parecían rivalizar por el título de mejor cicerone, y ninguno claudicaba de la tarea de presentarle a Jules los socios más distinguidos. Algunos de ellos serían añorados durante décadas y recordados durante generaciones, de forma que sus nombres quedarían grabados en la historia que se escribió en Vigo; a otros, el tiempo los sepultaría junto con su vanidad y su empeño en sacar provecho de los cargos que ostentaban. Hay lacras que ni siquiera el progreso ha logrado erradicar.

Nadie quería perderse la oportunidad de saludar a un visitante tan ilustre como Jules, por lo que aquella noche el Casino bullía con las personalidades que hacían girar el pequeño universo del pueblo. Entre los asistentes a la recepción se encontraba don Antonio López de Neira, hombre de gran sencillez a pesar de su fortuna. Su interés por los adelantos tecnológicos lo llevaría a ser el primero del pueblo en instalar luz eléctrica y teléfono en su hogar. También había acudido José Elduayen, quien habló con Jules sobre las prospecciones que años atrás habían tenido lugar en la ría para buscar el tesoro de Rande. Como ministro de Ultramar, promulgaría la Ley de Abolición de la Esclavitud, que supuso el fin de las prácticas esclavistas en Cuba. Asimismo, se hallaban entre los presentes el cofundador del *Faro de Vigo*, Joaquín Yáñez; el pedagogo Joaquín Avendaño y su hijo Serafín, pintor preimpresionista que guardaba una estrecha amistad con el compositor Giuseppe Verdi; el ecléctico y autodidacta arquitecto Jenaro de la Fuente; el joven y compasivo abogado Eduardo Iglesias... Las caras se sucedían vertiginosamente. Para Jules, la mayoría de ellos no eran más que sonrisas efímeras, burgueses que se deshacían en halagos hacia su persona en lugar de buscar un vínculo que los uniera a él. Sus bocas podrían haberse secado hablando de política y economía, presentándole a individuos que respondían al mismo nombre: distinguido, excelentísimo, honorable. Pero ninguno de aquellos hombres utilizaba la lengua para enumerar las maravillas del mar, ninguno se estremecía al llegar a un puerto desconocido. Ni siquiera los creía capaces de inmutarse ante la visión de un nuevo continente; a menos, claro, que fueran a conquistarlo. Y allí estaba él, como siempre había estado: rodeado por las mismas sonrisas en las mismas caras, por los mismos trajes en los mismos salones.

–Señor Verne...

La voz de Bárcena volvió a arrancarlo de sus pensamientos.

–Señor Verne –repitió, alzando la voz–. Permítame que le presente al muy honorable...

Un apuesto joven esperaba con la mano tendida hacia él. Tenía un porte grácil, y el cabello oscuro y desordenado. La tez pálida y las mejillas rosadas evocaban al niño que había sido poco tiempo atrás, pero sus ojos claros escondían una mirada sagaz, casi maliciosa. Jules le estrechó la mano con un movimiento tan repetido que ya acudía a su brazo sin ser demandado.

–¿Sería tan amable de repetirme su nombre, señor...?

–Doré, Ernest Doré. Encantado de conocerle, señor Verne –contestó el joven en francés, con acento digno de un parisién.

Bárcena no contuvo sus ansias:

–El señor Doré es empresario. Como un servidor, por cierto. Su familia posee una de las fábricas de salazón más importantes de nuestra ciudad; todo un referente de futuro y progreso. –Miraba cómplice a Ernest, como si hubiera contado una chanza que sólo ellos comprendían.

Jules se preguntó cómo la salazón podía ser sinónimo de progreso, pero se limitó a asentir, fingiendo interés.

Un mozo anunció que la comida estaba servida, y Jules aprovechó la ocasión para ausentarse con la excusa de querer degustar los platos locales antes de que alguno se terminara. Pero no bien hubo dado tres pasos cuando se dio cuenta de que, como un rey involuntario, caminaba hacia el ambigú perseguido por su corte.

Las alabanzas de los trajes al despliegue de fiambres, entremeses, carnes y verduras duró lo que su apetito tardó en verse satisfecho. La conversación se fue trasladando hacia cuestiones menos mundanas, y los ánimos se encendieron tanto que los interlocutores renunciaron a sus buenos modales y acabaron hablando en español. Jules los escuchaba tratando de evitar que su repentina curiosidad por el tema revelara su conocimiento de la lengua.

–Mientras en París y Nueva York se forman comisiones para ir en busca de barcos hundidos a miles de kilómetros, aquí el tesoro de Rande se pudre frente a nuestras costas –se quejó el empresario e inventor Sanjurjo Badía.

–Bueno, no es tan sencillo –repuso Elduayen–. A nadie le gustaría más que a mí que tal proyecto se materializara, pero se precisa de un gran capital, ciertos requerimientos, permisos...

–Y voluntad política –interrumpió Sanjurjo–. Todos estamos al tanto del derroche pirotécnico que se ha preparado para las próximas noches. Lástima que no abunden en igual número las limosnas a menesterosos.

–Cuidado, Sanjurjo, no vayan a tacharle de antipatriótico –le advirtió Bárcena.

–¡Qué mayor patriotismo que no querer que otros se enriquezcan con un tesoro que costó la vida a tantos españoles!

–En cualquier caso –intervino Eduardo Iglesias–, una prospección de

semejante magnitud se traduciría en una subida de impuestos.

–Cierto –concedió Sanjurjo–. Y los ciudadanos hacen ya demasiados esfuerzos.

Ernest arqueó las cejas y sonrió antes de dar un sorbo a su copa.

–¿Lo encuentra usted gracioso, señor Doré?

Ernest poseía la virtud de desaparecer ante los ojos de los demás. Tal vez fuera un vestigio de su infancia, tal vez la costumbre de evitar ser el centro de atenciones. Pero Sanjurjo parecía estar siempre vigilando sus movimientos, esperando a que se le derritieran las alas cuando osaba acercarse demasiado al sol. Entonces atacaba, y Ernest fingía un aire de indiferencia, casi desdén, aunque por dentro el corazón le latía desesperado, el calor invadía cada centímetro de su cuerpo y todo se desmoronaba. Aun así, siempre lograba controlarse.

–El precio de los comestibles no ha dejado de subir en lo que va de año. ¿Sabe usted cuánto cuesta una libra de carne? ¿O un ferrado de trigo? –argumentó Sanjurjo.

–Ni yo ni ninguno de los presentes, imagino.

Ernest sonrió al resto de trajes, buscando un aliado entre ellos, pero se topó con un enjambre de miradas esquivas. Se recompuso y continuó:

–Lo dice como si mi empresa fuera la responsable. Próspera no ha hecho más que dar trabajo a cientos, ¡a miles de personas en esta ciudad!

–Se equivoca, señor Doré: todos somos responsables. Si los precios de la carne han aumentado ha sido por la exportación masiva de reses.

–Pues dígaselo a los ganaderos, señor Sanjurjo. En Próspera nos dedicamos a la conserva de pescado en salazón.

–No me haga hablar de los precios de la sal y de las gracias que el rey concede a su industria...

–¿Preferiría, entonces, que viviéramos como en el siglo pasado?

Sanjurjo apartó la cara y con un ademán indicó que abandonaba el tema. El estupor que sentían los comensales españoles se reflejaba en el rostro de Jules, cuyos amigos buscaban en Duval una explicación para el incómodo silencio que se acababa de producir. Eduardo Iglesias lo rompió con aspiraciones conciliadoras, esta vez con más éxito:

–¿Creen que Inglaterra mantendrá la prohibición de importar ganado vivo?

–¡De ninguna manera! –prorrumpió Bárcena–. La propuesta de los Estados Unidos está avocada al fracaso: ¿cómo va a resistir la carne un viaje transoceánico?

–Unos ingenieros han descubierto cómo conservar carne muerta en cualquier clima por medio de unos polvos, sin necesidad de aparato alguno –le informó López de Neira.

–¡Qué barbaridad! El método tradicional garantiza el suministro de carne

de primera calidad a un buen precio, ¿para qué cambiar? Los Estados Unidos no tienen ninguna visión empresarial.

–No estoy de acuerdo, señor Bárcena. Desconozco cuál será el desenlace de este asunto, pero, en cuanto a combustibles, hace más de diez años que realizaron estudios para reemplazar por petróleo el gas del alumbrado, y ahora ya sustituye al carbón de piedra en algunos hogares.

–Discúlpenme, señores –se excusó Sanjurjo; su voz, un rumor entre los ánimos de los trajes oscuros, que volvían a encenderse.

Apenas fue advertido cuando se escabulló entre los asistentes y salió de la sala. Jules observó cómo se alejaba y sintió por él una inmensa curiosidad. Ya entonces se gestaba en el interior de aquel hombre menudo y algo encorvado la audacia por la que se le recordaría mucho después de su muerte, la que lo empujaría a constituir una caja de previsión que proporcionara a sus trabajadores un retiro vitalicio y un salario en caso de enfermedad, la que lo llevaría a limitar la mano de obra infantil y a implantar en sus empresas la costumbre de pagar el jornal los sábados. Hechos –y no palabras– por los que la ciudad se inundaría de dolor y agradecimiento el día de su velatorio.

El nuevo tema de conversación ponía a prueba el patriotismo de sus anfitriones, pero Jules había perdido el interés. El ferrocarril, la lámpara incandescente, el teléfono, la anestesia, el dirigible, el fonógrafo...: sabía que el siglo XIX sería recordado como el Siglo del Progreso; sin embargo, nada despertaba tanto interés como la política.

La velada se alargaba más allá de lo que Jules había esperado, como si viajara por una vía con destino incierto. De Jouffroy le había solicitado que pronunciara un brindis, pero no era cortés hacerlo en ausencia del alcalde, que se demoraba más de lo previsto. La música se detuvo y un alboroto proveniente de la calle invadió el salón, que empezó a vaciarse rápidamente. Bárcena les indicó que se asomaran al balcón frontal, y los franceses, intrigados, obedecieron. Uno de los extremos estaba libre, esperando el honor de recibir al homenajeado.

Fuera, en una pequeña plaza, se agolpaban cientos de personas, cabezas mojadas que parecían flotar sin relación alguna con los cuerpos que las soportaban, testimonios de un chaparrón que había pasado inadvertido dentro del Casino. Se empujaban unas a otras, como olas enfurecidas que buscan una roca contra la que romper, y todas miraban hacia el cielo.

Las contadas estrellas que resistían el asedio de las nubes desaparecieron tras los fuegos de artificio, y el aire se cargó de un olor áspero. El mar de rostros se volvió iridiscente, hipnótico y espeluznante a la vez, mientras Jules sentía que aquel ruido estallaba dentro de su cabeza. El humo envolvía la ciudad como niebla cuando los últimos fogonazos iluminaron la noche.

Sin tiempo para una tregua, el público al pie del balcón se dividió en dos, y un ancho pasillo se abrió en el centro. Una veintena de hombres, tal vez más,

aparecieron de entre el gentío portando espadas en lo alto. La muchedumbre gritaba, movida por un frenesí que se apoderó de ella como una fiebre. Los protagonistas, vestidos de blanco y rojo, se dispusieron por parejas en dos filas a lo largo del pasillo, y otro hombre, pandereta en mano, se colocó al frente y los miró. A una orden suya, las espadas, todas diferentes, cortaron el aire embebido de pólvora y vapor. A continuación, cada uno de ellos sujetó la espada de su compañero por la punta, y juntos dibujaron figuras en el aire. El director del grupo cambió de nuevo la dinámica con un golpe de pandereta, y los bailarines formaron con las espadas una bóveda bajo la cual se deslizaron espontáneos que salían del público. Jules trataba de concentrarse en el baile, que le recordaba al cotillón, pero el sonido de las hojas al chocar rechinaba en sus oídos como una uña arañando una pizarra, y empezó a marearse.

En el balcón del Casino, el cónsul explicaba la coreografía a sus compatriotas, gesticulando para que dirigieran la atención hacia uno u otro detalle:

–Los participantes visten de blanco con faldón rojo porque tales son los colores de la ciudad. Según la leyenda, el origen del baile se remonta a varios siglos atrás, cuando en la ría habitaba un dragón que, cada plenilunio, salía del mar y raptaba a una joven doncella. Los marineros, hartos de los ataques del monstruo, empuñaron un día sus espadas y lucharon juntos hasta que consiguieron darle muerte. Como celebración de la victoria, crearon este baile.

Los convidados permanecían atentos, maravillados por la historia, pero Jules estaba hundido en su penumbra. Se agarró a la baranda que remataba el balcón y respiró profundamente. Fue inútil: sus pulmones se habían llenado de pólvora y su cabeza no dejaba de palpitar.

Aunque se había pasado todo el día sin oír más que nombres y alabanzas, y el exceso de atención había sido abrumador, fueron el humo y el ruido los que le provocaron aquel malestar. Decidió salir a tomar el aire. No se lo comunicó a sus amigos: necesitaba de la quietud de la noche para recomponerse y volver a la fiesta, a sus obligaciones, a ser el escritor educado y atento que todos esperaban que fuera, a interpretar, una vez más, su incómodo papel. Se escabulló del balcón lentamente, aprovechando una nueva intervención del cónsul. Después atravesó la sala vacía, donde unos mozos recogían los restos del ambigú. Descendió la escalera, tiró del pomo con ansia y se zambulló en la multitud.

Creyó que lo mejor sería abrirse paso por un lado de la placita y desaparecer de la vista de los balcones cuanto antes. Avanzó con diligencia pero sin apresurarse, procurando no llamar la atención de posibles delatores. Cuando dejó atrás la algarabía de la fiesta, le pareció que había vuelto a casa. Caminó hacia el frente y se detuvo en una bonita plaza rodeada de soportales. Algunos transeúntes vagaban por el empedrado, ignorando su presencia. Se sintió aliviado. Los lamentos de las espadas resonaban aún cercanos, pero en

aquel momento se le antojaron extraños, como si provinieran de un universo ignoto.

Sacó su pipa y la encendió. La luz de unas ventanas incendiaba la piedra mojada por la lluvia, transformando el suelo en agua. Dio una bocanada profunda y dejó que el sabor del tabaco inundara su garganta. Sintió entonces un deseo incontenible de ver el mar.

Jules no era un hombre presumido, pero de haberlo sido habría alardeado de su sentido de la orientación. Al poco tiempo de haberse instalado en París, conocía ya todas las arterias de la capital, cada músculo, cada órgano de la Ciudad de la Luz. Así que no tuvo dudas sobre qué dirección debía tomar para alcanzar la costa. Acompañado por la intermitente luz de la luna, atravesó la plaza y descendió con precaución la resbaladiza pendiente de una callejuela. A su término, otra placita se abrió ante la mirada curiosa del escritor, que disfrutaba de su libertad por primera vez desde que había llegado. Se detuvo un instante y vaciló. Avanzó unos pasos hacia el norte, hasta una calle que contaba con alumbrado público, y pudo ver que unos metros a su derecha descansaba la colegiata. Miró la hora en su reloj de bolsillo y, decidido, descendió la Real hacia la playa de la Ribera.

No se sintió observado –menos aún, perseguido– hasta que unas pisadas retumbaron a su espalda y algo se abalanzó sobre él. Una ráfaga cruzó sus ojos al tiempo que oyó un golpe contundente. Después, la oscuridad.

Mariñeiros somos,
e xa nos toparemos nalgún porto.
[Marineros somos,
y ya nos encontraremos en algún puerto.]

Aquella noche había salido pronto. Las bombas de la fiesta atronaban en la casa vacía como el eco de un tiempo pasado, de unos días que dolían por su ausencia. Sabela ascendía la calle Real hacia la iglesia cuando la quietud de la noche se vio de nuevo interrumpida, esta vez por los quejidos distantes de las espadas. Le parecieron trágicos, gritos de un niño pidiendo auxilio. Las voces y las risas llegaban hasta ella como olas, propagando una alegría que le resultaba ajena, que no lograba entender.

Decidió alejarse del bullicio y de las calles que solían tomar los vecinos de regreso a casa. Giró en la travesía de la Esperanza y resolvió ir hasta el final de la ensenada. Allí, donde las rocas sufrían la furia de las ondas, descansaban los enfermos del hospital de la Caridad. A veces paseaba por los alrededores del edificio, oyendo latir el corazón del mar. Entonces se sentaba bajo alguna de las ventanas e imaginaba la historia de quien dormía al otro lado. En lugares como aquel, donde la muerte y la soledad caminaban de la mano, se creía acompañada.

Conocía cada recoveco del pueblo como conocía los de su casa; por más cambios en calles y plazas que el tiempo urdiera para desorientarla, ella siempre salía triunfante. Pero aquella noche doña Hortensia estaba en la fiesta, y nadie cosía junto a la lámpara en su ventana. También faltaba Manuel, que no revelaba con luz trémula su visita de los sábados. El humo de la pólvora había devorado las tímidas estrellas que hasta entonces avivaran el cielo, y las nubes que perseguían a la luna pronto descargarían otra vez su agua. La calle parecía la boca de un pozo sin fondo. Cuando trató de volver sobre sus pasos, comprendió que se había perdido.

El silencio era tan descorazonador como el de un camposanto, sin olas que rompieran en la playa ni voces lejanas que acompañaran su deambular. Ni siquiera oía el zumbido del viento en las grietas de las paredes. Sentía que los callejones se estrechaban, que ojos sin dueño la vigilaban desde cada esquina.

Algo suave le acarició un tobillo. Se apartó de un salto, quebrando con un grito la calma de la noche. El rechinar de unas bisagras sobre su cabeza la paralizó.

–*Que foi? Sabela, es ti?* –preguntó una mujer, asomando un quinqué al

exterior.

Doña Asunción hacía guardia junto a la ventana, una sombra fantasmagórica envuelta en una luz impaciente.

–*Si, si, señora Asunción. Non foi nada, estou ben.*

Tomando como válida la respuesta, la mujer desapareció hacia el fondo de la habitación masticando reproches para el marido ausente, que se divertía en la verbena. Sabela se disponía a reemprender el camino cuando un ronroneo la hizo detenerse. Miró al suelo y sus ojos se toparon con los de un pequeño gato que buscaba cobijarse de la noche entre sus pies. Cualquier otro día, los pecios de las sardinas naufragadas durante la travesía desde las playas hasta las fábricas le habrían bastado para alimentarse, pero la fiesta demandaba cuestiones de higiene que sólo entonces los vecinos se molestaban en atender, y el animal temblaba de hambre y de frío. Sabela se agachó, y en cuanto le tendió la mano, se sintió más cerca de él de lo que se había sentido de nadie en mucho tiempo. Se le ocurrió que no era muy diferente de aquel felino: también ella estaba perdida, caminando a oscuras, y buscaba el modo de sobrevivir a un nuevo día. Finalmente, aunque dubitativo, el pequeño se entregó a sus brazos.

El calor que el gatito ofrecía a Sabela mitigaba los temblores que sacudían su cuerpo, y la turbación que atenazaba sus músculos desapareció. Decidió abandonar la seguridad de la luz y buscar un camino de vuelta a casa. Cuando dejó atrás la ventana de la señora Asunción, sus ojos se perdieron en la oscuridad, aunque pronto se acostumbraron a la noche. Descendió Peligros con cuidado, tratando de no resbalar en la piedra mojada, y palpando las paredes de las casas torció en la rúa de la Anguila. Desde allí, no tardó en encontrarse de nuevo bajo el amparo de la familiar cuesta de la Real, donde las olas que asediaban la orilla anunciaban la proximidad de los soportales.

Las nubes habían concedido una tregua momentánea, y la luna crecía resplandeciente, desnuda de su manto ceniciento. Si hubiera mirado al cielo un minuto más, habría tropezado con él. Pero lo vio a lo lejos: allí, al final de la Real, donde el camino se fundía con la playa, invadía la calzada un cuerpo inerte, una mancha oscura en el pavimento de cristal que la lluvia había creado. Soltó al gato y se acercó al hombre, despacio, como si temiera despertarlo. No era la primera vez que se topaba con algún vecino rendido a su efusión etílica, sin embargo tales encuentros nunca dejarían de sobrecogerla. El gatito se adelantó con pequeños y decididos saltos y se restregó contra aquel hombre, que con el rostro lívido y la cabeza ensangrentada parecía sin vida.

Sabela se detuvo a su lado, perpleja, como lo haría ante un *golfiño* varado en la arena. Los maullidos del gato la arrancaron de su ensimismamiento. Este se disponía a lamer la herida, atraído por el dulzor de la sangre que empapaba el cabello cano. El desconocido no llevaba chaqueta, y Sabela se fijó en que sus ropas eran demasiado elegantes para alguien del Berbés. Una cadena dorada

pendía del bolsillo de su chaleco. El metal tintineó en el suelo y Sabela dio un paso atrás: ¿se había movido?

El hombre masculló algo revolviéndose en su lecho de piedra. Trató de incorporarse, pero se desplomó. Sabela barrió con los ojos la calle desierta, sin saber bien qué buscaba. Bajó hasta la playa corriendo. Tampoco allí había un alma. Sabía que pedir auxilio sería inútil: la mayor parte del pueblo se divertía en la fiesta, y al resto, la desconfianza los retendría en sus casas. Nadie acudiría para socorrer a un extraño.

Sólo unos pasos la separaban de los soportales, y la tentación de marcharse la empujaba hacia ellos. Pero su conciencia ganó la batalla. Volvió junto a él, inspiró profundamente y se preparó para recorrer los metros más largos de su vida.

Boas accións valen máis que boas razóns.
[Buenas acciones valen más que buenas razones.]

Había tenido un sueño turbio y asfixiante: caminaba por una pared, húmeda como la de una cueva, y sonaba cerca el fluir de agua. Recordaba haber oído un golpe seco, un maullido. Después, un haz de luz lo había cegado por un instante.

Abrió los ojos y se sintió cansado, más anciano que nunca. Estaba casi a oscuras, tumbado, y sus párpados eran guillotinas empeñadas en amputar su visión. El batir de las olas le hizo creer que todavía estaba soñando. Un sonido metálico y envolvente, parecido al de una campana, le devolvió la lucidez. Y también el dolor, una presión que se extendía desde la coronilla hasta algún lugar de su espalda. El familiar olor a leña quemada enmascaraba otro ajeno, un olor a humedad y abandono que lo llevó a tiempos pretéritos. Parpadeó varias veces para que sus ojos se habituaran a las tinieblas. Se encontraba en una estancia amplia, bajo una ventana por la que se colaba la pálida luz de la noche. A los pies de la cama, un biombo con motivos marinos contrastaba con el espacio desangelado, con el jergón en el que yacía, con la tela que una araña había tejido entre el cristal y la contraventana. A pesar de que no tenía puesta su chaqueta, la gruesa manta que lo cubría y el calor de un brasero le provocaban cierto sofoco.

Unas bisagras gimieron y la cálida luz de un quinqué irrumpió en la habitación. Trató de levantarse, pero el dolor del cuello lo detuvo. La luz se fue haciendo más rutilante, obligándolo a engurrar sus facciones y despertando una nueva molestia en sus ojos. Antes de que pudiera determinar su origen, apareció a su izquierda una mujer.

Era joven, aunque hacía tiempo que había dejado de ser una niña, y su piel resplandecía bajo la caricia de la luz. Sin apenas mirarlo, colgó la lámpara en la pared y arrastró una silla hacia la cama. Después se retiró de nuevo, entregándose a la oscuridad que dominaba en el fondo de la estancia. Él no podía ver lo que hacía, pero el ruido de agua le hizo suponer que lavaba algo. Estaba de pie frente a una mesa camilla, de espaldas a Jules, que con dificultad se había girado para concederse la indulgencia de la curiosidad, el placer de observar sin ser visto. Tenía los tobillos blancos y firmes, de los que nacían unas pantorrillas capaces de recorrer el mundo; una falda negra las rozaba, distraída, ondeando desde su cintura, a la que se ceñía como una gaza. Jules apartó la mirada en el instante en que se daba la vuelta con una jofaina entre

las manos.

Apoyando la palangana en la silla, la muchacha se sentó en la cama y sumergió un paño en el agua. El cabello suelto creaba sombras tan maravillosas en su rostro que, por un momento, Jules creyó estar soñando otra vez. Seguía los gestos con devoción: un niño atento que aprende a realizar una tarea. Le acercó el paño y él se contrajo, pero esa reacción instintiva no mitigó el dolor frío y paralizante que sintió cuando la tela presionó la herida. Repitiendo los pasos, las manos de la joven hundían el paño, lo sacaban, lo escurrían..., pero lo hacían sin sonido, en una realidad que de pronto se había vuelto muda. Jules empezó a inquietarse, a pensar que se moría. Sin ser llamadas, unas difusas palabras acudieron a su boca:

–*Où suis-je?*

Las manos volvieron a estrujar el paño y las gotas volvieron a caer en la jofaina. ¿Le había contestado? Jules le agarró la muñeca tan rápido como se lo permitieron los sentidos y clavó la mirada en unos ojos en los que cabía el universo entero. Una negrura comenzaba a devorarle la visión, pero aún podía notar el sobresalto de la muchacha en la tensión de sus músculos, en la firmeza de su rechazo, en su pulso galopante. Tenía miedo y las fuerzas se le agotaban, pero consiguió incorporarse y contemplar aquellos ojos durante un segundo antes de desfallecer sobre la cama y, con el que creyó su último aliento, repetir las mismas palabras:

–*Où suis-je?*

El esfuerzo había sido casi insoportable. Le había parecido que la distancia entre la Real y su casa crecía con cada paso, y que el suelo dejaba de ser llano para transformarse en una pendiente vertical. Lo había tumbado en su cama, la misma donde vio a su madre deteriorarse, donde la visitaron médicos que le administraron píldoras de Holloway o jarabes de Labelonye: formas de engañar a la muerte, pero no de alargar la vida. Las gotas de sudor habían hecho carreteras en su espalda serpenteando entre los recovecos de los huesos; aun así, no recordaba la última vez que se había sentido tan satisfecha. El calor limpio y prodigioso que había manado de su cuerpo nada tenía que ver con el sudor agrio que se acumulaba en su frente, en sus axilas y entre sus muslos mientras trabajaba.

Bajo la escalera, apoyada en la pared, Sabela recorría la habitación con la mirada. El espacio era una grotesca confusión de objetos fuera de lugar, seres inanimados que deambulaban, errantes, en busca de su sitio: una cama donde debería estar la mesa, un aguamanil que suplantaba a un jarrón, una alacena donde la loza se había convertido en prendas de ropa oscura... Observando el baile de trastos huérfanos, se preguntaba qué habría pensado aquel hombre, qué lo habría llevado a reaccionar como lo había hecho, cuál era el significado

de sus palabras. Tal vez lo había asustado. Tal vez la única asustada era ella.

Los minutos pasaron, pero Sabela no se apartó de la protección de las sombras, ocultándose de una posible mirada. Su cuello aún palpitaba como si un corazón hubiera nacido en él y latiera con la misma violencia que el de su pecho. A sus pies, contagiado de su cautela, se acurrucaba el pequeño gato, satisfecho después de haber comido.

El hombre respiraba de forma débil y entrecortada, sus ojos mareándose bajo los párpados cerrados igual que un guijarro en las manos de un niño. De repente se estremeció y los abrió, como despertándose de un sueño inquieto, de una pesadilla. Se apoyó en un costado y trató de levantarse una vez más. Al no conseguirlo, comenzó a palpar en torno a él buscando un asidero.

Sabela se acercó y ofreció sus temblorosas manos al hombre, que la miró con los ojos anegados por un mar de preguntas. Volvió a sentarse a su lado, tomando aquella fría mano que necesitaba el consuelo de las suyas. No encontraba palabras que lo reconfortaran, así que permaneció callada, atenta. Esperando.

Se esforzó en ahuyentar el recuerdo de su madre, pero la imagen de aquel cuerpo ahogado en sudor y la voz asfixiada por los delirios volvían a cada instante. Rememoró el funeral, el llanto de Carmiña, las condolencias de la gente del barrio. A todas las plañideras que desfilaban en procesión les repetía las mismas palabras de forma mecánica y ausente: «*Agora xa non sofre*», «*Agora poderá descansar*». Se sentía aliviada, casi feliz. Porque también ella anhelaba el descanso y necesitaba alejar el dolor. El sufrimiento de su madre se había convertido en el suyo propio, se le había pegado a la piel, podía olerlo. Sin embargo, lo peor iba a llegar unos días más tarde, una vez recuperadas las horas de sueño y satisfecho el cansancio. Estaba en la cocina, vigilando el caldo que se calentaba en la *lareira*. Del *guindastre* pendía el pote *mariñeiro*, el único que utilizaban desde la tempestad, cuando relegaron la artesa y empezaron a comer al calor del fuego. Se levantó y fue hasta el *cunqueiro*. Sacó su *cunca* y su cuchara y se dirigió hacia el pote para servirse, pero sintió que le faltaba algo. Se quedó inmóvil, pensativa. Entonces se percató de que la *cunca* y la cuchara de su madre seguían en el *cunqueiro*, esperando inútilmente a ser llenadas, lamidas, usadas, y comprendió que le faltaban todos los que alguna vez la habían querido, los que se habían sentado con ella en torno de la artesa, los que habían comido en aquellos platos abandonados. La realidad la envolvió como un vendaval, y libre de la bruma que la había cegado, lloró cuanto no había sabido llorar antes. Después llegó el silencio en la casa, la oscuridad de la noche, y se odió a sí misma. Deseó que su madre regresara, aun con la mente sumida en los desvaríos de aquella enfermedad de pobres que seducía a ricos, aun endeble y necesitada, aun moribunda y quejumbrosa, y poder sentir su cariño intermitente, sus ojos agradecidos.

Intentando vencer los recuerdos, Sabela sumergió el paño, lo escurrió y

limpió de nuevo la herida. Repitió el ritual varias veces. Algunas arenas juguetonas sonaban en el fondo, bajo el agua rosada: en un pueblo junto al mar no hay lugar donde la playa no llegue. Jules quiso levantarse, pero la firme mano de la muchacha frenó su tentativa.

–Todavía no está en condiciones, señor.

Una vertiginosa sucesión de imágenes se agolpó en la mente de Jules, que al fin despertaba de su letargo. Recordaba haber visto la calle boca abajo, la noche boca arriba, flotando sobre el vetusto empedrado humedecido por la lluvia. Recordaba las manos de una mujer, el ronroneo de un gato.

–*Où suis-je? Qui êtes-vous?*

Sabela frunció el ceño y miró hacia los lados, como si buscara en las paredes una respuesta a las preguntas que el hombre no dejaba de repetir. La lengua en la que hablaba no era la de los fomentadores; después de tanto tiempo había llegado a comprenderla, e incluso se atrevía a utilizarla en ocasiones para contestarles. Pero aquel desconocido no pertenecía al barrio de los Catalanes.

–Disculpe, pero no le entiendo.

Sólo al oír aquellas palabras se percató Jules de que su maltrecha consciencia se había burlado de él haciéndole hablar en el idioma equivocado.

–Perdóneme. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

Sabela sonrió. Jules le correspondió con una mueca involuntaria, un remedo de sonriso.

–Me llamo Sabela, y está usted en mi casa. En Vigo.

Se sintió irremediablemente estúpida: podría estar desorientado, pero no tanto como para olvidar el pueblo en que se hallaba.

–¿Qué me ha pasado?

–Le han dado un buen golpe y se han llevado su chaqueta. Y también... –Sabela le mostró la cadena dorada del reloj.

–*Ma montre!* –Jules echó la mano al bolsillo del chaleco instintivamente, como si pensara que lo iba a encontrar allí.

–Lo lamento mucho. Los hombres se vuelven temerarios con el vino, y en estos días de fiesta hay demasiado.

Jules caviló un momento.

–¿Cómo he llegado hasta aquí?

Ella apartó la vista, cohibida, y a Jules se le antojó aún más joven.

–¿Me ha traído usted sola?

–Soy bastante fuerte –contestó, haciendo un gesto con el que pareció disculparse.

–No me cabe duda...

La curiosidad sobre la procedencia de Jules impedía a Sabela pensar en otra cosa. No quería que la juzgase poco educada, pero tampoco quería contenerse.

–¿De dónde es usted?

Jules se incorporó y la miró con sus ojos grises y melancólicos. El dolor que lo había torturado hasta hacía pocos minutos se había reducido a un ligero zumbido, una mosca que revoloteaba dentro de su cabeza.

–Soy francés. ¿Conoce usted Francia?

–Nunca he estado allí, pero sé dónde está –mintió.

La familia Doré vendía a los franceses parte del pescado que salaban en Próspera, y Sabela había oído hablar a algunos marineros acerca de las aguas de Francia. Pero no habría sabido señalarla en un mapa.

Advirtiendo que el paño que había colocado sobre la herida se estaba secando, se inclinó hacia Jules para retirarlo. Él, que no se había dado cuenta de que tenía algo pegado en la coronilla, no pudo ocultar un desconcierto que arrancó una sonrisa a Sabela.

–Aquí no tengo yodoformo ni agua fenicada, pero puedo ponerle una venda. –Se había levantado y abría un cajón de la alacena.

–¿Trabaja usted como enfermera?

Sabela meneó la cabeza, entre el pudor y el halago.

–Sólo ayudo a las parturientas en la fábrica.

Volvió con un rollo de gasa y unas tijeras y se sentó frente a Jules, que la observaba con expectación. Notaba cómo sus ojos la acompañaban mientras desataba el extremo de la gasa, cómo el olor a tabaco se hacía más intenso al acercarse, cómo se interrumpía su respiración cuando le rodeaba la testa con la venda. Nunca había estado a solas con un hombre que no fuera Ernest y, por un momento, se sintió extraña, como si de algún modo lo estuviese traicionando. Cortó la tela y aseguró el vendaje.

–Espero que le aguante lo suficiente –le dijo apartando la silla.

Jules apoyó las manos en el jergón y se giró hacia el borde. Ella le brindó ayuda, pero Jules, orgulloso, la rechazó cortésmente. Llevó los pies al suelo y, tensándose como cuerdas las venas de sus brazos, se levantó cual animal que aprende a caminar.

–No sé cómo agradecerle que se haya tomado tantas molestias –reconoció Jules.

–¿Qué otra cosa podía hacer? –Sabela aderezó su respuesta con una nueva sonrisa, más cálida y confiada, diferente de la que se ofrece a un desconocido–. ¿Está seguro de que es capaz de andar? Puedo ir con usted, si quiere.

–No se preocupe.

Jules se habría quedado más tiempo, se habría quedado hasta el amanecer, pero fuera, las voces de algunos vecinos anunciaban que la fiesta había tocado ya sus últimas notas por aquella noche. Los dos miraron hacia la ventana, que les mostraba siluetas pasando sin detenerse.

–Debo irme. Mis amigos me estarán esperando en el Casino.

Aunque el color regresaba a las mejillas de Jules y su voz sonaba cada vez

más fuerte, Sabela se preguntaba si la confianza que exhibía no era excesiva. Reprimiendo su recelo, descolgó el quinqué y se dirigió a la puerta. Pero al rodear el biombo, cambió de parecer.

–Aguarde aquí un momento –le dijo entregándole la lámpara.

Caminó hacia el fondo de la estancia y se internó en otra habitación, para reaparecer poco después con un viejo candil prendido.

–Enseguida vuelvo –anunció con un hilo de voz, y enfiló la escalera lentamente, como si vacilara.

Cuando crujió el último travesaño y los pasos se perdieron en el piso de arriba, Jules aprovechó para curiosear. El suelo era de piedra y, lejos del brasero, el frío y la humedad llenaban el espacio. Una red enmarañada y un taburete descansaban bajo la tosca escalera, que se apoyaba sobre la pared de un pequeño habitáculo. Imaginó que se trataba del retrete. Reparó en que, si bien la estancia no era pródiga en adornos, la mesa camilla y la alacena lucían elegantes tallados y semejaban valiosas, algo impropio de una casa de pescadores. Pero no tanto como el biombo. Levantó la luz para examinarlo en detalle. Constaba de cuatro hojas de madera policromada en negro y pan de oro, cada una compuesta por tres paneles que hacían las veces de ventanas a lugares que, gustoso, incluiría en su derrotero: la torre de Belém, el peñón de Gibraltar, la mezquita de los Pescadores, el puerto de La Valeta, el Gran Canal... Con una sonrisa soñadora avanzó hasta la puerta del fondo, a través de la cual la luz del quinqué le permitió vislumbrar el interior de la cocina, oscura como una ratonera.

Un portazo y unos pasos atropellados bajando la escalera interrumpieron su exploración. Sabela traía una modesta pero cuidada chaqueta de pana añil.

–Las noches aquí son frescas –le advirtió, ofreciéndosela.

–Gracias, pero no quiero abusar de su hospitalidad.

–Nadie la echará en falta. Era de mi hermano.

El tiempo verbal elegido disuadió a Jules de replicarle. Tomó la chaqueta y le devolvió el quinqué.

–Es usted muy atenta –dijo mientras se la ponía.

La boca de Sabela perfiló una sonrisa, pero sus ojos no la acompañaron. Dejó el candil en un peldaño y abrió la puerta. La luz del quinqué transformó la cueva de la noche en un eco de la realidad que Jules había visto aquella mañana. Bajo los soportales bailaba, mecido por el viento, el pañuelo que alguna mujer había perdido en su regreso a casa. Jules se asomó al exterior. Hasta entonces no se había preocupado por lo que podrían pensar los vecinos de aquella muchacha si lo veían saliendo de su casa a tan altas horas. Quiso preguntarle si vivía sola, pero se tranquilizó al ver que no había nadie. Las palabras de Sabela le hicieron olvidar sus reparos:

–¿Estará usted bien?

Él asintió, complacido, y Sabela notó que la zarandeaba una sensación

opresiva en el estómago, tan familiar como inesperada: no temía que se fuera solo, sino reencontrarse ella con su soledad.

–Gracias por todo. No sé dónde estaría de no haber sido por usted.

Impulsivamente, Sabela tomó la mano diestra del escritor y le cerró los dedos en torno al quinqué. La calidez de sus manos ascendió por los brazos de Jules hasta acariciarle las mejillas. Temiendo que ella se hubiera dado cuenta de que se había sonrojado, hundió la vista en el suelo y le tendió de vuelta la lámpara.

–Descuide, no lo necesitaré para llegar al Casino.

El semblante frágil y aniñado de Sabela cambió: se mostró sin pretenderlo como la mujer fuerte y decidida que había cargado sobre su espalda tantos pesos, incluido el del cuerpo de Jules.

–No permitiré que se vaya sin luz.

Una sonrisa relajó su expresión, y volvió a ser la muchacha afable.

–¿No querrá que tenga que salir a buscarle?

Sin dejarle tiempo para una réplica, se le acercó y señaló hacia el centro del pueblo.

–Para volver al Casino suba toda la cuesta, y al pasar la iglesia...

–Desde la iglesia sé llegar –la interrumpió–. Le traeré esto mañana –anunció levantando la lámpara.

El quinqué iluminó el rostro de Sabela, que acababa de recibir una noticia que ansiaba sin saberlo.

–Se lo agradezco.

Cuando ya enfilaba la subida, Jules miró hacia atrás, pero la luz no le permitió ver más allá de la calle. Desde la puerta, bajo los soportales, Sabela lo vio alejarse cuesta arriba y pensó en lo agradable que había sido, siquiera por una noche, que la casa se hubiera vuelto a llenar de palabras.

Cada día que amañece,
cousas novas acontecen.
[Cada día que amanece,
cosas nuevas acontecen.]

Los caballeros del Casino parecían afligidos cuando Jules regresó de su odisea escoltado por Pierre y Paul. Estos habían salido en pos de él hacía horas y, de vuelta de la infructuosa búsqueda, se lo habían topado mientras caminaba tranquilamente por la plaza de los soportales con una lámpara en la mano y una venda en la cabeza. En el interior del edificio, la orquesta ya se había retirado y el salón se sentía desnudo sin los cuerpos que hasta no hacía mucho engalanaban el espacio. Manuel Bárcena se mostró sobrecogido y abochornado ante la noticia del robo. Su francés se atropellaba, torpe e incómodo, y no encontraba palabras para disculparse:

–Le aseguro que esto no es algo habitual, señor Verne. Algún borracho desaprensivo, algún miserable, se habrá cruzado con usted, tan elegante, y habrá querido sacar provecho del infeliz encuentro.

Siguió hablando durante largo rato. De Jouffroy lo interrumpía, reiterando que se trataba de un caso aislado y que de ninguna manera podía tomarse como muestra del comportamiento de los vigueses. A Jules le llevó un tiempo convencerlos para que no denunciaran el robo.

–No tiene importancia, no era más que un viejo reloj de latón –les repetía.

Por supuesto, aquello no era del todo cierto. A pesar de que no tenía gran valor –calculaba que su actual propietario no conseguiría más de veinte o treinta francos por él–, aquel reloj había sido el primer capricho que se había concedido en París, cuando contaba con veinticinco años. Lo había visto en la rue Poissonnière, a pocas manzanas del apartamento que compartía con su inseparable amigo Hignard. Acababa de ser representada con cierto éxito una de sus operetas, y veía cada vez más cerca su sueño de convertirse en escritor. De forma impulsiva, sin esperar siquiera a que le abonaran sus honorarios, había corrido a buscar los escasos francos que atesoraba y regresado a la tienda para comprarlo. «*Tempus fugit*», recordaba haberle dicho al relojero antes de salir al mundo irradiando felicidad.

Eludió revelar la identidad del ciudadano que le había prestado auxilio, describiéndolo como un varón de unos cuarenta años, alto y con una ligera obesidad, de cabello rubio, con bigote y patillas, dentadura magnífica y piel de color pálido y sin arrugas. Bárcena afirmó saber quién era y alardeó de

conocer «no sólo a los hijos más ilustres de la insigne ciudad de Vigo, sino también a sus habitantes menos favorecidos». Jules sonrió al oír cómo aquel hombre se vanagloriaba de haber identificado a su salvador. No le preocupaba que el empresario pudiera importunar a algún vecino a causa de su mentira: acababa de describirle a Phileas Fogg, protagonista de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

A su regreso al *Saint Michel III*, el médico de la *Floré* lo estaba esperando. La brecha, aunque llamativa, no precisó más que un par de puntos, y Jules pronto estuvo de vuelta en el camarote, descansando de los envites del día. Fue entonces, en la soledad de su litera, cuando invadieron su mente imágenes de hacía casi tres décadas, de las noches en que, junto con Hignard, divagaba sobre la vida y el porvenir en aquella buhardilla de París. Era bien cierto que el tiempo huía: ahí estaba él, un viejo magullado, en compañía de tantos amigos pero solo, impotente ante el absurdo y el vacío que le había tocado vivir. En su juventud no lo había visto así, pero ahora se daba cuenta de que el voto de pobreza que él mismo, Hignard y todos los demás se habían autoimpuesto, como lo hacían un monje o un eremita, no era tan honorable como había creído. Tras los vericuetos recorridos durante todo ese tiempo, tenía la seguridad –la que otorgan las canas– de que la penuria, que ellos habían adoptado con ligereza, era para las gentes de aquel pueblo una condena que aceptaban con abnegación.

Trató de recordar si alguna vez, en sus largos paseos por aquella ciudad vibrante que tanto le había fascinado a los veinte años, se había tropezado con alguien herido a quien no prestó ayuda. Casi asomaron lágrimas a sus ojos al pensar que de haber sido el Jules joven quien lo hubiera encontrado, aún seguiría en el suelo mojado de una oscura calle en un país extranjero, esperando a que alguien lo echara de menos y saliera a buscarlo. Con ese pensamiento, se durmió.

Mientras algunos vecinos homenajeaban al Cristo de la Victoria, bebiéndose las últimas gotas de su sangre, y el campo de Granada se vaciaba de las parejas que hasta el final se habían resistido a dar la jornada por concluida, Sabela se acurrucaba en su cama repasando lo sucedido.

De niña le encantaba conocer gente nueva. Su padre le había contado que siendo un bebé estiraba los brazos hacia las caras para tocarlas, como un ciego, que aprende a través de las manos. Luego el pueblo empezó a crecer y una caterva de semblantes borrosos llenaron las calles, poseídos por la prisa o la desconfianza. No dejaban que nadie los acariciara para conocerlos, porque sólo entre ellos se reconocían. Sabela se sintió perdida desde entonces, como si de alguna manera aquel pueblo en cambio constante ya no fuera el suyo. Compartían horas y espacio, pero ellos no eran más que trajes ocupados por

fantasmas intangibles. Exceptuando, quizás, a Ernest.

O que ten a chave, cando quere abre.
[El que tiene la llave, cuando quiere abre.]

Ha pasado mucho tiempo desde que aquellos ojos se despidieron del pueblo, pero si hoy volviese a aquella época podría identificar cada esquina de cada plaza, cada casa de cada vecino. Y aun privada de la vista reconocería los sonidos: los valses y polcas que el fígaro de la rúa Sombrereros tocaba con su tímpano, ensordecidos por los carros de bueyes y los coches de caballos que transitaban la sinuosa calle; el correr del agua de la fuente de Neptuno en la Soledad, ahogado por los cuentos de los vates y cómicos que se alojaban en la casa de huéspedes, enfrente del Consulado de Portugal; las melodías que el peluquero junto a la tienda de disfraces de la Gamboa tocaba con su concertina mientras esperaba al próximo cliente... E incluso sin oído conseguiría localizar la calle de la Amargura por el aroma de su confitería; la puerta del Sol, por el de su pan; la Real, por la carne *ó caldeiro* y el caldo de nabizas de los mesones de las viudas; el arrabal de la Falperra, por el perfume de los árboles frutales y las gardenias... Sin importar todo el tiempo transcurrido, porque, aunque amargo, lleva su recuerdo del pueblo a todas partes, como una cicatriz. Así, iría recorriendo las calles una a una, guiada sólo por sus olores, hasta llegar a Próspera.

El día que Sabela y Carmiña se internaron en sus fauces, el mundo parecía girar dentro a más velocidad de lo que nunca hubiera podido hacerlo fuera. En cada rincón, alguien trabajaba con premura, siempre con gesto serio, bajo las órdenes de un capataz que voceaba palabras que pasarían a formar parte de su vocabulario.

La fábrica estaba dividida en cuatro secciones y un puñado de oficios que condicionaban la vida de los trabajadores tanto dentro como fuera de ella. Al este se hallaba la chanca, un espacio con dos filas de diez lagares excavados en la tierra y levantados con perpiaño de granito, cada uno de tres metros de lado y casi dos de hondura, en los que se salaba el pescado. El extremo sur albergaba la carpintería, el encascador, el depósito de la sal y el almacén, recientemente mermado por un paritorio construido para las empleadas encintas que se ponían de parto durante la jornada. En el lado oeste estaba situado el muerto, a lo largo del cual parecían levitar dos enormes vigas paralelas que, mediante la acción de unos grandes *fusos* metálicos, presionaban las tapas de los tabales para prensar la sardina y extraer su saín, que discurría hasta una lagareta por unos surcos labrados en el suelo de piedra. Finalmente,

en el centro se abría el claro, un patio descubierto y rectangular con el piso inclinado hacia la playa.

En otras fábricas, algunos miembros de la familia cuyo apellido decoraba la entrada al edificio trabajaban junto con sus empleados. Aunque no necesitaban permiso para ausentarse, ni un jornal para que su dieta incluyera media libra de carne a la semana, dicha práctica confortaba a los trabajadores y les infundía una vana ilusión de igualdad. Próspera era diferente. En ella, los Doré deambulaban entre nosotros como mudos apicultores que controlan un enjambre.

Sabela y Carmiña pasaron sus primeros días en el muerto, clasificando y *envaretando* el pescado que después los niños lavarían y las estibadoras colocarían meticulosamente en los tabales. Era la tarea más sencilla, la que se encomendaba a los chiquillos y a las mujeres recién llegadas. Y también a la que le correspondía el salario más pírrico: dos reales diarios que no se cobraban hasta el último día de la semana.

La mañana que Sabela conoció a Ernest fue la primera en que el sol asomó al cielo tras casi una semana de temporal. Entre el lance del *axexo* y el de la alborada, las fábricas habían demandado cada sardina iluminando la noche con los faroles de saín, que pendían de la fachada de los edificios como luciérnagas. Cuando se reanudaba el trabajo después de muchos días de mal tiempo, el mar se convertía en un remolino de marineros con vocación de piratas que competían por ser los primeros en alcanzar las mejores postas y vender el pescado a la oferta más alta, aun estando contratados en exclusiva por un fomentador. Y desde que Hacienda les permitía llevar sal a bordo, no eran pocos los que despachaban una parte de las capturas a la competencia, descargándola en las islas Cíes o incluso cambiándola de barco antes de entrar en la ría, protegidos con chaquetas distintas para que no pudieran identificarlos: cuando la codicia se disfraza de hambre, todo parece estar justificado.

La jornada transcurría en un atropellado desorden. La sobrecarga de tareas apremiaba a los trabajadores, y la noche había volado en viajes entre la orilla y la fábrica, cargando *portadeiras* llenas de agua y *patelas* rebosantes de sardina. Sabela apenas había tenido tiempo para comer nada, y en la madrugada había empezado a sangrar.

Arnau, el encargado de la espicha, era un hombre nervudo y de porte señorial, con bigote espeso y ojos penetrantes. Imponía a la vista, pero ganaba en el trato; comedido y sosegado, sólo alzaba la voz en los días de más faena, ante la necesidad de hacerse oír entre el gentío, y únicamente hacía valer su posición con el fin de garantizar un trabajo bien hecho. Los pequeños lo adoraban, y eso era mucho para un tiempo en que la infancia enseñaba lecciones que un niño no debería aprender. Sin embargo, el caótico día estaba poniendo a prueba el buen carácter del capataz, que templaba los nervios

retorciendo una rama de *vimbio* al tiempo que seguía con la mirada la correcta ejecución de las tareas. Sabela y Carmiña se apiñaban en el mismo taburete *envaretando* las sardinas curadas, que despedían un olor rancio inmune al aire proveniente del claro. Los hombres desfilaban frente a ellas cargando los *rodos* y los *trueles* con los cuales quebraban la superficie cristalizada de los *píos* y recogían las sardinas ya saladas, las mujeres carreteaban agua de mar para anegar los lagares vacíos, y un trajín de niños se prolongaba entre el muerto y el manantial, donde lavaban el pescado en tinas de piedra. La fábrica se había transformado en un baile sin más música que los gritos y las voces. Carmiña se afanaba en mantener el ritmo que marcaban las veteranas, pero Sabela, amodorrada, cabeceaba como el péndulo de un reloj defectuoso. Un pellizco en el brazo le hizo dar un respingo que llamó la atención de Arnau.

–¡Así no avanzamos, Sabela! –bramó el capataz, retorciendo la rama con ambas manos.

Avergonzada, la muchacha ni siquiera alzó la vista.

–*Te estabas durmindo* –masculló Carmiña, mirando de reojo a Arnau.

–*Que ía estar!*

Durante unos minutos consiguió seguir a sus compañeras, pero el cuerpo sudoroso parecía desvanecerse dentro de su ropa, y cada vez se sentía más ajena a todo cuanto la rodeaba. Dos niños con *patelas* llenas de sardinas recién lavadas pasaban a su lado camino de las mesas de las estibadoras cuando uno de ellos tropezó. El pescado *envaretado* se desparramó sobre los pies de Carmiña, cuyo alarido despertó a Sabela y alertó al capataz.

–Se acabó –estalló Arnau–. ¡Sabela, a la chanca!

La muchacha se levantó lanzando una mirada de reproche a su amiga, que secaba los pies con el mandil sin reparar en ella.

–Y no te mando a casa porque hoy no nos sobran manos.

–Sí, señor –musitó, su voz perdiéndose en el griterío.

Abatida, salió del muerto y se sumergió entre los torsos y los brazos de los empleados que abarrotaban el claro. Al llegar se detuvo, atónita, interpretando lo que ocurría a su alrededor: varios trabajadores arrojaban sal en uno de los lagares, otros removían la salmuera con palas para mezclarla con las sardinas, dos más anegaban el *pío* contiguo valiéndose de un embudo... No sabía a quién dirigirse, así que se acercó al hombre que vestía la ropa más limpia; no parecía estar realizando ninguna tarea en particular y gesticulaba de forma exagerada hacia los que trabajaban en los lagares.

–Disculpe, ¿está usted al mando? –le preguntó.

–¿Quién lo pregunta? –contestó sin mirarla.

Sabela permaneció dubitativa un instante.

–Me envían desde el muerto para ayudarles.

El capataz se volvió hacia ella y rompió en una carcajada burlona.

–¿Y cómo me vas a ayudar tú? –dijo, mirándola con lascivia.

Sin darle tiempo a contestar, lanzó una voz, que fue refrendada a lo lejos, y se marchó. Sabela pensó en el modo en que aquel hombre la había mirado, y un escalofrío sacudió su cuerpo. Decidió entonces regresar: el paseo la había despejado y se sentía activa. Iba sorteando las sardinas sembradas por el camino, pensando en lo bien que Arnau se portaba con ella y sus compañeras, cuando notó que su pie derecho no había encontrado el suelo.

No sabría precisar qué sucedió primero, porque fue como si todo hubiera ocurrido a la vez: las punzadas en la cabeza y el frío agónico, el terror y la sensación de que miles de escamas resbaladizas rozaban su piel. Gritó hasta que el agua silenció su garganta, pero nadie parecía oírla. Un aire líquido y repugnante invadía sus pulmones mientras trataba en vano de alcanzar el borde del *pío*; no importaba cuanto se estirara, sus dedos sólo encontraban cuerpos de sardinas y sus pies sólo agitaban la salmuera.

Cuando uno se está ahogando, todo transcurre lentamente, aunque sólo porque el cerebro funciona a mayor velocidad. Pensó en lo absurdo de haber vivido siempre junto al mar y acabar muriendo ahogada en aquel *pío*, pensó en cómo el agua, que a unos seres da la vida, para otros supone una condena a muerte. Fuera, el tiempo se había detenido, y ella estaba allí sola, lejos. Sentía que llevaba dentro una eternidad cuando su cuerpo se meció en el agua. Creyó que eran olas.

Abrió los ojos, pero una intensa luz la obligó a cerrarlos inmediatamente. Escuchó voces lejanas, y la luz se extinguió para dejar paso a un centelleo anaranjado y reconfortante que le permitió abrirlos de nuevo. Unos brazos menudos la abrazaron.

–¿Ves como está bien? –anunció una cálida voz masculina.

Empezó a distinguir los rostros y las voces. Reconoció al doctor que unos días antes había atendido a un hombre que estuvo a punto de perder un dedo en la prensa. Reconoció el desesperado abrazo de su amiga, una niña con la cara enrojecida e inundada de lágrimas. Y lo reconoció a él, aquel joven de sonrisa hipnótica y cabello ensortijado al que había visto paseando por la alameda tiempo atrás.

–Venga, vuelve al trabajo y déjala descansar –dijo el joven a Carmiña.

Ella la abrazó una vez más.

–*Non me des estes sustos* –le susurró al oído antes de marcharse.

El joven acompañó al doctor a una puerta distinta y le habló en catalán. Sabela apenas comprendía alguna palabra y no sabía si hablaban de ella, pero no le importaba. Miraba hacia él y sonreía, ausente, olvidando la razón por la cual estaba en aquel sofá, tapada con una manta de suavidad imposible. Entonces se fijó en que el joven tenía el cabello húmedo, y recordó que alguien la había arrastrado fuera del agua de aquel *pío* que casi le había quitado la vida.

Cuando el doctor salió, el joven se acercó a ella y se acuclilló a su lado.

–¿Te encuentras bien? ¿Tienes frío?

Ella asintió sin reparar en las palabras, y él fue hacia el hogar para añadir unos leños al fuego. Sabela miró a su alrededor: bajo una ventana cuyas contras permanecían cerradas, una vetusta butaca verde asomaba tras un escritorio; delante del sofá, unas estanterías repletas de libros y carpetas flanqueaban la chimenea; en una silla, su *saia* y su blusa se secaban al calor de la lumbre. Alarmada, se acurrucó bajo la manta. Sin más indicio que la reacción de su cuerpo, él supo leerla ya entonces como si la hubiera creado:

–Tranquila, fue el doctor quien te trajo aquí –mintió. Se acercó de nuevo y se inclinó hacia ella–. Te traeré una sopa caliente. Verás como en unos días podrás reincorporarte al trabajo.

–No puedo –protestó, turbada. Hizo ademán de levantarse, pero recordó que estaba desnuda y se volvió a tumbar–. Con el temporal llevamos demasiados días sin jornal en casa.

–No te preocupes por eso ahora. ¿Sabes quién soy?

Un estremecimiento sustituyó a su respuesta antes de que pudiera adivinarlo.

–Soy Ernest Doré, el dueño de la fábrica. Bueno... –añadió con una sonrisa–, lo es mi padre, en realidad.

A Sabela le abrumaron aquellas palabras, y temió las que vendrían a continuación.

–Te irás a casa unos días, y ya te buscaremos una tarea más apropiada, algo mejor.

Ella lo miró con desconfianza, segura de no haber entendido. Su intuición no la engañaba: aunque era pronto para saberlo, aquellas fueron las palabras que la condenaron.

Cuando volvió, tres días después, todo había cambiado: los dos reales de jornal diario, por una peseta y media; el bullicio del *envaretado*, por la inquietante calma de la estiba; y la comprensión de Arnau, por la voz ronca pero jamás extinta de Perpetua, su nueva capataza.

Catalán de Cataluña, barbas de conexo manso,
por qué non das ós galegos una hora de descanso?
[Catalán de Cataluña, barbas de conejo manso,
¿por qué no das a los gallegos una hora de descanso?]

Un crujido la despertó de madrugada, un quejido profundo que le resultó familiar. Llevó la mirada al piso de arriba. Desde que no subía, habían cesado los ruidos y, con ellos, los sueños. Sin embargo, los fantasmas seguían allí, entre polvo e insectos, en los aparejos de su padre y los cuadernos de caligrafía de su hermano.

Cayó en la cuenta de que el sonido provenía de fuera de la casa. Se levantó y rodeó el biombo, pero no se atrevió a continuar. Por debajo de la puerta se colaba un reguero de agua que encharcaba la piedra y reptaba hacia los dedos de sus pies. Retrocedió sin apartar la vista del frente, despacio, cada paso más lento que el anterior. Hasta que tropezó con la pared. El estruendo sonaba más cercano, más áspero y escalofriante. Cuando consiguió identificarlo, el agua ya estaba derribando la puerta.

Se despertó empapada. Tardó unos instantes en comprender que era sudor y no agua de mar lo que cubría su cuerpo y asfixiaba con tela su piel. Después de tanto tiempo, creía que durmiendo encontraba la quietud de la que carecía estando despierta. Pero se había equivocado. Los fantasmas, con su boca de espuma blanca, su aliento frío y su abrazo eterno, habían logrado colarse de nuevo en los sueños de Sabela. Tembló ante la idea de que regresaran los días en que no distinguía sueño de vigilia, aquellos en los que cuando soñaba creía estar despierta, y cuando despertaba creía seguir soñando.

Los tañidos de la campana de la iglesia aún no habían devuelto la vida al pueblo, que dormía indiferente a los vástagos que con las primeras luces se habían desprendido de su abrigo para arrojarse al mar.

Cuando salió no había nadie en la playa: ni marineros ociosos ni trabajadores de la salazón camino de las fábricas. El domingo había amanecido sucio y abotagado; un lechoso y repugnante gusano flotaba en el cielo de la ría exudando su calor silente. Ascendió la Real con paso vigoroso, cabalgando el pelo sobre su espalda, los pies castigando las piedras. Una voz la detuvo cuando pasaba junto a la iglesia:

–*Sabela, espera!*

Carmiña se acercaba jadeante y quebradiza, sin aire tras la carrera.

–*Lévote chamándo dende casa.*

«*Dende casa*.» Para Carmiña, aquella seguía siendo su casa, aunque ya nunca entrara en ella. Sabela sonrió y retomó la marcha con un paso más relajado.

–No te oí, perdona.

Carmiña la observó, divertida.

–*Calquera diría que tes ganas de ir traballar.*

Sabela se encogió de hombros.

–*Eu o que quero é cobrar* –prosiguió Carmiña–. *Vin un chapeu precioso pra o baile desta noite.*

–*Pero se as festas xa están acabando, Carmiña!*

–*O que?! Acabando? Acabando de empezar! O que non entendo* –continuó, como si estuvieran inmersas en un debate– *é por que temos que ir recoller o xornal en domingo. Por que non o dan o sábado antes de saír? Non se tarda tanto!*

–¿Y quién limpiaría la fábrica?

–*Iso é. E o domingo non o pagan. Porque din que é* «día de descanso» –añadió con sorna, imitando a Perpetua.

Sabela volvió a encogerse de hombros.

–Deberías decírselo a Ernest –le dijo Carmiña con picardía.

Sabela resopló.

–Ya te he dicho muchas veces que no hablo con Ernest de esas cosas.

–*Cando seas jefa, porque algún día o serás, é algo que tes que cambiar.*

Sabela sintió un calor que le nacía en el estómago.

–No voy a ser jefa de nadie, Carmiña.

–*Que si, muller, que un día casarás con el. Xa coñeces aos seus pais, e cando vivas na súa casa...*

Sabela se detuvo en seco y le lanzó una mirada áspera que su amiga conocía bien. Era su mirada de hermana mayor. Carmiña bajó la cabeza.

De aquella primera noche en casa de los Doré, Sabela recordaba el gusto de la sangre en la boca, la mancha de vino extendiéndose por el mantel y el puño del padre de Ernest contra la mesa, que detuvo el corazón de su esposa al amenazar la integridad de la cristalería. Más allá de esos detalles difusos, su memoria se había plegado, y el resto de la velada era solamente oscuridad.

Estaban en la alameda, al pie del templete, bajo los farolillos que la noche anterior habían iluminado la fiesta. Los ojos de Sabela se posaron sobre los jardines quedos, que el viento aún no había despertado.

–*Non sei que sentido ten que a xente veña aquí a pasear* –dijo Sabela, conciliadora.

–*Ningún* –concedió Carmiña, reemprendiendo la marcha–. *Solo veñen os que non saben que facer coas horas do día. Se viviran no Berbés non terían libre un minuto: sen cociñeiros, nin criados, nin...*

Sabela miró de soslayo a Carmiña, que estaba cada vez más acalorada por

su discurso. Habían visto el mundo desde los mismos ojos y sudado por los mismos poros, pero ella, a diferencia de su amiga, había envejecido a la fuerza, de forma abrupta, y nada le quedaba de esa pasión.

Llegaron a la fábrica cuando la sirena lanzaba el primer aviso. Carmiña estaba en lo cierto: ¿qué sentido tenía llamar a los trabajadores para que acudieran a cobrar?

Con arte e con engano vívese a metade do ano,
e con engano e arte vívese a outra parte.
[Con arte y engaño se vive la mitad del año,
y con engaño y arte se vive la otra parte.]

Jules se despertó temprano de un sueño perturbador. No fue consciente en ese momento, pero la angustia aún permanecía en su pecho cuando se dirigió a cubierta, ya vestido y aseado. El dolor de la noche anterior se había reducido a un tímido siseo, un desfile de hormigas dentro de sus oídos: un mero recordatorio de que seguía vivo.

El pueblo parecía aún dormido cuando le ofreció su primera imagen de la mañana. La ría ya se había desprendido de la oscuridad de la noche, pero seguía atrapada en una mezcla de niebla y salitre que traspasaba la ropa.

Encendió la pipa que tenía guardada en el camarote, esperando que el tabaco arrastrara su desazón. Sin embargo, le bastó una sola calada para darse cuenta de que aquella madera joven y sin faltas tardaría mucho en moldear el sabor como lo hacía su vieja pipa, desaparecida durante el asalto. Trataría de encontrarla cuando regresara al barrio.

Duval salió poco después. El entusiasmo que exhibiera la noche anterior en el Casino no había perdido una pizca de vigor.

–¿Qué planes tenemos para hoy, Duval? –dijo Jules a modo de saludo.

–Durante tu ausencia se personó, por fin, el alcalde –comenzó, emocionado, como si hubiera estado esperando la pregunta–, y nos transmitió el interés de algunos periodistas por entrevistarte. Pierre ha puesto la *Floré* a nuestra disposición para el encuentro.

–Bien..., bien... –contestó Jules, distraído.

–A no ser que te sientas indispuesto. ¿Sigues dolorido? –preguntó, debatiéndose entre la preocupación por Jules y la alarma ante la posibilidad de un día perdido.

–Apenas.

Duval asintió, satisfecho.

–Deberías denunciar al desalmado que te robó, y que pague por lo que ha hecho. –La indiferencia de Jules no lo disuadió–: Con suerte, recuperarías el reloj.

–Una baratija. –Jules le restó importancia con un gesto con el que parecía apartar el humo del tabaco, aunque el viento ya había disipado la última bocanada–. Tenemos mucho que ver y no nos conviene malgastar tiempo en

esas cosas.

–Como gustes –le concedió Duval, reacio.

La mirada de Jules anunció una orden.

–Y que los periodistas no se enteren; al menos no por nosotros. –Contempló el pueblo y se llevó la pipa a los labios–. No deseo que nuestra visita se reduzca a este incidente.

Unos pasos en cubierta dieron la discusión por terminada.

–Muy buenos días, caballeros –saludó Duval.

Paul, Maurice y Hetzel habían sido los últimos en despertarse y salían a su encuentro: con aspecto cansado el primero, frescos y expectantes los más jóvenes.

No muy lejos, el cadete que los había llevado a la *Floré* el día anterior se aproximaba en el bote. En cuanto se detuvo al lado del *Saint Michel III*, Jules lo saludó con la mano.

–Nos están malacostumbrando –advirtió Paul a sus amigos con una sonrisa.

Tras el variado y generoso almuerzo con que los recibieron en la *Floré* –en el que la conversación volvía siempre, y de forma irremediable, al ataque sufrido por Jules–, el comandante los llevó a cubierta.

A Jules le agradaba Pierre. Tenía la sensación de que hubieran podido ser buenos amigos si se hubieran conocido en otras circunstancias. Pero en el mar todo fluye y se escapa, se evapora como el humo del tabaco que estaban fumando juntos mientras admiraban el pueblo. Pierre rompió el silencio:

–El encanto de las ciudades pequeñas es incuestionable.

Jules asintió sin pensar. Tras dudar un momento, contestó:

–Aunque este lugar tiene algo que me desconcierta.

Pierre lo miró, perplejo, como si le acabara de asestar un bofetón injustificado.

–¿Por qué lo dice? El paisaje es cautivador, y sus gentes han sido de lo más...

–No me refiero a eso –lo interrumpió Jules–. Es como un desencanto, una melancolía.

Entendiendo de repente, Pierre empatizó con él.

–Es comprensible que no vaya a guardar un recuerdo agradable después de lo sucedido.

Jules negó sin apartar la vista del pueblo.

–Tampoco es eso a lo que me refiero –aclaró. La ausencia de respuesta de Pierre lo invitó a continuar–: Anoche salí a caminar porque me asfixiaba: la muchedumbre, la pólvora, el ruido de las espadas... Lejos de la plaza, sin embargo, las calles se encontraban desamparadas; casi parecía que alguien las había hecho callar.

Miró a Pierre: un velo de consternación cubría su semblante.

–No quiero intranquilizarlo con bagatelas –se disculpó.

–En absoluto, señor Verne. –Vaciló un instante–. Pero tal vez debería dejar que nuestro médico le haga un reconocimiento más profundo.

Jules se rio, un tanto arrepentido de haberse sincerado con Pierre.

–No será necesario. Creo que necesito descansar; no he pasado buena noche.

Pierre asintió, poco convencido. Al tiempo, partía del muelle un bote abarrotado: los reporteros ya se dirigían a la *Floré*.

–Pueden disponer del salón para la entrevista, si gustan.

–No queremos abusar de su amabilidad, Pierre. Cuando lleguen, iremos todos juntos al *Saint Michel* y...

–De ningún modo.

Pierre sonó determinante y poco abierto a la discusión, y Jules comprendió entonces por qué comandaba la *Floré*.

–Ese bote debe de ir cerca del límite de su capacidad –continuó, señalando hacia el muelle–. Acompañaré a los periodistas al salón, y allí podrán demorarse el tiempo que precisen.

–De acuerdo. Muchas gracias, Pierre.

A lo que Pierre se refería como salón era el Gran Salón del Comandante, una regia habitación en la popa del barco, ornamentada en caoba y con unos ventanales que recibían la tenebrosa luz de la mañana. A Jules le fascinaron las cartas náuticas que decoraban las paredes y los libros antiguos que llenaban las estanterías; también las maquetas de tres embarcaciones ancladas en un mueble que se prolongaba bajo los magníficos ventanales; pero sobre todo, el olor, ese aroma a madera y papel que también lo envolvía cuando entraba en la biblioteca de su casa.

El salón menguó con la multitud, su orden y majestuosidad empañados por las palabras de cortesía y los gestos aduladores. Jules presidía la reunión desde el escritorio de Pierre, tratando sin éxito de amoldarse a un sillón ajeno. En un rincón, sus amigos observaban con curiosidad, público de un espectáculo que, intuían, iban a ver representado numerosas veces durante aquel viaje.

A los doce reporteros que acudieron para cubrir la noticia se habían unido los rostros ya conocidos de Bárcena y del conde de Jouffroy y dos nuevos: el del alcalde, Manuel Verde, y el del general Hipólito Llorente, gobernador militar de la provincia de Pontevedra y plaza de Vigo. Los asistentes más distinguidos recibieron la gentileza de disponer de las contadas sillas del salón, mientras que los periodistas esperaban junto a la puerta. Estos proyectaban una imagen de profesionalidad, pero un examen superficial revelaba su condición de reporteros de una ciudad en ciernes. El más experimentado, que debía rondar los cuarenta y cinco años, tomó la iniciativa y se acercó al escritorio; de frente alongada y cabello ralo, en sus rasgos se vislumbraba un

animal astuto en su inocencia. Ocupó la silla ubicada frente a Jules e intercambió una mirada con el cónsul, que se había sentado a un lado del escritor para encargarse de la traducción.

–Señor Verne, en nombre del diario *La Concordia* le traslado nuestro agradecimiento por recibirnos y concedernos parte de su tiempo.

De Jouffroy procedió a su cometido. Cuando hubo terminado, Jules asintió y dedicó una educada sonrisa al reportero.

–Es un placer.

El periodista lanzó una ráfaga de preguntas anodinas que Jules sobrellevó con estoicismo: «Sí, es el primer puerto español que visito»; «No, no tenía previsto realizar esta escala»; «No puedo concretar la duración, pero calculo que un par de días más, para carbonar y atender algunos compromisos»; «Por supuesto, me llevaré un gran recuerdo de los vigueses».

El siguiente era más joven, su pálida y pecosa piel velada por una barba indecisa. El cabello rojizo le caía sobre los anteojos cada vez que se inclinaba para tomar notas. Jules lo había juzgado tímido, pero el periodista mostró una actitud afable y un peculiar sentido del humor, exhibiendo, además, un notable dominio del francés.

–Reitero el agradecimiento mostrado por mi compañero, señor Verne. Represento al diario *Faro de Vigo*. Estamos preparando una crónica de su estancia. –Revisó sus notas y continuó–: Debo expresarle una disculpa en nombre del pueblo de Vigo, pues tal vez nos hayamos excedido con las múltiples y repetidas atenciones hacia su persona. He sabido que algunos vecinos incluso lo han parado en la calle para practicar francés con usted.

Jules había olvidado por completo esa anécdota.

–Tengo la fortuna de contar con el afecto de muchas personas. Aunque debo contradecir una parte de su información –añadió, no sin cierto placer–: tal suceso aconteció anoche en la fiesta celebrada en el Casino, y no en la calle.

–Es cierto, yo lo presencié –intervino Bárcena, desvelando de forma inconsciente la fuente del periodista.

El joven realizó algunas anotaciones.

–En cualquier caso, usted es leído a lo largo y ancho del globo, además de ser el autor preferido por muchos caballeros para que sus hijos se inicien en la lectura. –Hizo una pausa para mirar a su interlocutor y prosiguió–: ¿Cómo lo hace sentir esto?

Jules recorrió el salón con la mirada, las caras de aquellos jóvenes y adultos de clase social acomodada que esperaban la respuesta del escritor de la ciencia. No se le ocurrió nada mejor que contestar:

–¡Qué puedo decir!... ¡Soy el favorito de los culos de plomo!

Un segundo eterno precedió al estallido de la carcajada sincera del periodista del *Faro de Vigo*, a la que siguieron las del resto de los concurrentes.

Los rotativos *El Miño* y *La República* habían enviado también a algunos de

sus cronistas, para los que el cónsul tradujo las mismas respuestas a las mismas cuestiones, los mismos agradecimientos a las mismas deferencias. Jules sintió alivio cuando al fin se presentó el último de los reporteros. Tenía el cabello encrespado, del color del café, y la piel más tostada que sus compañeros, aunque el escritor no reparó en estos detalles hasta que le habló en un español suave y cadencioso:

–Señor Verne, soy el corresponsal en Vigo del periódico cubano *El Eco de Galicia*. Es un honor que usted nos reciba.

Cuando hubo contestado a todas las preguntas del periodista, Jules se levantó. Lo hizo sin pensar, como si un resorte lo hubiera impelido. Bárcena lo imitó, y Manuel Verde y el general Llorente se miraron, confusos, dudando entre levantarse o permanecer sentados.

–Si bien fue el azar lo que me trajo a esta bella ciudad, la grandeza natural de su entorno y la amabilidad de... –Los susurros lo obligaron a interrumpir su discurso. Estaba, para sorpresa de su público, hablando en un casi perfecto español–. Decía que la amabilidad de los habitantes de esta ciudad me ha hecho caer rendido a sus encantos. Le auguro a ella y a toda Galicia un gran porvenir: por su hermosura, su clima saludable y su riqueza aún no explotada. Si regreso algún día, estoy seguro de que descubriré cuán lejos habrá llegado esta ciudad avanzada y moderna. Este caballero –dijo, haciendo un ademán hacia el periodista cubano– me ha preguntado si la ciudad me ha inspirado para escribir una nueva historia; pues bien, así ha sido: voy a escribir una novela donde trataré con más detalle los entresijos de esta metrópoli, poniendo de relieve la importancia de su industria y proponiendo medios para abordar sus retos futuros.

El improvisado discurso fue recibido con un estruendoso aplauso, final perfecto para una mañana que a Jules se le antojaba interminable. Los periodistas resplandecían de satisfacción mientras abandonaban el acto entre murmullos, camino de la cubierta. Tras ellos, el alcalde charlaba con los invitados y los emplazaba a acudir esa noche al embarcadero, desde donde saldrían todos juntos hacia la fiesta. Pero entre los halagos no se escucharon los comentarios a los que Duval tenía acostumbrados a sus amigos. Caminaba aislado, con el orgullo herido y una sombra oscureciendo su semblante, creyendo que Jules había recurrido al cónsul para escribir el discurso. Este, por su parte, asumió que era Duval el responsable de la traducción. Sólo Paul, sonrisa cómplice y discreta, sabía qué tan equivocados estaban ambos.

A espicha do catalán non dá proveito a ninguén;
mandei a muller á espicha i espicháronma tamén.
[La espicha del catalán no da provecho a nadie;
mandé a la mujer a la espicha y me la espicharon
también.]

Como la engañosa quietud previa a la irrupción de un trueno en el aire, como el sigilo del animal que acecha a su presa, como la tensión que precede al transporte del féretro en un entierro: así era el silencio en la fábrica los domingos. Vomitado el último de los empleados, aquella máquina infalible y bien engrasada que movía los hilos de nuestras vidas descansaba, saciada, hasta la mañana siguiente.

Las nubes discurrían por el oleoso pavimento del claro saltando de charco en charco. Apenas media hora antes, Próspera era un hormiguero de trabajadores afanados en dejar todo limpio para la jornada del lunes: las rodillas en el suelo, las manos en el cepillo y la cabeza lejos de los muros que secuestraban su descanso dominical. Sabela ya se había despedido de Carmiña y esperaba de pie junto a la puerta del paritorio, el mismo que daba la bienvenida al mundo a los que pronto se convertirían en nuevos vasallos de Próspera. Tenía el jornal en la mano, y el aire húmedo ascendía por sus piernas desnudas. Sólo en momentos como aquel percibía la fábrica tal como era, con su silencio y su cordura, su siniestra armonía.

El sonido de unas pisadas que descendían la escalera venció sus ganas de salir corriendo. Ernest, con la chaqueta desabrochada y una sonrisa deliciosa en los labios, atravesó el claro despacio, disfrutando del efecto que cada uno de sus pasos provocaba en Sabela, cuyo cuerpo sucumbió a un escalofrío. Sin pronunciar palabra alguna, la tomó del talle y la atrajo con firmeza para besarla. Ella intentó esquivarlo, pero su piel se erizó de manera incontrolable. De nuevo se doblegó ante él. Ernest se apartó para mirarla y le pasó una mano por el pelo suelto.

–Deberías llevar el pelo siempre así –le dijo.

Sabela trataba de separarse, pero él no cedía y se aferraba a ella como una lapa a la roca.

–No puedo. Tenemos que llevar pañuelo para que no caigan pelos en los tabales.

–Pues deberías llevarlo suelto el resto del tiempo.

Se sentía turbada, poseída por un calor prodigioso que se adueñaba de sus

entrañas. Había sido así desde el principio, desde la primera vez que lo había visto, aquella tarde de domingo.

Unas voces sonaron a lo lejos y Sabela volvió la cabeza hacia ellas, nerviosa. Ernest abrió la puerta y, tomándola por el brazo, la introdujo en el paritorio, como si temiera que escapase.

–¿Estás bien? –le preguntó mientras echaba el pestillo.

–Sí. Sólo cansada.

Ernest se apoyó en la vitrina donde se guardaba el instrumental y sonrió de forma seductora.

–Puedes dejar de trabajar cuando quieras, ya lo sabes.

Hacía eso a menudo. Hablaba en un lenguaje propio, un idioma que sólo él dominaba, corrosivo por su ambigüedad. Nunca le había pedido que se casara con él, nunca le había dicho que no trabajara, pero todo aquello estaba siempre presente, como la extremidad amputada cuya ausencia es imposible ignorar. Sabela no quería verse arrastrada hacia otra discusión de sentido único, de esas en las que callaba mientras Ernest profería argumentos que ella rara vez entendía. Era entonces cuando asomaba el hombre temido por los empleados de Próspera, el que paseaba por la fábrica buscando un gesto equivocado, una acción fuera de lugar. Por eso mentir era, en ocasiones, la única opción posible:

–Me gusta trabajar.

Él rio y la abrazó. Ni madre ni esposa; para Ernest, ella siempre sería la niña huérfana de la Ribera, la que no conocía otra vida diferente a la del trabajo y la sumisión. Y la adoraba por ello. Las mujeres con las que había alternado a lo largo de su vida, las sofisticadas e insulsas hijas de los amigos de sus padres, eran igualmente jóvenes y bellas, incluso más que Sabela, pero ninguna tenía esa cualidad que tanto valoraba: la voluntad de satisfacer, la abnegada condición de servir.

–¿Te apetece que demos un paseo esta tarde? Podríamos tomar un chocolate en el Suizo. –Agravando la voz, añadió–: me gustaría verte con el vestido que te compré.

Con cada palabra, había ido acortando el espacio entre ellos, hasta el punto de que Sabela notó su aliento amargo y pegajoso en la oreja. Y lo que hiciera estremecer su cuerpo y erizar su piel unos minutos antes se retorció hasta convertirse en aversión. Ernest poseía una facultad asombrosa que no encontraría en nadie más: despertar en ella fascinación y desprecio casi al mismo tiempo.

–No puedo. Tengo cosas que hacer.

Ernest negó con la cabeza mientras sonreía de forma inquietante.

–Yo también. Contigo.

El viento ahuyentaba al verano distraído, que parecía haber olvidado su cita con el almanaque. Ignorando cuanto sucedía a su alrededor, Sabela avanzaba movida por una fuerza que provenía de fuera de su cuerpo. El frío se le colaba a través de la ropa, le humedecía los ojos y le contraía el cuello y la espalda, pero su interior ardía.

Se detuvo frente a la puerta de su casa. No recordaba qué calles había tomado ni cuánto tiempo había transcurrido desde que el portalón de la fábrica se cerrara tras ella. Entró y se sentó junto a la ventana, sobre la cama en la que horas atrás había descansado Jules. Trataba de apartar a Ernest de su cabeza, mas en su boca notaba aún la lengua resbaladiza, y la presión de las caderas en sus muslos. Sentía su cuerpo rígido y frágil, como si fuera a resquebrajarse en cualquier momento. ¿Acaso importaría?

Recordó la primera vez que le hablaron del pecado. Había sido en la escuela, un sábado por la tarde. Carmiña se había escapado durante el rosario para ver a Ginés, como tantas veces lo había hecho antes y tantas otras lo volvería a hacer. Pero Sabela no lo advirtió hasta que don Antonio, el maestro de la cercana escuela de niños, la llevó de vuelta y se la entregó a la maestra como quien devuelve un perro díscolo a su amo. Doña Francisca la mandó a una esquina, y desde allí, temblorosa, miraba a Sabela buscando un amparo que su amiga no podía darle. Aquello la empujó a levantarse, interrumpiendo la oración.

–Siéntese, Sabela. Todavía no hemos terminado –ordenó la maestra.

La niña permaneció de pie, organizando con rapidez las palabras que iba a pronunciar:

–Doña Francisca, tengo que confesarle una cosa.

–Las confesiones hágaselas mañana al padre Miguel –le contestó sin mirarla.

El tono de la maestra no invitaba a una réplica, pero Sabela insistió:

–Carmiña fue a la escuela de los niños porque yo se lo pedí.

Las pocas chiquillas que seguían absortas en sus oraciones se detuvieron y alzaron la vista. Sabela carraspeó y templó la voz.

–Olvidé darle un recado a mi hermano y le pedí a ella que fuera.

Doña Francisca era todavía una mujer joven, pero su cuerpo había padecido los azotes de la vieja escuela demasiados inviernos, y su rostro se plegaba en tímidas arrugas que habrían de aflorar con vigor en los años venideros. Miró a Sabela durante unos segundos que a la niña se le antojaron eternos, y la instó a sentarse. Terminada la oración, la maestra despidió al resto de alumnas y se dirigió a ella:

–Si tomo su palabra por verdadera, debería castigarle –hizo una pausa y continuó–; pero si miente, el castigo debe sufrirlo su compañera.

Dueña de un silencio que Sabela nunca iba a romper, doña Francisca se acercó a Carmiña, que seguía en la esquina cumpliendo su penitencia.

–¿Sabes por qué estás castigada?

Carmiña asintió.

–Porque me escapé durante el rosario.

–No. Eso estuvo mal, es cierto. Pero que una mujer busque a un hombre es mucho peor; no es decoroso. Es el hombre el que debe buscar a la mujer. ¡Y sólo para casarse! Aunque para eso todavía sois muy jóvenes –dijo, y sonrió con indulgencia.

Carmiña miró a la maestra como si le acabaran de regalar un vestido demasiado grande para su cuerpo menudo.

–¿Qué significa decoroso? –preguntó.

–Decoroso significa honrar a tu familia, hacer que se sientan orgullosos de ti. Y tampoco la honras cuando dices mentiras. Tú quieres honrar a tu familia, ¿verdad?

Una punzada atravesó el pecho de Sabela mientras Carmiña asentía sin apartar la vista del suelo.

–Entonces, dime: ¿te pidió Sabela que fueras a darle un recado a su hermano?

Carmiña miró a su amiga, que supo de inmediato cuál iba a ser la respuesta. Después volvió a hundir la mirada y negó.

–Bien hecho, Carmiña –la congratuló, acariciándole el pelo–. Aunque debo castigarte para que no te vuelvas a escapar durante la oración.

Pasaron dos horas de rodillas, en silencio, y en silencio recorrieron juntas el trayecto de vuelta a casa, con el ruido del mar ahogando los gimoteos de Carmiña.

En aquella época, la familia nos entregaba a la escuela, y esta nos empujaba a la iglesia. Allí, don Miguel nos aleccionaba acerca de lo permitido y lo prohibido, mirándonos desde su púlpito con el desconocimiento de quien no ha sido padre y la distancia del adulto que no recuerda que un día fue niño.

No sabía qué había despertado tales *lembranzas*, pero tembló al pensar que si el decoro estaba hecho para honrar a la familia, ¿a quién iba a importarle lo que le ocurriese a una mujer sin padres ni hermanos que deshonrar?

Pra ser un bon mariñeiro, tres condicións hai que tere:
coñece-lo mar i os barcos e non ter medo a morrere.
[Para ser un buen marinero, tres condiciones hay que tener:
conocer el mar y los barcos y no tener miedo a morir.]

El farero de la isla de Sálvora acababa de cumplir veinticinco años, pero nadie había estado a su lado para celebrarlo. Una carta de sus padres y un bizcocho habían sido su única compañía aquel día. Su padre era relojero, como lo había sido su abuelo, y como también lo fuera Agustín Antelo, el reputado piloto de la marina mercante que había concebido el manual de instrucciones para el servicio de la Torre de Hércules, libro que todo farero guardaba celosamente.

Durante los casi cuatro años que llevaba desempeñando su labor, no hubo ni una sola falta que empañara la buena imagen que el director, los profesores o el torrero de su escuela en Vizcaya se habían formado de él. Ni una guardia nocturna ni una privación de salario por mala conducta. A pesar de ello había tenido que trabajar en Touriñán, en Vilán y en las Sisargas. Tras haber estado en el infierno, poco le importaba pasar sus días en el purgatorio, pero las últimas semanas de lluvia lo habían ido arrastrando hacia una apatía que, desde su cumpleaños, no hacía sino crecer.

En los días claros, las horas volaban entre atenciones a la huerta, dar de comer a los animales y registrar los pequeños incidentes de la jornada. Desde el lugar privilegiado que Punta Besugueiros le ofrecía en el sur de la isla, veía centellear a lo lejos las luces de los faros vecinos cuando caía el sol: el farero de la isla de Ons encendía su lámpara de aceite en el monte Cucarno; el de las Cíes hacía lo propio en Monteagudo; también el de Corrubedo, que iluminaba el camino hacia el norte...; y él, en su pequeño faro de cuarto orden, de luz blanca combinada con destellos rojos, dejaba de sentirse un insecto perdido en la oscuridad del mar. Pero la lluvia restringía las tareas relacionadas con la huerta y dilataba las horas de manera exasperante, lo que convertía su turno de noche en un agujero del que parecía imposible salir.

Hacía diez días que no dejaba de llover. Era una lluvia menuda, incómoda, que inquietaba por igual en el mar y en la tierra. Los barcos seguían faenando, pero en los lances más venturosos apenas se capturaba un centenar de sardinas, y en los de menor fortuna, las redes se recogían rotas o *embarradas*.

Cuando la suerte sonreía al pueblo, su luz llegaba enseguida a lugares recónditos: desde el dueño de la fábrica más próspera hasta el hambriento que mendigaba unas monedas en la puerta de la iglesia, pasando por las vecinas de la rúa de San Antonio, todos se beneficiaban de los dones que el mar concedía. Por el contrario, cuando la ventura se olvidaba de los marineros, las sombras envolvían rápidamente el barrio del Berbés; pero no era hasta que los parroquianos ya habían dejado sus súplicas en la iglesia y el poco dinero que tenían en la casa del Mexilón cuando el miedo alcanzaba finalmente el barrio de los Catalanes.

La víspera de la tempestad, un invitado inesperado alteró la rutina de los habitantes de la Ribera. Con sus elegantes zapatos bañados en arena, y paraguas en mano, el señor Doré despertó el recelo de quienes lo vieron pasar. Se detuvo frente a la casa de Sabela, bajo los soportales, donde ella y Carmiña estaban remendando redes, y golpeó la puerta con la aldaba, reservada para los forasteros de buenas maneras. Nadie lo esperaba, pero ni a Ginés ni a su padre les sorprendió la presencia del armador cuando abrieron la puerta y lo vieron allí. Desde su puesto de guardianas involuntarias, las muchachas intentaron escuchar la conversación a través de la ventana cerrada, sobre el aguijoneo de la lluvia en la arena. Poco o nada supieron de lo que allí se habló, pero esa misma noche, como si aquel suceso extraordinario hubiera asustado también a las nubes, la lluvia dejó de caer.

El día de la tempestad amaneció calmo, pesado, y los vecinos erraban sonámbulos, ignorantes de su propia vigilia. Los únicos que parecían capturados por la urgencia del momento eran los *rapaces de a bordo*, que ya habían avituallado las *xeiteiras* y apremiaban a las tripulaciones para zarpar cuanto antes.

Algunas veces, cuando su padre y su hermano salían a faenar, a Sabela la envolvía un presentimiento lóbrego que no se apaciguaba hasta que *La Maragata* aparecía por detrás del matadero. No lo advirtió aquel día, pero la sensación estaba ahí, recluida tras la congoja, tras el pánico a perder lo que tenían si los lances no mejoraban. Porque aquella calma era el ojo del huracán, el silencio previo a la tempestad que engulliría todo a su paso. Y Germán lo sabía: Sabela se dio cuenta al evocar la mirada ausente de su padre en la despedida. Quizás ella también lo supo... y decidió callarlo.

Salieron con el terral, pero la noche se anunciaba difícil. Los fomentadores los urgían a encontrar pesca abundante, y fueron muchos los marineros que, como ellos, emprendieron nuevas rutas en busca de mejor fortuna, conscientes de que un pecio o incluso un barril hundido podían transformarse con el tiempo en una posta más en su *derroteiro*. En estos libros se anotaban los puntos de referencia necesarios para ubicar las postas donde moraban fanecas o sargos *en fartura*. Algunas se descubrían por casualidad, al encontrárselas un barco a la deriva, y otras se conocían desde hacía generaciones, pero siempre

eran el secreto mejor guardado en una familia de marineros.

En su camino hacia el norte, *La Maragata* se topó con otras embarcaciones. A la pregunta «*Como está a cousa?*», todos daban idéntica respuesta: «*Por aquí non hai nada*». Ginés no les creía. Estaba convencido de que tenían buen pescado en sus redes y de que lo sacaban a la superficie una vez se quedaban solos. Hasta le había parecido que una de las *xeiteiras* con que se cruzaron había cambiado de rumbo cuando ya se alejaban.

Ginés era un buen patrón. En días de escasez no dudaba en repartir los quiñones a partes iguales, sin reservarse la mitad que le correspondía. Tampoco había dejado nunca de preparar la comida a bordo cuando no volvían a puerto entre lance y lance, por exigua que fuera la pesca. Pero aquella noche estaba poniendo a prueba su naturaleza sosegada, y comenzó a impacientarse.

–*Deixárona seca!* –vociferó, arrojando una sardina al agua.

Era la segunda posta en que largaban las redes, y la segunda vez que las recogían casi vacías. Ginés se llevó la mano a la cara y negó, como si intentase apartar las funestas ideas que lo atormentaban desde antes incluso de abandonar la ría. Lemos, apocado y enfermizo, eterno *rapaz* en la *Santa Mariña*, al que Ginés había contratado por amistad y por compasión, preguntó a Cosme con la mirada si debían intervenir o no. Antonio, cuya inteligencia e ingenio le habían granjeado el apodo de Ministro, supo que era mejor callar.

–*Deberiamos comer un bocado, fillo* –la voz de Germán quebró el silencio envenenado que ninguno se atrevía a romper.

Ginés levantó la vista y contempló los ojos claros y la sonrisa conciliadora de su padre. Aquella imagen lo calmó como un abrazo. Los demás, expectantes, aguardaban la respuesta del patrón. A pesar de su juventud, sentían un gran respeto por él; sus órdenes jamás eran cuestionadas, mucho menos contradichas, pero la de su padre era la voz de la razón que dan los años, y todos ellos, incluido el propio Ginés, sabían que nunca sería desoída.

Ginés sacó del tambucho la *pedra de lareira*, apiló leña encima y la prendió. El fuego se extendió con rapidez, acompañando al farol en su tarea de iluminar la noche. Cosme apoyó un palo largo en las regalas y colgó el caldero sobre la lumbre, mientras el patrón cortaba las sardinas capturadas. Las patatas y cebollas hirvieron en agua de mar hasta que estuvieron casi cocidas, momento en que Ginés añadió el pescado. Unos minutos más tarde, Cosme descolgó el caldero y vertió el agua por la borda, su estómago rugiendo como una bestia hambrienta. Después echó la *caldeirada* en la *almofía*, y Ginés la sazonó con un poco de sal, aceite y media cucharada de pimentón. Cuando este se disponía a removerla con un palitroque, Lemos se lanzó sobre ella, pero el patrón le atizó con el palo antes de que pudiera coger un *anaco*.

–*Cada noite igual* –se quejó Ginés, risueño.

Lemos repitió la tentativa, y el cocinero amagó con golpearlo de nuevo,

pero el benjamín no se achantó y fue el primero en probar la *caldeirada*. Cosme, cuya santidad lo condenaba a un ayuno voluntario, esperó a que todos hubieran terminado para satisfacer su apetito.

Aunque Ginés era el patrón de *La Maragata*, para su padre seguía siendo aquel rapaz introvertido que deambulaba a solas por el pueblo. Su pericia y arrojo habían conseguido elevar su silencio sobre las voces de quienes, aun sin conocerlo, lo juzgaran, y sus dedos finos habían acabado por convencerlos de su valía. Pero la imagen de Ginés rebañando ávidamente con pan de *millo* los restos de la *caldeirada* hacía que Germán añorara al muchacho tímido y cariñoso de quien sólo él parecía acordarse.

La jornada, que se anunciara baldía con el estómago vacío, fue afrontada con optimismo una vez el hambre se vio satisfecha. Ginés cambió la derrota y puso rumbo hacia San Vicente do Grove: más allá de la isla de Sálvora, una posta conocida por muy pocos había supuesto la salvación para la *Santa Mariña* en épocas de carestía, y esperaba que *La Maragata* se beneficiase de la misma generosidad. Una brisa *volandeira* envolvía las palabras que las bocas de los marineros alumbraban y el aire desvanecía, y la vela pronto los condujo a su destino.

Como buen *talelleiro*, Cosme localizó sin dificultad las marcas de la posta, sobre la cual largaron los paños sin apenas *boureis*, por ser aquella una hora en que la sardina nadaba lejos de la superficie. Mientras las redes trabajaban, Lemos se echó a dormir bajo la cubierta y el resto de los tripulantes se dedicaron a pescar *á liña*, dejando pasar el tiempo entre historias una vez contadas y ciento repetidas de las que nunca se cansaban.

–*Quita, labrador* –le dijo Cosme a Germán con una sonrisa cuando este intentó afanar un anzuelo de su gorra.

–*Ti cantos anos dis que tiñas cando empezaches de rapaz?* –bromeó el Ministro, aludiendo a una anécdota que, de los presentes, sólo Germán había vivido, pero que todo marinero conocía.

–*E ti?* –le preguntó Germán, burlón.

–*Eu?* –Sorprendido, se enderezó como un alumno ante su maestro–. *Non me acorda.*

–*Manda raio que sexa a única pregunta que non saibas contestar!*

Cuando el Ministro tiró por la beta, el rechinar del carro avivó las esperanzas de la tripulación, y al izar la red comprobaron que llegaba cargada de peces como nunca antes la habían visto. Desde el *cuartel de man* hasta el *rabeiro*, cada paño les confirmaba que habían tomado una buena decisión. Sin embargo, mientras los marineros de *La Maragata* celebraban el que creían que era el primero de varios lances, unas nubes alargadas los acechaban.

Estaban desenmallando el pescado, cuando las olas que llegaban por la banda de babor empezaron a crecer. Ninguno se percató de que el tiempo estaba cambiando hasta que Germán llevó la vista al cielo y se dio cuenta de

que el Carreiro de Santiago había desaparecido, dejándoles como única orientación el movimiento de las olas y el bramido de las rompientes.

–*Fillo, vai ser mellor volver.*

–*Agora? Con este lance?* –contestó Ginés, sin apartar la mirada de las redes–. *Imos facer outra treita, ou?*

La brisa *volandeira* que los había acercado a la posta se estaba transformando en un viento recio del sur. Germán sabía que el siguiente lance sería como el que acababan de recoger, si no mejor. Pero aquella no era una noche de estrellas finas tras un día de mar alegre, y desconfió como lo había hecho al salir del pueblo.

–*Se ven lestada, a ver como chegamos* –replicó Germán.

Ginés no lo escuchó. La imagen de la bañera repleta de sardinas había cegado su razón, y dio la orden de largar la red. Cuando terminaron, Lemos se acostó de nuevo bajo la tilla, y el resto se relajaron apoyados en las regalas; incluso Germán, que trató de apartar así la ansiedad que lo carcomía. Mientras las redes andaban al garete, los marineros confiaron a la oscuridad sus inquietudes y peripecias, disfrutando de un tiempo que sólo a ellos pertenecía.

No había pasado media hora cuando los augurios de Germán se cumplieron. El viento se levantó a grandes rachas, como si alguien hubiera abierto un ventanal, y *La Maragata* pasó de bambolearse apaciblemente a temblar de frío. O de miedo. Las primeras gotas asomaron y un rayo prendió el celaje, convirtiendo la cerrazón de la noche en el lucero del alba.

–*Veña, cía de arca e boga de couso* –anunció Ginés con determinación.

Al fin hacía caso a las palabras de su padre y mandaba subir las redes e izar la vela. Pero ya era tarde. Cuando bordeaban la costa oeste de la isla de Sálvora, el viento cambió, y Ginés tomó rizos a la vela. Bajo una lluvia enfurecida, *La Maragata* dejó atrás la cala de Cova do Barro y pronto rebasó Punta Besugueiros, al sur de la isla. Pero el *teimado* viento del sudoeste los asediaba, empujándolos a su antojo. Lemos, que no había parado de vomitar desde que abandonaran la posta, fue gateando al rancho de proa para cobijarse. El patrón tomó rizos de nuevo. Era inútil: por cada trecho que avanzaban, ráfagas caprichosas los hacían retroceder otro tanto. Apenas podían oír sus voces entre el mugir del viento y el quejido de las olas.

Mientras las sardinas enmalladas consumían sus últimos hálitos de vida saltando en busca del mar del que las habían arrancado, los marineros de *La Maragata* luchaban por regresar a casa. Ya se alejaban del Con da Pegar cuando Ginés decidió que lo más prudente era rodear el pequeño islote y guarecerse en el muelle de Sálvora, protegido a sotavento, hasta que la tempestad amainara. Relevó a Antonio en el timón y le ordenó que se encargara de la escota. Estaban uno junto al otro, a sólo unos pasos, pero cuando Ginés le mandó arriar el cabo para virar por redondo, el Ministro entendió lo contrario y lo ciñó un poco más, lo suficiente para que la vela

flameara y *La Maragata* se pusiera al pairo.

El farol se apagó, y entonces dio comienzo el juego con que el mar se distraería aquella noche. A tientas, Ginés trataba de alcanzar la escota para soltar cabo, pero era incapaz; la tempestad jugueteaba con *La Maragata*, se divertía con ella como un niño con una mosca a la que arranca las alas. En el pandemonio, con el sentido del tacto como única guía, se sentían perdidos: Ginés llamaba a gritos a su padre, Germán llamaba a gritos a su hijo, y Antonio y Cosme llamaban a Lemos, del que no sabían nada desde que dejaran atrás Punta Besugueiros. Temieron que hubiera salido del rancho y, mareado, hubiese caído al agua.

Un gran golpe sacudió a *La Maragata*. Ginés y Germán se fueron de bruces contra la regala, y Cosme pudo agarrarse a la driza, pero Antonio no tuvo tanta suerte y salió despedido por la borda. Sin dudar, Cosme asió el tolete con una mano y, sacando la mitad del cuerpo fuera de la *xeiteira*, se estiró hacia Antonio, que gritaba desesperado. Suspendido sobre las olas, el *talelleiro* parecía un árbol decadente, y su brazo, una débil rama que el *halador*, a ciegas, luchaba por alcanzar. Cuando el agua y la oscuridad estaban a punto de engullir al Ministro, una andanada de relámpagos encendió el cielo y Cosme logró coger su mano. Se aseguró con fuerza al tolete y tiró de su compañero, enfrentándose a brazo partido con el mar mientras imploraba ayuda. Germán ya casi lo había alcanzado, cuando una ola volvió a empujar a *La Maragata* contra las rocas y desató las manos de Cosme y Antonio. Su voz aún se oyó unos segundos, hasta que su cuerpo se perdió sin remedio entre las aguas.

Ginés consiguió alcanzar la escota y arriar el cabo, pero la ola que había condenado a Antonio también había sentenciado a *La Maragata*, que se encontraba varada de popa en el islote de Pedra Pegar. El nivel del agua dentro de la bañera subía muy deprisa, y Ginés comprendió que una roca había rasgado el casco: *La Maragata* se estaba yendo a pique. El patrón ordenó a Cosme achicar agua; entretanto, él y Germán se afanaban por encontrar la brecha para cerrar la vía. El *talelleiro* abrió el tambucho, agarró la almofía y empezó a sacar agua con vigor, frenético, como si pretendiera así apartar de su mente los gritos de Antonio pidiéndole socorro. La almofía chocó con algo y Cosme se detuvo. Era demasiado blando para ser una madera, y demasiado sordo para ser el caldero. Supo qué era al instante, pero no quería creerlo. Se agachó y palpó lentamente. Rozó el cabello. Antes de poder reaccionar, un rayo le mostró el cuerpo del desventurado Lemos, que, con la cabeza ensangrentada y la mirada perdida, flotaba a sus pies.

Encerrados en una oscuridad sólo interrumpida por los relámpagos, los supervivientes se esforzaban en salvar a *La Maragata*, que parecía resignada a su final. La proa comenzó a hundirse, y Ginés tuvo la certeza de que las rocas que los habían hecho zozobrar eran lo único que los libraría de la muerte. En sus manos estaban las vidas de su padre y de Cosme, que no sabían nadar. Sin

embargo, el dios Tuno tenía otros planes y arrojó una gran ola sobre *La Maragata*, que se apagó para siempre bajo las aguas, arrastrando con ella a sus tripulantes.

Los vio un segundo, nítido aunque fugaz, y de inmediato desaparecieron. El farero estaba aprovechando las últimas migajas de su regalo de cumpleaños, cuando atisbó una luz entre las olas, al sur de la isla. Se quedó quieto, mirando hacia aquella negrura durante casi un minuto. No distinguió nada. Vacilante, desdeñó sus elucubraciones y decidió prepararse una bebida caliente. Se levantó y fue hacia la *lareira*, pero una ráfaga de relámpagos lo paralizó. Movido por una revelación, tomó el catalejo y miró hacia el Con da Pegar esperando que otro relámpago iluminara la noche, el corazón atragantado en la garganta como si no soportara el ritmo desquiciante al que lo obligaba a trabajar su dueño. Por fin, un rayo encendió el cielo. Entonces los avistó.

Bajó la escalera a trompicones, con un único pensamiento como guía. Además de un farol llevaba consigo el arma, aunque confiaba en no tener que sacarla. Corrió hasta la aldea tan deprisa como pudo, resbalando en cada una de las piedras del camino, que parecían colocadas para hacerlo caer. No lo consiguieron.

–*Rápido, na Pegar!* –dijo irrumpiendo en la quietud de la casa más cercana.

Sentía que el aire se convertía en hielo al entrar en su cuerpo y no acertó a decir otra cosa. Pero no había oídos que lo escucharan ni ojos que lo vieran. Tampoco en la casa siguiente. En ese momento recordó la festividad que aquella noche reunía en los pueblos ribereños a la mayoría de los hombres y muchachos de la isla: era Domingo de Pascua. Tuvo más suerte en la tercera casa, donde una mujer y sus dos hijas abandonaron el sueño para exponer su vida a la tempestad.

Con los pantalones bajados, agarrado a la roca con una mano y sujetando la almofía con la otra: así encontró a Cosme el farero cuando llegó en una dorna acompañado de la mujer y las muchachas. Nunca había auxiliado a nadie en el mar, pero lo que allí presenció nada tenía que ver con cuanto narraban las historias de piratas y exploradores que leía desde niño. Esperaba encontrarse un cuerpo trémulo y abatido, tal vez inconsciente, pero en su lugar halló a un hombre aterrorizado que profería gritos ininteligibles, que no respondía a las preguntas ni aclaraba si había otros supervivientes.

Entre los cuatro lo subieron a la embarcación, y en el regreso pareció calmarse. Mas era una calma engañosa, escalofriante. El marinero tenía el rostro deformado en una mueca que recordaba al llanto, aunque de sus ojos no brotaban lágrimas, y miraba a un punto incierto de la barca, sin soltar la

almofía.

Cuando pusieron los pies sobre la arena de la playa, el lucero del alba limpiaba del cielo las nubes que habían segado las vidas de *La Maragata*.

En el torbellino de agua salada, los marineros se golpeaban unos con otros, buscando algo que detuviera las violentas sacudidas. La espalda de Germán chocó con una roca. Dolorido, se volvió hacia ella y se aferró a una arista, a sabiendas de que esa era la única forma de salvarse.

–¡Hijo! ¡Ginés!

Su grito fue ahogado por olas testarudas que acosaban su boca y lo empujaban contra el peñasco: un muñeco de trapo con el que jugaba el dios del mar. Le dolían la espalda, las manos. Le fallaban las fuerzas. Un cuerpo se precipitó sobre él y le hizo perder su asidero un instante, pero consiguió agarrarse de nuevo y atraparlo antes de que el mar se lo llevara.

–¡Ginés! ¿Eres tú?

No le contestaba, pero sabía que era su hijo. Lo apoyó en la piedra y concentró toda su energía en mantenerlo con vida, resguardándolo en cada ataque, protegiéndolo con su cuerpo de cada golpe. Un relámpago iluminó la cara de Ginés: tenía cortes y magulladuras, pero aún respiraba, de eso estaba seguro. Entonces oyó que alguien musitaba entre sollozos. La noche se encendió de nuevo. Cosme, encogido y con los ojos cerrados, se aferraba desesperadamente a la roca y a la almofía en la que los marineros habían disfrutado de su última cena en la *xeiteira*.

–*Cosme, solta iso! Solta iso e axúdame!*

Apenas los separaba un metro, pero Cosme no escuchaba: respondía a cada embate apretando los ojos, asiendo la almofía, agarrándose a la roca con más fuerza. Y suplicando. Sus ruegos no tenían forma ni destinatario; eran sólo los lamentos de quien se sabe cercano a la muerte y teme haber desperdiciado la vida.

La última prueba que la tempestad les tenía preparada les llegó de manos de la *xeiteira*, cuyo casco cabalgó sobre una ola hasta ellos. Germán se vio de nuevo a la deriva, envuelto en el mismo torbellino que lo había arrojado contra las rocas, bregando con el mar para que no le quitara a su hijo. Sus dedos rozaron algo un instante, sólo una milésima de segundo, pero se agarró sin importarle a qué lo hacía.

En la mente de Cosme resonaban todavía los gritos de Antonio, salpicados por imágenes terroríficas que no era capaz de ahuyentar. Tras el ataque de la *xeiteira*, su mano seguía clavada a la roca. Pero su cordura lo abandonaba poco a poco. Algo se enganchó a su pantalón y tiró de él. Creyó que era el Ministro, que volvía para llevárselo. Cuando reconoció la voz de Germán pidiéndole ayuda, recobró la lucidez perdida. Soltó la almofía y trató de flexionar la pierna

para acercarlo, pero su otra mano respondía resbalando por la piedra. El mar lo hostigaba, intentando doblegar su voluntad, y regresó a él la sensación de saberse condenado a las aguas. Entre las visiones delirantes que taladraban su mente apareció su madre, la mujer a la que había desatendido para velar por otros. Desafiado por la tempestad, lastrado por sus compañeros, acosado por sus demonios, palpó la roca hasta que recuperó la almofía, y golpeó con fuerza la mano de Germán. Creyó que una vez bastaría para zafarse, pero no fue así, y los dedos aferrados a su pantalón y los gritos y súplicas consumían su juicio. Cerró los ojos y asestó cuantos golpes pudo: mano, frente, oreja, nariz, boca... Reunió toda su energía en un último movimiento y lo acompañó con un grito que habría helado el corazón del más valiente. Pero cuando lo descargó, sólo alcanzó el aire.

Permaneció con la cabeza hundida en la roca hasta que lo rescataron, esperando que la tempestad cesara, que el mar se lo llevara, todo a un tiempo. Estaba dispuesto a aceptar cualquier desenlace con tal de que desapareciera el miedo. Al principio se maldijo por lo que había hecho. Después se exculpó pensando que Ginés estaba ya muerto. Al final acabó rezándole a santa Bárbara, la virgen de la buena muerte, para que se acordara de sus compañeros.

En los días que siguieron a la tempestad, obtuvieron respuesta todas las súplicas, ruegos y conjuros que los vecinos del pueblo habían invocado. El viento amainó, y el sol despertó de su letargo para no volver a faltar ni un solo día hasta bien entrado el estío. Las artes se recogían del mar cargadas de sardina, merluza, rodaballo y *escarapota*, y cada lance era más copioso que el anterior. Pero en casa de Sabela ya no había quien saliera a faenar.

Un día, antes de conseguir trabajo en la fábrica, se vistió con las ropas de su hermano y trató de salir a pescar con los hombres del señor Abelardo. Carmiña le había dicho al viejo que le enviaba a un primo suyo de Muros, que acudiría a la playa al atardecer para ayudarle en la costera. Sabela llegó cuando aún no había nadie, con el cabello oculto bajo un gorro y un grueso abrigo de lana que le disimulaba las caderas. Pasó inadvertida al principio, pero al iluminar el farol las delicadas manos que sostenían uno de los remos, se descubrió el embuste y Abelardo se vio obligado a devolverla a tierra. Lágrimas coléricas se descolgaban por las mejillas de Sabela, que clavaba las uñas en las palmas viendo cómo la noche se tragaba a la barca hasta convertirla en una solitaria noctiluca en el agua. Muchos años habrían de transcurrir hasta que dejara de resonar en sus oídos la atronadora risa de los marineros.

Cuando el llanto y las condolencias cesaron, el tiempo vio cómo se reavivaban viejos recelos que para entonces creíamos extintos. En el recuerdo de quienes no hallaban otra explicación a la desgracia, Ginés volvió a ser el niño *enmeigado* que había confinado a la tripulación a su tumba de sal. Pero

un muerto no podía cumplir condena, y por eso la cumplió el único superviviente de *La Maragata*, el hombre a quien el Mexilón no se atrevía a exorcizar. Así es como encuentran la calma los que no conciben buena suerte sin beato ni castigo sin pecado. Así fue como Cosme dejó de ser santo para convertirse en fantasma.

O mar tamén ten amores, o mar tamén ten muller.
Está casado coa area, dálle bicos cantos quer.
[El mar también tiene amores, el mar también tiene mujer.
Está casado con la arena, le da besos cuantos quiere.]

El bote ascendía y descendía rítmicamente sobre el mar encrespado. El *Saint Michel III* quedaba ya a su espalda, un espectro que desaparecía entre la niebla mientras el pueblo se volvía cada vez más real. Jules había convenido con Olive que un miembro de la tripulación lo llevaría hasta el muelle, y que más tarde se reencontraría en el Casino con sus amigos y el resto de caballeros para acudir juntos a la fiesta. Lo que Jules no le había contado era que Paul y los demás ignoraban sus planes, por lo que tendría que ser el propio Olive quien les diera la noticia de su partida. Tenía remordimientos por el brete en el que había puesto al capitán, pero la culpabilidad era sólo una de las sensaciones a las que se enfrentaba, más intensas a medida que se acercaba al pueblo. Sobre sus piernas, el quinqué disfrutaba las embestidas del mar; bajo su chaqueta, la esquina de un paquete asomaba, curiosa.

Los primeros y últimos rayos de sol del día iluminaban los edificios del barrio de los Catalanes y pintaban sombras difusas con los árboles de la alameda cuando Jules remontaba la rúa de la Laje. La molestia en su cabeza mantenía despierto el temor a un nuevo asalto, compeliéndolo a evitar lugares poco transitados. Apuró el paso en la Imperial, inquieto ante la posibilidad de ser reconocido. No muy lejos del Casino, estrechando la calle a los viandantes, los mozos del cordel se agolpaban enfrente de la sucursal del correo con sus carretones y sus cabos de cuerda. Jules caminaba con la vista fija en el pavimento: no quería que nadie interrumpiera la marcha acompasada que marcaban sus pies. Según bajaba hacia la playa, los latidos de su corazón parecían desbocarse; él, creador de historias fantásticas, guardián de tantas palabras que aún le faltaban por escribir, se deshacía con cada pisada mientras pensaba qué diría al llegar.

Cuando alcanzó el final de la Real, se detuvo y miró en derredor: varios hombres se acercaban por la playa salpicando arena a su paso; unos niños dibujaban figuras en el suelo con un palo; desde una ventana en la planta superior de una casa, una mujer fornida y pecosa arrojaba aguas turbias a la calle. Un joven las esquivó con torpeza y lanzó un bramido hacia la ventana, para entonces ya vacía. Jules esbozó una sonrisa y aseguró el paquete antes de

abotonarse la chaqueta. Empezaba a refrescar.

Golpeó la aldaba y esperó frente a la puerta: al principio, paciente; después, notando que el pulso se le descontrolaba y la camisa le oprimía el cuello como si de una soga de algodón se tratara. Las voces de los niños le impedían oír ruido alguno proveniente de la casa, y el reflejo de la luz en los cristales ocultaba el interior. Aunque ni siquiera se atrevió a mirar por la ventana; permaneció quieto durante el minuto que marcó la aguja mayor de su reloj en el bolsillo de Cosme, donde aguardaba el momento de ser vendido sin levantar sospechas.

La sala estaba ordenada. Ya no había agua sucia en la palangana ni ropa fuera del improvisado armario, y la mesa vestía el mantel de lino que Ernest le había regalado y que nunca usaba. Sentada en la cama, Sabela contemplaba la habitación, aspirando de forma pausada el olor a salitre que entraba por la ventana abierta. A pesar de que las tareas domésticas le habían ocupado buena parte de la tarde, todo seguía resultando frío y desalentador. Las flores que había cogido junto a la fuente de la Barroca, muy fermosas antes de ser cortadas, ahora le parecían ridículas dentro de la jarra, un esfuerzo inútil por convertir la casa en un hogar.

Cerró la ventana para silenciar las voces de los vecinos que ya se dirigían a la fiesta. Los domingos, el mundo giraba más deprisa para todos excepto para Sabela, que sentía cómo las horas engendraban nuevos minutos y se alargaban hasta el infinito. Durante muchos años había sido su día favorito de la semana: de niña, porque correteaba en los campos; de joven, porque paseaba con Carmiña por el pueblo... Pero cuando Ernest se interesó por ella, los domingos perdieron un pedazo que él hacía suyo, y que acabó siendo más grande que el de los demás. Ahora ya no sabía qué era.

Un único golpe de la aldaba, seco y contundente, resonó dentro de la casa. Era aquel el tiempo en que los unos confiaban tanto en los otros como para no llamar antes de abrir la puerta de sus vecinos, por eso pensó que había sido algún chiquillo jugando. Permaneció atenta por si se repetía, pero sólo le llegaban las voces, amortiguadas por las paredes. La imagen de Jules cruzó su mente como un relámpago en la noche. La cama cubierta, las flores en el aguamanil, el mantel sobre la mesa...: todas las señales que anticipaban la visita ya se habían incorporado a su cotidianidad, como si hubieran estado allí siempre y no fueran una presencia extraña motivada por aquel hombre a quien, sin saber por qué, deseaba impresionar.

La claridad la deslumbró y le hizo cerrar los ojos. Sabela parecía más joven, casi una niña, cuando abrió la puerta y se encontró al caballero más

distinguido que jamás había pisado el barrio del Berbés. Con el quinqué en una mano y un paquete en la otra, Jules la esperaba, risueño. La sonrisa de Sabela, apenas contenida, correspondió al escritor, que levantó la lámpara como único saludo.

Ninguno de los vecinos reparó en ese momento íntimo e inocente. Pero de haberlo hecho, sólo habrían visto a dos adultos envueltos en el silencio residual de aquel rincón, un hombre y una mujer que se hablaban con gestos y miradas que nadie podía entender.

Sabela habló primero:

–No le esperaba tan temprano.

Se dio cuenta de lo poco acertado de sus palabras al ver como el rostro de Jules demudaba.

–Si lo prefiere, puedo volver más tarde.

–No, no, disculpe. Estaba entretenida y no sabía qué hora era.

Sabela había confiado en que la casa, una vez limpia y ordenada, resplandecería para recibir a su invitado. Y casi lo hacía. Pero cuando lo tuvo delante, la inseguridad y la vergüenza se impusieron. Jules lo intuyó:

–Tal vez podríamos dar un paseo –propuso.

–Como desee –accedió Sabela, aliviada–. Le guardaré esto para que esté más cómodo.

–Gracias. Si no le importa me quedaré el paquete.

Emprendieron la marcha hacia el oeste por la playa. Sabela callaba, enmarañada en sus tribulaciones, mientras Jules caminaba prestando atención a cada uno de sus gestos: el modo en que se acurrucaba bajo el paño, el aleteo de sus pestañas, indecisas entre el suelo y el cielo... Nunca había sentido la necesidad de conocer el pasado de nadie como la sentía por conocer el de aquella muchacha.

El aire se iba haciendo cada vez más pesado, cargándose de las gotas diminutas que precedían a la llegada de la noche junto al mar. Algunos transeúntes los miraban, pero para Sabela no eran más que formas etéreas, fantasmas como los que invadían sus sueños.

Caminaban en silencio, desnudos de formalismos y cortesías: dos viejos amigos que no necesitaban de palabras para llenar el tiempo. Cuando se acercaban al matadero, Sabela agradeció que fuera domingo y no se oyeran los chillidos de los animales. La compactada arena de la playa dio paso a un camino polvoriento y pedregoso que empolvaba las perneras del pantalón de Jules y lo hacía respirar de forma entrecortada. Aun así, seguía a su anfitriona sin vacilar. Como si continuara una conversación inconclusa, Sabela habló:

–Toda la vida viviendo en este pueblo, y hasta hace poco nunca había estado aquí.

Acababan de llegar a la punta de San Francisco, en el extremo sur de la ensenada. El rugido de las olas acallaba los sonidos del interior del hospital, el

cual parecía sumido de nuevo en el silencio que durante largos años había acompañado a los frailes que lo habitaran.

–Qué lugar más tranquilo –dijo Jules.

Estaban frente al mar, contemplando el otro lado de la ría: un espejo en el que Sabela se veía a menudo para no sentirse tan sola.

–Sí... –concedió ella–. Quizá demasiado.

–Bueno..., a mí me gusta estar solo –admitió Jules con una sonrisa.

–Eso es porque puede elegir no estarlo.

Ella lo miró, y Jules se sintió cohibido, pues aquella joven desconocida acababa de enseñarle una parte de sí mismo que no había visto hasta entonces. Por un momento se contagió de su melancolía.

–*Un flot appelle un autre flot* –musitó.

Sabela le inquirió con la mirada.

–Es de los Salmos. Cuando uno está realmente solo, la oscuridad sólo trae más oscuridad –le aclaró Jules. Se recompuso y señaló el edificio que se levantaba tras ellos–. ¿Qué lugar es este?

–Es el hospital de la Caridad. Aquí traen a los niños huérfanos, y también atienden a pobres y enfermos.

Jules examinó la construcción, de gruesos muros de piedra. Aquel lugar estaba preparado para resistir cualquier envite con que el mundo lo desafiara.

–No parece un hospital.

Sabela sonrió ante la perspicacia de Jules.

–Porque no lo era. Antes vivían aquí unos frailes franciscanos. Estuvieron muchos años.

Jules se quedó pensativo un instante.

–¿Y por qué se fueron?

Sabela se encogió de hombros.

–Los echaron cuando mi madre era niña. No sé dónde irían.

–Seguro que les complacería saber que ahora es una casa de beneficencia.

–Supongo que sí, aunque antes obligaban a los internos a hilar lino nueve horas al día. Mi abuela me contaba que a los niños se les reconocía porque tenían callos en las manos, igual que los marineros. –Apartó la vista y contuvo la emoción–. Yo tuve más suerte.

Durante un momento, Jules dudó si interrumpir la vorágine de pensamientos que, se imaginaba, fluía por la cabeza de Sabela.

–¿Le contaba muchas historias su abuela? –dijo, al fin.

Sabela sonrió, nostálgica.

–Sí, siempre lo hizo. No sabía escribir, pero me enseñaba a su manera. Quería que conociera el lugar del que venimos.

–Parece que era una gran mujer.

–Sí que lo era. –Permaneció en silencio un instante, buscando las palabras que verbalizaran sus pensamientos–. Es todo lo que nos queda de los que ya no

están: sólo el recuerdo de quienes los quisimos.

Sabela invitó a Jules a reemprender la marcha. Rodearon el hospital hasta el otro lado de la punta de San Francisco y se detuvieron de nuevo. El mar acunaba las barcas de los pescadores, que dormían en la playa. El viento había amainado. De pronto, Jules recordó el paquete que lo había acompañado toda la tarde.

–Le he traído algo.

Sabela llevó la mirada hacia el bulto rectangular de sedoso papel ocre que Jules le ofrecía. Lo cogió con tanta torpeza que temió que echara a volar. Tomó un extremo del cordel que lo envolvía y tiró con la delicadeza con que se tratan los más preciados tesoros. La sonrisa asomó mientras los dedos deshacían los nudos, y los ojos irradiaban una curiosidad casi infantil. Jules asistía a la escena fascinado, creyendo formar parte de la fantasía onírica de una ilustración de Riou. Finalmente, el libro apareció entre las pálidas manos de la joven.

–Es precioso –dijo Sabela sin apartar los ojos de la cubierta.

Nunca le habían regalado un libro ni conocía su valor, pero aquel le pareció un obsequio maravilloso. Durante los años que había ido a la escuela, nadie le había enseñado a amar los libros, ya que la sabiduría no sacia el hambre del pobre, sino la del rico, y tales inquietudes vivían muy lejos del Berbés.

Jules supo que jamás volvería a ver tal emoción ante una obra suya y se sintió afligido, casi como cuando terminaba de escribir una novela y se creía abandonado por sus personajes. Entonces cayó en la cuenta de que Sabela no sabía que él lo había escrito, de que ni siquiera sabía su nombre, y sintió alivio.

–Muchas gracias –un susurro ahogado por el sonido del mar.

Jules no pudo más que responder con una sonrisa. El que sería recordado como uno de los autores más prolíficos de su tiempo se había quedado sin palabras.

–*Veinte mil leguas de viaje submarino* –leyó Sabela con ojos entornados y voz vacilante.

–La traducción no es muy fiel –se disculpó Jules–, pero lo tenía en el barco y pensé que podría gustarle.

–Es precioso –repitió.

–En uno de los capítulos se menciona la ría –le dijo Jules señalando el libro.

Sabela levantó la vista.

–¿Esta ría? No sabía que fuera famosa.

–Bueno, lo fue por la batalla.

–¡La batalla de Rande, claro!

Jules sonrió; aquella joven no dejaba de asombrarlo.

–De donde yo vengo, la gente de los barrios marineros no sabe mucho de

historia.

–Entonces no debería volver a ese lugar –repuso Sabela, divertida–. El mar nos lo da todo, deberíamos conocer sus historias. –Entregó sus ojos a la ría–. Aunque a veces sea cruel.

Jules la miró, una figura inmóvil envuelta en telas que querían hacerla volar. Tenía una presencia frágil, pero a su vez digna y valiente. Sabela se volvió hacia él con una sonrisa plena, satisfecha, como si lo hubiera sorprendido curioseando en sus pensamientos.

–Aun así, el mar también nos une –continuó Sabela–. A los que estamos aquí con los que vienen de fuera.

–Como yo. –Su leve sonrisa se transformó en una contorsión absurda.

–Así es –asintió, risueña.

Siempre se había sentido diferente a quienes lo rodeaban, el más desconocido de los hombres. Respetado, admirado, envidiado, pero un enigma para todos, incluso para los que creían conocerlo. Y en aquel instante, en aquel lugar que sólo había visto con su imaginación, junto a una muchacha con la que apenas había hablado, se sintió comprendido. No era Jules Verne, el gran escritor de la ciencia, no era el marino reprimido ni el padre fracasado: era él, lo que había quedado tras la tormenta, tras perder ante lo incontenible y vencer lo evitable. Y Sabela lo entendía, porque era tan desconocida como él.

Unas bombas quebraron la quietud de la tarde. Las luces de bengala lanzadas por los boteros anunciaban el inminente arranque de la verbena. Sabela se encogió bajo su paño de lana.

–Deberíamos volver. Puede que la lluvia no espere a mañana –dijo Sabela, observando las nubes con recelo.

–Esperará.

Sabela lo miró y sonrió. Juntos deshicieron los pasos y silencios que los habían alejado de la playa. El día emigraba, derramando su luz mortecina sobre las casas encaladas. Ya estaba oscureciendo cuando alcanzaron los soportales, donde los goznes de una puerta gruñeron a su paso.

–Las calles tienen ojos –advirtió Sabela, más una reflexión que una invitación al diálogo.

Jules echó un vistazo a su alrededor: sólo un perro de perdices extraviado los acompañaba en su paseo vespertino.

Sabela se detuvo frente a su casa, pero Jules continuó, perdido en los recovecos de la noche. Era como si el pueblo lo embaucara y le arrebatara los sentidos. O tal vez fuera Sabela.

–Disculpe, creí que aún estábamos lejos.

–Me temo que voy a tener que dejarle una lámpara de nuevo –dijo, abriendo la puerta.

Jules impuso el decoro de sus buenas maneras y esperó fuera, escrutando los rincones de la playa, frotándose una mano contra la otra, nervioso. No le

preocupaba encontrarse con alguien ni lo que le depararan las calles desiertas: lo único que deseaba era una excusa para regresar.

Sabela volvió con el quinqué ya encendido.

–Apure el paso. O tendré que rescatarle otra vez.

Jules dejó ver una amplia sonrisa y repitió las palabras de la noche anterior:

–Se lo traeré mañana al caer la tarde. Gracias por todo: por la luz y por su tiempo.

–No tiene importancia.

–Al contrario –objetó Jules–. No hay nada más valioso que el tiempo.

El eco de sus pasos se perdió calle arriba, pero sus últimas palabras permanecieron largo rato junto a Sabela, abrazándola como el paño que le rodeaba el talle. Una punzada de dolor le cortó la respiración un segundo y, mientras sus ojos se humedecían por unas lágrimas inesperadas, deseó que el tiempo devorase la noche y que el sol volviera a salir cuanto antes.

Por moito que no mar chova,
nunca adozarán as aguas.
[Por mucho que en el mar llueva,
nunca endulzarán las aguas.]

Jules llegó exhausto al lugar de encuentro. La emoción que sentía se le escapaba por los poros, los ojos, la boca... Parecía haber rejuvenecido diez años en unas horas. El entusiasmo ante la fiesta era tal que nadie le preguntó dónde había pasado la tarde, aunque tampoco lo habría revelado. Tras dejar la lámpara de Sabela en el Casino se unió a la cada vez más numerosa comitiva, que partió sin más demora hacia el campo de Granada.

El viento contraía los rostros y sacudía los ánimos del cortejo de caballeros, que subían hacia la explanada temerosos de que las nubes quisieran participar en la celebración dejando caer algunas gotas. Jules apuraba el paso, marcando un ritmo que los más rezagados se esforzaban en seguir. Junto a él caminaban el ubicuo Manuel Bárcena y el alcalde, a quien el cónsul había cedido su lugar, renunciando a la pugna con el empresario vigués por las atenciones del escritor. A la zaga, Paul y Duval se maravillaban con la hilera de fogatas que descendía desde la cima del monte del Castro, y Maurice y Hetzel, en la retaguardia, escuchaban embelesados las historias sobre la batalla de Rande que Pierre les narraba. En apenas un par de días habían surgido rivalidades y alianzas tan obvias como volátiles, de las que unos albergarían recuerdos durante años y otros se olvidarían antes del siguiente vermut.

Al poco de llegar, el viento se calmó, y entre el júbilo y la cháchara que sucedieron a la cautela pronto perdieron el interés en los nubarrones que aún los acechaban. Cohetes pirotécnicos y fuegos artificiales acompañaron a la primera banda en el comienzo de su repertorio, haciendo que el campo de Granada refulgiera en la oscuridad de la noche como un *vagalume* venido del infierno. Pero a Jules no le abrumó el gentío ni le embriagó el humo de los fuegos; al contrario: se deleitó con el árbol de artificio que ardió en la medianoche y con los globos de cometa que se entregaron al viento del sur durante el intermedio entre las dos bandas. Lejos de sentirse incómodo, se divirtió como no lo había hecho en demasiado tiempo. Sólo alguna vez, sin querer, buscaba entre los cuerpos anónimos aquella cara conocida, cálida y apacible, con la que estaba deseando reencontrarse.

Un revuelo silenció la música. Lo que en un principio fue atribuido a la exaltación de la fiesta no tardó en manifestarse como una reyerta que abarcaba

un área cada vez mayor del campo de Granada.

–Pero ¡¿es que no van a intervenir las autoridades?! –vociferó Raoul-Duval.

–No serviría de nada, caballeros –se excusó el alcalde mientras conducía a los distinguidos invitados hacia un lateral de la explanada–. Ocurre en cada celebración.

–El alcohol enciende los ánimos más débiles –aseveró Pierre.

–No es solamente eso. Es por los campesinos... Fíjense. –El alcalde señaló a unos hombres que, con la ropa desgarrada, dejaban la fiesta, resignados–. No son bien recibidos por los marineros –añadió, algo avergonzado.

Jules observó cómo se marchaban aquellos hombres, y una tristura le oprimió el pecho cuando uno de ellos pasó a su lado clavándole una mirada tan profunda que le permitió entrever sus pensamientos. Era muy delgado, sus largos brazos aprisionados por unas venas marcadas, y se había mantenido alejado de la trifulca, con las manos enterradas en los bolsillos de un pantalón demasiado grande. Era casi un anciano. Jules supuso que también habría asestado algún golpe en su juventud, pero a esa edad permanecía expectante, anhelando que sus ojos vieran algo digno de ser recordado antes de cerrarse por última vez. Quizá no se había rendido todavía a la evidencia de que, por muchos imperios que caigan o se levanten, los tiempos sólo cambian para algunos.

Cuando la banda hubo agotado sus notas y el campo despedía a los primeros parroquianos, Jules retomó una idea que lo había rondado desde su llegada, esa con la que tanto había contrariado a Pierre y que al fin tomaba forma: aquella ciudad representaba todo lo que se esperaba de su tiempo, pero el Siglo de lo Maravilloso, el heredero del Siglo de las Luces, abandonaba a su suerte a quienes se encontraban en la sombra.

La música y las risas agitaban la noche en el pueblo, pero en casa de Sabela reinaba el silencio. Había entrado a oscuras y se había tendido en la cama, guiada solamente por la luz de luna que salpicaba la habitación. Estaba en paz con el pueblo, con la casa, consigo misma. Pese al frío y la humedad, una calidez la envolvía, la abrazaba hasta dejarla sin aliento. Se sentía querida.

Arrimó las contras, se quitó la ropa y se deslizó desnuda bajo la sábana. El contacto de la tela con su piel tensó sus senos, pero no sintió frío, sino fascinación por un cuerpo que a veces le resultaba extraño. Cerró los ojos e inspiró hondo. El aroma de las flores se fundía con el de la madera de los muebles que Ernest le había comprado. Pero no era en él en quien pensaba. No pensaba en nadie, en realidad, sólo en ella misma. Sin pedirle permiso, la mano derecha fue guiando a las yemas de los dedos por el vientre hasta un pecho. Lo recorrieron despertando cada vello dormido, deleitándose con cada sensación, con cada latido que el impaciente corazón bombeaba. Rodearon la

areola, que no tardó en perder su timidez, frunciendo su delicada textura hasta convertirse en un sugerente sombrero de bonete. De súbito abrió los ojos y se detuvo un instante, contrariada, al darse cuenta de que la mano izquierda, contenida hasta entonces por el peso de su cuerpo, se las había ingeniado para escapar de la nalga que la mantenía presa y comenzaba una exploración paralela en el sur. Esbozó una sonrisa, que se relajó al cerrar de nuevo los ojos y dar libertad a las manos para que retomaran su tarea. Se sumergieron los dedos en la frondosa antesala que protegía su sexo, en la que no se detuvieron esta vez, sino que siguieron descendiendo hacia la cálida entrada de una cueva que se abría con impaciencia para recibirlos. Acariciaron lentamente los pliegues y contornos, buscando encuentros y reacciones que Sabela aún no había experimentado, a pesar de su edad, a pesar de Ernest. Poco a poco la fue invadiendo una tórrida sensación que nacía en su interior y salía por cada poro, por cada cavidad. Se abandonó al placer sin temor a remordimientos, sin callar los gemidos ni frenar sus dedos. La culpa no la alcanzaba, el miedo no la reprimía: era libre. Así, ascendiendo por laderas vertiginosas, llegó a la cúspide de su exploración, exhausta, sudorosa. Satisfecha. Y sin más, se durmió.

Se despertó alterada, apartada del sueño como se arranca una raíz de la tierra, buscando a tientas una cara en la que refugiarse de otra pesadilla. Cuando se percató de que estaba sola, rompió a llorar. Sentía escalofríos, su pecho y su espalda ardían, y un dolor agudo martilleaba su cabeza.

Su hermano había vuelto a visitarla esa noche. Lo encontraba arriba, tendido sobre la cama de sus padres, frente a la ventana abierta. Era un niño de unos once años, la edad que tenía cuando lo hicieron *rapaz* de la *Santa Mariña*. Ella buscaba algo con qué arroparlo, pues le parecía que temblaba, pero sólo encontraba las redes *xeiteiras*, boliches y traíñas que se amontonaban en los rincones de la habitación. Temiendo que enfermase, Sabela corría a abrigarlo con su propio calor. Mas al llegar a su lado descubría que el pequeño estaba prendido en un paño del *xeito*, con una tanza rodeándole el cuello y el cuerpo cubierto de crustáceos que le pellizcaban la piel. Angustiada, trataba de desenmallarlo, de cortar el sedal que lo asfixiaba; él permanecía inmóvil, frío y empapado, sumergido en un mar de algas, redes y mariscos. Apenas había conseguido liberarle un brazo, cuando se daba cuenta de que la piel de su hermano se cubría de escamas: Ginés estaba transformándose en un pez. Los animales empezaban a subírsele por los brazos, y aunque trataba de espantarlos no dejaban de llegar más y más. El *xeito* la arrastraba, los crustáceos la acosaban, el sedal la estrangulaba... Apenas podía ver ya a su hermano entre las algas y las redes. Conseguía arrancarse la tanza y quedar libre, pero, en cuanto lograba agarrar a Ginés, este se resbalaba de sus manos y se escapaba nadando hacia las profundidades.

Un ruido áspero en el piso de arriba la sacudió como una descarga eléctrica. Se quedó mirando al techo sin poder reaccionar. ¿Había oído algo en realidad? ¿O acaso seguía soñando? Un segundo ruido la reafirmó en sus dudas. Temerosa, se incorporó, se vistió el camisón y, descalza y a oscuras, se acercó a la escalera. Apoyó el pie en el primer peldaño, dispuesta a subir, pero un nuevo ruido la disuadió. Movida por una pulsión, se volvió y abrió la puerta. La brisa del mar le erizó la piel, mas no se dejó amedrentar. Se subió al taburete bajo la escalera y la empujó hacia arriba. Los largueros se soltaron del piso superior con una facilidad tal que estuvo a pique de perder el equilibrio. Percatándose de que se le vendría encima, se bajó y apartó el taburete. La miró un instante, consciente de que ya no tenía cabida en esa casa, de que su único cometido era servir de unión entre la realidad y los malos sueños. Entonces agarró con firmeza la parte inferior y, levantándola, desencajó los largueros de las hendiduras que la aseguraban. Las redes amortiguaron el estruendo.

La luna la recibió como una madre distante, mostrándole el camino sin interferir en él. Avanzó afanosamente, labrando la playa con una escalera reacia a abandonar su lugar, apoyándose en ella de cuando en cuando para recuperar el aliento. El aire de la noche había derramado ya sus exhalaciones sobre la playa, había limpiado los malos olores y sembrado calma a su paso. Rebasó el matadero y ascendió la cuesta que llevaba al hospital de la Caridad, donde los enfermos y los niños que compartían apellido dormían ajenos a la lucha que Sabela libraba en el exterior. Una fuerza la empujaba, una determinación que no reconocía como propia, pero que la movía sin dejar espacio para la duda.

Llegó a las rocas fatigada, con el corazón batiéndole en el pecho como un pájaro que aletea en una jaula. Cerró los ojos y se tomó un instante para ella misma, lejos de sueños y recuerdos, de lágrimas y lamentaciones, acompañada sólo por las primeras gotas de la tormenta, que lavaban la tierra de sus pies.

Cuando los últimos peldaños se sumergieron en las aguas, y las olas se peleaban entre sí por destruir la solidez de la madera, la boca de Sabela dibujó una sonrisa.

Al día siguiente escucharía, de camino a la fábrica, que la Santa Compaña había vagado por el pueblo la noche anterior, sola, descalza y medio desnuda, buscando mejor no saber qué.

Sempre vai a lingua a onde doe a moa.
[Siempre va la lengua a donde duele la muela.]

Nada en el palpitar de la mañana sugería la inminencia de una batalla. La fábrica empezaba a levantarse de su letárgico fin de semana, y Ernest ocupaba ya su cada vez más incómodo sillón de terciopelo verde. Pronto encargaría que lo tapizaran de nuevo. Era una de las singularidades de su carácter en apariencia contradictorio: capaz de imbuir en su padre las ideas más renovadoras para Próspera, se mostraba reacio a los cambios en su vida; abrazaba el progreso con entusiasmo, pero a menudo se volvía para comprobar la firmeza del camino que pisaba. No eran más que dos perfiles de una misma cara, otra de las razones por las que se aferraba a Sabela aun sabiendo que ya nada los unía, que nada los había unido nunca, si acaso la ilusión vacua y adolescente de sentirse atraídos el uno hacia el otro. Pero Ernest no veía más allá de la madre para sus hijos, de la esposa respetable en que la convertiría. Así había sido desde el principio, desde que acariciara con los ojos lo que después habría de acariciar con las manos. Desde entonces, no hubo vuelta atrás. No había espacio para la duda ni posibilidad de rendición. Por eso había acallado las difamaciones que algunos habían vertido sobre ella, porque la confianza era una forma de respeto, y Ernest respetaba a Sabela profundamente: respetaba su renuencia a hablar de boda, a abandonar su casa en la Ribera, respetaba su deseo de mantener el luto por su madre durante un tiempo nunca definido.

De tanto en tanto reptaban hasta sus oídos los comadreos propios de los pueblos, donde la envidia llega a ser tan corrosiva como el salitre. Cuando esto sucedía, mostraba su incredulidad sin disimulo y condenaba al mensajero al ostracismo. Pero ni aun así cesaban; bien al contrario, se hacían más presentes con el tiempo, como un río que en su crecida devora los campos que le cierran el paso. Bajo ningún concepto lo hubiese reconocido, pero también a él lo venía devorando una oleada de inseguridad y desvelo. «Sabela me rehúye.» Este pensamiento se materializaba en cada respiración, tan real que casi podía morderlo. Y ese iba a ser el último de muchos días, el primero de tantos otros; ese lunes, en el albor de la mañana, Ernest iba a recibir la noticia como el golpe tras la caída: con dolor y sin remedio.

Los trabajadores aún no habían salido de sus casas, pero él llevaba ya un buen rato revisando el libro de cuentas y redactando algunos telegramas que debía enviar. En tales momentos se sentía en verdad amo de la empresa, ese

animal silencioso a cuyo despertar asistía a diario. Siempre había sido madrugador; quizá por eso de noche se encontraba perdido, y sólo salía para acudir a alguna reunión en el Casino o en la Tertulia, lo cual constituía, en cierto modo, una obligación laboral. Habituado a la quietud de la fábrica a esas horas, unos pasos en el metal de la escalera lo hicieron revolverse en su butaca.

La sombra de unos zapatos se adivinaba debajo de la puerta. Transcurrieron unos segundos, tal vez medio minuto, hasta que dos golpes hicieron temblar los mismos goznes. Ernest no se inmutó. Permaneció con la mirada hundida en sus papeles mientras terminaba de escribir la última línea del último telegrama, tranquilo, sabiéndose dueño incluso del tiempo de quienes lo visitaban. Cuando hubo acabado, la mandó pasar.

La encargada de la estiba apareció como una visión. Su pelo bien peinado y su ropa limpia eran un vano intento de mostrar una apariencia cálida y agradable en lugar de la imagen hosca que, sabía muy bien, proyectaba. A Ernest le provocaba un rechazo inevitable desde niño, y al verla pretendiendo dominar el nerviosismo, cuando acostumbraba gobernarla la arrogancia, estuvo tentado a despacharla con una excusa y regresar a sus tareas. Sin embargo, venció el impulso..., y nunca dejaría de lamentarlo.

–*Bon dia, senyor* –Su voz era débil y aguda, casi un quejido.

–Buenos días, Perpetua. Dígame.

La capataza retorcía un pañuelo invisible entre los dedos húmedos. Ernest se obligó a mirar hacia su cara para evitar la mueca de desagrado que empezaba a tensarle los músculos, pero la visión de su rostro no le ayudó. Por primera vez desde que la recordaba, Perpetua estaba nerviosa y vulnerable, aunque no lo bastante para compadecerla.

–Siéntese, por favor –la animó Ernest, indicándole la silla vacía al otro lado del escritorio.

Vacilante, Perpetua obedeció. Se esforzaba en mirar a Ernest, pero acababa escondiendo la vista entre los dedos, cada vez más sudorosos. La paciencia que él reservaba para situaciones como aquella empezaba a extinguirse. Su silencio lo carcomía. Su inquietud resultaba contagiosa.

–Y bien, ¿qué la trae por aquí tan temprano?

La mirada de Perpetua viajó de sus manos a Ernest, y de Ernest, a la estantería sobre la chimenea.

–¿Me podría ofrecer un vaso de agua?

Ernest se levantó y se acercó a la licorera que su padre le había regalado. Siempre la había juzgado innecesaria: bebía en contadas ocasiones, y jamás en la fábrica. Pero aquel día le resultó indispensable, tanto como la chimenea o su adorado sillón.

–¿Prefiere otra cosa que no sea agua?

Perpetua dudó. A buen seguro le habría sentado bien un trago, pero no quería dar una mala imagen aceptándolo, más aún cuando la jornada ni

siquiera había comenzado, y lo declinó.

Bebió el agua despacio, como si deseara que el fondo del vaso nunca llegara. Una vez vacío, lo apoyó sobre el escritorio y sonrió. Ernest trató de corresponderla, pero su cara se resistía. Cuando estaba a punto de pedirle que abandonara su despacho, la mujer habló:

–Verá, señor: usted sabe que a mí no me gustan los chismes, y Dios me libre de entrometerme en su relación con..., bueno, mi empleada.

La búsqueda de la palabra adecuada para referirse a Sabela incomodó a Ernest, que se retrepó en el respaldo de su butaca y la miró, inquisitivo. Pensó en interrumpirla: «No es su empleada, sino la mía», pero consideró más prudente dejarla proseguir con libertad.

–Pues verá –siguió mientras restregaba las palmas contra la falda–, creo que debería saber que anoche vi a esta mujer, a Sabela, paseando por el barrio con un hombre mayor.

–¿El barrio de los Catalanes? –intervino Ernest, esperando sorprenderla en un renuncio. Sabela jamás se acercaba allí si no era de su mano o para acudir al trabajo.

–No, señor, de ningún modo. En la Ribera.

Ernest asintió.

–¿Cómo fue que estaba usted allí? ¿Tiene por costumbre frecuentar esa zona?

–No, señor, en absoluto –contestó Perpetua, sobrevenida por un súbito pudor.

Sabría Ernest, años más tarde, que la capataza tenía por aquel entonces un amante en el barrio, uno de esos marineros de «repugnante olor y zafios modales» que ella afirmaba detestar.

–Me encontraba... –continuó– visitando a una empleada que ayer dijo sentirse indispuesta. Me quise asegurar de que se encontraba bien.

El rostro de la mujer ardió por la mentira, mientras que los músculos de Ernest, quedamente constreñidos, se relajaron, y su corazón retomó la cadencia adecuada. Las virtudes que él y su padre valoraban de Perpetua constituían los defectos que veían en ella las trabajadoras, quienes la temían y repudiaban a partes iguales. Ernest forzó una sonrisa durante el resto del discurso, que no se molestó en escuchar. Esperó a que la mujer terminara y se sumergió de nuevo entre las líneas del telegrama, que debía reducir. Sin mirarla, la despidió:

–Muchas gracias, Perpetua. Si no tiene nada más que contarme, puede ir a su puesto. Los trabajadores estarán a punto de llegar.

Perpetua abrió la boca, pero dominó el instinto y se dirigió a la salida. Sin embargo, algo se encendió dentro de su cabeza en el trayecto, porque justo antes de asir el pomo y atravesar la puerta, se volvió hacia su jefe y utilizó la última arma que encontró para defender su causa:

–Por cierto, señor: el caballero tenía acento francés.

El sonido que la puerta hizo al cerrarse lapidó la quietud de Ernest. El recuerdo del encuentro con Jules dos noches atrás lo invadió como una fiebre, y en su pecho, los latidos se dispararon, atronando sus sienes y descomponiendo todo a su paso. Se quedó meditabundo un tiempo, barajando las respuestas a una pregunta que nunca hubiera imaginado tener que formularse: «¿Qué hacía Sabela con un anciano?». Le parecía imposible que fuese verdad, que los cuentos que llegaban a sus oídos tuvieran algún fundamento. Porque él ya no podía echarse atrás. No cuando había presentado a Sabela a su familia, cuando había conseguido que su padre aceptara la condición humilde de la futura madre de sus herederos. No se había esforzado tanto para perderlo todo de golpe.

En su cabeza se repetían los momentos con Sabela como si fueran destellos de un pasado que no era el suyo: su melena colándose en la blusa abierta, su cuerpo desnudo y sudado entregándose a él cada domingo en el paritorio... Se dio cuenta de que había cometido muchos errores con ella; y de todos ellos, el más grande era el que estaba haciendo tambalear los pilares de su vida. Le había dado todo: convenció a su padre para que le condonara la deuda tras el naufragio de *La Maragata*, envió médicos a la Ribera para que cuidaran de la madre e incluso propuso trasladarla a su propia casa cuando el final se veía inminente. Claro que lo hizo porque estaba seguro de que Sabela se negaría, pero no se habría echado atrás si hubiese accedido. En cambio, ella sí parecía echarse atrás ahora. Recordó que durante el velatorio se había ofrecido a acogerla para que no se sintiera sola. Pero ella lo rechazó. Ella siempre lo rechazaba. Aun después de haberse enfrentado a todos por Sabela, de haber pagado el entierro de su madre, ella seguía rehusando abandonar su oscura y húmeda casa en el barrio de los pescadores. Quería llorar su pérdida, decía, guardar su luto. Y él fue paciente, más de lo que nadie hubiera sido.

Ernest se mostró nervioso durante el resto de la mañana, evitando cualquier contacto innecesario. Nunca se había sentido tan estúpido. Nunca, desde aquel maldito verano en Inglaterra. Aquella noche había descubierto la cara oculta de su hermano, y ahora estaba descubriendo la que escondía Sabela.

Palabra e pedra solta non teñen volta.
[Palabra y piedra suelta no tienen vuelta.]

Nada en el despuntar de aquel día enturbiaba el ánimo de Sabela: ni los gritos de Perpetua ni la sal que se colaba entre los rasguños de sus manos ni el frío profundo y punzante de la mañana. Estaba viva, el tiempo corría y pronto sería hora de volver a casa. No reparó en la sonrisa absurda de la capataza cuando se le acercó poco antes del descanso. Menos aún en lo que podía significar.

–¡Salazonera! –escupió a lo lejos.

Varias mujeres levantaron la cabeza, y Carmiña le dio un pequeño codazo para advertirla, pero Sabela siguió trabajando.

–¡¡Salazonera!! –repitió, como un eco desquiciante, un trueno cada vez más cercano en el muerto.

Todas las mujeres miraban excepto Sabela, que no apartó los ojos del tabal donde colocaba las sardinas, dispuesta a obligarla a pronunciar su nombre. Perpetua se detuvo frente a ella, con los muslos inabarcables a la altura de su cara. Sabela llevó la mirada hacia la figura inmensa que eclipsaba la luz proveniente del claro. Parecía un ser monstruoso sacado de una pesadilla, pero aquel día no le tenía miedo. No tenía miedo de nada.

–Dígame, Perpetua.

El muerto enmudeció, y el confiado rostro de la capataza se descompuso, casi tanto como el de Carmiña.

–¡Primera oficiala para usted, salazonera! –rugió–. Que aquí todavía hay rangos.

Sabela se levantó de un respingo y la encargada retrocedió de forma inconsciente. Perpleja, la catalana la miró como si buscara entre sus facciones a la joven que siempre había podido dominar.

–El señor Doré quiere verla –vomitó, recuperando su rigor habitual.

Sabela se limpió las manos en el mandil sin apartar los ojos de la capataza, esquivó su voluminoso cuerpo y cruzó el claro con ligereza, escoltada por las miradas del resto de estibadoras.

–¡Y ustedes qué! ¿No tienen nada que hacer? –vociferó Perpetua, despertándolas de su fantasía.

Para las trabajadoras no fue más que una anécdota que rápidamente sería olvidada, un pequeño sobresalto en la monotonía de otra tediosa jornada en la fábrica. Pero no para Sabela, que se alejaba, sonriente, sin saber que iba a encontrarse con el fin de su delicada felicidad.

El despacho de Ernest era sobrio y siempre estaba ordenado. Sabela imaginaba la casa de los Doré en Gerona como un ostentoso palacete repleto de atenciones que ni siquiera alcanzaba a soñar, pero tal profusión no se manifestaba en el espacio desangelado donde Ernest pasaba casi cada hora del día. Únicamente el sillón de terciopelo parecía encerrar, entre las orejas de su alto respaldo, historias de un pasado de gloria.

Ernest estaba sentado en su escritorio, sintiendo la calidez del sol en la espalda. En esa habitación, otrora una biblioteca, había mandado instalar su despacho y comunicarlo con el claro mediante una escalera directa al balcón. Desde las ventanas podía observar el trabajo de los empleados sin que apenas repararan en su vigilancia, para replegarse en el aislamiento que le brindaban las contras cuando el ajetreo en la fábrica le resultaba insoportable.

La estaba esperando. La había seguido con la mirada desde que Perpetua le transmitió su mensaje, y ahí llegaba, los pasos resueltos repiqueteando en los peldaños, que ya se terminaban en su puerta. Se levantó y espiró lentamente ante los cristales, que al otro lado recibían las gotas de un orballo premonitorio.

Sabela abrió justo después de llamar, como siempre hacía, sin esperar a que él le diera permiso, con esa seguridad que da la confianza mutua –o, al menos, la costumbre y cotidianidad–. Sin embargo, al ver la expresión severa en el rostro de Ernest, se detuvo, sin atreverse a cerrar la puerta ni a avanzar un paso más: su valor se había desvanecido.

–Cierra la puerta –le ordenó Ernest mientras iba hacia la licorera para servirse otra copa.

Sabela obedeció, pero no se acercó hasta que él le mandó sentarse en la misma silla que hacía pocas horas había ocupado Perpetua. Una turbación caldeó su cuerpo desde los tobillos hasta la cabeza, desatando vigorosas llamaradas en su cara y golpeteos atropellados en su pecho. Ernest se acomodó en su asiento y la miró *en fite*, como esperando una confesión o una disculpa. En segundos, Sabela repasó todo lo que podía haber despertado su ira. Nada había cambiado en los últimos días, en las últimas horas. Nada, excepto Jules.

–Te he mandado llamar porque vamos a fijar una fecha –atajó Ernest.

Sabela tardó un momento en asimilar aquellas palabras. Tenía la boca tan seca como si hubiera tragado una fanega de harina.

–Pero aún estoy de luto... No han pasado...

–Sí, eso ya lo sé. Pero a tu madre no le hubiera gustado que postergaras tu felicidad por ella, ¿no crees? –dijo, esbozando una sonrisa condescendiente con la que pretendía tranquilizarla.

Un *arrepío* recorrió a Sabela, que bajó la mirada a las manos. Estaban frías y enrojecidas, y bajo las uñas se acumulaba una mezcla de sal y escamas. Empezó a limpiarlas compulsivamente.

–¿No crees? –repitió, atrayendo la mirada de Sabela.

Ernest ya no se esforzaba en esconder su malestar, y su sonrisa indulgente se había deformado.

–No, pero... –replicó Sabela. Las ideas se amontonaban en su cerebro sin que supiera cómo darles forma.

–Además, si empezamos con los preparativos ahora, para cuando nos casemos ya habrán pasado más de dos años.

–Ya, pero...

–Pero qué, Sabela. ¿Acaso no me quieres? ¿No deseas casarte conmigo?

Abrió la boca para responder, pero Ernest la interrumpió:

–¿Prefieres pedirle dinero a tu amigo el francés, o ir a Portugal a prostituirte como hacen algunas?

La piel de Sabela se erizó de súbito, como si alguien acabara de abrir una ventana por la que entrase todo el frío y oscuridad de la noche. Estaba petrificada. Se le ahogó la voz y se helaron sus pensamientos. Sólo fue capaz de negar.

Ernest se levantó y rodeó el escritorio sin dejar de mirarla, pero Sabela mantuvo los ojos clavados en el sillón.

–Tú sabes mejor que nadie lo que he hecho por ti y por tu familia. –Se apoyó en el escritorio, junto a ella–. Pero aunque ellos están muertos, tú sigues en deuda con nosotros... Conmigo.

«Están muertos.» Sabela no escuchó nada más. Apartó la vista del sillón y lo miró: Ernest se le antojaba un ser despreciable, capaz de aplastarla con la misma facilidad que un pie aplasta un insecto.

–No he hecho nada –dijo Sabela sin apenas ser consciente.

–Sí, ya sé que no has hecho nada... Ni lo vas a hacer: mañana mismo te vienes a casa.

Ella no se percató de que estaba retorciendo el mandil cuando Ernest llevó la mirada a sus manos.

–¿Por qué tienes miedo?

Sabela también miró sus manos, y fingió relajarse forzando una sonrisa mientras estiraba la tela. Entonces se dio cuenta de que no conocía a Ernest y de que nadie acudiría en su ayuda si gritaba, igual que nadie había acudido al paritorio ningún domingo.

–¿Te he dado alguna vez un motivo para tenerme miedo? –susurró Ernest con una serenidad que su voz revelaba artificial.

Las primeras lágrimas asomaron a los ojos de Sabela. Cada nueva palabra molía los escombros de una calma que ahora le resultaba ilusoria, como el recuerdo de un sabor de la infancia. Negó ligeramente con la cabeza, temiendo cada instante que pasaba en aquella habitación alejada del mundo.

–¿Por qué lloras? ¿Por qué intentas humillarme? –dijo acuclillándose a su lado.

Sabela percibió cómo su voz se quebraba, cómo su cuerpo se derrumbaba

frente a ella, y esto la llevó a engaño, a confundir a Ernest con el pequeño gato al que había rescatado dos noches atrás. Sin recordar que el mismo gato la abandonó al día siguiente, en cuanto estuvo satisfecho.

–No he hecho nada que pueda avergonzarte. Créeme, no hemos hecho nada malo. Si hablar con un extr...

Las lágrimas empezaron a quemarle el rostro. Le llevó unos segundos comprender que aquel dolor no se lo habían provocado las gotas saladas que manaban de sus ojos, sino la mano de Ernest. La habitación giraba a su alrededor mientras no dejaba de llorar: de miedo, de desconcierto, de puro asombro. Su mejilla crecía, pero no se atrevió a tocarla hasta que notó el gusto espeso y dulzón de la sangre en su boca.

Le llegaban palabras de una voz familiar. Se preguntó si había gritado al recibir el golpe y alguien había ido a socorrerla. Poco a poco, la habitación se detuvo, y Sabela recobró su centro.

–¡Mírame!

Llevó la vista hacia Ernest. Su cara era un amasijo de rabia y frustración, enrojecida y abominable. Se agachó de nuevo junto a ella –no recordaba cuándo se había erguido– y le agarró la mano. Sabela quiso apartarse, pero su cuerpo no respondía. De pronto, el odio que inundaba los ojos de Ernest dio paso a las lágrimas.

–No vuelvas a hacerme esto, por favor. ¿No ves que yo te quiero?...

Sabela lo observaba con recelo, como si estuviera ante un animal herido. Pensó entonces que Ernest no la quería, que nunca la había querido, pero también que para mentir hacen falta dos enamorados: uno que se enamora del mentiroso y otro que se enamora de la mentira. Y Sabela ya no era ninguno de los dos.

–Te portarás bien, ¿verdad? –le preguntó mientras asentía con la cabeza.

Sabela lo imitó sin saber bien a qué estaba accediendo. Él le tendió un pañuelo bordado con sus iniciales y ella se lo llevó a la boca. La herida casi había parado de sangrar. Ernest se acercó y la abrazó. Permanecieron así unos segundos: él, hundido en el hombro de Sabela, pensando en cómo retener algo que se escapaba de su control; ella, con la mirada de un pez arrancado del agua, sintiendo que la historia de su vida estaba ya contada. Ernest se levantó y le ayudó a incorporarse. La besó en los labios, y Sabela notó el sabor repugnante de las lágrimas ajenas en su boca.

Se marchó en silencio, temiendo romperse con el sonido de su propia voz. Imaginaba que Perpetua se relamería al verla magullada; sin embargo, cuando pasó junto a ella, su rostro estupefacto denotaba cierta compasión. Como el del resto de mujeres. Como el de Carmiña, a la que no se atrevía a mirar.

En esa época del año, el muerto era una masa heterogénea de trabajadores presurosos y voces que apenas dejaban oír los propios pensamientos –si bien es cierto que muchas de sus compañeras sólo entendían como propios los

pensamientos que el marido, el párroco o el patrón les inculcaban–. Pero tal vez porque ese día todas tenían algo que decir y ninguna se atrevía a hablar, un sigilo emponzoñado ahogaba el aire del muerto. De vez en cuando, unos ojos conmovidos se posaban en Sabela, y siempre la encontraban igual: las manos muertas, la boca ardiente y la mirada hueca. Trató de apartar de su mente cualquier pensamiento durante el resto de la jornada, pero las imágenes de los últimos días acribillaban su cabeza como una nube de avispas encolerizadas. Los minutos, que antes habían transcurrido perezosos, se quedaban ahora suspendidos en el tiempo, incapaces de avanzar hacia el llanto de la sirena. Ya no sentía el frío de la mañana, ni la sal en las heridas, ni los gritos de la capataza. Porque nada pueden sentir los muertos.

Se levantó y salió de la fábrica mucho antes de que la sirena bramara, segura de que nadie la detendría, y avanzó, sorda, muda y ciega, hasta derrumbarse al comienzo de la rúa Desengaño.

Cases ben ou cases mal, casa cun do teu igual.
[Cases bien o cases mal, casa con uno de tu igual.]

Muchas palabras se han escrito sobre la sangre. Muchos han sido los eruditos, doctores, teólogos y poetas que han creído conocer esa sustancia que necesitamos como el aire. Pero la sangre es más que aire, es la memoria que acude cuando todo lo demás falla: nos evoca sueños olvidados, revuelve nuestra calma con temores que jurábamos vencidos... Como el agua, la sangre se abre paso, busca su camino. Y siempre lo encuentra. Por eso, al rozar con su lengua la llaga que Ernest había horadado en su vida esa mañana, al saborear el calor viscoso de su historia, Sabela pudo al fin recordar. Pasó de una amnesia absoluta a rememorar cada olor, cada caricia del vestido sobre su piel, cada pisada de sus zapatos en la piedra camino del barrio de los Catalanes. Habían pasado algo más de dos años, con sus días y con sus noches, pero recordarlo le había resultado hasta entonces tan imposible como subir la escalera y adentrarse en el lugar donde se escondían todos los males del mundo.

Ernest había ido a recogerla. Ella lo esperaba desde hacía largo rato, de pie bajo los soportales para que el interior de su casa no desluciera su vestido, de un azul tan claro que parecía a punto de desvanecerse. Su madre lo había comprado tiempo atrás, antes de que la pena y el luto se hubieran impuesto en sus vidas, pero se había quedado en un arcón, esperando a que la felicidad volviera a la casa. Sabela era el único motivo por el que su madre seguía viviendo, y la esperanzadora alegría de su hija le había hecho poner fin al duelo. Carmiña también quiso ser partícipe de aquel momento, y transformó el cabello lacio de su amiga en una delicada escultura.

Se sentía radiante y poderosa colgada del brazo de Ernest. Caminaba por la Real saludando a sus vecinos, sonriendo hasta a las palomas; también por la alameda, donde distinguía con un ligero movimiento de cabeza a cada viandante con que se cruzaban. Aquella tarde, paseando entre los jardines, oyendo el fluir del agua de las fuentes, se creyó una de ellos: un ave que llegaba de otro mundo abría sus alas para que todos la contemplaran. Ernest disfrutaba observándola, maravillado ante su dulzura. Pero una incomodidad se apoderó de ella cuando dejaron atrás el portalón que tan bien conocía y continuaron hacia su destino.

La casa donde vivían Ernest y su familia compartía paredes con la fábrica, aunque nada en aquella se contagiaba del frío y el hedor del espacio donde los trabajadores pasaban incontables horas. De este modo, nadie era capaz de

concluir si la fábrica era un apéndice de la casa o al revés, porque eran, en realidad, universos aledaños que se comunicaban por medio de una puerta siempre cerrada: el olor a pescado, la sal y el suelo resbaladizo eran un espejismo tras la piedra.

Ernest llamó al timbre y la puerta se abrió de inmediato, como accionada por un resorte. Ante ellos apareció una mujer menuda y de edad avanzada, con el pelo recogido en un moño minúsculo. Llevaba una falda oscura y una blusa un par de tallas más grande de lo que su mermado cuerpo precisaba. Después de proferir un saludo apenas audible, la mujer los guio por un pasillo hasta una sala iluminada por el extenuado sol de la tarde. Era rectangular, de modestas dimensiones, y las paredes estaban revestidas de madera. En un extremo de la habitación, junto a una chimenea apagada, cuatro butacones rodeaban una mesa baja. En la pared opuesta, aliviaba la madera una vidriera policromada desde la cual una omnipresente Próspera asomaba a la estancia contigua. Pero nada desprendía la fastuosidad que Sabela había imaginado: no había lujos ni excesos, únicamente la solidez de las posesiones de quien ha encontrado un lugar para quedarse.

Algo se movió al otro lado de los cristales, unas figuras que avanzaban hacia el pasillo y se deformaban como si estuvieran sumergidas en agua. Cuando desaparecieron, sólo quedó el sonido cada vez más cercano de unos pasos.

–Bienvenida.

La cálida voz de mujer precedió a su imagen. La madre de Ernest era alta y esbelta, de oscuro cabello ondulado y ojos que parecían nunca haber escondido un secreto. La belleza de la juventud todavía palpitaba bajo su piel, pero el tiempo ya había esculpido en ella arrugas que las joyas y la seda no lograban ocultar.

–Es un placer –contestó Sabela.

La mujer se acercó a ella como empujada por el viento, levitando sobre la alfombra. De repente, un pensamiento atravesó a la invitada como un relámpago: ¿cómo debía saludarla? Sus ojos miraron en todas direcciones, nerviosos, buscando la respuesta. En su barrio, besos y abrazos formaban parte del lenguaje, pero no creía que aquella mujer estuviera habituada a tales afectos. Las dudas de Sabela se vieron resueltas al sentir cómo le tomaba la mano y la estrechaba de forma liviana, casi imperceptible, como una flor que intercepta el vuelo de una mariposa.

El padre de Ernest, ojos fríos y sonrisa olvidada, las miraba desde la puerta de la habitación. Sabela presintió entonces que no sería bien recibida por él. Y no se equivocó.

Caminaron por el pasillo hasta el comedor, donde un criado prendía las lámparas de gas de la estancia, la cual se llenó de una luz viva y reconfortante que parecía respirar. En torno a la mesa, seis sillas se enfrentaban a doce

platos, doce copas y una infinidad de cubiertos que descansaban sobre un lino exquisito. La confusión de Sabela fue la misma que la de Ernest, quien no tardó un segundo en dirigirse a su padre:

–Creía que íbamos a cenar solos.

–Tu hermano y Flora han decidido quedarse hasta el domingo.

Sabela buscó en Ernest la tranquilidad que acababan de arrebatarle, pero también él la había perdido. Lo revelaban el cuello hinchado, la respiración acelerada y los labios apretados como si temiera que se le fueran a escapar los dientes. El temible heredero de Próspera no se atrevió a alzar la voz –no se atrevería en toda la noche–, y las palabras que masticaba desde hacía días se le atragantaron. La presencia de Sabela evidenciaba lo que todos excepto ella sabían, la razón por la que se habían reunido, y la inesperada intromisión de Carles y su esposa arruinaba la atmósfera que a Ernest tanto le había costado crear.

Flora era una joven lánguida pero hermosa. Su largo cuello y sus grandes pestañas evocaban a un animal exótico; su mirada, en cambio, era la de una mujer a la que nadie escucha, ni siquiera su marido, que apenas le prestaba atención. La cena transcurrió despacio, marcada por la charla animada de la señora Doré con su hijo mayor y el silencio de los demás. Ernest manifestaba el desprecio hacia su hermano en cada gesto, y Sabela se veía obligada a pronunciarse ante las inevitables preguntas y a callar cuando se tropezaba con la mirada recelosa del señor Doré.

Una tras otra, las fuentes y bandejas se sucedían hasta el delirio, atiborrando la mesa de platos que nunca se terminaban: ternera rosbif, costillas de carnero, pierna de toro y pollo guisado formaban parte de un menú donde el mar sólo estaba presente por las olas que rompían en el arenal.

Como colofón a la cena, la mujer del moño dejó sobre la mesa una fuente con una preciosa tarta. Oscura y untuosa, su brillo despertó en Sabela un recuerdo lejano, perdido entre el sabor de la leche materna y el tacto del cajón de la sal en que solía dormir cuando era un bebé. De entre la bruma de unos días ya olvidados reapareció Onga, aquella portuguesa que contoneaba su trasero por la rúa de San Antonio. Sabela recordó cómo la tomaba con sus grandes manos y la elevaba hacia su pecho, cómo la apretaba contra su carne blanda, cómo lograba, con ese gesto, que se sintiera incondicionalmente segura. Lejos aún de los años de la consciencia despiadada, de saber por qué Onga sólo trabajaba cuando el sol caía, de descubrir una tarde que no iba a volver porque un hombre la había dejado ciega de una paliza y había regresado a su pueblo para vivir con su hermana..., antes de todo eso, Sabela se acurrucaba en su pecho, cerraba los ojos y se dejaba querer.

La mujer troceó el pastel y sirvió una ración a cada uno. El corazón del bizcocho era todavía más oscuro, con una veta espesa que relucía como una arteria apenas capaz contener la sangre. La tarta cobró vida ante los ojos de

Sabela, en su plato y en el de los demás comensales, que se deshacían en melifluas alabanzas a la cocinera mientras lamían de los tenedores la sangre derramada del pastel. Incluso creyó atisbar en el padre de Ernest un leve gesto parecido a una sonrisa. Las ávidas bocas devoraban las entrañas de la tarta, y por los labios se escapaban migas oscuras que las lenguas devolvían al interior. El estómago de Sabela se retorció como si unas manos lo estrujaran.

–¿Es que no lo vas a comer? –preguntó el padre de Ernest señalando la porción intacta.

–Sí, sí.

La única frase que le había dirigido la conminó a pinchar la tarta y separar un pedazo de la masa esponjosa. El sonido erizó el vello de sus brazos, pero aun así consiguió llevárselo a la boca y apretar los labios con fuerza. Cerró los párpados e imaginó algo dulce y fresco, tratando de apartar la amargura del bizcocho que se desmigaba en su lengua. Tragó y los abrió de nuevo. Entonces descubrió que el padre de Ernest no había dejado de mirarla; en su plato no quedaba tarta, y todo el amargor del chocolate se había concentrado en sus ojos.

–¿Qué pasa, te da asco? –Su tenedor apuntaba hacia el plato de Sabela.

Ella negó, sin atreverse a hablar.

–Si te da asco no lo comas, ¿eh? Será que nuestra comida no está a la altura de los manjares que sueles tomar.

El silencio se impuso en la mesa como un invitado siniestro. Sabela trató de ahuyentarlo:

–No me da asco, es sólo que...

–Es un sabor fuerte, ¿verdad? –interrumpió la madre de Ernest–. A mí, al principio...

–*Estic parlant jo, Mercè!* –La voz atronadora del padre de Ernest estremeció las copas de cristal de Murano–. Si te gusta, sigue comiendo.

Dirigió un gesto casi inapreciable a la mujer del moño, que acudió a servirle una nueva porción.

–Yo comeré otro más, para acompañarte.

Sabela buscó refugio en Ernest, que, sentado a su lado, escondía la vista en el plato.

El señor Doré tomó un gran pedazo de tarta sobre las púas relucientes y desafió a Sabela con la mirada, esperando su rendición. Ella sabía lo que debía hacer, aunque para él no significara nada, porque la seguiría odiando hiciera lo que hiciese. Lo supo entonces y lo recordaría siempre. Pinchó otra vez la tarta y se llevó un nuevo trozo a la boca. Las manos le temblaban, y los rostros se volvían borrosos a través de los ojos húmedos. Se lo comió del mismo modo que el primero, dejando que aquella textura repugnante reptara por su garganta como un gusano por un agujero.

–Sigue.

El padre de Ernest comía a grandes bocados, fingiendo indiferencia hacia Sabela, que se esforzaba por contener las lágrimas.

–Que te lo comas –apenas un susurro en la iglesia, una mentira contada al oído y, sin embargo, rotundo como una sentencia.

Sabela lo miró, sorprendida. Volvió a buscar un aliado en Ernest, pero su frío gesto le hizo apartar la vista. Tras meditar un instante, apoyó el tenedor en el plato, tomó la copa y bebió un largo sorbo de vino dulce. Como había oído alguna vez de los que acostumbraban a beber, aquel trago le aclaró la mente. Aunque las manos todavía le temblaban, se sentía más tranquila, un poco más valiente, y se convenció de que una pequeña mentira haría menos daño que una verdad que nadie querría escuchar. Descansó las manos en el regazo y sonrió al padre de Ernest del modo más beatífico que encontró. Él permaneció en silencio, esperando una disculpa.

–Estaba todo delicioso, pero no puedo comer más.

Nadie conoce la mentira mejor que un mentiroso, y el padre de Ernest había aprendido a hacer de la mentira un arte.

–¿Quién te crees que eres?

La miraba con un desprecio absoluto, como quien mira un perro sarnoso, y Sabela se sintió desnuda, cercada por extraños que vomitaban sobre ella toda la inquina que llevaban dentro. Hubiera hablado, pero su voz no respondía a sus deseos.

–Tú te crees que eres mejor que nosotros, ¿verdad?

Sabela negó con la cabeza, aterida, tratando de entender qué había hecho para merecer la repulsa del padre de Ernest, la indiferencia del resto, y lo que más le dolía de todo: la cobardía del que iba a ser su esposo. Las caras se mezclaban entre sí, imposibles de distinguir las unas de las otras, porque todas eran la misma.

–Te damos trabajo, te sentamos a nuestra mesa, te servimos nuestra comida, y tú no...

Sabela buscó con los ojos un puerto en el que guarecerse, pero sólo encontró un puñado de miradas huidizas. Estaba agotada, al borde del mareo. Su mano se deslizó sobre el mantel hasta la copa de vino. La sujetó por el tallo, tal y como Ernest le había indicado al principio de la cena, ahora ya tan lejano, y la levantó cuidando de que sus...

–¡Y deja ya de beber!

El señor Doré acompañó la orden con un golpe de su puño sobre la mesa, y Sabela se contrajo en una sacudida que amenazó con quebrarle los huesos. Tras el parpadeo que vertió las primeras lágrimas, pudo ver cómo el mantel cambiaba de color. Le costó entender qué había sucedido, como si hubiera tenido que juntar cada pieza de un rompecabezas intangible: la copa tumbada, el vino derramado y el mantel que se teñía de un rojo violento. El padre de Ernest seguía gritando, dirigiéndose al impasible público, pero Sabela apenas

comprendía sus palabras.

–... lo que hacen todos. No penséis que son solamente los marineros, no. Lo llevan en la sangre.

Sabela había dejado de llorar, pero su mirada seguía anclada en la mancha, que avanzaba inexorablemente. No sintió el dolor que crecía en la pared de su boca, sólo la rotura de la carne, la muela incisiva, el gusto dulce que se extendía por las encías acariciando sus dientes.

El padre de Ernest miró con hastío a su hijo mientras señalaba a Sabela.

–¿Y esto es lo que quieres como madre de tus hijos?

Sabela tragó la sangre y, arrastrando la silla hacia atrás, se levantó. Lo hizo sin parpadear, sin apartar los ojos del mantel, incluso casi sin moverse, como si la empujara una brisa muda y grácil.

–¿Adónde va?

El padre de Ernest miraba con asombro a Sabela y a su hijo, pero este permanecía temeroso, sin atreverse siquiera a alzar la vista, sintiéndose otra vez como el niño que respondía a los gritos con angustia, con el cuerpo entumecido y la voz temblorosa.

A ellos les habían enseñado desde la cuna que los empleados éramos holgazanes y propensos a la bebida; a nosotros, que los fomentadores habían llegado para robarnos nuestro sustento. Y ninguno nos molestábamos en aprender otra cosa. Porque el odio es tan anciano como el aire..., y el hombre no se da cuenta de que no lo necesita para respirar.

Desde el comedor, la puerta sonó al cerrarse como la tapa de un ataúd, igual de incontestable y definitiva.

Aquella noche, Sabela creyó que todo había terminado, y en cierto modo se sintió aliviada. Recordaba con lúcido detalle la vez que había visto a Ernest paseando por la alameda, con el faisán de su brazo: etéreos, flotando como el polvo que el viento levantaba, conocedores de los secretos y disfraces reservados para los de su misma suerte y condición. Pero el que se había sentado a su lado aquella noche no era Ernest. O, peor, siempre lo había sido y no había querido verlo. Temía por su trabajo, pero ella y su madre encontrarían la forma de salir adelante. Siempre la habían encontrado.

En la fábrica, permaneció en alerta los días siguientes, como un niño a la espera de una reprimenda. Estaba preparada para recibir una última orden y marcharse; sin mirar a la capataza ni despedirse de sus compañeras, cerraría la puerta y no regresaría jamás. A veces se sorprendía con el cuello tenso, encadenando suspiros, luchando por sosegar el corazón. Las emociones se atropellaban de tal modo que había llegado a confundirlas, a no discernir si lo que sentía era miedo al abandono y la soledad o pánico a las cadenas que la ataban a Ernest. La incertidumbre se prolongó durante casi dos semanas.

Sabela y Carmiña volvían del trabajo. Deambulaban cogidas del brazo, riéndose de tonterías, cuando una tormenta de primavera irrumpió en el

pueblo. Aún estaban lejos de la playa, pero aquello era lo más parecido que conocían a la libertad, y ni la lluvia podía arrastrarlas a casa. No podía saberlo entonces, pero sería el último momento de felicidad del que Sabela disfrutaría en mucho tiempo.

Con las mejillas encendidas y la ropa pegada al cuerpo, entró en casa y subió corriendo la escalera sin reparar en su alrededor. Fue Carmiña, petrificada, quien frenó su carrera.

–¡Sabela!

No necesitó más. Cuando vio que su amiga no se atrevía a entrar en la que también era su casa, supo que se enfrentaba a algo terrible: tapándose la boca con un pañuelo ensangrentado y cercada por las redes de los Doré, que reparaba sentada en su taburete, su madre se precipitaba hacia un abismo. Unos ojos minuciosos habrían advertido que Sabela empequeñeció al ver cómo la mujer más fuerte que conocía intentaba levantarse mientras no dejaba de toser.

–*Que che pasa, mamá?*

La madre de Sabela negó, al tiempo que una tos cavernosa la hizo encorvarse.

–*Non é nada, filla* –le dijo con dificultad.

Sabela se acercó y se inclinó a su lado. La miró a ella y al pañuelo de forma hipnótica, como si no acabara de creer lo que sus ojos estaban viendo. Por más que lo intentaba, no conseguía recordar un síntoma de enfermedad en su madre, un indicio del monstruo que ahora se abalanzaba sobre ella. Sin embargo, hacía tiempo que estaba allí, riéndose de su calma, relamiéndose..., planeando el momento que ya había llegado.

–*Como que non é nada! Estás cuspindo sangue!*

–*Verás como non é nada, muller.*

Carmiña permanecía inmóvil bajo el dintel de la puerta. Había vivido demasiadas muertes para ignorar que aquel era el primer paso hacia otra, y creía no poder aguantarlo. Pero nunca dejamos de sorprendernos a nosotros mismos, porque nunca llegamos a saber cuánto dolor somos capaces de soportar.

Sabela supo qué debía hacer. Lo supo con la lucidez con que se tienen las revelaciones más trascendentales.

–*Vou buscar un médico.*

Dejó en casa las voces de protesta de su madre, la figura petrificada de Carmiña. No le importó que la tos hubiera remitido ni que la lluvia hubiese arreciado: salió de casa y echó a correr hacia el barrio de los Catalanes con toda la urgencia que le permitieron sus piernas.

Junto al fuego extinto, Ernest la recibió con una sonrisa melancólica. Nadie le había anunciado su visita, pero él la estaba esperando, puede que desde la noche de la cena, ya que no se sorprendió al verla entrar, exhausta y empapada,

ni al oír las palabras que tanto había ansiado: «Te necesito».

Porque Sabela lo necesitaba, más de lo que lo había necesitado nunca. Y ya no le importaba ni su vida ni su corazón ni su cuerpo, con tal de que ayudara a su madre.

Quen queira a súa honra queda,
non se meta na allea.
[Quien quiera su honor tranquilo,
no se meta en el ajeno.]

Jules se sentía más incómodo que de costumbre con las atenciones habituales. Su inquietud crecía con el paso de los minutos, y notaba su cuerpo temblar bajo la ropa, cada vez más pesada. Le hubiera gustado escapar de sus responsabilidades, eludir la fatiga que lo consumía. Desde muy joven había cuestionado las normas de su padre, pero nunca se había atrevido a desafiarlas. Las obligaciones para con la familia y su legado impuestas por el patriarca habían supuesto para Jules un confinamiento permanente, una dolorosa condena a una vida que no deseaba. Con el tiempo se había acostumbrado a obedecer órdenes disfrazadas de consejos, a responder como los demás esperaban que lo hiciera. Incluso ahora, cuando era algo más que un adulto y algo menos que un anciano, viviendo en el confort que su éxito le permitía, sentía una contrición absurda si alguna vez se dejaba llevar por sus deseos y no cedía a la voluntad de los demás. Esclavo de su educación y su pasado, era inútil tratar de cambiar. El camino de su vida estaba trazado desde antes incluso de que él hubiera visto el comienzo de la senda. Por eso no acudió al pueblo antes de la cita, no fue al café Suizo a las cinco, hora en que empezaban a servir sus famosos helados, ni deambuló por las calles vacías cuando los trabajadores aún no habían terminado la jornada. De haberlo hecho, se habría topado a Sabela entre Desengaño y Ballesta, acurrucada en el viejo chal de su madre, escuchando el figle que el propietario de un fondín tocaba todas las tardes y sintiendo cómo la oscuridad la devoraba.

De algún modo, Jules presentía que algo no marchaba bien. La presencia del general Llorente le había resultado de lo más inoportuna. La mañana del tercer día, el militar llegó al *Saint Michel III* cuando él y sus compañeros acababan de regresar del desayuno al que los habían convidado de nuevo en la *Floré*. Su llegada tomó por sorpresa a Jules, pese a que había sido acordada la noche anterior en el campo de Granada. El castillo del Castro festejó el encuentro con varias salvas.

Jules asentía a cada comentario con una sonrisa que parecía enfermar su boca. Se preguntaba si volvería a oír algún halago que lo conmoviera, alguna frase que sacudiera sus entrañas del modo en que Sabela lo había hecho. Apenas profirió una docena de frases durante la hora que el general pasó con

ellos en el yate. La escasa atención que Jules mostraba se vio compensada con la amabilidad de Duval, cuyas alabanzas hacia la ciudad de Vigo y sus gentes sólo cesaban para interesarse por los planes que los aguardaban aquella jornada. Como en ocasiones anteriores, Jules se mantenía alejado de las banalidades que colmaban la conversación, y pensaba en la futilidad del lenguaje cuando no hay nada que decir, en cómo las horas se pueden llenar de palabras vacías.

–¡Una tarde en las afueras antes de la fiesta! –anticipó Duval, eufórico–. ¿Qué más podríamos desear?

La noticia de la visita a la hacienda del general sacudió la quietud de Jules, que no pudo sino recibirla con asombro y resignación. No entendía cómo había podido desatender tantas novedades la noche anterior; no había bebido suficiente vino para culpar al alcohol de su abstracción, pero sufría los mismos efectos. Habida cuenta de su incapacidad para eludir el compromiso, desde aquel momento centró sus esfuerzos en conseguir, al menos, que fuera lo más breve posible. Para su sorpresa, tal empeño no duró mucho.

La hacienda se encontraba a las afueras de la ciudad, derramada sobre el mar como un amante entregado. En el jardín, salpicado por un camino de losas de granito, los jazmines embriagaban el aire y las parras invitaban a un descanso a la sombra de sus hojas. Jules intuyó el gusto agrio de la pulpa con tan sólo mirar las uvas. Llorente adivinó sus pensamientos:

–Siento que aún no estén maduras; tendrán un sabor delicioso en pocas semanas. –El general hizo un gesto hacia la casa–. Si me acompañan, puedo convidarles a un vino de la última cosecha que seguro será de su agrado.

Subiendo una escalera llegaron a una sala que asomaba al jardín, del que recibía la calidez de la tarde a través de las ventanas, y se acomodaron en torno a una mesa baja donde les sirvieron algunos aperitivos. El anfitrión no tardó en cumplir con su palabra, y un criado les llevó una botella. Del mismo modo que había percibido el sabor de las uvas de la nueva cosecha, Jules degustó aquel vino con sólo apreciar su color pajizo brillante. Como invitado de honor le correspondía ser el primero en probarlo, mas quiso la mala fortuna que un pedazo de corcho cayera dentro de la copa cuando el criado la servía. Con voz templada y sin atisbo de reprensión, el general le ordenó que arrojara la copa por el sumidero. El hombre se retiró para regresar un minuto después con una copa que todos supusieron la misma. Pero no Jules, ni Llorente, cuyas miradas se cruzaron en el aire cálido de la estancia.

–¿Qué le ha pasado a la otra copa? –le espetó el general al criado, con una sonrisa indescifrable–. ¿Qué ha hecho con ella?

El sirviente llenó la copa de Jules y, sin levantar la vista, continuó con la de Paul.

–La he tirado en el retrete, señor, tal y como usted ordenó.

Aun sin entender sus palabras, todos los invitados enmudecieron, como si

estuvieran asistiendo a una representación teatral cuyo diálogo podía derivar hacia la risa o el llanto y no supieran qué camino había decidido tomar el dramaturgo. El general sonrió y, levantándose, le tendió unas monedas al criado, que terminó su tarea y abandonó la escena, agradecido.

Así fue como el general Llorente acabó de ganarse la admiración de Jules y confirmó que la fama de riguroso y extravagante que lo perseguía era cierta. Sumergiéndose en las palabras de su anfitrión, el escritor fue poco a poco dejándose mecer por el diálogo, y se olvidó de la voz apagada y la sonrisa vencida de la muchacha que lo esperaba sin esperar nada a cambio.

El sabor ácido y refrescante que le había dejado el helado de limón del café Suizo acompañaba a Jules mientras descendía la calle de la Amargura. La que dos noches atrás le había parecido una lúgubre callejuela bajo la esquiva luna, esa tarde se llenaba de formas y colores, de sonidos que envolvían el cuerpo y despertaban los sentidos. A su espalda quedaba la plaza de la Constitución, regada por una luz que habría encendido la voluntad del más pesaroso. Se cruzó con varios jóvenes que bailaban al ritmo de un armonio a las puertas de una confitería. Más abajo, un calderero daba forma a una nueva pieza mientras entonaba una canción en napolitano. Estaba ridículamente nervioso, como un chiquillo: esa noche no deseaba ser el famoso narrador de aventuras, sino perderse por los rincones de la ciudad desconocida acompañado de aquella joven.

Docenas de vecinos se hacinaban en la plaza de las Cebollas para ver un grotesco espectáculo en el que unos roedores disparaban cañones diminutos al oír la orden de su domador. Sorteó al público y continuó hacia la Ribera, acelerando el paso, siguiendo los pies una pulsión olvidada. Cuando llegó a la arena, interrumpió la marcha para recuperar el aliento. La campana de la iglesia rompió con su tañido la tranquilidad de la playa: estaban dando las siete.

Se detuvo frente a la puerta y se dispuso a tomar la aldaba. Sólo al ver su mano desnuda cayó en la cuenta de que no había vuelto al barco a por la lámpara de Sabela. Pensó en regresar, pero no quería hacerla esperar más tiempo... ni esperar más él mismo.

El metal golpeó dos veces la madera: ni un sonido en la casa. Jules notó que ojos indiscretos fingían no reparar en su presencia, pero ningunos eran los de Sabela. Dio otros dos golpes y esperó. Tres. No la oyó acercarse.

–Disculpe el retraso. Me ha costado un poco llegar –titubeó Sabela a su espalda.

Jules, radiante, se giró al reconocer la voz, pero su rostro se ensombreció ante el labio hinchado y los ojos llorosos. Cuando quiso acercarse, ella se replegó bajo el chal y miró hacia la playa, nerviosa.

–*Qu'est ce qu'il t'est arrivé?* –Jules recobró su porte, el gesto aún perplejo, y rectificó–: ¿Qué te ha sucedido?

Sabela pasó a su lado y abrió la puerta, mas no lo invitó a entrar. Con la mirada hundida en el suelo, se volvió hacia él.

–No puede venir más por aquí.

Su voz se perdió entre las olas, pero Jules no tuvo que pedirle que lo repitiese. Buscó las palabras adecuadas durante unos segundos; al no encontrarlas, decidió ignorar la última frase de Sabela.

–¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído? –preguntó, anhelando una mentira.

Sabela negó, sin atreverse a mirarlo.

–¡Entonces tenemos que poner una denuncia! –replicó Jules.

Sabela negó con vehemencia y de nuevo llevó la vista a la playa.

–¿Por qué no? ¿No sabes quién ha sido?

Los ojos de Sabela regresaron al suelo. Asintió.

–Te acompañaré a denunciarlo. Ayer estuve con el alcalde en la fiesta, y hoy he conocido...

–No.

–¿Cómo que no?

La agarró por la muñeca, pero ella se zafó bruscamente, sintiéndose oprimida y sabiéndose observada.

–No iré a ninguna parte.

Jules la miró confundido, suplicando una respuesta que le ayudara a comprender qué sucedía.

–No lo entiendo.

–¡¿Qué es lo que quieres entender?! ¡¿Por qué te importo tanto?! –preguntó Sabela, protegiéndose con su chal.

Jules enmudeció. Habían dejado atrás los formalismos y la compostura, como dos amigos que se conocen lo bastante para atreverse a juzgar lo que hace el otro, a cuestionar lo que dice y preguntar lo que calla.

–Porque tú me ayudaste cuando nadie más lo hizo y me gustaría corresponderte.

La resistencia de Sabela cedió, y el suelo se moteó de pequeños lunares salados. No podía seguir oyendo, no quería escuchar de un extraño las palabras que otros callaban.

–Y porque nadie debería tratar así a una mujer.

Sabela lo miró a los ojos, desafiante, como si fuera el culpable de su dolor y su rabia. Pero él no respondió a su desafío ni reaccionó con agresividad a su ira; al contrario: él le insuflaba un aire sin artificio, inagotable, un aire que no existía en aquel rincón del mundo.

–Él puede hacer conmigo lo que quiera. Me voy a casar con él.

Se quedaron callados, centro sobre el que caían todas las miradas de la playa.

–Y si me ven hablando con usted –dijo, recuperando la distancia–, me abandonará.

Eran muchos los que aseguraban que Jules desdeñaba a las mujeres, porque en sus obras apenas si aparecía alguna. Nunca llegaría a conocer bien cómo pensaban y sentían esos seres que en su infancia había juzgado inalcanzables y en su juventud casi había despreciado. Pero sí era capaz de reconocer cuando una estaba enamorada, y en las palabras de Sabela no había sino miedo y resignación. No se le ocurría ninguna razón por la que esa joven pudiera temer un abandono. Ninguna, excepto su pobreza. Y es a esto a lo que apela el miserable para ganar un corazón que no merece.

El escritor que rebosaba palabras se quedó sin saber qué decir. La playa se fue vaciando.

–Por favor, váyase. Es lo mejor para todos. También para usted –concluyó Sabela, reprimiendo el llanto que la amenazaba.

–Mañana será el último día que pase en la ciudad. Partiremos al amanecer del miércoles. Pensaba regresar para despedirme, pero... –se interrumpió a sí mismo.

Sabela negó llevando de nuevo la vista al suelo. Jules claudicó:

–Te deseo mucha suerte.

La piedra bajo los soportales volvió a mojarse. Sabela abrió la boca para responder, pero sólo consiguió exhalar un débil gemido. Ni siquiera lo miró antes de entrar: Jules no era más que otra ave que sobrevolaba la ría, un cuerpo que pronto se convertiría en recuerdo, encerrado en su memoria junto con las sombras de otros cuerpos que habían pasado por su vida y también habían partido. Sin embargo, el vacío que Jules dejaría al marcharse sería más frío, más demoledor y despiadado. Porque nadie esperaba su llegada, y aun así, apareció.

O home, que faga un cento;
a muller, que non a toque o vento.
[El hombre, que haga un ciento;
la mujer, que no la toque el viento.]

La estación era un amasijo de caras vistas una vez y luego reinventadas, como si ninguna permaneciera inalterable y todas mutaran a cada segundo. Las mujeres llevaban vestidos livianos, invocando la inminente primavera; los hombres, imitando la ocurrencia de algún advenedizo, se ponían el billete del tren en la cinta del sombrero, a modo de escudo. Un real por asistir al acontecimiento que nadie quería perderse, por entrar en uno de aquellos diez coches barnizados que relucían al sol y acomodarse sobre las almohadillas de primera clase.

Apenas había dormido la noche anterior. Había soñado que viajaba en el tren, feliz y despreocupada, disfrutando del paisaje a través de la ventanilla abierta, con Ernest a su lado. El vagón se detenía junto a un inmenso prado donde pacían centenares de vacas, pastoreadas por una anciana que miraba hacia la vía con curiosidad. Sabela intentaba sacar el brazo por la ventanilla para saludarla, pero una tela viscosa y translúcida se lo impedía. Entonces retomaban la marcha y Sabela se volvía hacia el interior del coche, para caer en la cuenta de que no viajaba en un tren, sino en las entrañas de una serpiente, condenada a vagar sobre las vías hasta perecer devorada por la oscuridad.

La banda del hospital de la Caridad estaba tocando las primeras notas cuando llegaron a la estación, y algunos pasajeros danzaban con la música como lo hacían en las fiestas. De no ser por los campos, el sol y el vapor correo que partía a lo lejos rumbo a La Habana, hubiera parecido que se encontraban en un salón de baile. Pero nada tranquilizaba a Sabela, que seguía con la mirada el frenético trotar de los operarios, intentando adivinar qué significaba cada uno de sus movimientos.

Los minutos previos a la salida los pasaron conversando con los jefes de la compañía ferroviaria, a quienes Ernest se esforzaba en impresionar, hasta que una voz sin dueño anunció la partida: «Señores viajeros, al tren». Entre vítores y aplausos, la banda subió a uno de los vagones tocando las últimas notas, mientras los pasajeros más rezagados corrían por el andén. Ellos se sentaron junto a unos amigos de Ernest, y Sabela se alegró al comprobar que el faisán no se encontraba allí.

–¿Estás bien?

Las palabras de Ernest la acariciaron como una pluma.

–Sí.

La miró y le cogió la mano.

–¿Estás nerviosa?

Sabela asintió, risueña, y Ernest la besó en la mejilla. En momentos como aquel no había espacio para la duda, y se avergonzaba de haber desconfiado de él alguna vez.

–¿A qué hora llegaremos?

–Pasadas las diez.

Tratando de calmarse, Sabela miró por la ventanilla y vio a dos operarios charlando al otro lado del cristal. Uno se volvió y la saludó, sonriente.

–¿No irá demasiado rápido? ¿Y si el guardagujas se equivoca y nos salimos de la vía? –insistió.

Ernest, que se había levantado y hablaba con uno de sus amigos, le lanzó una mirada hirsuta y continuó hablando. Sabela se apoyó en el respaldo de su asiento, cerró los ojos y tomó aire. Media libra de carne con hueso, dos y media de patatas: la comida de una familia despilfarrada en una excursión a bordo de un coche de madera del que no podía salir. Más que en un tren, se sentía dentro de un ataúd.

Se oyó un silbido y el convoy dio un tirón. Sabela se incorporó, sobresaltada.

–¿Qué es eso?

Ernest estaba de nuevo a su lado, pero no la escuchó; nadie lo hizo. Los pasajeros reían y daban palmas, alborozados. Sabela comprendió que se había iniciado la marcha, pero no se atrevía a mirar por la ventanilla. El ruido creció hasta volverse ensordecedor, casi desquiciante. Entonces descubrió que el tren, lejos de reptar sobre las vías como una serpiente, se tambaleaba como un borracho que busca su casa en una noche sin luna. Tan angustiada estaba que cuando al fin reunió el valor suficiente para echar un vistazo ya habían llegado a Redondela.

Se detuvieron unos minutos en la estación, donde algunos pasajeros se apearon con la única intención de ver partir el convoy. Durante la parada, una nueva pieza de la banda elevó el regocijo, sin embargo nada conseguía calmar a Sabela. Poco después de abandonar la estación, el tren enfiló un viaducto que se elevaba sobre el pueblo como si levitara. El humo de las chimeneas formaba hilos de efímera belleza que se deshacían en torno a los vagones, pero ella sólo era capaz de pensar en el abismo que se extendía bajo sus pies.

El tren se aproximaba sin remedio a un túnel, y el sueño de la noche anterior penetró la mente de Sabela. Aquella boca negra y sin fondo parecía la de una criatura abisal a la espera de un pez desprevenido. Cuando entraron buscó a tientas la mano de Ernest, pero el asiento contiguo estaba otra vez vacío. Cerró los ojos y clavó las uñas en la almohadilla. Su corazón retumbaba

como un tambor descontrolado, sentía vértigo y respiraba con dificultad. El sudor empapaba su espalda y su pecho, resbalaba por su cuello y entre sus muslos, y sus tímpanos estaban a punto de rasgarse.

La luz irrumpió a través de las ventanillas y Sabela notó la calidez del sol en su rostro, pero no despegó los párpados. Una mano le tocó el hombro.

–¿Se encuentra bien?

La cara borrosa de un hombre fue lo primero que encontró al abrir los ojos. Por un momento creyó que era Ernest.

–Sí. Bueno..., algo nerviosa.

El señor Montenegro, director de la banda, ocupó el asiento vacío y la miró con ternura.

–Es la primera vez que viajo en tren –se disculpó Sabela.

–Esto es nuevo para casi todos.

No era mucho mayor que ella, pero Sabela siempre había percibido en él una madurez y una fortaleza que se acentuaban con su gran envergadura. En ese momento, cuando ya los dos eran adultos y él había formado una familia, lo veía como al padre que le hubiera gustado tener: igual de afectuoso y responsable que el suyo, pero con un trabajo lejos del mar.

–Mi madre, que en paz esté, era una mujer muy piadosa –recordó Montenegro–, pero decía que nadie, ni siquiera Dios, podía vencer el miedo. Aunque eso no debía impedirnos hacer cosas.

–Su madre le educó bien.

Montenegro agradeció el cumplido con una sonrisa cargada de nostalgia. Ambos miraron a través de la ventanilla: no quedaba rastro de la ría, y un valle salpicado de casas ocupaba su lugar. En un prado contiguo a las vías pastaba un rebaño de ovejas; junto a ellas, una señora anciana y menuda, con la cabeza enfundada en un pañuelo oscuro, se irguió para ver pasar el tren. Sabela recordó a la mujer del sueño y el corazón le dio un vuelco. Conteniendo la respiración, extendió el brazo más allá de la ventanilla abierta y sintió la fuerza del viento mientras saludaba a la anciana, que le devolvió el saludo un segundo antes de desaparecer de su vista para siempre. Sabela sonrió, aliviada.

–Estoy deseando escucharles tocar de nuevo –dijo volviéndose hacia Montenegro–. Ha hecho un trabajo maravilloso en muy poco tiempo.

–Lo haremos a la llegada. Pero no me otorgue mérito ajeno, Sabela: los muchachos son los únicos que merecen los elogios.

–Lamento interrumpir, pero desearía sentarme. –Ernest habló sin mirarlos, sin molestarse en ocultar su reprobación.

–Discúlpeme, señor Doré. No pretendía robarle su sitio –se justificó Montenegro, levantándose.

–El señor Montenegro estaba tratando de calmar mis nervios por el viaje.

–Gracias, señor Montenegro. Ya puede regresar con su banda –sentenció Ernest con frialdad mientras tomaba asiento.

El director obedeció, y Sabela volvió a hundirse en la oscuridad, sabiéndose presa de la voluntad de la serpiente.

El sol recibió a los viajeros en su llegada a Guillarey. Algunos admiraban el paisaje con aire bucólico, aceptando como dogma de fe que se encontraban en un lugar exótico y fascinante, aun cuando no los separaban de sus casas más que unos pocos kilómetros; otros, mientras tanto, se afanaban por buscar los mejores sitios para el almuerzo campestre que los aguardaba.

Los amigos de Ernest ya se habían acomodado bajo la copa de un frondoso árbol cuando ellos llegaron. Estaban sacando queso y fiambre de una cesta, pero Sabela no tenía apetito. Durante la comida cuidó de mostrarse afable, llamándolos por su nombre y haciendo comentarios acerca de sus historias: «Alonso, ¿disfrutaste de tu visita a París? ¿Qué tal es allí el invierno?», «Estoy deseando escucharte tocar el piano, Marina». Se sentía exhausta. Cuanto más se esmeraba, más indiferente parecía Ernest, que estaba ausente, acosado por sus fantasmas.

Tras el almuerzo, la música relajó la tensión. Los árboles se fueron despidiendo de sus inesperados huéspedes, que se acercaban a la banda con los últimos bocados en las manos, como hormigas. Alonso y Sabela tomaron la cabecera del grupo, que se dirigió al lugar donde el señor Montenegro conducía con gran devoción a sus pupilos, siempre atentos a cada señal que el maestro les hacía. Sabela había sido espectadora de casi todas sus actuaciones, e incluso había asistido clandestinamente a alguno de sus ensayos; refugiada en la oscuridad de la noche, se dejaba envolver por las notas que la atraían al hospital de la Caridad, y allí permanecía, sola y en silencio, hasta que la música cesaba. Pero era mejor cuando los veía, porque mientras tocaban, ninguno de ellos era huérfano ni bastardo, enfermo ni menesteroso: cuando cogían los instrumentos y acariciaban con sus dedos las cuerdas, teclas y manivelas, cuando el mazo golpeaba el parche y los vientos centraban la atención de todas las miradas, no eran pobres, sólo músicos. Y aquello resultaba mágico.

Una mazurca exaltó a los asistentes. Montenegro se volvía hacia ellos de cuando en cuando y los animaba a seguir el ritmo delirante que marcaba con el pie.

–¡Baile usted también, director! –exclamó una voz femenina.

No se mostró sorprendido ni pudoroso; se limitó a sonreír a los muchachos de la banda, que se miraron unos a otros de forma pícara.

–¡Baile, director! –vociferó el trombón.

Un instante después, todos, desde el más anciano de los pasajeros hasta el último infante de la banda, clamaban al unísono que su paladín se uniera a la fiesta. Montenegro, divertido, parecía dispuesto a complacer a los muchachos.

–¿Quién os dirigirá, pues?

En un pestañeo, Alonso se adelantó a cualquiera de los presentes y corrió a imitar al director.

–¡Música, maestro! –dijo con solemnidad, mientras los chicos de la banda celebraban su ocurrencia.

El público jaleaba a Montenegro, que había abandonado su puesto y observaba a las jóvenes de las primeras filas. Sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Sabela se vio arrastrada por el brazo diestro del director, que la tomó por la cintura, la miró a los ojos y le preguntó:

–¿Lista?

Un sutil gesto de aprobación nació en Sabela de forma inconsciente, y eso bastó para dar comienzo a un torbellino de pasos, vueltas y cabriolas que enloqueció a la concurrencia.

Sabela bailaba entre gritos y palmas, entre risas y mechones de cabello que se escapaban de su ajustado moño. Sobre sus cabezas, las golondrinas retozaban imitando sus movimientos y, desde Valença, los tañidos de una campana recordaban que la jornada de asueto pronto llegaría a su fin. Por uno y otro lado los rodearon más bailarines, y Sabela reía y giraba, sin vértigo ni agotamiento, sin capatazas que gruñeran ni calambres en los brazos. Los ojos se le humedecían por el viento y la dicha, y la garganta le dolía de tanto reír. Entonces vio entre la multitud un rostro que permanecía ajeno a aquella felicidad. Se detuvo de golpe. La banda siguió tocando, pero sus caras denotaban la confusión que ella misma experimentaba. Se despidió de Montenegro con una torpe reverencia, se acercó a una joven del público y la condujo hasta él. El director no despegó la vista de Sabela, que se encaminó hacia Ernest sofocada y cabizbaja.

Se pasó todo el camino de regreso en el tren arrepentida, esperando un comentario, una mirada, algo que calmara las sacudidas de un corazón que amenazaba con romperle las costillas. No recibió ninguna. Una densa niebla se había cernido sobre él, y nada podía disiparla.

El cansancio había apaciguado el entusiasmo de los pasajeros, sin embargo los amigos de Ernest no dejaban de revivir el momento en que Sabela danzaba por los aires mientras Alonso dirigía la banda. Ernest los miraba en silencio, sonriente. Pero ella sabía lo que su sonrisa ocultaba.

Cuando llegaron al pueblo, Marina propuso ir a tomar un chocolate al Suizo, pero Ernest quería llevar a Sabela a casa, y declinó la invitación. Juntos recorrieron la calle del Príncipe envueltos en un silencio que tentaba a Sabela para dar una explicación que Ernest no había pedido. Mientras caminaban bajo los camelios de la plaza de la Princesa, temía una amenaza; descendiendo por la Amargura hacia la Real, esperaba algún reproche. Para cuando alcanzaron el Berbés, ya sólo anhelaba cualquier palabra suya.

La playa estaba vacía. Empezaba a llover. Sabela se detuvo ante la puerta, asumiendo que los bonitos momentos de aquel día iban a saldarse con una nueva humillación. Ernest no había vuelto a entrar desde que vivía sola, pero Sabela creyó que lo haría a la fuerza si era necesario. Porque no había nadie

alrededor. Porque podía.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana –contestó ella. Las palabras se le atragantaron como si estuvieran hechas de arena.

Pero él no la oyó. Caminaba ya hacia la Real subiéndose las solapas de la chaqueta para protegerse de la lluvia, que caía en ráfagas.

Sabela pensó que la aguardaba otra noche de frío y malos sueños; sin embargo, Ernest se había llevado con él todo el miedo y la vergüenza, y habían quedado solamente los buenos recuerdos de un día que jamás iba a olvidar.

El de aquella tarde fue el último baile de Montenegro, su último concierto. Pocos días después, muy cerca de la catedral de Tuy, cuya silueta se adivinaba desde el prado donde había dirigido a su banda, un sereno le disparó una bala que le atravesó el corazón. «Soy muerto» fueron sus últimas palabras, que exhaló agarrándose el pecho, sin comprender su suerte.

Nunca se supo la razón de lo ocurrido. Y nunca hablé con Ernest de aquello. No hay respuestas si no se enuncian preguntas. Las conciencias se acallaron con una simple misa por el alma del difunto, un nicho para su descanso y mil reales que la Tertulia Recreativa recaudó para su viuda y sus hijos, que crecerían también sin padre, aunque nunca hubiera faenado en el mar. Así se lavaban los pecados en el pueblo: con dinero y plañideras, con golpes en el pecho y lamentaciones. Pero sin justicia.

Catro cousas hai no mundo que revolven o sentido:
amar e non ser amado, querer e non ser querido.
[Cuatro cosas hay en el mundo que revuelven el sentido:
amar y no ser amado, querer y no ser querido.]

Ninguno de los dos pudo dormir aquella noche. Jules casi se había convencido de que Sabela tendría una vida larga y acomodada en la que nunca pasaría frío. Sí, la compartiría con un hombre que no la amaba, pero ese era el destino de muchas mujeres. Todo iría bien mientras no hiciera algo que lo agraviase. Mas ¿qué podría ser motivo de agravio?: ¿un paseo demasiado largo?, ¿una mirada a un extraño?, ¿aprender a escribir?

El día siguiente amaneció despedazado, como si la noche se hubiera resistido a darle paso y hubiera teñido de melancolía el barco, la ensenada, toda la ría. Había llovido, y el arenal donde yacía la ballena estaba tan oscuro que parecía dormir a los pies de un volcán. Jules escrutaba el pueblo desde cubierta, esperando vislumbrar a Sabela entre los edificios; entonces él la reconocería a lo lejos y sabría que se encontraba bien. La voz de Duval lo arrancó de su ensoñación.

–¡Vamos, el comandante nos aguarda!

El entusiasmo de Duval resultaba contagioso. Como un niño inquieto, revoloteaba de un lugar a otro interrumpiendo los quehaceres de la tripulación, apremiando a sus compañeros para salir cuanto antes. En pocos minutos, cada interlocutor se había convertido en aliado y el *Saint Michel III* bullía con la impaciencia previa a la partida. Jules lo envidiaba. Veía como aún latían en su amigo la confianza y el arrojo de la juventud, cualidades que, aunque le costaba recordarlo, también él había poseído. Pensó que le habría gustado realizar ese viaje antes, veinte años atrás. Quizás algo hubiera sido distinto.

Al contrario que los días anteriores, cuando el deseo de esparcimiento había dominado sobre el resto de emociones, esa mañana anunciaba aventuras que los alejarían de la burguesía y sus comodidades para exponerlos a lo desconocido. Y tal perspectiva hacía que las ansiaran todavía más.

La *Floré* los esperaba como siempre, radiante y hospitalaria. Pierre ya había dispuesto el bote de vapor y, tras un rápido desayuno en que la excitación apenas les dejó probar bocado, se adentraron en la ensenada de San Simón.

Jules se maravillaba ante la exuberancia de aquel fiordo, donde casi dos

siglos atrás se habían hundido los galeones que custodiaban el tesoro de Rande. Los naranjos asomaban al mar, y salpicaban los campos unos peculiares graneros que los lugareños llamaban hórreos y utilizaban para almacenar el maíz. La parecía que, en su singularidad y belleza, el paisaje que estaba contemplando era el verdadero tesoro de aquellas gentes, la riqueza que ningún enemigo podría arrebatarles. Cerró los ojos e intentó descifrar los olores que le traía la brisa. Sobre el vaporoso traqueteo del bote le llegaban las palabras de su hermano, quien alimentaba las ilusiones de Maurice con fantasías acerca de pecios y tesoros perdidos, igual que habían hecho con ellos su tío y la señora Sambain.

–Pero, entonces, ¿qué fue del tesoro, padre? –preguntó el muchacho, despojándose de la madurez con que solía ataviarse.

–¿Tú qué crees? –le contestó Paul, divertido.

–A ver...

Temiendo errar la respuesta, Maurice se recogió, arrugando la frente y apretando los labios. Cuando lo tuvo claro, habló:

–La parte que correspondía al rey se descargó antes de que llegara la flota enemiga, ¿no es así? Y tras la batalla, los ingleses capturaron por lo menos una docena de barcos.

Paul asintió, orgulloso de la exposición de su hijo: estaba convirtiéndose en un hombre.

–Pero recuerda que la flota española se componía de una veintena de barcos –intervino Pierre–, y había objetos de valor en casi todos ellos.

Maurice lo miró, de repente inseguro. Aquellas palabras abrían una posibilidad mucho más estimulante.

–Es cierto... –musitó, replegándose otra vez en sí mismo–. Y la tripulación sólo registraba una parte del tesoro para poder quedarse ellos el resto...

–Aunque, si no recuerdo mal –medió Hetzel–, el señor Verde nos dijo que algunas familias se enriquecieron súbitamente tras la partida del enemigo.

–Tal vez por eso a Isaac Newton, que dirigía por aquel entonces la Casa de la Moneda de Londres, no le cuadraban las cuentas: lo que había llegado a Inglaterra no coincidía con lo que aparecía en los registros de los barcos –añadió Duval, cómplice.

–Sin embargo, ¿por qué habrían de hundirlos si el tesoro ya no estaba allí? –La intervención de Jules, poco dado a fantasías y en apariencia ajeno a la conversación, terminó de convencer al muchacho.

–¡Ha de estar aquí, padre! ¡Seguro! Espero que alguien dé con él algún día –concluyó Maurice.

–Puede que lo hagamos nosotros hoy –lo alentó Paul, divertido.

Jules, los labios todavía perfilando una sonrisa, entregó de nuevo la mirada al paisaje. Él sabía bien que el tesoro de Rande, ese que aún buscaban exploradores avezados de cuando en cuando, se había repartido entre el afán

de los vencedores por reafirmar su exigua victoria y la codicia de los supervivientes y de los vecinos que entre sangre y fuego habían visto una oportunidad de cobrarse tantas batallas y expolios sufridos. Estaba seguro de que un puñado de monedas de plata y algunas maderas nobles ya descompuestas eran toda la fortuna que los galeones protegían en su tumba de sal.

La mañana ganó finalmente a la noche y el sol terminó abriéndose paso. Quizá fue eso lo que animó a Jules a dejarse llevar por la insistencia de Pierre. No lo pudo evitar. Aunque una inmersión no era aconsejable para un hombre inexperimentado que había cumplido ya los cincuenta años, la curiosidad infantil y el deseo de corresponder a las atenciones que el comandante les había brindado en aquellos días habían debilitado sus defensas.

Paul se mostró algo inquieto. Temía que Jules sufriera un percance y no pudieran socorrerlo, ya que sólo disponían de una escafandra. Esta constaba de un aparatoso casco y un traje fabricado en lona revestida de caucho, cuyas mangas las remataban unos guantes flexibles y cuyas perneras terminaban en sendas botas con suela de plomo. El procedimiento para vestirlo era simple, pero su peso y rigidez lo convertían en una tarea especialmente trabajosa. La situación era casi cómica: una pandilla de hombres maduros jugando a explorar un mar en busca de un tesoro.

Una vez enfundado en el traje, Jules se cuestionó si su decisión había sido la correcta. Pierre le había asegurado que la escafandra era capaz de resistir altas presiones, por lo que la ensenada no supondría un gran desafío; sin embargo, las láminas de metal que reforzaban la parte superior le lastimaban el pecho, y los guantes limitaban demasiado el movimiento de sus dedos. Cuando le colocaron el casco y lo ajustaron al collarín de cobre que sellaba el traje, el rechinar de los tornillos sumió a Jules en una oleada de sensaciones contradictorias: la inminencia de lo que hasta entonces había sido únicamente una fantasía lo arrastraba hacia el mareo, pero el miedo a sumar un nuevo arrepentimiento en su vida era incluso mayor. El silencio en el interior de aquella burbuja era casi absoluto, como lo sería el aislamiento cuando se hubiera sumergido. Temió que algo pudiera obstruir el conducto para el aire, que le bombearían desde la superficie, o que el regulador de presión que llevaba el casco fallase. Había escrito tanto sobre los avances de la ciencia..., había estudiado e investigado tanto...; pero ahora no lo protegía la calidez de su casa, no estaba sentado en su escritorio. La angustia lo embargaba. A punto estuvo de hacer un ademán a sus compañeros y volverse atrás, pero el orgullo y la curiosidad lo hicieron fuerte. Tomó la lámpara Denayrouze, hizo una seña a Pierre y se dejó caer en la inmensidad azulada.

Dentro todo parecía irreal y cobraba sentido a la vez. La cuarta ventana del casco le permitía adivinar, allá arriba a lo lejos, la claridad de los rayos de sol y el difuso contorno del bote; pero él estaba a oscuras, en otro mundo, como si

hubiera atravesado el espacio y se encontrara en otro planeta, explorando una tierra virgen y fantástica. El lecho era blando, y apenas podía distinguir los seres juguetones que se arremolinaban en torno a sus pies. Aumentó al máximo la intensidad de la llama, para descubrir que no era la falta de luz lo que le impedía ver, sino la turbidez. Debía permanecer inmóvil si quería conocer el mundo submarino en el que se estaba internando.

Una suave corriente movía las algas bajo el agua como el viento movía la hierba sobre la tierra, y los peces nadaban a su alrededor en bancos igual que los pájaros lo hacían en bandadas por el cielo. Las rocas eran rugosas, sin importar que el agua o el aire las rodease, y el suelo estaba formado por conchas y arena parecidas al polvo y las piedras de los caminos. Aquello no era otro planeta, era el reflejo del mundo que ya conocía, análogo, simétrico..., como si uno nada fuera sin el otro y juntos formaran un todo cuya existencia Jules había ignorado.

En ese momento se dio cuenta de que las láminas de cobre no aprisionaban su pecho, sino que lo protegían, y de que los guantes eran más flexibles de lo que había creído. Avanzó cuidándose de no levantar el sedimento del lecho. El peso de sus piernas desapareció con el primer paso; con el segundo, se diluyó el último resquicio de temor. Y allí, inmerso en una soledad de la que no disfrutaba desde hacía mucho tiempo, aislado del mundo como no lo había estado nunca, recordó a Sabela y sintió que la había abandonado. Nadie lo habría juzgado culpable: él sólo era un forastero al que una muchacha socorrió cuando necesitaba auxilio. O eso tendría que ser. Sin embargo, no lo era. Algo lo unía a aquella joven, algo que no podía controlar ni quería entender... Entonces lo vio. Su pie lo había desenterrado, pero el mar lo seguía enredando en un alga como en un abrazo, para no dejarlo escapar hasta que alguien lo rescatara.

Jules no creía en un ser superior que ordenaba los elementos y los ponía al servicio de los humanos: él era un hombre de ciencia. Pero cuando aquella mañana vio un objeto extraño brillando en el fondo de la bahía del tesoro, supo que había cosas que nunca podría explicar, y que así debía ser. O tal vez no. Pero eso no importaba; lo único importante era que, aunque su vida sería la misma cuando dejase aquel puerto, la vida de otra persona estaba en sus manos, y haría todo lo que pudiera por mejorarla.

Lo escondió bajo la chaqueta antes de emerger. En el bote, con el revuelo y las risas de alivio, nadie lo advirtió.

Na casa sen muller, que goberno pode haber?
[En la casa sin mujer, ¿qué gobierno puede haber?]

Desde hacía algún tiempo le parecía que cada detalle de su vida estaba diseñado por una mano invisible que controlaba sus movimientos y anulaba sus designios. Los giros inesperados se habían reducido hasta casi desaparecer, y se había acurrucado en ese estado de conformidad sin esperar otra cosa. Eso la aterrorizaba. Se sentía como una vasija que Ernest había ido llenando con expectativas sin dejar hueco para lo que ella misma quería. Los bombones de chocolate, los vestidos de fiesta, los manteles de lino...; todos aquellos regalos inútiles con que la mimaba no le habían supuesto más que un breve momento de felicidad antes de la zozobra. Porque no había fiestas donde se sintiera querida ni chocolate que no le resultara amargo, y ya no había migas que ensuciaran su mantel.

Lo vio en el muerto, con la luz de la mañana en el cuerpo y el techo ensombreciendo su rostro. Hablaba con uno de los capataces, pero Sabela supo enseguida que estaba allí por ella. La acechó durante toda la jornada, deambulando entre los trabajadores, espiándola desde su despacho. Era como si pretendiera retenerla aun en la distancia, agarrar el último resquicio de una historia que se desvanecía sin que pudiera hacer nada por evitarlo. La impotencia lo torturaba, la resignación la dominaba. Ya sólo les quedaba esperar.

La sirena sonó. Y volvió a sonar. Pero Sabela no se movió. Sabía que una voz pronunciaría su nombre en cuanto se levantara, que unas manos detendrían su vuelo hacia la puerta y que las fauces de Próspera la encerrarían hasta la noche.

Ernest salió al claro por la puerta siempre cerrada, la que separaba su mundo del nuestro, y la dejó abierta. Sin miradas ni palabras se perdió en la oscuridad del pasillo. Sabela fue tras él, con los pasos fatigosos y el corazón encogido, hacia el encuentro semanal que los últimos días habían precipitado.

En el paritorio, dispuesto sobre una mesa, el instrumental brillaba bajo la distraída luz del sol, que penetraba por la ventana. Una mujer había dado a luz aquella mañana, y Sabela la había asistido en el parto. Alumbró un varón diminuto, que pronto buscó con las manos y la boca un pecho que saciara su voracidad. Aquella imagen la horrorizó. De niña había recibido el comienzo de la vida con curiosidad, pero el transcurso de los años había deformado tal fascinación hasta convertirla en un rechazo a continuar con la labor que ejercía

su abuela.

–Has vuelto a verle.

Sabela estaba de espaldas a Ernest, con la mirada perdida en los utensilios que algún día habrían de encadenarla aún más –si eso era posible– a un hombre al que ya ni siquiera soportaba mirar.

–Sí –respondió mientras comenzaba a recoger el instrumental.

–¿Por qué? Mírame.

Se volvió hacia él, pero evitó sus ojos; veía a través de la carne y el hueso, de la piel y la sangre: Ernest se había vuelto transparente.

–Debía despedirme.

Las palabras se arrastraron por su garganta como granos de sal. Por eso Ernest creyó que al fin había claudicado, que la última batalla lo había conducido a una victoria incontestable. Y por eso el golpe le hizo tanto daño; no por doloroso, sino por inesperado.

–¿Me has estado siguiendo? –preguntó Sabela, que había retomado la tarea.

Ernest esperaba que el silencio bastara como respuesta, pero ella no se detuvo.

–¿Quién te lo dijo? ¿A quién has mandado a espiarme?

Sabela no sabía de dónde provenía aquella fuerza que la armaba de insólitas palabras; caminaba por el borde de un precipicio con los ojos cerrados pero el corazón sereno. En cambio, Ernest, que siempre había observado cómo otros temblaban en su presencia, permanecía en silencio, calculando la gravedad de la herida que Sabela le había infligido. Empezó a marearse.

–Eso no es de tu incumbencia –consiguió decir al fin.

Sabela se volvió y lo miró de nuevo, esta vez a los ojos, tratando de vencer un temor que había nacido en un momento indeterminado y había ido creciendo despacio, en silencio, sin que ella se diera cuenta, pero que ahora se extinguía irremediablemente.

–Sí que lo es –le replicó.

–No sigas... –masculló Ernest, como queriendo despedazar las palabras con los dientes.

No pudo decir más. Estiró el brazo y se apoyó en uno de los estribos del potro. El calor ascendía dentro de él en llamaradas, incontrolable.

–¿Por qué?

–No sigas hablando.

–¿Por qué? ¿Por qué te importa tanto que hable, o con quién lo haga? –insistió.

–Porque eres mi mujer –dictaminó Ernest, aún mareado.

–No. Todavía no lo soy.

Él la miró, los ojos hirviendo con la misma intensidad que su sangre.

Instintivamente, se abalanzó sobre ella y la sujetó por las muñecas, sin advertir que sus dedos largos y temblorosos se hundían entre los huesos y tendones de Sabela.

–Pero lo serás. Y cuando lo seas no hablarás con nadie. Con nadie más que conmigo.

Nunca lo había sentido tan cerca si no era para poseerla, para adueñarse de su cuerpo y de su voluntad. Sabela resollaba como el animal que incluso en las garras de un depredador no se da por vencido.

–¿Por qué me haces esto? –repitió, su garganta conteniendo el llanto.

–Porque eres mía.

Sabela miró las manos de Ernest, que todavía la apresaban. Tiró de un brazo lentamente, tratando de liberarse, pero los dedos se cerraban en torno a su pulso como un grillete. «Mía.» Las lágrimas acudieron sin ser llamadas. Bajó la mirada para ocultarlas, pero los párpados las condujeron al suelo. «Eres mía.» Su lengua no reaccionaba, su mente perdía la lucidez que había exhibido hasta entonces. No pudo más que negar con la cabeza.

–Sí –la contradijo Ernest–. Sí que lo eres.

Sabela se retorció como una culebra entre los dedos que le atrapaban los dos brazos.

–Y cuando seas mi esposa todos lo sabrán, igual que lo sé yo, y ahora lo sabes tú.

Apartó la cara y apretó los ojos, en un intento por ahuyentar la imagen colérica de Ernest, por evadirse de su aliento y de la saliva que la salpicaba. Las manos la soltaron y Sabela se vio tentada a abrir los ojos, pero de inmediato empezaron a manosear su cuerpo rígido, como si marcaran los recovecos que ningunas otras manos explorarían.

–Sabrán que tus pechos son míos, que tu vientre es mío... –continuó, agarrándole el pubis.

La empujó contra la mesa, la sitió como a un pueblo a punto de ser invadido. Su lengua reptó por la mejilla de Sabela, insaciable, nauseabunda, buscando una reacción que ella se resistía a concederle, y sólo se detuvo para seguir vomitando palabras. Sabela se esforzaba en no oírlas, en ignorar la sentencia por la que Ernest la condenaba.

–... sólo usarás tu lengua para hablar cuando yo te lo diga, y con quien yo diga –concluyó, extenuado.

Lejos de Próspera, donde nadie podía siquiera sospechar el pánico, la confusión y la ira que encerraban sus entrañas, las bombas anunciaban el comienzo de la verbena. Sabela abrió los ojos y vio la luz agotada de la habitación, del ocaso que moría. El rostro de Ernest reapareció, difuso, como oculto tras bruma en medio del océano.

–*Non.*

–*¿«Non»?* –Se apartó de ella y la miró en silencio, estupefacto–. ¿Quién

eres?

Sabela sintió que recuperaba el aire que Ernest le había arrebatado. Sus ojos la miraban, inquietos, casi temerosos, y ella creyó que daba la batalla por perdida, la guerra por acabada. Lo percibió en su semblante abatido, en el modo en que la había liberado. Pero más tarde se daría cuenta de que no era abatimiento lo que veía en su rostro, sino frialdad, y de que tampoco era abrirle paso lo que hacía, sino alcanzar la bandeja sobre la que descansaba el instrumental.

–No podrás hablar si no tienes lengua.

–Mi lengua es sólo una parte de mí –replicó Sabela con determinación.

–No... Ya no.

Me torturé con aquellas últimas palabras durante meses, durante años, moldeándolas en mi cabeza como arcilla. Hasta que comprendí que había sido juzgada antes de pronunciarlas; mucho antes de aquel día.

Estaba temblando. Despegándose del sueño, reencontrándose con la vigilia, deambulaba por la frontera entre ambos con la ropa pegada al cuerpo, del que manaba un calor ponzoñoso. Abrió los ojos a una luz febril y consumida. La lumbre del hogar estaba muriendo, y las sombras flameaban como espectros por la habitación. Le costaba respirar. Trató de moverse, pero su cuerpo aterido parecía renuente a su voluntad. ¿Acababa de despertar de un sueño, acaso?, ¿de una de esas pesadillas que volvían a alterar su calma? Un escalofrío nació en su nuca y resbaló vertiginosamente por su espalda hasta los pies. Entonces temió que la pesadilla fuese la realidad, y no una fantasía macabra a la que su cerebro la había sometido.

Intentó abrir la boca y aspirar, pero algo impedía que el aire entrara. Clavó las uñas de su mano derecha en el respaldo del sofá y se incorporó. Temblando, con las lágrimas nublándole la visión del despacho de Ernest, el mismo donde había despertado aquel lejano día en que la había rescatado de la muerte, se llevó la mano a la boca y descubrió que un tejido la taponaba. Un extremo sobresalía; lo cogió y tiró suavemente de él. Centímetro a centímetro apareció una gasa, viscosa: un verme teñido de un oscuro bermellón. Cuando la extrajo por completo y se vio liberada del bulto repugnante que la ahogaba, pudo al fin tomar aire. Sintió entonces en la mano la calidez de la sangre que empapaba la gasa. Estiró la lengua y, con dedos temblorosos, comprobó que apenas le asomaba de la boca.

Permaneció largo rato contemplando el fuego, ensimismada, viendo cómo las brasas se agotaban poco a poco, hasta que finalmente se apagaron.

Caminó descalza hacia el paritorio, evitando cualquier pensamiento que la

hiciera desmoronarse. Allí, protegida por la oscuridad y por la esperanza de que el verdugo creyera que no hay fusilado que regrese al paredón, rebuscó a tientas en el armario del instrumental hasta encontrar una aguja y un frasco de cocaína. Después salió al muerto, dejando abierta la puerta siempre cerrada, y se encaminó hacia el exterior. Sus pies aplastaron las sardinas que habían naufragado aquella jornada, chapotearon en el agua aceitosa que impregnaba el suelo. Mientras no alcanzó la boca de Próspera, tuvo que bregar como el alma que abandona el purgatorio.

Recorrió las calles tratando de retener la cordura, que amenazaba con abandonarla. Había muerto. Estaba viva y, sin embargo, había muerto. No había color en sus mejillas ni sangre discurriendo por su cuerpo casi desnudo. Había muerto y no sabía para qué había vivido.

Namoreime de ti un día, foiche para toda a vida.
Se volvera a nacere, de ti me namoraría.
[Me enamoré de ti un día, fue para toda la vida.
Si volviera a nacer, de ti me enamoraría.]

Todos nos sentimos un poco más pequeños cuando se muere quien nos ha dado la vida. Regresamos súbitamente a un lugar recóndito de la infancia en que nos sentábamos sobre las rodillas adultas al calor de un cuerpo que nos protegía de cualquier peligro. Entonces comprendemos que ese lugar ya no existe, y nos hallamos más desamparados que nunca. Es una verdad silenciosa, reprimida, que no entiende de clases ni razas, de fronteras ni idiomas. Es tan difícil de asumir, que muchos han perdido la razón intentándolo. Cuando la persona que te ha dado la vida dice adiós, el recuerdo que deja tras de sí flota como la nube que sólo trae lluvia, y el espacio que ocupaba parece marchitarse si otro cuerpo lo invade.

Por el día, la casa se colmaba de rostros. Algunos eran de amigos que buscaban inspirarles consuelo; otros, de vecinos curiosos que pronto encontraban otra distracción para su rutina. Con el tiempo, Carmiña y los médicos que Ernest enviaba se convirtieron en los únicos visitantes. Las noches, en cambio, eran sólo para ellas. Juntas espantaban la soledad rememorando viejas historias vividas cuando la casa aún no se había llenado de ausencias. Lo hacían como si fueran aquellos cuentos que relataban en los *fiadeiros* o mientras encascaban las redes. Una de sus favoritas sucedió antes de que Sabela naciera, pero su eco resonó por el pueblo durante años, como lo hicieron las campanas de la iglesia aquella noche de sábado.

En aquel entonces, Germán empezaba a disfrutar de la dulce aceptación de sus compañeros. Desde que lo veían como a uno más, las tardes de sábado en la taberna se convertían con frecuencia en noches; algunas, incluso en madrugadas. Los últimos días habían sido fértiles en capturas y calmos en desavenencias, y muchos armadores habían gratificado a sus tripulantes con la *parva*, dos copas de aguardiente para anestesiar el deseo de un jornal más generoso.

Salvo la viuda que regentaba el local, las únicas mujeres que acudían a la taberna eran las esposas de los armadores, quienes repartían entre los marineros las ganancias obtenidas con la venta del pescado. Por eso, cuando

Germán vio a su mujer en el umbral de la puerta, con las manos en el vientre y el rostro contraído, se preparó para oír las peores noticias. Salió a su encuentro, alertado, pero se tranquilizó al saber que nada malo había ocurrido:

–*Parecíame que tardabas* –le dijo Teresa ocultando su nerviosismo.

–Estoy bien. Ya voy pronto.

La caricia en el vientre y el beso casi imperceptible bastaron para desatar las burlas entre los parroquianos. Pero no para calmar a Teresa, que volvió a casa rumiando la desdicha padecida por su madre durante tantos años, temiendo que la historia se repitiera.

Cuando regresó una hora más tarde, la tabernera dejaba sobre la mesa la nueva tanda de la *parva*, aplazada hasta entonces por unas *cuncas* de vino. Si la primera vez la presencia de Teresa había alarmado a Germán y sembrado un divertido caos entre sus compañeros, la segunda los incomodó a todos. Los marineros la miraron con el descaro que la embriaguez infunde, molestos ante la intromisión de una extraña en un lugar reservado para ellos.

Germán se acercó a su esposa de nuevo, esta vez sin preocupación en el semblante, y la desafió con la mirada, esperando que esto la disuadiera por aquella noche y por las venideras. Pero Teresa no se achantó:

–*Non quero estar sola na casa e ti na cantina toda a noite.*

–No estás sola, están tus padres –se escudó él rápidamente.

–*Pero non está o meu home.*

Como si hubiera preparado una respuesta para cualquier posible reproche, Germán disparó:

–Pues tu «*home*» puede estar donde quiera el sábado, que para eso trabaja toda la semana.

Se miraron en silencio un instante, calculando el alcance de sus palabras, midiendo las siguientes. Germán creía oír la respiración de Teresa sobre las voces y las risas, e incluso es posible que, durante un segundo, los ojos de su esposa le infundieran un ligero temor. Tan seguro estaba de que recibiría una nueva embestida que se sorprendió cuando Teresa le dio la espalda y desapareció en la oscuridad de la calle.

Germán volvió a su mesa, censurando con la mirada el comentario socarrón que algún atrevido osó pronunciar. La ausencia de réplica y la huida de su mujer lo reafirmaron en sus convicciones, y no tardó mucho en relajarse: fueron los últimos minutos de calma antes de que las campanas despertasen a todo el pueblo.

Cuando salió de la taberna y notó el viento salado en la piel, Teresa supo que no podía regresar a casa sin su marido. No lo había planeado, pero al sentir en el bolsillo la pesada llave de la iglesia, que le había sido confiada para su limpieza, decidió dar media vuelta y enfiló calle arriba hacia la plaza.

Con el tiempo, las campanas se han ido tornando cada vez más reservadas,

pero hubo una época en la que su tañido recorría a diario las calles del pueblo llamando a sus habitantes: a los trabajadores, para que acudieran a las fábricas; a los fieles, para orar en la iglesia. El resto de las veces que tocaban, lo hacían para anunciar un desastre.

Germán encabezaba el grupo de marineros, como si de algún modo supiera que las campanas sonaban por él y le urgiera silenciar su quejido. Cuando llegó a la plaza, docenas de personas confusas y asustadas se arremolinaban preguntándose unas a otras dónde estaba el incendio, cuál era el invasor que amenazaba sus vidas.

La puerta se abrió cuando la última campanada se perdía en la ría. Una sombra emergió de la oscuridad, cerró la puerta tras de sí y se acercó a la muchedumbre. Teresa se detuvo ante ellos con la llave en la mano, como un paciente san Pedro. En cuanto divisó a su marido, caminó hacia él obviando las preguntas y reprimendas con que sus vecinos la asediaban. Una vez lo tuvo delante, sin levantar la voz, pero también sin importarle que los demás la oyeran, le habló:

–Xa non hai festa na taberna. Xa podes volver a casa.

La gente enmudeció, y quienes estaban a su lado aseguraron que aquellas palabras hicieron palidecer a Germán. Teresa devolvió la llave al bolsillo, se abrió paso entre el gentío y enfiló la Real hacia su casa. Poco a poco, la multitud se fue dispersando, y cuando a Germán no le quedó otra compañía más que la luna, también él regresó al hogar.

Pasarían años hasta que Germán y Teresa hablaran de lo ocurrido. Sin embargo, al cabo de unos días ya se oía por el pueblo un refrán que les sobreviviría a todos: «*Mariñeiro e señor, te queren gobernar; coidado non te fagan o que Teresa a Germán*».

Tal vez la historia de Teresa habría sido la misma que la de su madre si aquella noche se hubiera vuelto a casa, o tal vez la bondad de Germán habría conseguido imponerse al deseo de aceptación y al temor a ser ninguneado de nuevo. Pero lo cierto es que las campanas no sonaron sólo por Teresa y su madre, sino también por todas las mujeres que hasta entonces no habían sabido levantar la voz.

Durante las noches frente al cuerpo menguante de su madre, Sabela buscaba las historias más cálidas de su niñez para acurrucarse en ellas y dejarse acunar por su abrazo. Aquello la reconfortaba. Evocar las anécdotas que habían compartido le hacía pensar que una parte de su madre seguiría viva mientras ella no las olvidara. Otra de sus favoritas era la de su duodécimo cumpleaños.

Era un día de lluvia travieso, de aquellos en que el viento y las nubes revoloteaban sobre la ría y las gaviotas conquistaban la tierra, haciendo que los marineros dudasen si podrían salir a faenar; el pueblo entero aguantaba la

respiración ante la incertidumbre, que sólo se resolvía cuando los marineros aceptaban su suerte y asumían que la espera se prolongaría un día más.

Desde hacía varias semanas, Sabela iba cada tarde a la tienda de ultramarinos de la calle de la Victoria. El dueño, un hombre corpulento, de bigote y cejas canosas y cabello oscuro como la noche, había prometido guardarle una de las cajas en las que recibía el azafrán. Todas eran diferentes, a cuál más fermosa, y Sabela presentía que el pedido llegaría aquella tarde, justo a tiempo para su cumpleaños.

Salió de la escuela dando zancadas que Carmiña se esforzaba en seguir. Sorteó con agilidad a los transeúntes y a las gallinas que salían volando a su paso. En pocos minutos alcanzó la tienda. Pero al cruzar la puerta, el ceño que unía las cejas albinas, y los labios inquietos bajo el fosco bigote le bastaron para comprender que se había quedado sin regalo. Salió cuando llegaba Carmiña, que tampoco necesitó palabras, porque cualquiera podía leer en el rostro de Sabela la decepción que sólo conocen los niños.

El otoño decidió acompañarla en su melancolía y permitió al fin que el cielo se rasgara y derramase el agua que la niña no sabía llorar. Regresó a casa compungida, en busca del abrazo paterno, pero a su llegada descubrió que su padre había salido. Pasó el resto de la tarde bajo los soportales con Carmiña, escuchando en silencio el ulular del viento, hasta que la noche forzó la despedida. Tal vez no muy lejos de allí, en otra casa de otro pueblo, una niña que también cumplía años recibía como regalo un vestido, una muñeca o unos zapatos de charol con lazada. Pero los deseos de Sabela únicamente alcanzaban los rincones de su barrio: todas sus fantasías encerradas en media docena de calles. Por eso sólo podía anhelar unos zapatos con suela de goma que no le lastimaran los pies, un alfiler para adornar el corpiño de su traje de fiesta, que todavía le quedaba grande, o aquella caja de metal con imágenes de paisajes y animales tan extraños que le parecía imposible que existieran.

La noche cubrió el Berbés con su velo estrellado, ignorando que la tarde no había traído más que lluvia, y el padre de Sabela seguía sin aparecer.

En casa de Carmiña –y en todas las casas que Sabela conocía–, los hombres comían en la artesa, mientras que las mujeres lo hacían sentadas en un pequeño banco delante de la *lareira*, con el plato de barro apoyado sobre el regazo. Las generaciones que los precedieron habían impuesto esa y otras costumbres, y nadie se había molestado en cuestionarlas. Germán, que veía con ojos ajenos las tradiciones de su nueva familia, se guardó sus reservas mientras el abuelo vivió; después, las barreras que los años habían levantado entre hombres y mujeres fueron cayendo una a una, y empezar a comer todos juntos sólo fue la primera. Para algunos, esto supuso una provocación; para otros, una mera anécdota. Para Sabela, en cambio, las comidas alrededor de aquel mueble eran uno de los pilares sobre los que descansaba su familia. Ese día, sin embargo, a la artesa le faltaba una de sus patas, y en el pote se mareaba

el caldo que la madre de Sabela removía, inquieta, abandonando su mente a las ideas más funestas.

Poco antes de las once de la noche, los goznes de la puerta gimieron como el perro que saluda a su amo. Germán entró con los pasos cansados, la ropa empapada y el gesto abatido.

–*Onde estabas?* –rugió la madre de Sabela.

Blandía la cuchara profiriendo todos los reproches que su imaginación había incubado en las últimas horas. Era la forma de expresar su impotencia, el modo de exorcizar sus miedos. Pero Germán no la oía. Sumergidos en una conversación sin palabras, él y Sabela se miraban con cómplice curiosidad, tratando de adivinar los pensamientos del otro, como si quisieran resolver un enigma.

La niña contuvo la respiración cuando su padre se llevó la mano al interior del abrigo, que todavía no se había quitado a pesar de la humedad, y extrajo un paquete. El papel de estraza que lo envolvía estaba roto en una esquina y engurrado, como el de los bultos que transportaban los mozos del cordel de la calle Imperial cuando llovía. Llevada por el entusiasmo, Sabela dejó su sitio tras la artesa y salió al encuentro de su padre sin esperar a que la llamara.

Sus dedos se volvían torpes, su pulso se aceleraba con cada rasgadura... hasta que el papel cedió y reveló su secreto: primero, una cenefa negra y dorada interrumpida por guirnaldas carmesí; después, un prado en torno al que brotaban árboles muy diferentes de los que fluían ladera abajo en la Falperra, más altos y frondosos. En el prado destacaba una muchacha a la que apenas se le veía la cara, sólo las piernas asomando bajo un vestido blanco y una mano con la que sujetaba un sombrero que amenazaba con seguir al viento. A lo lejos, rompiendo un cielo de imposible color púrpura, una bandada de aves emprendía el vuelo hacia el poniente.

Después de oír a su hija hablar de las cajas durante semanas, aquella mañana Germán se había adelantado a Sabela y había acudido a la tienda de ultramarinos. Cuando supo que el azafrán no había llegado, no se resignó a su suerte y caminó más de treinta kilómetros hasta la villa de Tuy con la esperanza de encontrar una. Su hazaña conmovió al comerciante de la localidad vecina de modo tal que este acabó regalándole la caja. La lluvia lo había perseguido en la ida, y la noche lo alcanzó en el regreso, pero al ver la sonrisa de su hija tuvo la certeza de que había merecido la pena.

Sabela se abalanzó sobre él y lo rodeó con brazos ansiosos. No podía hablar, porque las palabras se le agolpaban en la garganta, ni podía ver, porque los ojos llorosos se hundían en su pecho, pero inspiró el olor a sudor y lluvia, sintió el calor que emanaba su cuerpo, oyó los latidos de su corazón..., y ese momento se transformó en el recuerdo más vívido que por siempre guardaría de su padre.

En ocasiones, escuchando aquellos relatos, Sabela creía ver en su madre un asomo de vergüenza, un tibio sonrojo que le mostraba cómo había sido la mujer que existió antes de la madre y la esposa. Su forma de hablar se había dulcificado, y cada día que pasaba barría de su rostro la ceniza que la enfermedad había vertido en él. Los médicos decían que estaba mejorando, pero Sabela sabía que su madre rondaba a la muerte. La perseguía con cada resuello, con cada expectoración. La buscaba desde la mañana siguiente a la tempestad, y cuando se convenció de que dejaba a su hija con alguien que la mantendría a salvo, decidió que ya nada le impedía entregarse a ella. Sabela permanecía expectante. Aunque no pudiera hacer nada por evitarlo, sentía cierto consuelo en la idea de estar a su lado cuando la muerte acudiera. No se había despedido de su padre ni de su hermano, pero podría despedirse de ella.

El día que su madre desapareció no fue más oscuro ni aciago que otros; al contrario, Teresa se había despertado temprano, tan lozana como antes de caer enferma. En las semanas anteriores, dormir se había convertido en una aspiración raras veces alcanzada, y las horas y los días se fundían entre sí como los restos aprovechados de las velas en una iglesia. Pero no aquel día. Aquel día, Sabela no tuvo que lavar pañuelos llenos de esputos ni limpiar manchas de sangre, no actuó como una autómata, empujada por el deber o el hábito, sin pensar en realidad qué hacía. Hasta echó de menos el trabajo en la fábrica, a la que no acudía desde hacía semanas pese a que el estío demandaba manos para salar el pescado.

A media mañana, el médico de Santiago, al que Ernest había mandado llamar, apreció en Teresa una leve mejoría con respecto a la víspera. Después de sopesar las opciones con Ernest, desaconsejó su traslado a casa de los Doré y acordó con él que volvería al día siguiente para evaluar su estado. Tras acompañar al doctor al barrio de los Catalanes, Ernest no se quedó en Próspera, sino que regresó al Berbés y estuvo con ellas hasta la hora de almorzar. A Sabela incluso le pareció que se acercaba a su madre más de lo habitual, sin aversión a la enfermedad ni miedo al contagio.

Para cuando murió la tarde, irrumpió en ella un anhelo ya olvidado, una esperanza imprevista: que su madre se recuperara.

–*Ábreme esa ventana, que quero ver o mar.*

Las palabras sorprendieron a Sabela cuando se estaba quedando dormida; todavía no eran las ocho, pero la falta de descanso adelantaba las noches. A pesar de que desde la cama no se veía la playa, se levantó y obedeció.

–*Non terás frío?*

Teresa negó, los ojos cerrados y la sonrisa tranquila.

–Bueno, luego la cierro –musitó Sabela.

–*Non* –exclamó, abriendo los ojos y mirándola *en fite* con la aspereza de años pasados, cuando era aún la mujer inflexible a la que nadie se atrevía a contradecir–. *Vai durmir arriba.*

–Arriba? E se necesitas algo?

–Estou ben, estou ben.

Sintió una punzada de remordimiento antes incluso de abandonar la habitación, pero el deseo de alejarse por una noche del viejo sillón de Ernest la condujo al piso de arriba. Se quitó la ropa y se metió en la cama de sus padres, que la había recibido en su llegada al mundo y la recibía ahora con un ansioso abrazo. En cuanto cerró los ojos cayó en un profundo sueño que duró hasta la mañana siguiente.

La despertó el ruido de las contras golpeando la pared. Por un momento no reconoció dónde estaba, ni si eran reales las voces que sonaban a lo lejos. La ventana de la habitación de sus padres estaba cerrada. Entonces recordó que se la había dejado abierta a su madre.

Se vistió rápidamente y corrió escalera abajo como si huyera del presentimiento que la acechaba. En la sala, la cama estaba vacía, y una mujer terminaba de recoger las sábanas. Antes de poder preguntarle quién era, oyó las voces de Ernest y del médico, que llegaban desde la cocina. Se asomó y los vio hablando con un hombre espigado que le resultaba familiar.

–¿Dónde está mi madre?

Ernest bajó la vista. Los otros hombres se miraron y salieron en silencio.

–¿Dónde está mi madre? –repitió–. ¿Se la han llevado a tu casa? ¿Se encuentra mejor?

–Sabela...

Se acercó a ella despacio, sin atreverse aún a mirarla.

–No... –suplicó Sabela, sintiendo cómo un nudo apretaba su corazón para que dejase de latir.

Ernest le acarició el pelo y la miró de manera afectada.

–No podíamos dejarla aquí. Sabes que era contagioso.

A Sabela le pareció que el suelo se movía, pero en realidad era ella la que se tambaleaba.

–No... No, por favor. Ernest, por favor.

–Lo siento.

Negaba con tanta fuerza que Ernest tuvo que sujetarle la cabeza para que no se mancara.

–¡No me despedí de ella! ¡No me despedí! –Lo miró a los ojos, suplicante–. Deja que me despida, por favor...

Las piernas le fallaron y su cuerpo resbaló hasta el suelo. Gritó con desesperación, pero de sus ojos no brotó lágrima alguna. Porque llorar no es fácil, llorar supone aceptar el dolor, asumir la pérdida. Y Sabela no era capaz de hacerlo. Le resultaba imposible que todo hubiera cambiado en apenas unas horas, que la noche le hubiera arrebatado el áncora que la mantuvo a flote tras la tempestad. Acababa de amanecer a un mundo que la había dejado huérfana, y no soportaba la idea de que eso no le importara a nadie.

Adeus, estrela brillante, compañeiriña da lúa:
moitas caras teño visto, mais coma a túa, ninguna.
[Adiós, estrella brillante, compañerita de la luna:
muchas caras he visto, mas como la tuya, ninguna.]

Que las luces de bengala rasgaran desde el mar la tímida intromisión de la noche, que las fogatas iluminaran el camino entre el embarcadero y la alameda, que la banda de música irrumpiera en la calma del pueblo tras el silencio monástico de la procesión no hacía sino recordar a Jules que las fiestas, como su visita, estaban llegando a su fin.

Tras la incursión en la ensenada habían disfrutado de su último almuerzo en la *Floré*, para entonces ya casi una tradición. Pierre y el resto de tripulantes siempre recordarían al escritor por su carácter afable y distendido, por su agradecimiento sin afectación y su sonrisa, pero también por cierta tendencia al despiste, que esa mañana era tan evidente como impropia de él. A Jules le parecía estar soñando. Sus pensamientos lo arrastraban desde el barco hasta la Ribera: allí, donde los soportales eran cuevas y el viento, agujas, había una mujer a la que recordaría siempre, y no podía esperar a verla una última vez. Se reafirmó en su intención de escribir una novela sobre Vigo, donde hablaría de los tesoros escondidos bajo sus aguas y de la industria que crecía a su abrigo. Aquella fue otra promesa que nunca cumpliría. El tiempo transcurrió lento y pesado hasta bien avanzada la tarde, cuando, empujados por el entusiasmo, regresaron a la ciudad iluminada.

Cientos de velas marchaban en procesión, tornando la oscuridad en día. El calor de las llamas mitigaba el frío de la noche, y el eco de los pasos retumbaba en el entramado de calles. Jules buscaba a Sabela entre las mujeres que avanzaban en fila junto a los hombres, suplicando clemencia por sus pecados o atención a sus plegarias. La luz de los cirios que portaban encendía sus caras y los transformaba en espectros que vagaban en busca de consuelo.

Observó cómo el campo de Granada se inundaba de vecinos sin rostro que se movían al ritmo que la banda de turno marcaba, como marionetas obedientes bajo las manos de un titiritero. Entonces se escabulló con soltura, evitando a sus amigos, fundiéndose con la marea, y se dirigió hacia la Ribera del Berbés, despacio, disfrutando de cada paso sobre la piedra, porque sabía que eran los últimos que lo acercaban hasta ella.

Las calles estaban desiertas. Bajo la chaqueta, en el bolsillo del chaleco, su regalo de despedida palpitaba como un segundo corazón. Sentía su peso e imaginaba su historia, el camino que había seguido hasta llegar a sus viejas manos, y el que habría de tomar en las de su nueva dueña. Pronto alcanzó la playa.

Llamó, pero nadie abrió la puerta. Ni sonidos ni luces delataban presencia alguna. Volvió a llamar. Creyó oír un crujido entre el rumor de las olas, que, burlonas, observaban la escena asomándose una y otra vez a la orilla. Su mano se cerró de nuevo en torno a la aldaba, pero un valor inesperado le hizo soltarla, ignorar las dudas y entrar en la casa.

Lo estaba esperando. Aun cuando le había pedido que no regresara, permanecía en ella, frágil pero certera, la convicción de que se reencontrarían una última vez. Por eso se aseó y se cepilló el cabello como solía hacérselo su madre cuando su pelo era el de una niña pequeña, lacio y sedoso; sin la reclusión en el pañuelo, sin el olor a pescado ni los nudos provocados por el salitre, deseaba que nuevos dedos lo mesaran. Cuando hubo terminado, se sentó en una de las tres sillas que rodeaban la mesa. El efecto estimulante de la cocaína estaba desapareciendo, y empezaba a sentirse algo mareada y alicaída. Acarició con las yemas de los dedos el mantel que Ernest le había regalado, el que ya no envejecía porque no había platos de comida que lo calentaran ni brazos que descansaran en él durante la sobremesa, porque ya siempre comía sola, sentada junto a la *lareira*, y la tela solamente la ensuciaba el polvo que el tiempo iba depositando sobre ella.

Lo vislumbró entre los párpados perezosos, que se resistían a mostrarle la imagen completa, y creyó estar soñando. Sonrió levemente, agradecida por la visión amable que su mente le brindaba, tan diferente a los fantasmas que perturbaban sus sueños. Una voz familiar la sacó del error:

–Perdone, no quería... –se disculpó Jules, dejando suspendida en el aire la última palabra–. Sé que no debería estar aquí.

El mismo calor que la había acompañado en su despertar en el despacho de Ernest ahora reptaba por su pecho y su espalda. Permaneció quieta, esperando las palabras serenas que Jules pronunciaría con su hablar suave y cadencioso como un primer baile.

–No la he visto en la procesión. ¿No ha ido?

¿Qué será eso que anula el raciocinio y confunde la boca, que cuanto más tenemos que decir, menos recordamos cómo hacerlo?

Sabela negó y hundió la mirada en el suelo, entre sus pies y los de Jules, deseando que sus lágrimas se escondieran en el lugar del que provenían y olvidasen el camino que demasiadas veces habían recorrido hasta sus ojos.

El clamor de las olas recordó a Jules que había dejado abierta la puerta

exterior. Se apresuró a cerrarla. Cuando regresó, Sabela se estaba ajustando el chal en el talle, pero al verlo corrigió la postura rápidamente, como si la hubiera sorprendido en un gesto que el decoro la obligaba a ocultar. Jules se sintió entonces invadido por una ternura que lo compelió a sentarse en la cama para vencer el anhelo de abrazarla, de protegerla.

–¿Podría ofrecerme un vaso de vino? –solicitó con voz quebrada.

Sabela dudó, insegura de sus propias fuerzas por el efecto cada vez más débil del medicamento. Deseaba tumbarse en la cama y descansar, con Jules velándola, como había hecho ella la noche que se conocieron, desde la cual parecían haber transcurrido años. Pero ese hombre que la miraba con ojos compasivos, los más claros que jamás había visto, era un desconocido al que nada podía pedirle, ni siquiera que se quedara a su lado unos minutos, toda la noche o una vida entera.

Se levantó y fue a buscar el vino a la cocina sintiendo que sus piernas eran ramitas de *vimbio*. Mientras tanto, Jules observó las flores que se amustiaban en la jarra, la luz fatigada del brasero, la cama revuelta. Entre los pliegues de una manta de lana asomaba el lomo de un libro. Lo destapó, intrigado, y sonrió al reconocer la cubierta. Se estremeció al recorrer con la vista los evocadores dibujos de Neuville, las palabras que emergieran de sus propios dedos. Nunca antes había sentido ese orgullo absurdo; él, admirado en medio mundo, alabado y envidiado, temblaba ante la idea de que aquella joven leyera una de sus historias. Sin pensarlo, sacó la pequeña bolsa que llevaba atesorando todo el día junto a su corazón y la escondió bajo la manta.

Cuando regresó, Sabela parecía haber envejecido diez años. Estaba pálida, y destilaba una tristeza que oscureció el ánimo de Jules. Ambos se acercaron a la mesa y ella le sirvió el vino en una *cunca*. Se quedaron de pie, mirándose hipnotizados, con el reflejo de las brasas bailando en sus caras, en un silencio que ninguno quería romper porque desataría el inevitable adiós, que pendía sobre ellos como la hoja de una guillotina.

Sabela confinaba en su interior tantas emociones que era incapaz de distinguirlas. Quería dilatar aquel instante, quedarse en aquel lugar, que en otro tiempo había sido alegre para después convertirse en el oscuro desierto donde descansaban los recuerdos de su familia, pero en el que de nuevo brillaba una luz, la que Jules había llevado consigo. Sin duda ni vergüenza, se acercó a él y, dejándose envolver por el calor que desprendía su cuerpo, se acurrucó y escuchó cómo los golpeteos que escondían sus costillas se aceleraban por momentos. Permaneció allí, oliendo el aroma a tabaco y salitre, e inspiró profundamente para que ese olor tibio y reconfortante quedara por siempre grabado en su memoria.

Para Jules fue como si aquel viejo rincón la hubiera estado esperando toda la vida, como si hubiera sido creado para acogerla. Sus brazos se tornaron fuertes y seguros, rejuvenecidos por el contacto. Se sentía capaz de vencer

todos los miedos que lo oprimían, de ganar las batallas que había jurado perdidas. Y capaz también de protegerla de cualquier daño que el mundo pudiera infligirle. Mientras no se apartara de ella.

–No quiero marcharme... He de hacerlo, pero no quiero marcharme –susurró, desarmado–. Según envejecemos, la vida se va llenando de renuncias, pero jamás hubiera imaginado que a mi edad tendría que renunciar a algo así.

Jules le tomó la cara y la miró como pretendiendo sacar de ella un retrato con el que recordarla. Sus ojos reflejaban la sabiduría de un anciano, pero también la ilusión de un niño. Se acercó y la besó despacio, una sola vez, sabiendo que, si lo hiciera de nuevo, ninguno podría ya separarse del otro.

Empezaron a llegarles las voces de los primeros vecinos que regresaban de la verbena. Él la abrazó fugazmente y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió.

–Mañana podrías venir al muelle de camino al trabajo, para despedirme cuando zarpemos.

La sonrisa nerviosa de él y la mirada suplicante de ella bastaron para que cada uno entendiera el sentir del otro. La idea de ver partir el barco hacía que las lágrimas se acumularan en los ojos de Sabela, pero las contuvo y asintió, para no enturbiar la imagen que Jules guardaría de ella, para contemplar cómo su cara se iluminaba una última vez y recordarlo feliz y esperanzado.

Se marchó sin decir adiós, porque ninguno quería oírlo, pero el sonido de la puerta al cerrarse tras él clavó en Sabela un dolor más profundo que el que ninguna palabra podría haberle provocado.

Desesperada, se hundió hasta el suelo y se despojó de la discreción de lo comedido, abandonándose al llanto, a ese amor absoluto y ridículo que apenas entendía. No le importaba que la oyeran, ni lo que pensaran de ella. Porque estaba sola. En aquella casa vacía y de luto, en aquel barrio donde a nadie le cambiaba la suerte, en aquel final de su vida al que arribaba con veintiséis años.

Fuera, por la cuesta de la Real, chocando con hombros y codos que avanzaban en dirección opuesta, caminaba Jules, quien, entre el nerviosismo de la llegada y la congoja de la despedida, no había caído en la cuenta de que Sabela no había hablado.

Ben ama quen nunca olvida.
[Bien ama quien nunca olvida.]

Los trajes oscuros se amontonaban en el embarcadero, más numerosos que en la recepción, más absurdos y siniestros. Se agolpaban ignorando los modales aprendidos, dándose pequeños empujones con tal de estar cerca de Jules. Todo agravio se olvidaría en el siguiente encuentro en el Casino, en el próximo baile en la Tertulia: cualquier afrenta queda atrás cuando se habla de negocios. Así avanzaba la industria. Así se alcanzaba ese destino intangible y cada vez más difuso llamado progreso.

Los asistentes reclamaban al escritor una palabra, un gesto, cualquier atención. Pero Jules no podía ni quería atenderlos. Porque su pensamiento estaba lejos del muelle y sus demandas, de sus formalismos y despedidas, lejos de la mirada iracunda de Ernest, que había acudido para saborear la victoria. Porque allá, entre las calles que se escapaban a su vista ya mermada, Sabela tal vez corría hacia él.

–¡Señor Verne! –El ademán del conde de Jouffroy le indicó que no se dirigía a él por primera vez–. ¡Nos prometió un discurso de despedida!

–Me han dicho que es usted un excelente orador –señaló Bárcena, buscando el beneplácito del resto de trajes, que secundaron el comentario de inmediato.

Sabía que el discurso traería consigo la inevitable despedida, pero sus excusas para demorarlo habían pasado de ser una corriente de caudal incontenible a un agónico riachuelo bajo el sol del verano. Así que hizo lo que debía hacer. Aunque no de la manera que todos esperaban.

–Al llegar a Vigo –comenzó, en español y alzando la voz–, descubrí una ciudad próspera, con recursos suficientes para lograr cualquier meta y superar cualquier obstáculo. Pero, a veces, el mayor obstáculo con que nos tropezamos lo hemos puesto nosotros mismos.

Las sonrisas de los trajes se desdibujaron. Mirándose entre ellos, se preguntaban si habían malinterpretado las últimas palabras o estas se debían a un error de traducción. Ajeno al desconcierto, Jules continuaba:

–Siempre he tenido el convencimiento de que la industrialización es el único modo de alcanzar ese lugar soñado al que llamamos progreso. Sin embargo, durante esta visita he comprendido que el progreso no es un destino, sino un medio para algo mucho más grande, algo de lo que nos beneficiaremos todos y que es imposible conseguir a expensas del sacrificio y sufrimiento de

los menos favorecidos. –Hizo una pausa; no para mirar a su público, ni hacia las calles, en las que ya no esperaba ver a Sabela, sino dentro de sí mismo, a esas convicciones que hasta hacía poco enarbolara como una bandera y que ahora empezaba a cuestionarse–. Todos los que hoy estamos aquí gozamos de privilegios; algunos, desde que nacimos. Sé que muchos de ustedes son conscientes de ello y tratan con magnanimidad a quienes lo merecen –dijo mirando al general Llorente–. Pero eso no basta. No podemos permitir que los avances traigan consigo una deshumanización, porque estos privilegios de que disfrutamos no existirían sin el esfuerzo de los que hoy no están aquí, de aquellos cuya voz no escuchamos. Debemos contar con ellos al hablar de progreso, al mirar hacia el futuro, porque nunca lo alcanzaremos solos.

Se había vaciado su tintero, pero no necesitaba rellenarlo. Permaneció callado e inmóvil, sin esperar la reprobación ni el aplauso. Tan sólo deseaba congelar el tiempo, una entelequia absurda como contener el rotar del mundo.

El batir de las olas contra el muelle pareció detenerse por unas palmadas –primero, torpes; después, enérgicas– que pusieron fin a la reflexión de Jules. Buscó al autor antes de que los demás trajes recuperaran la cortesía y se sumaran al aplauso. Lo encontró en Sanjurjo Badía, los ojos contentos y la sonrisa satisfecha, y correspondió a su arrojo con un gesto de gratitud. Comenzaron entonces los apretones de manos y el reparto de buenos deseos, ritual que la costumbre no había convertido en soportable.

El sol templaba la espalda de Jules camino del *Saint Michel III*, pero su ánimo languidecía. Trataba de centrarse en el viaje que lo aguardaba, en los destinos que con tanta ilusión había seleccionado. Hubiera renunciado a todo en ese mismo instante por volver con ella, por tener valor para ser lo que nunca había sido: egoísta, libre, feliz. Lo invadía el desaliento, como si aquel pueblo le hubiese arrebatado algo que no sabía que tenía. A su lado, comprometiendo la estabilidad del bote, sus compañeros se despedían con alborozo de los trajes oscuros que aún no habían desalojado el muelle. Él ni siquiera fue capaz de mirar atrás.

Ya en cubierta, se disponía a adentrarse en las profundidades del *Saint Michel III*, su *Nautilus*, que lo protegería del sufrimiento que el exterior le deparaba, pero algo lo disuadió: un instinto, una intuición..., tal vez la mera esperanza, que no había desfallecido del todo.

Ti, que me levas, i eu, que me axudo,
imos os dous ó cabo do mundo.
[Tú, que me llevas, y yo, que me ayudo,
vamos los dos al cabo del mundo.]

Sabela creyó que no lograría dormir aquella noche: se sentía enferma, confusa, dueña de un nuevo cuerpo al que debía acostumbrarse. Pero cuando se detuvo el alboroto de los vecinos que regresaban a casa tras la fiesta, cayó en un sueño agotador.

Caminaba descalza por la playa, como las mujeres que llegaban con el verano a la casa de baños La Iniciadora. Bajaban a la cala de Las Baterías por una rampa y se internaban en el mar agarrándose a una cuerda. Alguna, indómita, abandonaba la protección del grupo y echaba a andar por la orilla, dejando que el agua refrescara sus piernas y el viento le revolviera el pelo. Pero Sabela no vestía un traje de baño, ni había cuerdas ni casetas a la vista, sólo una luna de fulgor opaco, que la observaba. Sobre el rugido de un mar súbitamente embravecido, unas voces la llamaban. Eran sus padres y su hermano, que desde *La Maragata* agitaban los brazos pidiéndole auxilio. Sabela corría a ayudarles, pero con cada zancada sus pies se hundían más y más en la arena. Forcejeó, lloró, chilló. Y cuanto más chillaba, más se le ahogaba la voz; cuanto más lloraba, más crecía la marea; cuanto más forcejeaba, más enterraba en la arena sus piernas. Finalmente se derrumbaba, exhausta, vencida, dejándose arrastrar hacia su tumba. Percatándose de que las voces habían enmudecido, devolvía la mirada al mar, el cual había recobrado la calma y reflejaba como un espejo la luna, que alumbraba en toda su plenitud. Oía entonces un ruido, un gorgoteo. Sus padres y su hermano estaban junto a ella, tranquilos, diríase que sonrientes, pero sus ojos eran los de un pez, faltos de vida. Su hermano abría la boca, dejando salir gorgoteantes burbujas. Pronto las bocas de sus padres lo acompañaban en su sorda serenata. Espantada, buscaba en derredor, sólo para advertir que no se encontraban en la orilla, sino en el fondo del mar, con las piernas sepultadas en la arena y bajo una luna que, desde el cielo, parecía reír.

Se despertó sobresaltada. Aspiró varias veces todo el aire que le fue posible, pero no le bastó. No era suficiente. La línea que separaba el sueño de la vigilia era tan difusa que creyó seguir allí, atrapada bajo las aguas, donde el tiempo nada significa y el único sueño es salir a flote. Abrió la ventana temiendo que la viera la luna, pero esta ya se batía en retirada y era el sol quien dominaba

con su luz todas las cosas: un dios absoluto al que no era posible hacer frente. El dolor la devolvió a la realidad, a la imagen de Ernest abalanzándose sobre ella con las tijeras en la mano, a la certeza de que si él no había ido aún tras ella era porque sabía que ella iría tras él, como ya lo había hecho antes.

Las campanas sonaban en la colegiata, propagando su llamada ineludible más allá de las viejas murallas, lejos de los límites de la Nueva Población, la futura ciudad. Sabela estaba sentada en la cama sin poder levantarse. Al igual que en el sueño, sus pies se habían clavado al suelo de la casa, temerosos de dar un paso en la dirección equivocada. Su cuerpo se estremeció, como si intentara recordarle algo, como si sus ojos hubieran visto lo que su mente no había logrado descifrar. Entonces la vio. Junto al libro de Jules, que asomaba bajo la manta, se escondía una pequeña bolsa de terciopelo. Su tacto era el de la piel de un melocotón maduro, como los que de niña arrancaba de los árboles en las fincas de la Falperra, a hombros de Ginés y ante la mirada impaciente de Carmiña. El peso de la bolsa la desconcertó, pero un ruido metálico en el interior despertó su interés. La curiosidad y el temor libraban en Sabela una silenciosa disputa, o más bien se aliaban para que ninguna se impusiera a la otra.

Abrió la bolsa sin desprenderse de la culpa, de la sensación de intromisión, a pesar de estar segura de que Jules la había dejado allí para ella. Pensó en él partiendo del muelle en su barco, diciéndole adiós para siempre, y llenó los pulmones con el aire húmedo de la mañana para ahuyentar la pena. Desató con dedos torpes el cordón que cerraba la bolsa, introdujo la mano y sacó un pequeño trozo de papel escrito con letra juguetona pero distinguida:

> Si el lugar donde vives no conoce tu historia, quizá no deberías vivir en ese lugar.
>
> Jules VERNE

Empezó a temblar con el ansia propia del que sabe que va a descubrir algo desconocido. Metió la mano de nuevo y tocó algo frío. La sacó de inmediato, reacción que no se debió a la razón ni al miedo, sino a una inquietud mal digerida. Oteó dentro como quien espía a través de una cerradura, pero apenas atisbó una silueta. Inspiró, abrió la mano y dejó caer sobre la palma el contenido: una cadena resbaló hasta acariciarle el regazo, pero ciñó el medallón antes de que también se deslizase. Un baño de tiempo y salitre velaba su delicadeza, pero se adivinaba la eterna juventud del oro, la elegancia de las amatistas, que más tarde recobrarían la majestuosidad que lucían cuando fueron talladas, a miles de kilómetros de distancia, casi doscientos años atrás.

No sabía qué significaba aquel regalo, por qué Jules le había dado un collar. Parecía antiguo, y la capa que lo ahogaba era la misma que recubría las piedras que se colaban en las redes de arrastre. ¿De dónde había salido? Su cuerpo

debió de entenderlo antes que ella, porque cuando quiso darse cuenta estaba subiendo la Real en camisón, con el collar en una mano y la bolsa en la otra, volando sobre el empedrado en dirección al muelle.

El medallón que Lorenzo había custodiado hasta la muerte, concebido para sellar su futuro junto a Catalina, acababa de terminar su viaje. Después de superar cada escollo y vencer a la oscuridad, al fin cumplía la misión para la que había sido creado. Otro nombre y otro tiempo, pero idéntico destino: salvar la vida de una mujer.

Sabela había dejado atrás la plaza de la Iglesia. Los adoquines resplandecían por el rocío de la noche como si los hubieran atravesado un millar de caracoles. Las calles estaban vacías; sólo algunos espectros, apesadumbrados y exhaustos tras la embriaguez de la fiesta, se arrastraban hacia el barrio de los Catalanes, sobrellevando la realidad que les imponía el infalible recordatorio de la sirena. Llegó a la rúa Desengaño en un suspiro, en un jadeo, rezando para que el barco no hubiera zarpado todavía. Los cañones del castillo lanzaron sin escatima sus salvas de despedida. Casi sin aliento, se detuvo y llevó la vista más allá del muelle: el *Saint Michel III* se perdía detrás del baluarte de la Laje. Maldijo en un grito. La sal del sudor le entraba en los ojos, pero no quería llorar. No iba a llorar.

Volvió por donde había llegado, rehaciendo el camino que Jules había tejido hasta ella la primera vez. Parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde entonces. No dejaba de correr: un último esfuerzo, unas zancadas más, y estaría de vuelta en la playa. Descendió la Real, saltó a la arena y el velero apareció frente a ella. Tuvo la sensación de que avanzaba despacio, como si no quisiera partir, como si la estuviera esperando.

Olvidó todos sus miedos, toda su vida. Ignoró cuanto la rodeaba, las miradas atónitas de sus vecinos; sólo eran manchas que flotaban en torno a lo único que Sabela podía ver. Allá, sobre el mar en calma, tras la noche más oscura, navegaba un barco desde el cual unos ojos la buscaban. Y al encontrarla, unos brazos se alzaron y una voz gritó su nombre.

Sabela se adentró en el mar hasta que el agua le rodeó la cintura, y se echó a llorar, a llorar y a reír, mientras decía adiós al hombre que había sacudido su mundo. Los dos movían vigorosamente los brazos como si se creyeran gaviotas, como si quisieran levantar el vuelo para darse un último abrazo. Y los demás los observaban preguntándose qué ocurría. Y algunos incluso los envidiaban, sin saber por qué. Tal vez sólo porque parecían felices.

Una tristura la asaltó cuando el muro blanco del matadero se interpuso entre ambos, como siempre lo hacía entre el Berbés y los marineros que se despedían del pueblo, ya fuera por unas horas o para toda la vida. Pero no tardó en comprender que su recuerdo siempre estaría con Jules, que lo acompañaría en cada viaje, en cada libro. Serena, se encaminó hacia los soportales, y al entrar en la casa vacía, con la sonrisa en la boca y el camisón

pegado al cuerpo, le pareció que aquel lugar se había desprendido de la cualidad malsana que tanto tiempo lo había asfixiado. Sintió que retornaban los días azules, las canciones en el *fiadeiro*, los abrazos de su padre cuando regresaba del mar. Por eso decidió volver.

La sirena hacía ya largo rato que había sonado por última vez, pero Sabela no se preparó para acudir a la fábrica. Una fuerza la asistía, un valor que le llegaba desde el barco que se alejaba rumbo al sur. La *cunca* de la que Jules había bebido seguía allí, en el mantel, sobre el que había derramado una lágrima de vino. Recogió y desnudó la mesa, que le pareció más ligera que nunca cuando la levantó y la acercó al hueco de la escalera. Se subió, pero la altura no era aún suficiente, así que bajó a por una silla para colocarla encima. Las piernas le flaqueaban, el cuerpo entero le temblaba; no por el frío y la debilidad, sino por encontrarse en el umbral del lugar donde moraban los fantasmas, el que había querido silenciar y ahora abrazaba como el hijo que regresa tras años lejos de casa. Se encaramó a la silla y, con más expectación que desasosiego, se asomó a aquel espacio, tan familiar y tan lejano, del que llevaba demasiado tiempo huyendo.

La madera crujió bajo los pies, frágil, inquieta, dichosa porque unos dedos la besaban. Una capa de polvo cubría el suelo de la habitación de sus padres, la cama, la hucha donde se escondían los recuerdos más profundos de su infancia; pero no como si el tiempo se hubiera adueñado de ellos, sino más bien como si los hubiera estado protegiendo de cualquier daño hasta que Sabela regresara. Abrió la ventana y se dejó acariciar por el viento, sin luchar contra él, sin que su piel, todavía mojada, se erizase. En la *solaina* enlutada la recibió la ropa tendida hacía casi dos años, aleteando como un pájaro anciano cuyo color hubiera palidecido, consumido por el sol y la sal pero sin intención de abandonarse. Decidida, descubrió la cama y sacudió la colcha, llenando el aire de minúsculas motas aladas. La deshizo y la estiró de nuevo, como si la arreglase para que sus padres durmieran entre las sábanas aquella noche. Entonces volvió a la *solaina*, descolgó la ropa y la dejó doblada sobre la cama recién hecha. Luego se dirigió a la hucha, giró la llave de la cerradura, y la abrió.

Las ropas se amontonaban, intactas, sobrevivientes del naufragio: estaba la *saia* de baeta roja con adornos negros de su madre, que había pasado a ser suya cuando tuvo edad para usarla; estaban las chaquetas de paño que su padre y su hermano se ponían los días de fiesta, una verde y la otra azul, con botones cobrizos que resplandecían como recién lustrados; estaba también la caja del azafrán, que guardaba lazos para el pelo, un alfiler y el pañuelo bordado que su madre llevó en su boda. Y en el fondo, bajo la toquilla que había envuelto primero a su hermano y después a ella, aguardando inútilmente un nuevo cuerpecito al que abrigar, bajo el mantel y las servilletas que sólo adornaban la mesa del comedor una vez al año, por la fiesta del patrón, que ya no se

celebraba en aquella casa, bajo las sábanas que su madre compró como ajuar de una novia a la que nunca vio desposarse, se agazapaba lo que Sabela, sin saberlo, estaba buscando: la maleta de su padre. Así, la valija que había cuidado la vida anterior de su dueño habría de cuidar la suya hasta que llegara a un destino al que pudiese llamar hogar, si es que acaso había alguno. Guardó la toquilla y la caja en la maleta, cerró la ventana y salió de la habitación sin mirar atrás, como si fuera a regresar esa misma noche, aun sabiendo que nunca lo haría.

Una muda limpia, la caja del azafrán, la toquilla y el libro de Jules: ese era todo el peso con el que Sabela quería cargar. Se marchó enseguida, escoltada por el silencio de las horas laborables en el pueblo, con la playa vacía de miradas. Se detuvo en el vano de la puerta y aspiró el aire del Berbés, dejándose envolver por los recuerdos de los que durante tanto tiempo había huido. Y se fue, sin despedidas ni explicaciones, con paso tranquilo, palpando el medallón que escondía bajo la *saia*, en la *faltriqueira*. No sabía cuánto le ofrecerían por aquel collar, pero conocía muy bien su valor.

Acababa de tomar la rúa de San Julián cuando algo interrumpió su marcha, un sonido a su espalda que ya no esperaba oír. Se dio la vuelta y lo vio. El gatito se acercó hasta ella y se restregó contra sus tobillos, ronroneando. Sabela no se preguntó dónde había estado aquellos días ni por qué ahora salía a su encuentro, simplemente lo acarició. Cuando echó a andar, el pequeño la siguió.

Contempló con melancolía las ruinas de la puerta de la Falperra; se embriagó por última vez con el aroma a naranjo y madreselva que inundaba la brisa de la mañana; admiró la ría pensando en lo poco que importaba que sus ojos dejaran de verla cada alborada, porque unos nuevos amanecerían frente a ella, como había sucedido antes de que naciera y como seguiría sucediendo cuando ya no estuviese allí. Pero más allá de los campos de la Falperra se sintió observada, y por un momento temió que el espíritu de Próspera estuviera esperando tras un carballo para abalanzarse sobre ella.

No era Ernest el que la acechaba.

Quién sabía cuánto tiempo la llevaba siguiendo, si la había visto salir de casa o se la había topado al pasar Sombrereros. Tal vez había estado reuniendo valor para acercarse a ella, puede que desde la tempestad. El hombre que para ningún oído tenía boca la miró *en fite*, con los ojos anegados en lágrimas. Intentó hablar, pero había perdido la costumbre, incluso con su madre, que apenas lo reconocía, y no supo cómo hacerlo. Sabela fue hacia él. Como tampoco podía hablar lo abrazó, y comprendió que Cosme llevaba desde aquella noche naufragando, sin puerto ni roca a la que amarrarse. Dejó que llorase sobre su hombro como un niño: temblando, deshaciéndose en lamentos, ahogándose al tomar aire. Hasta que se vació por completo. Sabela

sonrió y le hizo una caricia que imprimió un rastro de alivio en sus ojos, en la sonrisa que luchaba por asomar a una boca que había olvidado cómo sonreír. Después se marchó, esperando que llegara a perdonarse algún día.

Epílogo

Recorrió tantos caminos y descubrió tantos lugares que unos se le mezclaban con otros en la memoria. Conoció la tierra que había visto nacer a su padre. Se maravilló ante los mares dorados de los que nacía el sol, al revés de como lo hacía en el pueblo, ya tan lejano. Y cada noche, al acostarse, recordaba la mirada limpia, el abrazo cálido y la voz de aquel hombre.

Hasta que un día llegó a una ciudad sin mar pero con una luz que cautivaba los sentidos y conmovía el alma. Una ciudad repleta de colores y sonidos, de palabras que no entendía, pero también de rostros entre los que no se sentía extraña. Y decidió que aquel sería su hogar.

Ella era yo, y yo era ella. Pero siento como si ya no fuéramos la misma persona, como si aquella fuese una muchacha que conocí en otro tiempo, en otra vida. La llegada de Carmiña me la trajo de vuelta poco después, pero también a ella los años la fueron cambiando hasta convertirla en una persona nueva.

Si algo he aprendido es que todos los hombres amados, los miedos vencidos, todos los hijos alumbrados y los problemas resueltos, todo, nace de un instante. No siempre es fácil de identificar, pero ahí está, embrión inconsciente de la historia que se desarrollará a partir de entonces. Para mí, ese instante fue aquel, en una playa que pronto dejaría de serlo, de un pueblo al que llamaban ciudad, viendo cómo se alejaba el hombre por todos desconocido, el que cambió mi suerte y me devolvió a la vida.

Notas al lector

Pese a que algunos de los personajes de la novela comparten nombre con miembros destacados de la sociedad viguesa de la época, sus palabras y comportamientos no deberán atribuírseles en ningún caso, pues la mayoría pertenecen únicamente a mi imaginación.

Los refranes y cantigas que abren cada uno de los treinta y cinco capítulos forman parte de la tradición oral gallega, y los he incluido como reflejo del sentir popular de aquellos años.

Agradecimientos

Esta historia nació en uno de esos talleres que constituyen el refugio de los escritores de vocación tardía –o, más bien, reprimida–. Para el profesor que propuso el reto del cual nacería esta novela, desafió mi imaginación y reavivó mis ganas de escribir, van mis primeras palabras de agradecimiento.

Desde que esta historia asomó a mi vida, han sido muchos los que me han ayudado a darle forma; sin ellos nunca hubiera conseguido alumbrar este libro tal como lo concebía. Por ello, traslado mi gratitud a José Luis Escalante González, conservador de las maravillosas Salgadeiras de Moreiras, en San Vicente do Grove; a Víctor Fernández González, miembro de la Asociación de Marineros de Bouzas y de la directiva de Culturmar; al arquitecto J. A. Martín Curty, y a los empleados del Archivo Municipal de Vigo. En definitiva, a quienes, antes que yo, investigaron sobre Vigo y las costas gallegas: gracias a su trabajo he podido recrear mi historia.

Gracias a Javier y a mi madre por no dejarme abandonar esta locura, a mis lectores cero y a quienes me animaron con su interés, su ayuda y sus palabras de aliento. Gracias también a ti, que has compartido parte de tu tiempo conmigo: construir un camino solo tiene sentido si alguien quiere recorrerlo.

Y gracias al Vigo que perdimos, ese que muchos no llegamos a conocer, pero que a pesar de todo sigue ahí, bajo la tierra y el hormigón, resistiéndose al olvido, esperando que lo rescatemos.